
El sendero
de una
Escocesa
Escocesas I
Miranda Bouzo

El sendero de una escocesa

MIRANDA BOUZO

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Copyright © 2024 Miranda Bouzo

Título: El sendero de una escocesa

Edición publicada en mayo de 2024

Diseño de cubierta: Alexia Jorques
Maquetación: Alexia Jorques
Corrección: Llyc Correcciones

El sendero de una Escocesa

MIRANDA BOUZO

Índice

Siglo XIV
Prólogo
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Capítulo XXVIII
Capítulo XXIX
Capítulo XXX
Epílogo

Nota de la autora
Otras obras de la autora

Siglo XIV



Robert Bruce ha vencido a los ingleses y recuperado parte de Escocia desde que se coronó en Scone en 1306. Los ingleses, a pesar de las victorias escocesas y los castillos reconquistados, siguen su acoso constante a los territorios del rey. Los clanes son partidarios de ambos bandos y se produce una guerra constante entre ellos según sus intereses.

El clan Douglas, el clan Campbell y los MacDonald permanecen siempre leales a Robert Bruce y a Escocia.

Prólogo



Siglo XIV

La niebla se abatió sobre todo el páramo con rapidez, densa y cargada de humedad ocultó el río y la extensión cubierta de brezo morado. Avanzaba sin remisión mientras la noche caía sobre el castillo. Maely observó desde la ventana de su habitación, en la torre más alta de la fortaleza de Threave, cómo las casas y los rebaños desaparecían ante sus curiosos ojos de niña.

Threave, su hogar, se encontraba en una isla en mitad del río Dee que desembocaba en el mar, los pastos de tierra firme se extendían más allá de su vista y las altas hierbas cubrían el manto que el barro dejaba tras la lluvia. Maely inspiró el aire frío, el olor a tierra mojada y la hierba removida por el viento. Los Douglas eran así, amaban su tierra con la vehemencia de su carácter obstinado y eran fieles a su naturaleza combativa. Maely solo podía poner una pega a ese embrutecido comportamiento que todos heredaban generación tras generación y otros veían como una maldición. Ella era una niña, la única que quedaba de la estirpe Douglas. El súbito recuerdo de su condición hizo que un puchero asomara a sus labios al ver a sus hermanos bajar hasta la orilla del río con sus primos y amigos en busca de aventuras.

Las barcazas llevaban el escudo, la salamandra y el fuego, de los Douglas oscuros Su clan dominaba Dumfries y toda la región de Galloway con mano firme. Maely se repetía: «Soy la hija de James Douglas», el «oscuro», como lo llamaban los asustadizos ingleses. El «buen sir James», como el rey Bruce se dirigía a él, era para los escoceses.

Maely sonrió, la imagen borrosa de su padre se abría paso entre sus recuerdos, sus ojos negros y profundos, su barba oscura espesa que le producía cosquillas cuando él la abrazaba. Hacía ya mucho que había partido a la guerra del rey Robert Bruce, o al menos, su mente de niña así lo pensaba. Su padre luchaba junto al rey para echar a los ingleses de Escocia, de su tierra. Antes Maely vivía en un precioso y enorme castillo Douglas que su padre quemó, prefería verlo reducido a cenizas que ver como los ingleses lo tomaban una y otra vez en su ausencia. Entonces envió a lo que quedaba de su familia, a sus hermanos y a Maely a vivir con su tío Errol. Threave se había convertido en su nuevo hogar lejos de la lucha del rey al norte. Maely miró al horizonte pensativa, la niebla había borrado los pasos de sus hermanos en el muelle y la espesa bruma gris llegaba hasta los primeros pisos de la torre. Maely entreabrió la ventana, a pesar de que si Anna se despertaba se enfadaría con ella. El viento frío se coló en sus aposentos y arañó sus mejillas con fuerza. Los salvajes Douglas oscuros, así les llamaban en toda Escocia, no tenían temor alguno a enemigos ni enfermedades, empuñaban la espada en defensa del rey y no siempre eran conocidos por sus buenas obras. Se decía que su padre había quemado una iglesia con un destacamento inglés dentro y las almas de los Douglas estaban condenadas. En su mente de niña no sabía si eso podía ser verdad porque su aya le hacía ir a la iglesia dos o tres veces a la semana para purgar los pecados de su padre y ella no tuviera que ir al infierno.

Maely sonrió para sí misma ante el olor dulzón de la madrugada que provenía del río y sus corrientes. Levantó el rostro al viento que entraba por la ventana, como si pudiera dejarse llevar libre y correr aventuras con sus hermanos. Así eran los Douglas, huraños y cabezotas, libres y feroces, aunque a los demás clanes no les gustasen demasiado.

Observó el horizonte, la nube de bruma sobre los campos. En ese momento, dio un respingo, restregó sus ojos verdes no una, sino dos veces. Había visto un fuego, una luz anaranjada en lo

más alejado de su visión. Contuvo el aliento hasta que su respiración se cortó, tenía que ser un fuego fatuo, una luz fantasmagórica en mitad de la nada más absoluta. Maely miró hacia atrás aterrorizada, hacia el camastro donde su nana dormía, roncaba y resoplaba ajena al peligro. Anna le había contado que los fuegos fatuos sobre el páramo eran las almas condenadas de los muertos a manos del clan Douglas, se levantaban las noches en que no se dormía en el castillo para llevarse al clan entero al infierno por tantos pecados cometidos. Maely escondió la cabeza entre el antepecho de piedra de la ventana y sus brazos, no le importó que su barbilla se rozase con los salientes o la piel delicada de sus codos se raspase. Era una Douglas. No podía ser cobarde. Levantó la mirada entre sus brazos, rogando al mismo tiempo para que aquel fuego se hubiera ido, pero allí seguía, más cerca y grande, directo hacia el castillo.

—Aya, despierta —suplicó a Anna cuando tuvo el valor de ponerse de rodillas junto a su camastro—. El diablo viene a por los Douglas, despierta Anna, por favor. Tenemos que avisar a todos, irnos de aquí o nos llevarán con ellos a otro mundo.

Los ojos de la anciana se abrieron con pesar, frunció el ceño, ya antes arrugado, hasta que Maely pensó que no se le verían las cejas. Su dulce nana tenía mucho carácter, aunque sus cabellos se hubieran vuelto canos y ya no se agachara para jugar con ella como había hecho con sus hermanos mayores. Los ojos negros de Anna eran como los de todos los Douglas mayores, capaces de inspirar un profundo respeto por hacerlos enfadar, oscuros y poderosos.

—No he conocido a una niña más pesada que tú en todos mis años, Maely Douglas. ¡Claro que irás al infierno! ¡Y el diablo te echará sin dudar de allí! Bailarás sobre la tumba de todos cuando acabes con nosotros con esa imaginación tuya, llena de *banshees* y *kelpies*, y otros monstruos que te acechan.

—No, Anna, es real, lo he visto, un resplandor rojo, como una llama en mitad de la niebla, y viene hacia aquí. Iré a avisar a todos.

Anna retuvo a la niña del brazo, no era la primera vez que Maely alarmaba a todo el castillo y luego resultaba una tontería.

—Espera, ten paciencia. Enséñame eso que te preocupa tanto, niña.

—Son fuegos fatuos, tú me contaste que vendrían si no me acostaba pronto, y no te hice caso Anna. Todos dicen que padre quemó a los ingleses y algún día sus almas vendrán a por nosotros.

Al momento, la anciana suspiró hondo, debía recordar que Maely se tomaba todo muy en serio, solo había sido una historia para que su pequeña ama se durmiera pronto.

Maely empezó a saltar de un pie a otro, Anna era desesperadamente lenta para ella. Estaba segura de que cuando consiguiera moverse, el fuego los habría alcanzado. Su aya le dio la mano, más para sostenerse que para consolar su mirada asustada. Maely apenas le llegaba a los hombros todavía y eso que Anna era muy pequeñita, tanto que las piernas casi no avanzaban. Maely resopló cuando su aya llegó a la ventana y se puso de puntillas y cargó todo el peso sobre el antepecho de piedra.

Entonces Maely supo que algo horrible ocurría, mucho más que unas cuantas almas capturaran a los Douglas. El rostro de la anciana se tornó blanco y abrió los ojos hasta casi saltarse de su rostro.

—¡No son fuegos fatuos, Maely! ¡Ve, corre, grita, despierta a todos! ¡Están atacando el castillo, lo que has visto eran antorchas!

Maely se aupó hasta la ventana, el pequeño resplandor se había convertido en cientos más allá de la otra orilla del río. La niebla ocultaba a los enemigos, pero el reflejo del fuego contra las hojas de sus espadas los delataba. Avanzaban en una larga fila a través del páramo mientras Maely creía escuchar el entrechocar de sus espadas. Corrió como nunca en su vida, a voz en grito

por las galerías y escaleras de Threave, pero cuando los guardias y su clan quisieron defenderse, era demasiado tarde. El diablo había entrado en el castillo de los Douglas oscuros.

—Están en el patio de armas. ¡Llevad a los niños y las mujeres a las bodegas! —La poderosa voz de su tío Errol se oía por todo el salón. Un buen número de Douglas estaban armados junto a las puertas, contenían a la fuerza arrolladora que intentaba penetrar en el salón de la fortaleza a base de empujones, no tardarían en hacerse con un ariete para derribar la enorme puerta de madera. Las mujeres y ancianos del clan comenzaron a arrancar los tapices de las paredes, se echaron a un lado los juncos que cubrían el suelo y se cerraron todas las contraventanas de madera. Fuego. Maely sabía que debían hacer eso por si los atacantes lanzaban flechas de fuego.

Maely observaba todo con los ojos abiertos de miedo, se había hecho con una daga y se mantenía atenta ante la puerta del salón. Podía oír su propia respiración al golpear el pecho. Su tío Errol estaba al mando del castillo desde que su padre había partido a la guerra, y en opinión de Maely, debía ayudarlo. Vio entrar desde las cocinas, bajo la escalera de la torre, a sus hermanos. William miró alrededor asustado, Grant, que era menor portaba su enorme espada y Ulan el más pequeño, una daga igual a la de Maely. Enseguida fueron en busca de su tío para ayudar y Maely supo que debía hacerse responsable de proteger la puerta con aquellos Douglas valientes mientras sus hermanos y su tío luchaban contra los atacantes. Un empellón con bastante fuerza hizo que los goznes de madera sonaran de manera estrepitosa y los muros de piedra se estremecieron.

Olía a quemado, los gritos no dejaban de oírse fuera y la mente de Maely empezó a imaginar qué podía ocurrir ahí fuera, había visto pocos asedios y luchas, pero sí entrenar a los hombres con fiereza. Cerró los ojos con fuerza para alejar el miedo.

—¿Pero qué demonios? ¡Maely Douglas! ¡Al refugio con los demás niños!

Maely se giró con los ojos abiertos de par en par, no sabía que estaba haciendo algo mal, ayudaba a todos. Su tío Errol cogió su brazo demasiado fuerte, pero Maely no se amilanó, apoyó los pies con fuerza para demostrar que podía ayudar.

—Tío, estoy preparada, no atravesaran la puerta.

—¿De qué vas vestida, criatura?

—Como vosotros —afirmó convencida al mirar su pantalón de paño y la camisa que le llegaba a las rodillas. Había cogido un peto de cuero que cubría por entero su pequeño cuerpo y que quizá era de su hermano Ulan.

Errol negó con la cabeza, Maely era la carga más pesada que su hermano le había legado. William un día, heredaría aquel castillo y era consciente de su responsabilidad, un buen muchacho, Grant y Ulan eran obedientes, aunque muy jóvenes todavía, pero Maely, temía el día que creciera, tuvieran que obligar a esa criatura a vestirse de mujer y encontrar un esposo para ella. Los golpes de la puerta se hicieron más fuertes y Errol se revolvió los cabellos, ¿quién podía atacar el castillo Douglas? ¿Serían los ingleses o bien el clan MacLellan cansado de sus incursiones al sur en busca de ganado nuevo? No era robar, seguro que alguna vez sus vecinos, durante la guerra les habían robado ese ganado antes. ¿Se habrían aliado con los ingleses? El no saber quién estaba tras el ataque lo sacaba de quicio, más sabiendo que los habían tomado por sorpresa y no pintaba muy bien, sus enemigos habían conseguido penetrar hasta el interior de la muralla y habían alcanzado el patio de armas. Una vez más, las puertas del salón temblaron ante los golpes del ariete que empleaban para derribar su única defensa ya.

—¡Ulan! —gritó Errol mientras agarraba del brazo a Maely—. Llévate a tu hermana abajo con los demás, quédate con ellos y en caso de que…, ya sabes, toma el túnel, pero solo tú y Maely, los demás no harían más que retrasaros. Déjalo abierto, pero piensa en ti solo y en tu

hermana, sois Douglas y tenéis que sobrevivir. Júramelo, Ulan.

Ulan asintió con desgana, cuidar de su hermana le iba a privar de su primera lucha. Agarró enfadado a Maely, que se quejó sin resultado, su hermano era apenas dos años mayor que ella y, aun así, era muy fuerte, tanto que se vio arrastrada por él hacia los sótanos.

Maely bajó los escalones delante de Ulan, que temía que se escapase y volviera corriendo al salón. Su hermana se quedó callada y Ulan comprendió lo que podía intimidar a una cría, que no a él, ver a las mujeres y niños del clan hacinados allí abajo. Con las miradas hacia el techo y los ruidos de los hombres correr a un lado y otro, el peso de los objetos que sus defensores movían contra las puertas para que los enemigos no penetraran en su hogar. Maely dio un respingo cuando el olor a humo llegó hasta allá abajo, a pesar de que uno de los ancianos había cerrado las puertas. Maely y Ulan se acuclillaron como los demás, con la mirada alternando entre la puerta y el techo del lúgubre sótano. Algunos niños lloraban alrededor suyo y sus madres rezaban, Maely se incorporó para buscar a su aya, Anna era muy lenta y tal vez no le había dado tiempo a bajar desde la torre. Entre tantas cabezas no distinguía su presencia, así que se separó de Ulan para buscar entre todos aquellos cuerpos tan juntos que no podía caminar entre ellos. Entonces un ruido, como si el castillo entero se viniera abajo, hizo que todos callasen, los muros de piedra se estremecieron, las vigas de madera crujieron sobre sus cabezas.

—Maely, te dije que no te separaras de mí —gritó su hermano al encontrar a Maely de pie en un extremo del sótano.

—Hay que buscar a Anna, no encuentro a nuestra aya.

—No hay tiempo para eso, Maely.

Ulan negó con la cabeza como si presintiera lo que estaba a punto de pasar, los golpes sobre la puerta de acceso al sótano hicieron temblar los muros por la fuerza de los empellones. Eso solo podía significar que habían derrotado a su tío y a sus hermanos, los hombres Douglas debían de haber sido capturados, sino jamás hubieran permitido que el enemigo llegara hasta allí con sus familias escondidas ahí abajo.

—Vamos, Maely, no hay tiempo, tienes que irte. Prométeme una cosa, nunca dirás quién eres, pase lo que pase, es importante hermana. Si lo haces te convertirás en un arma contra nosotros, tu propia familia. Escóndete y sobrevive para que los Douglas pervivan. Si descubren quién es nuestro padre, podrían utilizarlo contra él o el rey Robert Bruce.

—Pero, Ulan…

Su hermano arrastró a Maely a lo más oscuro de la sala, junto a uno de los enormes pilares de piedra y apartó los barriles de cerveza. Ulan, con las manos temblorosas, recorrió la piedra hasta que encontró la ranura que indicaba el perfil de la puerta secreta. Empujó la piedra, y una pequeña abertura apareció ante los ojos de Maely como si fuera magia.

Ulan se giró ante los gritos de los Douglas escondidos, la puerta de madera había sido arrancada de sus goznes y los Douglas, ancianos, mujeres y niños, se levantaron del suelo y, como una masa, se echaron hacia atrás aterrorizados. Ulan miró a Maely y el pequeño recodo que se había abierto, aquella entrada hacía años que no se utilizaba y parecía no querer ceder más. Sin pensar, Ulan empujó a Maely hacia la oscuridad. No podía abandonar a todo su clan en un sótano, las puertas se abrieron de golpe y empezó a oír los gritos de su gente, se giró para ver como el enemigo prendía fuego a los barriles y todos retrocedían asustados. Lucharía hasta el final, como un buen Douglas lo hacía por su clan. Maely miró a su hermano sin comprender, cayó sobre la dura piedra del pasadizo en total oscuridad. Sus miradas se cruzaron un instante, su hermano se despedía de ella con una media sonrisa. Entonces Ulan cerró con un golpe seco. Los ruidos en el sótano se oyeron amortiguados y Maely comprendió que su hermano se había

sacrificado para salvarla como su tío había ordenado.

Maely intentó volver junto a Ulan, destrozó sus manos al golpear una y otra vez la piedra sin que esta cediera ni un poco. Los gritos dejaron de oírse, un silencio enorme se hizo a su alrededor. Ulan había muerto por su culpa, una pesada losa cayó sobre ella con la verdad. Maely se armó de valor, recorrió el pasadizo a tientas, golpeando su rostro y sus manos contra las afiladas piedras, cada vez que caía, notaba sus piernas más desolladas y los pequeños hilos de sangre al surcar su piel. Si volvía arriba y abría aquellas puertas, quizá Ulan seguiría vivo. Avanzó sin parar, con el aliento entrecortado por la carrera y el mal olor del pasadizo, hasta que, con lo rápido que iba, chocó al frente, no con más piedra, sino madera. Palpó la humedad de una puerta con sus manos heridas, Maely empujó una y otra vez hasta que el tablón se venció y se vio arrojada ante la luz del amanecer. Tardó en abrir los ojos, amanecía y la claridad golpeó su rostro con fiereza tras estar en la absoluta oscuridad.

—Mirad hermanos, MacLellan, lo que nos ha traído el viento.

Maely se forzó a mirar, estaba en el patio de armas de la fortaleza, se suponía que debía aparecer tras los muros exteriores, debía haber avanzado dando vueltas y más vueltas en la oscuridad. Aún de rodillas, elevó la mirada a los hombres que observaban desde arriba y vio los colores de sus escudos. Maely se levantó atemorizada por la altura de los guerreros MacLellan, sus ropas estaban cubiertas de sangre y suciedad, se apoyaban en sus espadas al mirar a Maely con curiosidad.

—Creí que ya todos estaban muertos o habían huido —dijo otro guerrero.

—Es un chiquillo, ¿qué tendrá, cinco años?

—¿Por qué no huye ni grita? ¿Es lerdo?

Maely se mordió los labios, aquellos tres sí que eran tontos.

—¿Qué ocurre aquí?

La voz autoritaria hizo que los tres guerreros retrocedieran al instante, fue la primera vez que Maely se encontró frente al *laird* de los MacLellan. No tenía cabeza de diablo ni verrugas que le cubrían toda la cara, su aya le había mentido, era un guerrero, un hombre como todos los que estaban allí, más serio y autoritario, más grande eso sí, pero ningún ser sobrenatural. Tenía los cabellos claros y los ojos azules color de cielo despejado. Enfadada con Anna, se mordió el labio, miró alrededor para ver si quedaba alguna cara amiga entre aquella devastación de cuerpos amontonados y olor a metálico. El fuego devoraba su hogar y un olor extraño, invadió su nariz. No había nadie a su alrededor, nada, solo los MacLellan y su jefe.

El *laird* de sus enemigos se apoyó en la espada como el resto y Maely se preguntó si la sangre que brillaba en ella sería la de su tío.

—¡Matadlo!

Maely abrió los ojos ante la orden del jefe MacLellan y ese palpitar de fiereza que todos los Douglas llevaban dentro se reavivó por mucho que fuera apenas una niña y tuviera frente a ella a los enemigos de su clan. Maely sacó la daga de su cinturón y se abalanzó sobre el MacLellan, si había de morir que fuera así, como una Douglas, con el valor por delante del miedo.

El guerrero detuvo la hoja de la daga entre sus manos, como si fuera un palo sin hoja ante él, y tiró a un lado la daga de Maely. La sangre del *laird* mojó la tierra de los Douglas.

—Tienes valor chico, ¿sabes quién soy?

Maely no quería llorar ante sus enemigos, levantó la barbilla y balbuceó:

—Sois el diablo MacLellan.

—¿No temes ofenderme, muchacho? Los Douglas nunca veis el peligro hasta que os pellizca en la oreja. ¿Sabes quién soy o no? —repitió el *laird* al tomar por broma las palabras de Maely.

—Lo sé, señor, sois el diablo que habita en las pesadillas de los niños.

El *laird* se rio con ganas, su expresión cambió al arquear una ceja y mirar con más detalle a Maely.

Uno de sus hombres se agachó frente a Maely y la niña lo golpeó en el rostro. El hombre fue a sacar la espada y su compañero, situado más cerca de su *laird*, lo detuvo con un gesto.

—Señor, creo que es una niña, los Douglas son tan feos con ese pelo negro del carbón y sus caras oscuras que no lo parecía al principio.

Maely quiso decir a esos hombres que no era fea, ¿no? Su aya se lo habría dicho, ¿o no? Quizá sus hermanos se lo habían ocultado y era más fea que un demonio.

—*Gráanda* —susurró otro más atrás, significaba fea en gaélico.

El jefe entornaba los ojos hacia Maely, con esa altura con que parecía ocultar el resto del mundo. Fue a inclinarse y Maely lo golpeó con los puños, furiosa, iban a matarla, que más daba si moría con un poco de honor y al menos, les daba motivos para que acabaran con su vida. El *laird* la cogió de ambas muñecas sin esfuerzo y comprobó los finos dedos y sus delgadas muñecas.

—Sí que eres una niña —afirmó sin emoción alguna—. Si quieres vivir, ven con nosotros muchacha Douglas. Has demostrado más valor que muchos guerreros en toda su vida. No le hagáis daño a la cría, pero si decide quedarse morirá como el resto —les dijo a sus hombres—. Muchacha, tú eliges.

Maely lo vio marchar, solo dos de sus hombres, al que Maely había ofendido al pegar en el rostro y su compañero se quedaron allí, deseosos de cumplir las órdenes de su jefe. Escuchó sus mandatos en la lejanía.

—¡Haced que parezca un ataque de los ingleses y reunir todo el ganado! Ahora es todo nuestro.

Los guerreros siguieron al *laird* y Maely quedó allí sola con ese hombre de ojos claros y barba rubia.

—MacLellan te ha dado una oportunidad, niña, y no suele hacerlo. No sabía que los Douglas además de feos eran tontos.

A Maely se le escapó un puchero, miró hacia atrás, las llamas comenzaban a prender cada rincón de lo que había sido su hogar hasta ahora. Sus amigos, su tío, su aya y sus hermanos, estarían todos muertos. Los cadáveres se apilaban contra las murallas para que el fuego se los llevara, y Maely no veía ni una cara conocida entre los hombres en pie ni los caídos que pudiera hablarle de la suerte de su familia. Pensó en las mujeres y niños del sótano, de los gritos que apenas penetraban la piedra del pasadizo, Ulan se había sacrificado por ella.

—Si quieres vivir, *gráanda*, síguenos —repitió el soldado—. El jefe MacLellan no ofrece segundas oportunidades. Quizá este siempre fue tu destino niña, el sendero que te ha tocado recorrer.

Por primera vez, Maely lo miró entre la neblina de sus ojos llorosos. El soldado hizo un gesto de asentimiento y tendió su mano hacia ella. Estaba sola, aquella devastadora idea se hizo grande en su mente de niña y deseó no seguir llorando. Un puchero se escapó de sus labios y ahogó su llanto. Se limpió las lágrimas con la manga de la camisa que había robado a Ulan y respiró hondo. «Un Douglas sobrevive, Maely, pero nunca se rinde». Aquellas palabras de su padre al despedirse, hacía ya demasiado tiempo, hicieron que apretara los puños con valentía. Miró las ruinas de los Douglas, ya no tenía más que palabras y recuerdos. Maely cogió esa mano del guerrero manchada de la sangre de su clan sin saber qué le depararía seguir a sus enemigos.

—Mantente cerca de mí, cría —dijo el guerrero.

Angus quedó sobrecogido al ver a una niña tan pequeña tomar tan grande decisión. Su pequeña estatura, vestida de guerrera, su cara y manos tiznadas de negro. Un paso tras otro, la pequeña luchaba contra sus propias lágrimas, nunca antes había visto cómo se endurecía un corazón a medida que la niña caminaba tras su montura. Así se forjaban almas duras o morían para siempre, solo el tiempo podía decir si aquella criatura sobreviviría.

Capítulo I

Maely caminó tras el carro de los heridos, día y noche. Los asaltantes querían alejarse cuanto antes del incendio y apenas dejaron descansar a los caballos y comieron a lomos de sus monturas. Todos se olvidaron de Maely, excepto el soldado que habló con ella. Angus, lo llamaban sus compañeros, a menudo miraba desde lo más alto de su caballo y sonreía compasivo por la fuerza que exhibía una niña tan pequeña. Estaba agotada, con la cabeza gacha avanzaba por inercia sin dejar de escuchar en sus oídos los gritos de aquel sótano.

Pronto, durante el camino, más hombres observaron a la pequeña Douglas, tras pasar las horas, dejaron de reírse de ella y azuzar a Maely con sus espadas y sus pullas. Cansados de su lenta marcha, un guerrero cogió a Maely de los brazos y la arrojó en el carro de los heridos. Para cuando llegaron a la fortaleza de los MacLellan, un nuevo amanecer se abría paso en el horizonte.

Maely contempló su nuevo hogar junto al mar, altos muros cobijaban una fortaleza austera, de piedra negra. Sus dos torres acababan en las almenas donde un ejército de hombres los observaba atravesar primero las murallas y después la puerta de acceso al patio del castillo. Observó todo con curiosidad, aquella gente horrible reía como lo había hecho su clan, y vivían como ellos, no parecían demonios, pero Maely sabía lo que habían hecho y pagarían por ello. Bajó del carro, empujada por los heridos de los MacLellan.

—¿Qué tenemos aquí?

Una mujer de largos cabellos rubios se acercó a Maely, los guerreros parecían haber olvidado su presencia, unos se reencontraban con sus familias, otros sedientos, corrían en busca de un buen trago que arrastrara los crímenes cometidos. Unos pocos se dirigían a los establos para cuidar de sus monturas. La dama había aparecido del interior de unas grandes puertas, Maely abrió la boca sorprendida, jamás había visto a una mujer tan hermosa. Al acercarse a ella, vio que solo tendría unos años más, pero su cuerpo ya se había desarrollado. Sus largos cabellos rubios, los ojos azules, su piel clara, parecía un ángel de los libros del sacerdote de Threave, uno más de los perecidos entre el fuego. Por si no fuera poco, a su lado, ambas de la mano, caminaba una niña de la edad de Maely con un rostro muy parecido al de la dama. Maely pensó si no la habrían matado y estaba ante dos ángeles del cielo, pero ella siempre pensó que los Douglas estaban destinados al infierno, o eso decía su aya. Pensar en Anna hizo que sus labios esbozaran un pequeño puchero que pronto Maely se obligó a hacer desaparecer.

—¿Eres un niño o una niña? —dijo la pequeña con curiosidad. Se acercó tan deprisa que Maely se echó hacia atrás cuando sintió tan cerca su mirada. Apenas rozó su cabello, pero Maely la miró con odio.

—¡Déjala, Ailsa! ¿No ves que está asustada? Es una niña —susurró antes de agacharse ante Maely—. Solo está un poco sucia.

Maely no se movió esta vez, sintió la caricia de los dedos de aquella mujer sobre la barbilla. El calor del gesto cariñoso hizo que frunciera la nariz para no llorar.

—Soy Rhona, la hija del *laird*, y esta es mi hermana Ailsa. Es un poco curiosa, perdónala. ¿Y tú quién eres, pequeña?

—¡Es una prisionera! —gritó el jefe de los MacLellan—. Apartaos de ella las dos. Es una

Douglas, no os quiero cerca de la piojosa.

Ailsa sonrió y elevó los ojos al cielo como si los atronadores rugidos del jefe MacLellan no fueran importantes. Por el contrario, cogió la mano de Maely y observó sus ojos, apartó los cabellos de su rostro con cariño, a pesar de lo sucia que Maely se sentía, le reconfortó aquella caricia llena de humanidad y calor.

—Soy Maely, Maely Douglas —susurró desoyendo la advertencia de su hermano acerca de contarle a nadie quién era en realidad

El *laird* de los MacLellan se alejó al instante de las jóvenes y de Maely. Al escuchar el nombre de la niña, un escalofrío recorrió su cuello. Era la hija de James Douglas, el paladín de Escocia, ahora él tenía en su poder a la niña más peligrosa de la isla. Debía haber matado a la cría sin pensar, si el rey se enteraba, con toda probabilidad, mandaría exterminar al clan entero. Una cosa era atacar a los Douglas a causa de sus pillajes y ofensas, y otra muy distinta llevarse a la hija de un héroe. Respiró hondo, nadie tenía por qué saber que la niña estaba allí y nadie se enteraría.

—Bonito nombre —afirmó Rhona, que se agachó también junto a Maely—. Tus ojos son del color del musgo, me gustan.

Maely sintió que una lágrima traicionera intentaba escapar de sus ojos, ahora sí que sabía que era muy fea, porque las dos hijas del *laird* intentaban ser amables con ella. Veía la bondad en sus ojos y sus gestos, así como una profunda lástima.

—Ven Maely, te lavaremos y después, me quedaré contigo para siempre.

Rhona miró asombrada a su hermana y negó con la cabeza.

—No te quedarás a nadie, Ailsa, puede ser tu amiga, pero Maely no pertenece a nadie.

El jefe MacLellan resopló disgustado.

—Es mi prisionera, es una Douglas. No os quiero cerca de ella.

Sus dos jóvenes hijas sonrieron a su padre, Rhona incluso se puso de puntillas para besar su mejilla sudorosa.

—Ahora es nuestra amiga, padre. A Ailsa le gusta.

Como si aquello fuera una explicación, Rhona colocó la mano sobre la cabeza de Maely y la obligó a ir con ellas mientras Ailsa se aferraba a su mano sucia.

—Ya no serás más una Douglas, Maely, ahora eres una MacLellan.

Maely quiso gritar a aquella niña que se equivocaba, nunca dejaría de ser una Douglas. Cuando sus hermanos y su padre vinieran a por ella, los matarían a todos, bueno, quizá a las dos hermanas no, pero al resto sí. Vengarían la ofensa, la destrucción del hogar de los Douglas… Maely se giró antes de gritar a todos lo que pensaba y fue cuando vio la mirada del jefe MacLellan puesta en ella. Puede que hubiera permitido a sus hijas quedarse con Maely, pero el *laird* si se presentaba una oportunidad, la mataría sin dudar. No, no era una Douglas tonta, esperaría y esperaría, y algún día, vengaría a su clan.

Al final Anna, su aya, había tenido razón. Maely había acabado en el infierno.

Capítulo II



El verano llegaba a su fin, las hojas comenzaban a tornarse del color del cobre, los marrones rozaban las copas de los árboles más altos con la promesa de un otoño cálido, el campo de hierba frente al castillo había crecido sin medida y la última cosecha no tardaría en recogerse. Maely disfrutó de uno de sus pocos privilegios, preparó su montura para salir al campo. Bajaría por el camino hacia la aldea y, después, a los bosques. Un extraño día de sol se abría ante ella, sin una sola nube, perfecto para salir a cabalgar. El viento en su rostro, el olor a brezo y la brisa del mar harían olvidar los sacos de abono que habían estado preparando durante los últimos días. Una sonrisa emergió en su rostro y sintió bajo el calor del sol las mejillas coloradas, sacó la yegua de Ailsa sin apenas tirar de las bridas hasta más allá de la muralla. Su señora y amiga jamás montaba a caballo, odiaba montar, a pesar de que Rhona insistía en que toda dama debía saber hacerlo. Atravesó la amplia explanada donde los hombres entrenaban cada día guiando a la yegua con las tiras de cuero.

—¡Maely!

Maely sonrió e hizo una señal con la mano para confirmar que se acercaba a él. Angus se había convertido con los años en su padre adoptivo, quedaba muy atrás el día en que le ofreció su mano para seguir a los MacLellan. Con el tiempo Maely comprendió que aquel guerrero había salvado su vida, ahora, después de quince años, seguía cuidando de ella, él y su madre. Cuando aún era pequeña y el *laird* había prohibido que pronunciara su nombre en voz alta, encontró consuelo en Angus y la cabaña de su madre. Entonces dejaba que se quedase a dormir con ellos, hasta que se hizo mayor y poco a poco, el *laird* empezó a sospechar, no sin razón, que algún día huiría en busca de su familia.

Angus sonrió a la par que Maely, siempre lo hacía sin darse cuenta mientras se preguntaba dónde estaría aquella niña feúcha y negruzca de hollín y cenizas a la que durante muchos años todos en el castillo llamaron *gráanda*. Un día, Maely floreció como el brezo entre las rocas, se había convertido en una hermosa joven de cabellos negros y ojos verdes que despertaba la admiración entre los MacLellan. Siempre antes de que hablara, porque tenía un carácter terrible y a veces, por su boca escapaban ofensas capaces de congelar el alma de un guerrero. Maely no se consideraba hermosa, no alardeaba de ello, es más, Angus sabía que se sentía inferior a Rhona y Ailsa, tan bellas como delicadas y jamás permitía que nadie olvidara que no era como ellas. Maely era una sirviente en el castillo, una prisionera en secreto.

—Angus, ¿sales con el *laird* de caza?

Maely apreció las primeras arrugas en el rostro de Angus, se hacía mayor, aunque su forma física era inmejorable. En su momento, fue el guerrero más joven de la historia de los MacLellan en convertirse en jefe de la guardia del *laird*. Sus cabellos veteaban sin remedio mientras su espalda se encorvaba año tras año. Maely deseaba con todas sus fuerzas congelar su rostro y que la edad no alcanzara al único hombre que había podido ocupar el lugar de un padre.

—No, aunque me gustaría. Vamos al norte, ha habido algunos robos de ganado y el *laird* quiere cerciorarse de que no hay problemas con otros clanes antes de la reunión de familias. Robert Bruce puede haberse coronado y seguir luchando sin descanso, pero los ingleses aún son dueños de media Escocia.

Maely sonrió sin querer, la reunión y los juegos que se celebrarían mientras los *lairds* pactaban el enlace, aquella visita era su ilusión desde hacía meses. Ailsa iba a casarse con un joven de otro clan, o eso al menos, esperaba, que fuera joven y apuesto, dulce y gentil, porque Ailsa y Rhona merecían todo lo bueno del mundo. Sin embargo, Rhona, aunque mayor que su hermana, seguía sin casarse.

—¿Por quién brillan tus ojos, Maely? ¿Acaso deseas que un joven *highlander* atrape tu corazón?

—¡No! ¡De ninguna manera!, es por la reunión, es posible…, y no me regañes…, que mis hermanos acudan… o mi padre.

Angus negó con la cabeza, Maely había crecido con la esperanza de que cualquier día sus hermanos aparecerían en el horizonte para llevársela con ellos. Quince años. Jamás habían dado muestras de acordarse de su hermana pequeña. Su padre jamás había aparecido.

—Te he dicho, todos te hemos dicho de hecho, que están muertos, Maely. Es la guerra.

Angus fue cruel a propósito, solo de pensar que Maely se iría con ellos si aparecían a las puertas de los MacLellan, hacía que su sangre hirviera. Todos evitaban hablar de los Douglas en el castillo porque, tras el fatal ataque al castillo de Threave, los hermanos de Maely buscaron refugio cerca de Edimburgo, en la casa de los Hamilton, los Douglas «rojos», como los llamaban. Jamás nadie había reclamado a Maely, olvidaron a su hermana en manos de sus enemigos y se dedicaron a acumular poder, batalla tras batalla. Angus sabía que su *laird* nunca había pedido rescate alguno por Maely, todos la consideraban del clan, y era probable que su familia Douglas no supiera que estaba viva. La guerra ocultaba el crimen de los MacLellan contra los Douglas y la masacre de aquel día.

—Lo sé, Angus. Se supone que solo cuidas de mí y debo creer todo cuanto dices, pero el corazón me dice que mi familia sigue viva en algún lugar.

Maely solo dijo lo que Angus esperaba de ella y guardó la verdad en su interior.

—Este es tu hogar, Maely. Has crecido aquí. Ailsa te adora como una hermana —replicó ofendido.

—No lo soy, cuando la mirada del *laird* me persigue con desconfianza, sé que en sus ojos vuelve a ver a aquella niña en el patio de Threave. No me deja salir de sus tierras. Nunca seré para él una de los vuestros.

—Pensé que eras feliz al fin. No has vuelto a intentar escapar, no tiene razones para desconfiar de ti.

Maely se calló. Después de la última vez que el *laird* castigó su intento de escapar, nadie en su sano juicio lo habría intentado. Angus nunca supo hasta dónde llegó el castigo, él ni nadie, por vergüenza, jamás salió de sus labios y soportó las heridas del látigo en silencio.

—Entonces castigaría a Rhona, ya me ha amenazado antes con hacerle daño a ella y a Ailsa, además, ¿dónde iría, Angus? Quemasteis mi hogar.

—No hables así, Maely.

—Sabes que hablo con la verdad, Angus. Sé que están vivos, oigo a los comerciantes, a la gente del pueblo, que me haya conformado con estar aquí por el bien de Ailsa y Rhona no significa que siga siendo una niña y no preste oídos a lo que ocurre más allá de estos muros. Ahora Angus, estoy dispuesta a disfrutar de este día y de mi alegría al ver el sol, así que me marcho antes de que volvamos a discutir y sacar viejos rencores. —Se giró un instante, se puso de puntillas y acarició la mejilla del que consideraba como a un padre—. Lo siento Angus, pero hace mucho que crecí.

Angus observó a Maely mientras montaba con ligereza, era cierto, había crecido y demasiado

deprisa. Era muy difícil que ella mostrara sus sentimientos ante alguien, como si siempre se contuviera. El rostro de la muchacha volvió a relajarse a lomos del caballo.

—¡Maely! Si vas a la aldea, saluda a mi madre de mi parte —gritó Angus cuando comenzó a alejarse.

—Angus MacLellan, eres muy pesado. Podías ir tú mismo —gritó Maely a su vez mientras se alejaba de las murallas del castillo.

Maely bajó el camino que serpenteaba a la par que el riachuelo, entre los cultivos y las cabañas del clan. Cada día las discusiones con Angus eran más frecuentes, Maely no quería ofenderlo y tampoco podía negar que su familia la había abandonado. Cuando se cruzaba con algún vecino, saludaba con una sonrisa que era devuelta con cariño, a pesar de que caminaba más distraída de lo normal.

—*Gráanda*, ¿has vuelto a robar un caballo?

No, no todos en el clan MacLellan eran gente trabajadora y buena. Maely ni se giró al escuchar a Gawen, sabía que tendría una mueca burlona en su hermoso rostro. Nunca había visto a un guerrero con un nombre tan dulce y un interior tan oscuro. De cabellos claros y ojos azules como todos los MacLellan, a su lado Maely se sentía muy diferente a ellos con su pelo negro y sus ojos verde oscuro. Gawen y sus amigos disfrutaban insultando a espaldas de Ailsa y Rhona a Maely, llevaban en aquella lucha desde que Maely llegó al castillo, siendo el primo de ellas, se creía con derecho a juzgar quién habitaba el castillo y quién no. Él y sus amigos eran los únicos que seguían utilizando ese nombre despectivo con ella, *gráanda,* fea.

Gawen puso su caballo a la par de la montura de Maely.

—No he robado nada Gawen, lo sabes bien —contestó Maely al seguir su camino. Por el rabillo del ojo, suspiró aliviada al ver que el guerrero MacLellan estaba solo, cuando estaba con sus amigos era más cruel y mezquino, como si las risas de los otros alimentaran su oído—. Ailsa me lo regaló.

Gawen y sus amigos habían sido la razón por la cual Angus había dedicado una hora todos los días, a enseñar a Maely a defenderse. Al principio, Maely se ocultaba para no tener que hacer esos tontos ejercicios con el cuchillo, la mano se le llenaba de ampollas dolorosas cuando cogía el arco y disparaba una y otra vez. Hasta que celebró con Angus que era capaz de lanzar su daga y clavarse esta en el tronco de un árbol. Sus flechas eran certeras y celebradas entre los cazadores del clan. Los abusos de Gawen dejaron de ser empujones y pescozones dolorosos al sacar Maely su daga para defenderse, sin embargo, jamás cesaron sus pullas y chanzas sobre ella, desde luego, de un modo más inofensivo, pero igual de doloroso para Maely. Algo sí había cambiado con el tiempo en Gawen, su forma de mirar a Maely, ella a veces hasta pensaba que veía la lujuria en sus ojos.

Había días en que se sentía más paciente y desoía las burlas de Gawen, pero aquel día irritaron de tal manera a Maely que desmontó. Sabía que él también bajaría del caballo, Maely se enfrentó a él con la daga a la altura de su pecho. La conversación con Angus había hecho mella en ella, el doloroso recuerdo de que su familia la había abandonado, no tenía paciencia alguna en esos momentos.

—Vete Gawen, no estoy de humor. Te lo digo en serio.

El muchacho sonrió sin temer la hoja afilada de su daga, se aproximó a ella hasta que la mirada de Maely se clavó en lo más profundo de su rostro. Gawen retrocedió, a veces veía algo extraño en los ojos de la chica que no sabía reconocer. Estaba muy seguro de que ella sería capaz de clavarle su daga sin dudar.

—¡Maely! ¡Ven aquí!

La anciana madre de Angus había salido de la cabaña a esperar su llegada, Gawen resopló fastidiado y Maely escuchó como se iba con paso rápido. Casi siempre que Angus veía que estaba cerca de ella, era castigado con más y más entrenamiento. Maely no tenía claro si aquello era un castigo justo, puesto que Gawen se había convertido en un guerrero muy fuerte a causa de meterse en problemas continuamente.

—Gracias Margaret, pero no necesito que me salves de él, es solo un necio que no sabe ni hablar, solo proferir insultos.

Margaret cogió la brida del caballo y la ató a la valla de su casa con una sonrisa. Sus cabellos canos estaban recogidos con un lazo y al esbozar una sonrisa, su cara se arrugaba por todas partes. Maely siempre pensaba que la madre de Angus debía haber sonreído mucho en su vida para tener aquellas profundas arrugas.

—Ese muchacho acabará mal, es un presuntuoso que algún día acabará oliendo el trasero de un caballo por mucho que se crea el próximo *laird* de los MacLellan.

Maely sonrió y al hacerlo, se tapó la boca.

—No entiendo qué lleva a Gawen a meterse conmigo cada vez que se cruza en mi camino. Pasó mucho tiempo, pero al final el clan me aceptó.

—Porque Maely…, no lo entenderías…, ¿tú sabes lo hermosa que eres? ¿No te afectará lo que ese tonto muchacho diga?

—Anda Margaret, déjame entrar, he traído para ti hierbas del huerto del castillo, Rhona me ha dicho que te vendrían bien para tus curas.

Margaret suspiró, Maely sabía muy bien cómo cambiar de tema cuando no le interesaba que alguien conociera sus más profundos pensamientos. Desde el día que Angus llevó a aquella niñita sucia a su puerta, se encariñó con su rostro huraño y su ceño fruncido, parecía estar tan enfadada con el mundo que nadie, excepto las hijas del *laird*, podían acercarse a ella. Margaret siempre compadeció esa vida a medias en que el jefe MacLellan había convertido el sino de aquella muchacha Douglas. No era una más del clan, pero vivía en el castillo con sus propias habitaciones cerca de Ailsa y Rhona, ni era señora ni criada, una especie de dama de compañía de las muchachas que igual trabajaba en las cocinas que recogía la cosecha y limpiaba los establos. Desde muy niña, siempre que podía, se escapaba con Angus hasta su cabaña y miraba durante horas cómo Margaret preparaba curaciones y brebajes como curandera del clan. En aquella diminuta construcción había aprendido a deshacerse del odio y el rencor, a sonreír y a abrazar a aquella mujer como a una madre.

—Pensé que Rhona no tendría tiempo, con la boda de Ailsa tan cerca. ¿Cuándo llegará ese Campbell?

—Le esperan para dentro de dos días, creo que trae un enorme séquito, en una semana se celebrará la boda y han invitado al rey. Los clanes de media Escocia acudirán, después habrá juegos y un banquete.

—No pensarás que tus hermanos acudirán, ¿verdad?

—Ya se ha ocupado Angus de darme una charla, puedes ahorrarte lo siguiente Margaret —contestó Maely cuando recibió un golpe con la cuchara de madera sobre la mano. Apartó con rapidez los dedos del pan caliente con un gesto de fastidio.

—¡Margaret!

—¡A mí no me contestes, muchacha! No has cambiado nada y pronto cumplirás años, deberías ser ya una dama, vestir como tal y comportarte como…

—¡Ja! ¿Como una señora? ¿Como alguien de valor?

Margaret bufó enfadada.

—Es que eres una dama, eres Maely Douglas. Un día deberás casarte, formar una familia.

—El *laird* se ha ocupado de que no pueda pronunciar mi nombre en voz alta, si te escuchara, te expulsaría del clan. —Maely respiró hondo y se dejó caer sobre uno de los bancos frente a la chimenea—. Creo que he olvidado quién soy, Margaret.

Aquella amarga confesión contrajo el corazón de Maely, era cierto, cuando era una niña sabía quién era, se sentía orgullosa de su clan, pero ahora, en lo más profundo de su corazón, había amargura, por sus hermanos y su padre que jamás habían acudido a por ella, por Rhona y Ailsa que, aunque eran buenas y gentiles, situaron a Maely en una posición entre señora y criada, y mil razones más entre las cuales tenía que soportar a Gawen y sus ofensas, la caridad de otros y la lástima de sus vecinos. Margaret, a través de sus ojos desprendía toda la pena que sentía por ella. Maely no sabía el tiempo que podría seguir ignorando las miradas de lástima, conmiseración y desprecio por igual.

Se despidió de Margaret mientras intentaba simular la tristeza que sentía, y ahora, su amiga Ailsa se casaría y se marcharía lejos de ella, y quizá esa era la razón por la cual se sentía tan sola desde hacía semanas.

Al salir fuera de la cabaña, la caricia del sol sobre sus mejillas pareció devolver algo de fortaleza a su alma. Con suavidad, agarró las riendas del caballo con seguridad, clavó los talones con cuidado en el flanco del animal y este comprendió al instante, arrancó en una galopada salvaje entre las altas hierbas del prado. Maely escuchó a su alrededor quejas de los campesinos y advertencias al pasar tan cerca. El viento pronto se llevó aquellas palabras, el dolor de Maely y alguna extraña lágrima de sus ojos. Cabalgó lejos, más allá del límite del castillo, hasta la frontera con las tierras del clan vecino, hasta que sintió el resuello de su caballo y el dolor de sus brazos. Se detuvo y acarició el lomo de la yegua, no había querido ponerle nombre por si el *laird* se lo arrebataba al ver que sentía cariño por el animal. MacLellan nunca había olvidado quién era ni el desprecio que sentía por los Douglas, lo único que siempre lo contuvo fue el cariño que Rhona y Ailsa le profesaban y que Angus fuera su padre adoptivo.

Maely desmontó. Juntó su frente con la testuz del animal y sonrió ante su empujón de cariño, sacó para él una zanahoria que al instante, desapareció entre sus grandes dientes. Mientras el caballo bebía del arroyo, Maely se sentó en la ribera, lo bastante lejos para que no manchara su único pantalón limpio con la turba de la orilla. Rozó con la punta de los dedos el agua helada, ya no podía bañarse allí hasta el siguiente verano. Agarró una piedra de su alrededor y se disponía a tirarla hacia el agua cuando vio emerger desde el otro extremo del lago a un hombre. Maely se sonrojó, sus mejillas ardieron con lo que debían ser ascuas del infierno al ver que estaba completamente desnudo. Para su propia vergüenza, él debió oír el relinchar de su caballo y se volvió. Maely contuvo el aliento, aún no la había visto, pero ella a él, sí. Desde las dos columnas que formaban sus piernas forjadas en puro músculo, a… Maely cerró los ojos ante la curiosidad que despertaba aquella parte de la anatomía de un hombre que jamás había visto. Volvió a abrirlos para contemplar las bandas de su estómago, prietas y tensas, su pecho esculpido de granito y sus brazos en tensión, el cuerpo desarrollado de un guerrero. Y el rostro, Maely suspiró y se arrepintió al instante, ella, que jamás había mirado de forma directa a un hombre de esa manera sintió hasta las orejas arder. Ese hombre era hermoso, con una mandíbula cincelada y unos ojos profundos enmarcados en un rostro perfecto e impresionante. El guerrero pareció oír su gemido y miró en su dirección, resopló para apartar sus cabellos negros mojados y aquellos ojos del color del cielo en verano se fijaron en los suyos sin remisión. Maely se sintió estúpida, ni siquiera se había ocultado tras un árbol y se mostraba ante él sin escondite posible. Miró alrededor, estaba sola en lo más profundo del bosque en la frontera, si el *laird* se enteraba de sus

excursiones sería encerrada durante semanas. El guerrero se acercó por la orilla hacia ella, el ceño fruncido y su desnudez expuesta, ¿qué pretendía hacerle? Entonces echó a correr entre los árboles como si fuera una niña, avergonzada por haber contemplado al guerrero sin avisar de su presencia, preocupada por que fuera un ladrón o asesino y sus compañeros de fechorías estuvieran cerca.

Capítulo III

Crayton Campbell sonrió al ver como la muchacha que lo había estado observando a hurtadillas salía corriendo. Solo había acertado a ver su rostro rojo del color de la grana y su largo cabello negro agitarse mientras huía. Por un instante, pensó en volver al campamento con sus compañeros de viaje y seguir con su rutina. En el último momento, agarró sus pantalones y su camisa casi al vuelo de la roca en que los había dejado y echó a correr para rodear el lago que formaba el río. ¿Y si era una espía de los ingleses? Tan cerca de la frontera era más que posible y con tal compañero entre sus hombres, no podía permitirse caer en una emboscada.

Vio agitarse aquel largo, ondulado y brillante cabello entre los árboles hasta detenerse en un claro. La muchacha parecía haber comprendido de repente su error, en vez de correr hacia su caballo, se había internado en el bosque. Crayton estaba intrigado, la montura de ella parecía de calidad, su caballo de excelente cría, debía ser una joven señora. Dejó atrás la linde del bosque y ella pareció escuchar sus pasos, puesto que comenzó a correr de nuevo. Crayton sonrió, habían pasado hacía unas horas por allí, más allá del claro no había vuelta posible para que la muchacha regresara al lago a por su caballo. Un profundo barranco acababa en una agreste vega de rocas afiladas. Crayton corrió con una sonrisa en los labios, divertido por primera vez en mucho tiempo y comprendió lo agobiado que había estado los últimos días, semanas tal vez, desde que su deber se había impuesto a sus deseos y tenía que casarse con una desconocida.

Crayton hubiera deseado alargar la caza, pero parecía que escuchaba la respiración agitada de ella, estaba asustada. Decidió acabar con la persecución, no quería atemorizar a la joven, solo la curiosidad lo movía a conocer a la mujer que había contemplado su cuerpo con tal fervor y silencio. Si fuera una espía habría un destacamento inglés o un grupo de hombres para protegerla. O era una descarada o una joven demasiado inocente. Se encontró decidiendo qué prefería cuando pudo verla saltar un tronco caído, su pantalón marrón de corte anodino pegado a su trasero. Por un momento, se dedicó a contemplar sus curvas al correr. Se había equivocado, por su forma de vestir no podía ser una dama, por cómo corría, tampoco. Crayton se obligó a esforzarse a ser más rápido y al fin la alcanzó, agarró su brazo y al girarse asustada, ambos cayeron al suelo entre la hojarasca y las piedras.

—¡Cómo os atrevéis! —gritó la mujer.

Crayton agradeció tener suficientes reflejos para ver la hoja de la daga avanzar hasta su cuello. Se giró al arrastrar a la chica bajo su cuerpo y agarrar su muñeca, por fortuna detuvo el avance de la hoja afilada antes de que llegara a su garganta.

—¿Qué crees que haces? —preguntó Crayton a su vez. Una dama jamás sabría manejar una daga de esa forma.

—Defenderme, me estás persiguiendo.

—Me estabas observando.

Un delicioso rubor rojo cubrió las mejillas de la muchacha y entonces, Crayton posó sus ojos en los de ella. Brillantes y verdes, demasiado grandes para ignorar en aquel óvalo que formaba su rostro. Los labios mullidos y rojos por el esfuerzo de la carrera, su pecho se agitaba con vigor contra su torso. Era bonita, de rasgos sensuales, tenía los pómulos manchados de tierra de una forma tan atractiva que Crayton inspiró hondo. Crayton pasó su dedo pulgar por uno de ellos

mientras sujetaba la muñeca en que portaba la daga contra el suelo. La muchacha se retorció bajo él y atrapó las piernas entre las suyas. Sintió al instante como su cuerpo de guerrero se tensaba de excitación y un escalofrío recorría todo su cuerpo al sentir sus caderas y su pecho. Una sensación extraña que recorrió su piel. Crayton se apartó, como si aquella mujer quemase, sin soltar sus muñecas ante el temor a que ella intentara de nuevo herirlo. Sus ojos y los suyos parecían enredados con tal intensidad que Crayton vio la sorpresa de la muchacha.

Nunca había visto un rostro que expresara mejor la ira, el miedo y la valentía. Todo contenido en una misma mujer apreció cada una de sus curvas, la sensual respiración entre los labios, Crayton sintió que estaba junto a la muchacha más excitante que hubiera conocido antes, y la más peligrosa a juzgar por su dominio de las dagas.

Maely forcejeó, intentó apartarse de aquel guerrero que, gracias al cielo, se había medio puesto unos pantalones y una camisa. Aun así, apreció su torso fuerte a través de la abertura del cuello, cómo la tela mojada se pegaba a los músculos de los brazos. El muslo de ese hombre presionaba entre los suyos, encajado a la altura de su pelvis. Entonces suspiró, y Maely hizo lo único que podía, levantó la rodilla en cuanto él se separó un poco y golpeó con fuerza entre sus piernas.

Crayton gruñó con temor a que un alarido escapara de su garganta, se apartó de aquella salvaje para ver como ella se levantaba igual que un lobo herido para volver a echar a correr. Cazó a su presa aún dolorido e hizo que se girase para atrapar a la muchacha entre sus brazos. Supo al instante que no podría deshacerse de aquella atracción que sentía por la joven.

—¿Quién eres, mujer?

—No soy nadie, milord.

Algo en su tono de voz hizo que Crayton percibiera amargura en sus palabras, soltó sus brazos y, sin embargo, ella se quedó allí, lo observaba con desconfianza.

—¿Y vos, quién sois?

—¿Nadie?

Entonces algo maravilloso ocurrió, la joven sonrió y su rostro se transformó, sus ojos brillaron con fuerza y Crayton quedó prendado de aquella sonrisa que terminaba en dos pequeños hoyuelos, como si con ello pudiera limitar su sonrisa.

Maely no sabía por qué seguía allí parada, con un hombre extraño que bien podía ser un malhechor, sus ropas, sus modales, eran de un lord de buena cuna, cosa que no aseguraba como bien sabía Maely, su honor ni el de él. Ella era inocente, pero no tonta, sabía qué pasaba a las jóvenes que confiaban en un caballero.

—¿Por qué corrías?

—Por vergüenza más que nada, no supe cómo advertiros de mi presencia y después fue tarde, pensé que me perseguías para castigarme. Podías ser alguien deshonesto, por otra parte, aún no sé tus intenciones.

Crayton sonrió, la mujer era desconcertante, lo tuteaba como si fuera su igual, no era una falta de respeto, ella de verdad lo creía su igual como si se tratase de una dama. Y luego estaba la daga en su mano que ella no soltaba. Retrocedió, con los brazos abiertos, mostró sus manos desnudas ante ella con una sonrisa inocente.

—Ven, te acompañaré hasta tu caballo, creo que sabré volver.

Maely miró a su alrededor, ella conocía aquellos bosques, se había desorientado un poco en su huida, pero dejó que él la condujera al lago de nuevo. No guardó la daga en ningún momento y eso que presentía algo en ese hombre que hacía que confiara en él. Hasta ahora no había mostrado una conducta agresiva ni ofensa alguna contra ella. Maely contaba con que ser

exultantemente atractivo no se podía ver como algo malo. Caminó en silencio tras él mientras apartaba las ramas en su camino con una galantería natural. Sentía curiosidad, Maely tenía mil preguntas que hacer al guerrero, sin embargo, él insistiría en que le dijera su nombre, cosa que Maely tenía prohibida.

Llegaron al linde con el claro en el cual el caballo de Maely pastaba junto a la orilla del lago sin preocuparse de dónde podía estar su dueña.

—Gracias por todo. Debo marcharme, se preguntarán dónde estoy.

—¿Quién se preocuparía? ¿Una madre? ¿Un marido? —preguntó sin pensar Crayton.

La muchacha esbozó una media sonrisa que parecía ser común en ella, como si, a pesar de su juventud, no pudiera reír de forma plena y ya hubiera conocido la amargura. Se giró sin contestar para marcharse.

Crayton retuvo a la joven del brazo y ella se giró de forma brusca. Con rapidez se arrepintió de haberla tocado aun cuando, un momento antes, estaba sobre ella en el suelo y sus cuerpos se rozaron al completo. Aquellos ojos verdes del color del musgo lo atrapaban sin remisión y apartó su mano que quedó fría al alejarse del contacto de su antebrazo. Ella se frotó la manga del vestido como si su solo gesto hubiera quemado.

—¿Volveré a verte? —preguntó Crayton sin pensar.

—No lo creo, tengo muchas tareas en el castillo —respondió Maely evasiva. Dejó de mirarlo a los ojos, parecía que aquel guerrero embrujaba con ese rostro cincelado por los dioses antiguos.

—¿Eres del clan MacLellan? ¿Te diriges allí? ¿Al castillo? —Maely notó la duda en su tono de voz. ¿Podía ser aquel guerrero del séquito del prometido de Ailsa? Ahora el *laird* se enteraría de sus incursiones cerca de la frontera de las tierras del clan. Puede que incluso prohibiera que saliera más a caballo. Intentó serenarse, podía ser solo un desconocido en dirección al sur.

—Puede entonces que nos encontremos.

Crayton fue consciente de que en realidad, lo deseaba, se resistía a separarse de aquella muchacha, sentía curiosidad por ella y algo que no sabría definir…

—¡Ah! Estás aquí, amigo. Crayton llevábamos buscándote un buen rato.

Sobresaltada, Maely se giró hacia la voz llena de autoridad que emergió de entre los árboles. Al hombre a caballo, lo seguía un séquito de hombres armados con ballestas y espadas, como si… Maely vio como el guerrero de ojos azules clavaba la rodilla en el suelo y agachaba la cabeza y entonces, miró de nuevo al hombre a caballo y su porte majestuoso. No hizo falta que nadie le dijera de quién se trataba, su enorme caballo del más puro tono castaño, su ropa y por si fuera poco, aquella corona sobre su cabeza hizo que Maely agachara su cuerpo en señal de respeto. Ante ella, en un apartado lago de las tierras MacLellan, estaba el rey Robert Bruce, el mejor y más querido amigo de su padre al que servía desde su juventud. Maely sabía que después de años en guerra contra los ingleses, Bruce había conseguido una relativa paz que a veces se veía amenazada en la frontera.

Maely levantó la mirada, mantuvo cuanto pudo la cabeza agachada para admirar el rostro del rey. Una poblada barba encanecida simulaba los rasgos delicados de los Bruce, a quienes siempre se les vio más ingleses que escoceses hasta que comenzó su lucha por el trono. La corona se ceñía sobre su coronilla y el pelo hasta los hombros se mostraba aún oscuro en algunas partes, otras veteadas de mechones blancos.

—Nosotros preocupados Crayton Campbell y veo que estabais entreteniendo a las mozas de los MacLellan.

Maely se sonrojó sin levantar la barbilla, no estaba bien contradecir al rey de Escocia. ¿Campbell? ¿Crayton? Maely frunció el ceño, su guerrero del bosque era el prometido de Ailsa.

Ahora sí que se encontraba en serios problemas, se lo contaría al *laird*, que estaba sola junto a la frontera… ¡Y lo había mirado con tal descaro! Sería el esposo de su amiga en unos días.

—Majestad, encontré a la muchacha sola en el bosque y me ofrecí a acompañarla hasta su caballo.

—¿Y por eso tienes el pelo empapado, Crayton?

Maely sonrió a medias hasta que por el rabillo del ojo, vio los cascos del caballo del rey acercarse a ella.

—Mi rey, antes de encontrar a la chica, estaba en el agua.

El rey suspiró contrariado, como si desconfiara de Crayton respecto a la muchacha.

—Tu nombre, muchacha. Ese no es el caballo de una simple criada.

—Soy del clan MacLellan, señor —contestó Maely para evitar decir la verdad.

Para sorpresa de Crayton y del resto de los hombres, el rey desmontó y se acercó a Maely, en el proceso se quitó los guantes despacio. Se detuvo frente a Maely e hizo con su índice que levantara la mirada. Los ojos de Maely encontraron los del rey, entornados hacia ella, observó su rostro.

—Eres hermosa —susurró antes de deslizar la mano hasta el colgante de Maely y entre sus dedos observar la joya. No era más que una tablilla de madera que llevaba desde niña, la única cosa que salvó del hogar de su tío. William, su hermano mayor, había hecho una para cada uno y se las entregó con ternura.

—Gracias, majestad —susurró azorada, tan próxima al torso del rey. Apenas le llegaba al cuello.

—¿Es tuyo este colgante?

—Lo hizo mi hermano para mí. No es más que madera y tintados. No tiene valor excepto para mí —contestó Maely con cierto temblor en la voz.

—Tu nombre, muchacha.

—Majestad…, soy Maely…

Maely buscó con la mirada a su guerrero, que ahora estaba junto a ambos sin pronunciar palabra. Su mirada atónita se fijaba entre ella y el rey.

—No debes mentir a tu rey, jovencita. Sería un pecado mortal. Di tu nombre, muchacha.

Creyó ver una sonrisa esbozada en el rostro del rey, pero tenía razón, no podía mentir a su rey, a pesar de que juró a su *laird* que nunca volvería a pronunciar el apellido de su verdadero clan y familia.

—Soy Maely Douglas, mi rey.

Maely no sabía qué esperar, pero no que el rey se diera la vuelta de forma abrupta y se alejara de ella. Ni siquiera pronunció una palabra. Maely pensó en las historias que se contaban en su hogar, el día que se prohibió pronunciar el apellido Douglas y su padre no hacía más que repetirlo en la lucha para que quedase grabado en ellos que un Douglas los había ejecutado.

—Dos hombres —ordenó el rey—. Acompañar a la muchacha al castillo MacLellan y volver antes de que nadie os vea. Nuestra llegada será mañana al amanecer, si algo me enseñó mi padre, era que las mejores visitas son las que no se anuncian. Y tú muchacha, no digas una palabra de este encuentro.

Maely asintió, aunque el rey le daba la espalda. Miró a Crayton, que tampoco parecía entender nada.

—Yo la acompañaré, majestad.

—Está bien, Crayton —asintió el rey mientras era ayudado a subir a su montura por un escudero.

Más tarde, cuando Maely se alejaba del lago montada en su caballo, giró la cabeza hacia atrás. El rey Bruce permanecía viendo su partida, una mano en las riendas y con la otra frotaba un medallón similar al de Maely. Nunca pensó que un Bruce despreciara de tal forma a una Douglas haciendo parecer a los demás que no tenían nada que ver. Maely estaba cansada de aparentar serenidad, de ser ignorada y despreciada.

Capítulo IV

—Eres Crayton Campbell, el novio.

Crayton se giró hacia Maely, que en gaélico significaba «princesa», veía en ella a una mujer rebelde, conocedora del bosque, con ojos del color de las praderas del norte y la profundidad del musgo. Desde luego, no parecía una princesa después de todo, no con esos labios y ese rostro.

—Soy el prometido de Ailsa MacLellan, ¿la conoces?

Maely se preguntó si Ailsa estaría igual de intrigada que Crayton Campbell por saber cómo sería su futuro esposo.

—La conozco.

—¿Es hermosa?

—¿Es lo único que te importa?

Crayton esbozó una sonrisa, la chica no se andaba con rodeos. Miró al frente como si estuviera meditando su respuesta, sin darse cuenta pensó en su madre, hacía mucho que no intentaba recordar su rostro.

—No. Quiero que sea valiente, decidida, que tenga opinión, sea bondadosa y sepa reír y llorar… ¡Ah!, y que sea hermosa a ser posible.

Maely se quedó callada, no esperaba aquella respuesta por parte de Campbell, en realidad, nunca hubiera pensado que era capaz de decir algo tan hermoso. Sonrió conmovida, tal vez el guerrero solo intentaba granjearse su amistad. Su rostro apenas expresaba emoción alguna, tan serio y rígido.

—¿No te preguntas qué quiere ella de ti? Supongo que no, a Ailsa la obligan a casarse contigo.

—Al igual que a mí.

Maely se mordió el labio indecisa antes de preguntar, tal vez estaba yendo demasiado lejos.

La silueta del castillo se vio en la lejanía, las dos torres cuadradas aparecieron ante sus ojos, sin darse cuenta, habían atravesado el bosque y ante la mirada de ambos, se extendía una enorme pradera de brezo y flores moradas.

—¿La tratarás bien? A Ailsa.

—Eso intentaré, mientras no pida amor ni mi alma, hallará en mí a un hombre de honor. No quiero que me tenga miedo, habla con ella.

—Bonitas promesas, Campbell —susurró Maely con ironía.

—Solo espero que se lo digas, Maely. Puede estar tranquila, al igual que tú. —Pareció meditar un instante y miró inquisitivo a Maely—. Lo que no entiendo es qué hace una Douglas entre los MacLellan.

—¿Conoces a mi padre y a mis hermanos? —preguntó Maely. Contuvo el ansia de su corazón, el palpitar tan fuerte que temía que él lo escuchara.

—Algo rudos y cabezotas, Douglas es un gran guerrero, y aunque aún jóvenes, tus hermanos siguen sus pasos.

Maely contuvo el aliento, nunca podía hablar de su familia con nadie, y estaban vivos, Crayton no tenía por qué mentir. Los comerciantes de telas, los forasteros, traían historias de James Douglas, pero era muy diferente a oírlo de un guerrero del rey. Vivos, en algún lugar,

Maely, al instante, frunció el ceño. ¿Entonces por qué jamás habían ido en su busca?

—¿No sabes nada de ellos?

—No es asunto tuyo, Campbell.

Crayton dejó que la muchacha se adelantara a él, había algo que se le escapaba en aquella situación. Una Douglas entre el clan MacLellan, hasta hacía unas décadas enemigos. Maely parecía muy cuidadosa con decir su nombre y solo ante el rey había confesado su apellido. ¿Y por qué Douglas jamás hablaba de su hija? De William, hablaba sin parar, de Grant Archibald, también, aunque careciera de alma…, pero ni siquiera sabía que tuviera una hija.

—A partir de aquí, debo ir sola, pueden verte desde las almenas.

Crayton asintió pensativo, hizo que su caballo cruzara la testuz en el camino de la yegua de Maely.

—Espero verte en el tiempo que pase en el castillo MacLellan.

Maely respiró hondo sin comprender por qué le hacía tanta ilusión que él quisiera encontrarse con ella de nuevo.

—Tal vez volvamos a vernos, Crayton Campbell, vuelve por favor, el rey te espera… Prometo que intentaré hacer llegar a Ailsa tus buenas intenciones, por ella, para tranquilizar su espíritu, no para que encuentres una novia dócil. No te olvides, Campbell de tus palabras, porque Ailsa se merece un buen hombre a su lado.

Crayton observó a Maely bajar la colina al trote, al llegar al camino que dividía la extensa pradera en dos, inició la cabalgada. Nunca antes había hablado con una mujer como con Maely, sin coqueteos ni devaneos, de manera directa y sin artificios. Había sido sincero con ella. Decidió que no le importaría pasar más tiempo con aquella muchacha de ágil mente y demasiados secretos. Crayton se aseguró con la mirada que ella llegaba hasta la aldea y tensó las riendas de su caballo. Sería muy difícil que olvidara a Maely Douglas y la presión de la daga de ella en su cuello. O tal vez no podría dejar de pensar en sus rojos labios del color de la cereza madura, o su melena negra del color de la turba. Algo que Crayton seguro no olvidaría sería la sensación de su cuerpo sobre el suyo.

Capítulo V

Maely cabalgó con furia hasta que estuvo demasiado cerca de la aldea, era tarde, había pasado fuera demasiado tiempo como para que nadie se hubiera percatado de su ausencia. Dejó su yegua al cuidado del palafrenero en las cuadras y salió a la carrera al llegar a la arena del patio. Evitó la entrada del salón donde todos estarían comiendo y se deslizó por la puerta lateral hacia las cocinas. Necesitaba hacer que su corazón se calmase, sus mejillas dejaran de ponerse del color de la grana, olvidar el cuerpo del guerrero desnudo que acudía a su mente de forma impúdica, y para su vergüenza, recordaba con todo lujo de detalles. Quizá en lugar de escabullirse hasta sus habitaciones y hacer como si llevara todo el día allí, enferma, por ejemplo, debería ir corriendo a arrodillarse frente al altar de la sacristía y rendir cuentas de su horrible pecado.

La cocinera negó con la cabeza al ver a Maely parada en mitad de su cocina, Drustan, el joven ayudante, abrió los ojos e inclinó la cabeza para advertirla.

—Maely, vete. El *laird* ha estado preguntando por ti toda la mañana.

Maely contuvo el aliento, nada bueno se avecinaba. ¿Cómo se habría enterado de que había salido del castillo?

—¿Y dónde irá, tonto? —susurró la cocinera—. Será peor si tiene que buscar a Maely todo el día. Sé valiente muchacha, ¿qué más puede hacerte? ¿Pegarte otra vez? Créeme, Maely si te digo que la piel al final se pone tan dura que ya ni duele, mi marido que en el infierno esté, lo comprobó el muy villano. No hubo un día en que no me diera un buen pescozón.

Desesperada, miró hacia la puerta abierta de las cocinas, escuchó la voz del *laird* en el patio, atronadora y exigente. Miró a Drustan. Su amigo encogió los hombros sin saber cómo proteger a Maely. No podía pedirle que se metiera en un lío a causa suya, la única razón de que Drustan aún no hubiera empezado su entrenamiento con la espada era ella. El *laird* sabía de su amistad con él y para castigar a Maely, impedía a Drustan hacer lo que más le gustaba. El precio de su amistad con Maely significaba que nunca se convertiría en guerrero del clan. No quería que Drustan se expusiera por ella en una sola ocasión más.

—Tienes razón, no puedo huir eternamente, ¿no? —preguntó Maely al mismo aire.

Maely no esperó más consejos en las cocinas, sino que salió al patio con los hombros erguidos. Intentó alisar la falda de su vestido, ató su larga melena con un lazo, volvió un instante para mirarse en el reflejo de una olla de cobre, cuanto más desapercibida, mejor. Él enseguida la vio al salir de las sombras del interior. Por fortuna, Angus estaba con él. Su mirada llena de rencor se dirigió a ella y solo a ella. Maely no podía mantener el pulso firme cuando avanzó con las manos unidas sobre su vientre.

El *laird* de los MacLellan jamás había sentido un ápice de bondad para ella. No era cruel en exceso con sus gentes y cariñoso con sus hijas, sobre todo con la mayor, Rhona. Tenía la justa piedad y no dudaba en castigar a quienes lo traicionaban o robaban. Para Maely, se aplicaban otras normas, unas que ella misma desconocía, su sola presencia lo enervaba, su respiración le desagradaba, la simple mención de su nombre lo asqueaba, Maely era consciente de todas aquellas cosas y con el tiempo, perfeccionó su táctica de permanecer invisible en su presencia.

—¡Maely!

El *laird* estaba frente a ella y, sin embargo, gritó su nombre. Maely hizo una señal a Angus que frunció el ceño desorientado. Tampoco él sabía qué ocurría.

—Gawen dice que has salido a cabalgar muy temprano, ¿dónde has estado?

Buscó con la mirada a ese asqueroso de Gawen.

—Mi señor, llegué hasta la linde del bosque y luego volví enseguida.

Maely debía haber esperado aquello, por el contrario, fue sorprendida por dos zancadas del *laird* y una bofetada rápida. No tenía que haberse dado cuenta que llevaba su guantelete de espada. El dolor lacerante de la piel del rostro hizo que Maely cayera de rodillas. El *laird* cogió su coleta y levantó su cuerpo al tirar de su cabello atado.

—Señor, no.

Una vez más, Angus tuvo que situarse entre los dos, evitar que el *laird* volviera a golpearla. Si se interponía de una forma abierta ante MacLellan, sería considerado un desafío a su autoridad, ambos, Angus y su madre, serían desterrados, la deshonra caería sobre ellos y su familia. Maely tenía que hacer algo enseguida y desviar la atención de Angus.

—*Laird* perdonadme, no volveré a montar esa yegua ni atravesar la pradera.

El *laird* apartó a Angus y sin soltar su coleta, aproximó su rostro al de ella.

—Sucia mentirosa, cuando me enteré de la sangre que corría por tus venas, debí matarte. Me embrujaste porque tienes las mismas vísceras de todos los diablos de tu estirpe. Gawen dice que hay hombres en el bosque. ¿Quiénes son? ¿Has estado con ellos?

Maely cerró los ojos al sentir un hilo de sangre descender desde su frente hacia la mejilla. Maldito Gawen y su larga lengua. Empezó a sentir como su rostro se hinchaba. El *laird* debió darse cuenta de que había pegado a Maely con el guantelete de anillas y la soltó contra el suelo.

Maely recordó su promesa al rey y a Crayton Campbell, no querían que supieran que estaban tan cerca. John MacLellan podía arrancar su piel a golpes, pero no tenía poder en sus decisiones ni en sus promesas.

—No mi *laird*, no vi a nadie. Dejé que la yegua bebiera en el lago, por eso fui más lejos. No me encontré con nadie, señor. No volveré a montar si es lo que deseáis.

—¿Lo que deseo? Desearía encerrarte en la más profunda de mis mazmorras hasta que mis invitados y esa boda se celebre, pero cuentas con el cariño de mis hijas y jamás lo comprenderé. Intenta pasar por una criada más mientras estén aquí, si no me equivoco, son mis invitados los que están refugiados en el bosque. No te costará, ya pareces un muchacho con esos pantalones andrajosos.

Maely asintió mientras agachaba la cabeza, se aferró a la empuñadura de su daga hasta que los nudillos se tornaron blancos y dejó de circular la sangre. Un día cualquiera, si volvía a pegarle… Angus pasó junto a Maely, tras el *laird*, y se agachó a su lado.

—Ve con mi madre y suelta esa maldita daga, Maely.

Gritó hacia dentro, donde su alma estaba contraída de ira y venganza. Sentía un pozo negro, oscuro, que se iba comiendo los restos de la Maely que fue.

Drustan corrió a tomar su mano y ayudar a que se levantara, la cocinera se limpió las lágrimas con la falda, Tristán le devolvió la daga del suelo y la limpió con su trapo de herrero, el resto de las gentes del clan se turnaron para que se apoyase en su hombro o brazo hasta que apareció en casa de Margaret. Puede que su *laird* fuera un demonio, pero Maely quería al clan MacLellan y ellos apreciaban su compañía. Más de una vez, habían escondido a la pequeña Maely y cubierto las escapadas de la Maely adolescente. Cada vez era más mayor y estaba más perdida en un lugar que no era el suyo. Maely sentía que en algún sitio tendría cabida, sin tener que soportar golpes, sin esconderse ni sentirse tan miserable. Hubiera deseado llevarse al clan y a Rhona y Ailsa, a

Margaret y Drustan. ¿Deseaba algo ella? Algo tan terrible y oscuro como matar al *laird* MacLellan.

—¡Cielo santo! ¿Qué te ha hecho, mi niña?

«Debía ser grave», pensó Maely, Margaret no solía hacer aspavientos, solo abrazaba su cuerpo, a veces Maely lloraba y otras Margaret hacía que se sentara junto al fuego y aliviara sus moratones con sus ungüentos. Maely muchas veces ni recurría a ella, había aprendido de hierbas y pociones para poder curarse a sí misma y a Margaret si algún día enfermaba.

—No puede ser tan grave, creo que me dio en la frente. —Maely fue a tocarse y Margaret le apartó la mano.

—Te ha partido la ceja, Maely.

—Bueno, le mentí. Por una vez, estaba en lo cierto y se lo oculté. Conocí a un hombre en el bosque.

Margaret abrió los ojos cuanto pudo y en cuanto tuvo la aguja preparada, se sentó a su lado.

—¿Y qué hombre es ese, Maely Douglas?

—No era un duende ni un *brownie*, no te emociones Margaret, era un hombre de lo más normal.

El tono en que lo dijo hizo reír a Margaret, esa muchacha jamás aprendería a mentir con convicción.

—¿Quién es un hombre de lo más normal? Sabría que te encontraría aquí, Maely.

Rhona estaba en la puerta entreabierta y empujó la hoja de madera con una sonrisa en los labios. Maely intentó girarse para que no viera los puntos con que Margaret acababa de coser su ceja.

—No hace falta que te escondas, sé que mi padre te ha pegado. En las cocinas no dejaban de hablar de ello. Déjame ver.

—Acabo de coserlo, no toque los puntos, *milady* —ordenó Margaret, quizá la única persona que se permitía hablar así a la hija mayor del *laird*.

Rhona arqueó la ceja, sus pestañas rubias parpadearon rápido para que Maely no viera en su rostro la magnitud del golpe. Se echó el cabello rubio sobre el rostro y se separó un poco.

—No duele tanto como parece —afirmó Maely. Al hacer un pequeño gesto, le ardió la mejilla a causa del golpe.

—No mientas Maely, es un animal…

—No digas eso Rhona, es tu padre —susurró Maely ante los brillantes ojos azules de su amiga.

—Puede decirlo con toda razón —farfulló Margaret.

—¿De quién hablabais cuando entraba? ¿Tienes a alguien especial, Maely? —Rhona se sentó en un banco frente a ella. Maely no sabía por qué se sonrojó hasta las orejas.

—No es nadie, alguien que encontré en el bosque.

—¿Un hombre? Cielos, cuéntame. ¿Te besó?

—¿Qué? No. ¿Por qué supones que me besó? Solo era un hombre sin importancia.

—Entonces por qué te pones del color de las moras…

—Es el golpe, Rhona.

—A todo esto, será mejor que no aparezcas por el castillo en uno o dos días, Maely, padre no dirá nada, supongo que estará levemente avergonzado.

—¿Solo levemente avergonzado? —repuso Margaret al mismo tiempo que soltó dos cuencos de guiso sobre la mesa—. Comer muchachas.

Ambas sonrieron, Margaret solucionaba cualquier cosa con un buen guiso. Maely esbozó una

mueca de dolor y Rhona negó con la cabeza, cómplices tantos años del carácter de la curandera.

—¿Me lo contarás si me pongo muy pesada? ¿Quién era ese hombre? ¿Era atractivo? —insistió Rhona.

Ahora fue Maely quien negó con la cabeza, su pensamiento respondió en silencio por ella. Crayton Campbell era muy muy masculino y de rostro atractivo, el cuerpo cincelado de un dios pagano… y no podía hablar de él si no quería que el *laird* MacLellan la desollara viva.

—Sé que he dicho que no deberías aparecer por el castillo. Solo un favor, deberías pasarte a ver a Ailsa, puedes escabullirte al anochecer Maely —pidió Rhona con sinceridad.

Sus ojos no dejaban de mostrar piedad por ella y Maely odiaba ver esa expresión tanto en Rhona como en su hermana Ailsa.

—Está muy preocupada por ti, y yo por ella. En dos días conocerá a su futuro marido y apenas habla o come. Te necesita Maely, sé que es egoísta por mi parte, habla con ella…

—No puedo ayudar a Ailsa, me gustaría decirle que su esposo será bueno con ella, que tendrá una vida feliz, pero nunca será cierto. Será mejor que me esconda aquí hasta que la boda se haya celebrado. Ailsa tomará un camino dentro de poco, Rhona, no podrá contar con nosotras, ¿qué sentido tiene que la engañe y le diga que será feliz?

Margaret se sentó con ellas y cogió las manos de ambas. Maely sintió el calor de su mano sobre la suya, siempre desde niña, se sentía reconfortada cuando la anciana entrelazaba sus dedos con los suyos.

—Muchachas, toda escocesa tiene su sendero. Mi madre, la madre de mi madre y antes las mujeres de este clan, hablaban de ese camino. Una mujer parece que no puede elegir más que un sendero recto, el de servir a un hombre y criar a sus hijos. Es un error. Podemos elegir nuestro destino, aquel que nos dicte nuestro corazón. Son sus latidos constantes los únicos que te mostrarán que estás viva. La seguridad entraña cobardía, tú Maely no tienes nada que perder, porque no tienes nada. No como Ailsa. Eres más libre de lo que nunca será ella. Deberías ir y calmar su espíritu, aunque ni tú misma lo creas.

Capítulo VI

Crayton se tomó su tiempo para volver al campamento del bosque, no deseaba compañía alguna, excepto tal vez, la de Maely Douglas. Hizo la señal para que los hombres de guardia lo reconocieran en la distancia y llegó hasta el campamento. La tienda del rey estaba situada en el centro el único que dormía bajo resguardo, estaba abierta y Crayton no dudó en entrar. Su majestad estaba sentado, afilaba la hoja de su espada con deliberada lentitud, como si estuviera meditando ensimismado. Tras una última pasada al acero con la piedra, indicó con la mano a Crayton que pasara.

—Puedes preguntar, Campbell.

Crayton caminó con sorpresa, su rey era capaz de adivinar sus pensamientos mejor que él.

—¿Por qué, mi rey? Creí que Douglas era amigo vuestro, habéis visto a su hija y ni siquiera habéis parpadeado.

—Estamos a solas, Crayton.

—Pues está bien, Robert, necesito respuestas. ¿Qué hace aquí una Douglas en un castillo de los que, hasta hace unos años eran nuestros enemigos? ¿O es que la chica miente y no es quien dice?

Bruce frunció el ceño.

—Esa chica no debería estar viva, Crayton. En cuanto vi su rostro en el bosque, reconocí a su madre en ella, siempre me pregunté qué vio una mujer tan hermosa en Douglas, ella era como una flor y él… El medallón solo me confirmó quién era Maely. —El rey miró hacia un rincón indefinido de la tienda—. Todos pensamos que había muerto, incluido su padre. Luchábamos en Loudon, Douglas a mi lado. Vencimos tal vez por suerte o intervención divina y marché a mi hogar para quemar hasta los cimientos, me había convertido en un traidor. Derrotamos a la guarnición inglesa que estaba allí y me despedí para siempre de mis tierras y mi hogar. James Douglas, apenas a un día de camino, fue a hacer lo mismo con su hogar. ¿Has oído hablar de la «despensa de Douglas»? Los ingleses fueron a la iglesia a rezar, dejaron sus armas en la entrada y Douglas los asesinó en territorio sagrado sin compasión. Los echó a todos al pozo y envenenó el agua.

«Muchos clanes entonces nos dieron la espalda, quemábamos cuanto se cruzaba en nuestro camino para que los ingleses no se guarecieran en nuestros propios castillos. Los MacLellan se aliaron con el rey inglés y asaltaron el castillo del hermano de Douglas en Galloway. Llegaron por la noche y los pillaron desprevenidos, allí estaban refugiados los hijos de James. Cuando nos enteramos, fuimos en su ayuda, al llegar solo encontramos los restos humeantes del castillo y colgado, para que todo el mundo lo viera al entrar en sus murallas, su hermano Errol descuartizado. Todo indicaba que habían sido los ingleses. Buscamos en todas partes a Ulan y Maely hasta que encontramos en los sótanos los cadáveres de más de cincuenta niños, ancianos y mujeres. Grant Archibald, su hijo mayor, y William, el segundo, habían huido por los pasadizos al ver que habían perdido la fortaleza. Ellos fueron quienes confirmaron que en ese sótano se habían escondido el hijo menor y la única hija de James Douglas. Solo William era hijo de un matrimonio legítimo, pero Douglas los crio siempre a todos juntos. Para que entiendas cómo es James, cómo son los Douglas, sus hijos se criaron salvajes y libres, con el orgullo que ves en

Douglas en la batalla y su peculiar sentido del honor. Maely es esa niña que creímos abrasada entre las llamas, la más débil y pequeña, de la cual todos se sentían responsables. —El rey calló un instante con el reflejo del dolor en su rostro—. James creyó que estaban seguros en la frontera. Creo que por eso se sintió tan roto. Douglas esa noche, hizo que vertiéramos agua y tierra sobre los restos calcinados y lloró amargamente la pérdida de sus dos hijos pequeños. No tuvo tiempo de más, los ingleses nos perseguían y debíamos huir al norte. Tu propio padre, Crayton, abandonó a su clan para seguirnos, y mi esposa y mi hija fueron apresadas por los ingleses. Huimos sin descanso durante semanas hasta formar un ejército digno que nos permitiera enfrentar a los ingleses. Teníamos la certeza de que Maely estaba muerta, hasta que hoy he visto su colgante, William, el hermano mayor, los hizo para todos sus hermanos, con el emblema Douglas, una salamandra y fuego. Me hizo uno igual al poco tiempo de unirse a nosotros.

Ahora sabemos qué ocurrió, los MacLellan intentaron ocultar que habían sido ellos quienes cometieron tal crimen, si no Douglas hubiera quemado a cada guerrero del clan. De alguna forma, Maely se salvó y ha vivido con ellos estos años»

—Robert, hiciste ver que no la conocías, renegaste de ella.

—Crayton, ¿sabes qué pasará si James Douglas se entera de que han tenido cautiva a su hija menor todos estos años?

—Destruirá a los MacLellan

—Se iniciará otra guerra civil.

—Lo que quieres evitar al casarme con la hija de MacLellan.

—Eso pretendía, Crayton.

—Puedes girar la cabeza como hiciste antes y seguir fingiendo que no sabes quién es la muchacha.

—Douglas no se merece que le mienta. Debe saber que su hija está viva, Maely tiene una familia, hermanos, primos, un padre. La cuestión es cómo presentarme ante él y que no monte en cólera. Puede que Maely haya estado entre ellos todos estos años, pero no tenemos pruebas de que fuera John MacLellan quien masacró a los Douglas.

El rey suspiró. Se levantó del taburete y agitó su espada recién afilada en el aire.

—Déjame pensar Crayton, mañana al amanecer, llegaremos al castillo MacLellan y necesito saber cómo proceder.

Crayton siguió la figura de su rey, caminar de un lado a otro. Se había quitado la corona y se pasó la mano por los cabellos.

—Majestad, si me necesitáis, no dudéis de mi fidelidad a vos.

Robert Bruce, rey de los escoceses, se quedó mirando cómo Crayton desaparecía de su tienda y volvió a agitar su espada en el aire.

—Tal vez, Crayton, tú seas la única solución.

Capítulo VII

El rey insistió en liderar la comitiva él mismo y Crayton insistió en estar a su lado. Tan solo unos años antes estarían en territorio enemigo. Bruce había perdonado a muchos clanes que siguieron a los ingleses, otros no tuvieron tanta suerte porque lo que hicieron no tenía perdón posible. Que el rey hubiera decidido acompañar a Crayton a conocer a su prometida no era fruto de la casualidad, muy cerca de la frontera, pretendía ganarse la lealtad de aquellos clanes en los límites de Escocia para poder seguir con su misión de atacar Inglaterra una y otra vez. Necesitaban liberar los castillos escoceses donde aún se refugiaban destacamentos ingleses. La boda, los invitados, el banquete y las celebraciones posteriores servirían a Bruce para determinar quiénes eran amigos y dónde se encontraban sus enemigos. Forjar alianzas mediante el matrimonio había sido una más de sus tácticas para mantener unida la nueva Escocia bajo su reinado. Crayton admiraba al rey, muchas veces no se había conducido con total honestidad en aquella guerra, no siempre fue justo, pero sí leal a la causa y a quienes estuvieron siempre a su lado cuando creyó que moriría. El propio padre de Crayton murió por defender al rey a quien ahora él servía, y no dudó antes de su muerte que sus hijos lo seguirían en la batalla. No hubiera sido necesario, Crayton admiraba a su rey y servía a su causa con una lealtad incuestionable.

Entraron en la aldea de los MacLellan a caballo, por el camino principal. Todos estaban avisados ya en el pueblo y el castillo estaba preparado para su llegada. La situación estratégica del castillo era indudable, sobre una colina, cualquiera que se acercara por tierra debía atravesar la extensa pradera y arriesgarse a ser visto desde millas atrás. Los aldeanos atisbaban tras las contraventanas de madera, algunos más osados junto a la puerta de sus casas. Las mujeres y los niños habían desaparecido junto a los animales de granja, con toda seguridad, ocultos hasta en las mismas casas por temor a que los soldados se los llevaran. Al pasar por el camino, vadearon el río. Sentada a la puerta de una de las casas, una mujer sonrió cuando Crayton miró el abundante huerto y los amuletos colgados de la techumbre. La sanadora de la aldea sin duda. La pequeña construcción tenía una robusta chimenea de la que salía un humo oscuro, sin duda, quemaba turba y el olor impregnaba cada paso que avanzaba la comitiva. Crayton se giró para ver como la sanadora sonreía a su paso como si ya lo conociera.

Algunos aldeanos, al ver cómo eran escoltados por dos guerreros MacLellan, se aventuraron a curiosear con mayor descaro. Crayton se sorprendió a sí mismo cuando miró con detenimiento los rostros de las muchachas de la aldea. No sabía en qué momento su mente lo había traicionado y había empezado a buscar a Maely entre todas aquellas gentes. Maely. Camino del castillo frente a él, con las puertas abiertas para invitarlo a entrar, se preguntó por qué demonios pensaba todavía en la muchacha cuando, en el patio del castillo estaría su futura esposa a la espera de su llegada.

Las dos torres proyectaron su sombra sobre ellos y atravesaron la barbacana, a ambos lados, sobre sus cabezas, dos enormes cubas que Crayton esperaba que estuvieran vacías de brea y fuego. En el patio, los guerreros MacLellan formaban un estrecho pasillo, casi ofensivo a su paso junto al rey. «Una demostración de poder fuera de lugar», pensó Crayton. A su lado, el rey lo miró con una ceja arqueada, pensaba igual que él. MacLellan aún era hostil a su rey.

Crayton no dejaba de sorprenderse, el clan MacLellan, igual que muchos clanes provenía de

la misma familia, aunque hubiera esposas, maridos, que no compartían los mismos rasgos, pero la gran parte de aquellos que estaban en el patio eran rubios de ojos azules. Se preguntó si Maely, una niña adoptada por el clan a la fuerza no se habría sentido tan desplazada como él en ese momento. Maely, con su cabello negro y sus ojos verdes, la tez más oscura que la de ellos, debió de sentirse siempre una extraña. De una forma o de otra, a Maely le habían arrebatado su infancia y su verdadera familia.

—Ahí tienes a tu dama, Campbell —susurró el rey—. Debes admitir que es hermosa.

Las dos hijas de MacLellan, una a cada lado de su padre, eran idénticas, se distinguía en los rasgos de la muchacha de la derecha que era mayor. La más joven de las dos hermanas, a la izquierda del padre, se retorcía nerviosa las manos, parecía que, de un momento a otro, echaría a correr, esa, sin duda, era su prometida. Su piel era inmaculada, su pelo estaba recogido en una trenza, de un rubio cobrizo, capaz de desmerecer el mismo brillo del sol. Sus ojos azules apenas se posaron en él antes de reverenciar a su majestad.

—Es hermosa, majestad —confirmó Crayton—, si no tuviera a MacLellan por padre.

—Templa tu carácter, Campbell, venimos a hacer amigos, no enemigos. La muchacha más mayor es Rhona MacLellan, está prometida a su primo, Gawen, él heredará el título y las tierras de las MacLellan.

Crayton resopló debido a la confianza que el rey le mostraba al contarle sus planes, por ello, cuando le propuso aquel matrimonio, asintió, ¿qué importaba una mujer a su lado? Y después, tras meditar su decisión, pensó en el matrimonio de sus padres, algo difícil de encontrar. Su padre siempre consultaba a su madre sobre el destino del clan, cuando estalló la guerra, ella estuvo de acuerdo en que siguiera al rey Bruce, primo suyo, fueron tiempos difíciles en que sus progenitores se miraban con cariño y compartían confidencias. Su madre era una mujer resuelta e inteligente que se ocupaba poco de bordar y mucho de las necesidades del clan, había pensado en ella cuando le contó a Maely cómo le gustaría que fuese su esposa.

Los palafreneros tomaron las bridas del caballo y desmontó a la par que su rey. Ante ellos, la reverencia de MacLellan y sus hijas se extendió quizá demasiado, Bruce no iba a renunciar a su posición una vez conseguida. Crayton sonrió y el *laird* John MacLellan frunció el ceño aún con la cabeza baja y la mirada levantada ante su monarca.

—Levántate, MacLellan —ordenó el rey, ante lo cual el *laird* respiró un tanto indignado.

Maely observaba desde la pared del establo, apenas se oía nada desde allí, pero el temor a ser vista por el *laird* era mayor que su curiosidad. Había visto cómo avanzaba la comitiva por la aldea y la sonrisa de Margaret, luego decía que no era una bruja, seguro que ya había intuido que Crayton era el hombre del bosque. Maely observó en la distancia el rostro del rey y un dolor se instaló en su pecho, como si hubiera sido negada por un amigo suyo en lugar de uno de su padre. Entonces Maely contuvo el aliento. Había algo en el *laird* de los Campbell que hacía que, a cada paso, las miradas de los hombres fueran de respeto, y de las mujeres, admirativas. Tomaba todo el aire a su alrededor y parecía estar solo él. Impresionaba ver a Campbell, vestido por completo de negro, el contraste con sus ojos azules era extraño. Su semblante parecía siempre serio, su expresión, indescifrable, casi atemorizaba. Ailsa estaba allí de pie en mitad del patio con el rostro pálido. Crayton saludó a Rhona y después, se inclinó ante Ailsa. ¡Estaba tan hermosa! Llevaba un precioso vestido azul que habían cosido entre Rhona, Ailsa y ella durante las últimas semanas. Crayton debía haber caído rendido ante lo bonita que era su amiga. Un pequeño y extraño dolor se adueñó de su pecho, Maely apartó el rostro cuando el brazo de Ailsa se posó sobre el de Campbell y vio que temblaba. Se giraron y fueron juntos hacia la torre del homenaje.

—¿Qué tal estás, Maely? Ese moratón no tiene buena pinta.

Maely dio un respingo y sintió el brazo de Drustan pegado al suyo.

—Es más escandaloso de lo que parece.

—Una mierda, mi primo me pegó con una piedra en la ceja y mira qué cicatriz, se te quedará una igual —dijo el muchacho. Drustan señaló su ceja deformada y Maely sonrió.

—Lo de menos es la cicatriz, Drustan, hazme caso.

Drustan, al principio no lo entendió y frunció el ceño. En cuanto vio la sonrisa de Maely, se quejó.

—¿Acabas de llamarme feo, Maely?

Maely rio por la cara que ponía su amigo.

—Nooo, de todos los muchachos MacLellan, eres el más guapo, por eso alguien tiene que bajarte los humos Drustan.

Drustan golpeó su hombro como si fuera un chico, de hecho, Maely, para pasar desapercibida hasta que se curase su herida, vestía con pantalones y una casaca con capucha. Aquel atuendo le permitía esconder sus dagas para defenderse de Gawen, y quizá, algún día, plantar cara al *laird*. Aunque le costase la vida.

—Voy al prado, vamos a practicar con el arco, ¿vendrás con nosotros? Quizá mejor no, Maely. Luego nos ganas a todos y es humillante, no te rías, en serio que tus flechas son más certeras que las de cualquier guerrero.

Maely pensó que le serviría para dejar de tener esa sensación de opresión en el pecho.

—¿Qué nos jugamos?

—La cocinera tiene un pedazo de jamón cocido que ha salvado del desayuno.

Se cogió del brazo de Drustan y revolvió sus cabellos al tiempo que trataba de olvidar que Crayton Campbell y Ailsa estaban dentro del castillo.

—Drustan, ¿sabes una cosa?, a Margaret le encanta el jamón cocido.

Drustan se llevó la mano al cabello para colocárselo de nuevo, le fastidiaba que Maely le hiciera ese gesto y revolviera su cabello, tan solo tenía un año menos que ella.

—¿Sabes una cosa, Maely? Si ganas otra vez, nadie querrá volver a jugarse nada contigo.

Capítulo VIII

Crayton estaba incómodo, se sentía como cuando encerraba a uno de sus caballos en el establo y le miraban con pena. Allí estaba sentado en el salón de los MacLellan, con su futuro suegro frente a él. A ambos lados tenía a sus hijas, la mayor, Rhona, parecía estar tan aburrida como él mientras los MacLellan ponían ante ellos cerveza y comida para que se recuperaran del viaje.

—Os habéis adelantado, mi rey, os esperábamos en dos días —pronunció molesto John MacLellan.

—En efecto. Crayton estaba ansioso por conocer a vuestra hija.

Crayton elevó los ojos al cielo, si dejaba su cortejo en manos del rey acabaría pareciendo un muchacho imberbe y ansioso. Intentó esbozar una sonrisa, tan poco frecuente en él, no era gallardo, ni amable, ni era de lisonjas… Esto iba a ser difícil.

—Dejemos que estos muchachos se conozcan, quiero hablar con vos, Bruce.

MacLellan no perdía el tiempo, quería ver cuánta dote le traería aquel matrimonio apadrinado por el rey u ordenado, según quisiera aceptarlo. El rey y MacLellan se levantaron ante la mirada aburrida de Crayton. Observó el salón, lleno de tapices y bordados, el hogar de dos hijas. Todo estaba limpio, inmaculado incluso, en previsión a la visita del rey. Las mesas y los bancos habían sido frotados hasta la extenuación y en las esquinas había romero y lavanda para que el salón tuviera esa delicada fragancia. Los MacLellan eran prósperos, pero ganarían mucho más cuando Crayton se casase con Ailsa.

Su futura esposa miraba de reojo su rostro y sus mejillas estaban teñidas de color rosado. Otros hombres hubieran dado todo por tener semejante prometida, parecía educada, quizá demasiado comedida. No había duda de que era una belleza, algo fría, su pelo demasiado rubio, sus ojos tan azules que parecían grisáceos, pero todo en ella… no despertaba el ardor en sus venas.

—¿Puedo llamaros Crayton? —preguntó la hermana mayor, Rhona—. Podéis tutearnos, ya que seremos familia.

—Me gustaría, por favor.

—Ailsa estaba ansiosa por conoceros.

Después de aquellas palabras de Rhona, el silencio volvió a hacerse en el gran salón.

—¿Te gusta la caza, Crayton?

La voz de su joven prometida era dulce, sus gestos demasiado inocentes. Sonrió tras la pregunta como si hubiera necesitado de gran valor para comenzar a hablar. Estaba pasando lo que, justamente, Crayton pensaba, la joven le tenía miedo. No tenía la culpa de no ser un gentil prometido.

—Me gusta Ailsa. Tenía dos hermanos mayores que se pasaban el día en el bosque.

—Disfruto más con el telar y los bordados, la caza y montar a caballo no es mi deporte favorito.

Crayton intentó no suspirar, Ailsa y él no podían ser más diferentes. Ella ni siquiera se había tomado la molestia de preguntar dónde estaban sus hermanos mayores, porque hablaba en pasado de ellos. Ni por qué era él quien ahora ostentaba el título de *laird* de los Campbell, a pesar de ser el pequeño. Charla insustancial, eso era lo que quería su prometida y lo que les esperaba en el

futuro. A pesar de que su rostro no se había inmutado ni había mostrado sentimiento alguno, su prometida carraspeó nerviosa. Intentó que no se notara lo aburrido que era todo aquello.

—Paso mucho tiempo con Rhona en el interior del castillo —contestó al señalar a su hermana que no paraba de moverse en el asiento, la hermana apenas sonrió al ver que los dos prometidos comenzaban a hablar de una vez—. Y Maely. Es mi mejor amiga.

Crayton casi se incorporó del asiento. ¿Sería Maely Douglas a quien se refería Ailsa?

—¿La conocéis?

Rhona se inclinó a su vez hacia él intrigada por el sobresalto de Campbell.

—¿Cómo va a conocer a Maely? Ella nunca sale de nuestras tierras.

—Tienes razón hermana, pero ¿por qué no hablas a Crayton de tus tapices? A Ailsa le encanta bordar…

—Maely, vuestra amiga…

Fue cuanto bastó para que su joven prometida suspirara, feliz por haber encontrado una salida a aquella incómoda conversación. Sin embargo, Crayton percibió cierto malestar en la hermana mayor. De ser la Maely que él había encontrado en el bosque, no era de extrañar, podían ser las tres amigas, pero en verdad, a los ojos de Crayton podía eclipsar a ambas. Rhona estaba demasiado ansiosa por que entre su hermana y él surgiera una chispa, que Crayton ya sabía que jamás podría existir. Podían tener un tranquilo matrimonio donde Ailsa sería una magnífica señora del castillo, ¿pero era eso acaso lo que Crayton quería? Jamás había indagado demasiado en el amor, las mujeres de sus diferentes épocas, mientras crecía, fueron amantes, nada más. Nunca se preguntó si podía amarlas, no, nunca encontraría lo que sus padres tuvieron la suerte de vivir el uno junto al otro.

—Maely te caerá bien sin duda, a todos les agrada. Es un poco cabezota y parca en palabras, pero aprenderás a apreciarla en cuanto viva con nosotros.

—¿Con nosotros? —dejó caer Crayton.

—Ailsa, padre jamás lo permitiría. Nunca dejará que salga de estas tierras.

Ailsa se giró para mirar a su hermana con una mirada de súplica.

—No se lo he pedido aún, sabes que soy capaz de convencerlo.

Que Rhona pensara que no dejarían a Maely acompañarlos era normal, si Maely salía de territorio MacLellan, su crimen se sabría enseguida. Crayton aún estaba farfullando la idea tan tentadora de que Maely fuera con ellos a su hogar cuando unos gritos de júbilo interrumpieron la conversación. Miró hacia la puerta abierta que daba acceso a las cocinas. Rhona intentó impedir que se levantara, con una breve excusa, Crayton se incorporó y acudió hacia el estrecho corredor que llevaba a las cocinas. Tomó el brazo de su prometida que, con una sonrisa, se acercó a él, como si ella sí supiera qué era aquella algarabía procedente de la parte de atrás del castillo. Crayton se sorprendió al ver que los cocineros y ayudantes no les prestaban atención, se asomaban a la puerta y las ventanas mientras se intercambiaban apuestas excitados entre los fuegos y las ollas de cobre. Caminó entre ellos, allí el patio se estrechaba y un amplio arco daba a la extensa pradera de un lateral del castillo.

Vio enseguida de qué se trataba, él mismo había participado en alguna apuesta semejante con sus hermanos y los guardias de Innis Chonnel. Varios muchachos se posicionaban a la derecha y ocultaban al arquero a quien ahora aclamaban para que volviera a acertar en el blanco. En el grupo de la izquierda, varios guerreros MacLellan se cruzaban de brazos con la mirada torva al observar al arquero. Crayton sonrió cuando vio a algunos de sus hombres allí. Liam entre ellos, el capitán de su guardia.

El blanco, un fardo de paja con varios círculos pintados en rojo, quizá sangre de alguna carne.

Entre los dos grupos, en un cesto de mimbre, un pedazo enorme de jamón cocido. Se apostaba fuerte, quien ganase, tendría para comer durante unos días.

—¡Dejad espacio! —gritó un muchacho pelirrojo con delantal de cocinero. Apartó a los sirvientes del castillo para que dejaran sitio al arquero.

Crayton negó con la cabeza, dos flechas habían alcanzado ya el blanco, una, muy desviada a la derecha y otra, en la paja. El objetivo de la flecha estaría a unos trescientos metros, ni siquiera el hermano del rey, un experto tirador, sería capaz de darle.

—No acertará a tal distancia —farfulló Crayton.

Liam se acercó a él por la izquierda.

—Yo mismo lo he intentado, sabes que soy jodidamente bueno y no me he acercado al blanco.

—Lo hará, acertará.

Rhona, la comedida hermana mayor, acababa de hablar con un deje de admiración en su voz sin perder de vista el lugar donde estaba el arquero.

—Lo hará, dará en el blanco y dejará de nuevo en ridículo a todos nuestros guerreros —susurró Ailsa de forma tímida.

Crayton frunció el ceño, nunca pensó que tendría que competir con un enamorado de su prometida. Las dos hijas de MacLellan se hicieron paso entre los sirvientes, en cuanto vieron quiénes eran, abrieron los primeros sitios para darles un lugar. Crayton se sorprendió de la corta estatura del arquero, sus delgados brazos bajo la camisa y sus enclenques piernas bajo el pantalón. No sería capaz de tensar el arco para llegar a tanta distancia.

—Drustan —susurró con voz concentrada el arquero al muchacho pelirrojo. Presto, el chico deslizó en la mano libre del arco, cera de abeja.

Crayton sabía para qué era utilizada la cera por muchos arqueros, para que la flecha pudiera deslizarse entre sus dedos con mayor agilidad, pero corría el riesgo de que, al salir con fuerza, se resbalara.

No se dio cuenta de que contenía la respiración como todos los allí reunidos, no se oía ni el canto de los pájaros. El arquero echó el brazo hacia atrás en un ángulo casi imposible, solo quienes habían entrenado desde niños podían estirar tanto sus músculos internos. Su padre se lo había explicado una vez, también que un muchacho entrenado desde pequeño tiene mucha más flexibilidad en el brazo que otros guerreros que empiezan más mayores. El arquero se colocó. Su posición era perfecta, casi, porque la capucha parecía molestar su visión. Echó hacia atrás el molesto obstáculo con un gesto de la cabeza y volvió a tensar con mano firme. La flecha se elevó hacia el cielo antes de afianzar su posición, al mismo tiempo que una larga melena negra y ondulada caía por su espalda. Entonces se dio cuenta, su estrecha cintura, su pequeña figura.

—Maely jamás falla, el mismo Angus la entrenó desde que era una niña. Conocisteis a Angus en el patio, es el guardia mayor de los MacLellan.

Un siseo para que mantuvieran silencio hizo que su prometida callara. Fue rápido, sin dudar, sin vacilaciones. Maely mantuvo los pies abiertos con firmeza y disparó su flecha. Crayton no supo si fue primero el clamor de la victoria o que aquella saeta diera en el blanco cuando se iniciaron los chillidos.

Maely se giró con los ojos brillantes, una sonrisa enorme y sus amigos hicieron que desapareciera entre abrazos y saltos. Crayton cruzó los brazos pendiente de aquella muchachilla que no dejaba de sorprenderlo. Nunca había visto algo tan sensual como ver a Maely tirar con el arco.

—Os dije que vencería —afirmó Ailsa.

Crayton vio como algunos guerreros, entre ellos Liam, iban también a facilitar a Maely, cosa que no era habitual en él. Liam era competitivo, demasiado algunas veces.

—Si le viene en gana a Maely. —Rio Rhona—. A veces tiene que dejar ganar a algún hombre, sino nadie seguiría apostando con ella.

—¿Apostando? Lo hace para comer, entonces —preguntó de verdad intrigado.

—No, luego lleva todo cuanto gana a la gente de la aldea y lo reparte entre los que necesitan ayuda.

—Loable, entonces.

—No te confundas, Crayton Campbell —objetó Rhona—. Maely no es una santa, tampoco es mala, pero ha crecido buscándose la vida, trapichea igual que cualquier pilluelo de Edimburgo y tiene la picardía de un comerciante. Su carácter es juguetón en extremo, a pesar de todo lo que… Quiero con toda mi alma a Maely, igual que Ailsa, ha sido como una hermana para nosotras, pero hay veces que desearía que no se metiera en tantos problemas.

Como si Rhona MacLellan hubiera invocado esos problemas, la voz del jefe de la guardia resonó desde un lateral del improvisado campo de juego. Con el ceño fruncido, se llevó a Maely sujeta del brazo. Crayton dio un paso hacia adelante.

—No te preocupes Crayton, Angus es como un padre para ella. No le gusta que utilice sus habilidades para conseguir beneficios.

—Con el rey entre estos muros, no, Maely. No debes llamar la atención bajo ninguna circunstancia —regañó Angus a su pupila en voz alta.

Maely se dejó llevar por el guerrero, pasó al lado del pelirrojo y le señaló con un guiño la cesta para que recogiera sus ganancias. Entonces, Maely levantó la mirada, sus ojos y los de Crayton se encontraron por un instante. La sonrisa de Maely murió de inmediato, aunque Crayton creía haber visto el brillo de sus ojos al reconocer que era él. Enseguida ella giró el rostro, ¿avergonzada?

Nadie, ni siquiera su prometida, se había dado cuenta de la mirada de reconocimiento que habían intercambiado Crayton y Maely. En realidad, sí había dos personas que se percataron. Rhona, junto a él, y entre las sombras del muro, Gawen MacLellan, que, por primera vez en mucho tiempo, sonrió al descubrir la nueva debilidad de *gráanda.*

Capítulo IX

Crayton despertó en mitad de un sueño, aferró su daga que siempre guardaba bajo la almohada y se incorporó preparado para defenderse. Abrió los ojos y se encontró en la habitación del castillo MacLellan. Una pesadilla. Otra, en realidad. Durante la noche, los fantasmas de las batallas y las luchas pasadas lo acosaban sin descanso para recordarle que vivía un día más, a pesar de los pecados y vidas que había sesgado.

Sus hermanos. Una y otra vez, rememoraba aquella batalla en que los dos murieron, el dolor desde entonces lo acompañaba como una silenciosa piedra sobre su espalda. El dolor por su pérdida, le habían dicho que desaparecería con el tiempo, y, sin embargo, Crayton los añoraba con más fuerza cada día.

Había bebido bastante la noche anterior, John MacLellan había organizado un banquete en honor del rey y Crayton había pasado las horas bebiendo. Sentado a la mesa con los MacLellan, con Liam y los guardias del rey cerca, se relajó o, mejor dicho, se emborrachó. Su prometida. Desde que Crayton entró en el salón, Ailsa lo miraba con miedo, era consciente de que siempre vestía de negro y su pelo alborotado no ayudaba a que la chica acabara de sentirse a gusto. Crayton era así, no podía engañar a la chica, una vez casados, vería que él no era de bromas ni de fiestas, que no era de hermosas palabras ni poemas, era mejor que Ailsa no se hiciera expectativas. Más de una vez, Crayton se encontró con su mirada huidiza e indagadora, buscaba algo en él que no existía.

—No funcionará —susurró para sí mismo al levantarse de la cama.

Se puso la camisa mientras se preguntaba si su prometida era tan consciente como él de que no serían felices juntos, una vida tolerable y tranquila, muchos se conformarían con menos en un matrimonio. Crayton se enfundó las botas de cuero y deslizó sus dagas, cada una en su lugar, ocultas. La habitación que le habían designado era espartana, la cama y un baúl eran los únicos muebles. MacLellan no parecía dado a los excesos, excepto en la comida y la bebida. Un pequeño pinchazo en la sien derecha recordó a Crayton la excelente cerveza del sur de Escocia.

Crayton salió de la habitación, frente a su puerta estaba la del rey, custodiada por dos soldados, lo cual significaba que el rey aún dormía. Los guardias le hicieron una señal con la cabeza y Crayton avanzó por el corredor hasta las escaleras.

Se oían los primeros sonidos de las cocinas, unos muchachos barrían el salón. Todos se detuvieron a hacer una reverencia mientras salía al patio de armas. Con una sonrisa, vio que su amigo Liam estaba practicando con la espada ya. En Innis Chonnel, su hogar, los Campbell rompían el amanecer con el filo de la espada, comenzaban a entrenar cuando todavía no había salido el sol.

—¿No podías dormir, Crayton?

—Tú tampoco, al parecer.

Liam sonrió mientras comenzó a girar en torno a Crayton con la espada en alto.

—Tendré consideración, Crayton, te vi beber ayer. ¿No te gusta tu prometida?

Los ojos verdes de Liam se contrajeron al sonreír entre miles de pequeñas arrugas. Tenía el pelo más largo que el de Crayton y una expresión feroz cuando se concentraba para la lucha.

Crayton se deshizo de la camisa y arrancó algún botón, tal vez un buen combate le arrancaría

esa sensación de desasosiego que tenía desde que el día anterior había pisado el castillo MacLellan.

—Guárdate tu consideración, Liam. ¿Y a quién no le gustaría tal belleza?

—Eres un hombre extraño, Crayton. Yo estaría cortejando a la dama, al fin y al cabo, no tenéis demasiadas opciones de elegir ni ella ni tú. Su hermana es también muy hermosa, o quizá sea que hay una delgada arquera de cabello negro y ojos verdes…

Liam dio el primer golpe y el acero de ambas hojas resonó en el patio desierto.

Maely contuvo el aliento, no quería ser descubierta, había pensado que, tras el banquete, al cual no estaba invitada, como bien mandó el *laird* decirle a través de Drustan, no habría nadie despierto a esas horas. Quería subir a la torre y hablar con Ailsa, necesitaba saber que Crayton Campbell era amable con ella, que le gustaba a Ailsa como esposo. Rhona no contestaba a sus preguntas y ni siquiera se había acercado a casa de Margaret para hablar con ella. Cualquiera diría que estaba evitándola.

Iba a cruzar el patio desierto cuando se detuvo, solo había un guerrero. Maely lo reconoció al instante como uno de los Campbell que se habían mofado de ella en el tiro con arco, Liam se llamaba, Maely lo recordó porque después había sido muy honorable al felicitar su tiro, a pesar de que lo había vencido. Liam se entretenía solo, dando golpes con la espada a un saco, cuando se le unió Crayton Campbell.

Se quedó parada tras la pared de la herrería, pegada la espalda al muro. No tenía intención de espiar, cambió de idea en cuanto vio que comenzaban a hablar de Ailsa. No estaba bien escuchar, pero ellos tampoco deberían hablar tan alto. Parecía que Campbell había bebido más de la cuenta la noche anterior y por el tono de su amigo Liam, algo pasaba con Ailsa.

—Ella no… —Crayton calló, no era de confidencias ni con Liam. Hubiera sido muy descortés por su parte confesar a Liam sus pensamientos a voz en grito en el patio de armas. Descargó a propósito su espada sobre la de Liam con violencia y este abrió los ojos con sorpresa.

—¡Ah, ya entiendo! Vas a desfogarte conmigo, amigo. Crayton, aquí me tienes. Conmigo no hay necesidad de fingir. Mientras yo busco los dulces cervatillos, tú siempre vas tras los lobos.

Maely bufó para sí misma, le pareció que aquellos dos no hablaban de caza, sino de mujeres. ¿Sería ella el lobo?

Crayton Campbell esbozó una carcajada oscura que hizo que Maely sonriera a su vez. Era un bruto sin medida. Algo brusco en sus gestos y parco en palabras, pero Maely no podía dejar de mirarlo. Era la segunda vez que se quedaba prendada de aquella imagen. La cesta estuvo a punto de caer de sus manos, no es que hubiera olvidado su cuerpo el día que Campbell salió del lago, sino que no había podido admirar tan de cerca las bandas que cruzaban su estómago, el sutil músculo que formaba su clavícula ni la poderosa complexión que exhibía al responder a cada estocada. La forma en que giraba su cintura y sus pantalones negros se ajustaban a sus piernas. Maely sentía las mejillas en llamas, una punzada de deseo recorría su cuerpo desde las piernas a su respiración entrecortada. Había visto luchar a muchos hombres en aquel patio, pero ninguno se movía de esa forma tan certera y letal. Cómo era posible que la poca luz que dejaban las nubes estuviera sobre él. Maely deseó pasar las manos por sus antebrazos, aferrarse a su cuello y enredar sus dedos en aquel pelo castaño. Sus ojos azules entonces se desviaron de la espada y miró fijamente en su dirección. Maely contuvo el aliento, sin entender como siempre podía saber cómo dónde estaba ella. Retrocedió al amparo del muro, como una muchachilla cobarde, avergonzada de que siempre la pillara espiándolo. Se quedó quieta, no se oía el sonido de las espadas chocar.

En un segundo, lo tuvo frente a frente, con esos ojos inquisitivos sobre los suyos. Maely sintió

el calor de su cuerpo, tan próximo que se pegó al muro para imponer distancia. Campbell aún llevaba la espada en la mano y clavó la punta en la tierra del patio. Maely azorada, intentó mirar si alguien los veía, pero el cuerpo de Campbell cubría su visión, más alto que ella su torso desnudo quedó a la altura de sus ojos. La cesta al final cayó como si fuera una muchachita torpe, azorada por la visión de un conjunto impresionante de músculos.

Entonces él apoyó su mano en el muro de piedra, pareció encerrar su cuerpo entre los músculos y la piedra como si fuera una prisión. Maely levantó sus ojos con el aliento entrecortado.

—¿Me espiabas, Maely? ¿Otra vez?

Otra vez. Maely suspiró contrariada, al fin y al cabo, Campbell tenía razón, lo espiaba. Otra vez.

—Ha sido casual, pasaba por aquí y no quise distraeros. Parecíais muy concentrados.

Campbell se acercó a ella un poco más, su boca rozaba el cabello de Maely, sentía su respiración sobre ella. Le llegó el olor de él, a pesar del esfuerzo del combate le gustó su aroma a madera y fuego de chimenea. ¿Ese hombre nunca sonreía?

Maely quiso colgarse de aquel cuello, tocar su cabello, perderse en aquel torso y abrazarse a él. No podía evitarlo, debería correr, huir de aquel hombre como hizo en el bosque. Maely sabía que tenía muy poca experiencia con los hombres, en general, todos huían de ella por temor al *laird* y Drustan no contaba, era su amigo. Campbell inclinó la cabeza y Maely estiró el cuello a pocos centímetros una boca de la otra. Iba a besarla. Entonces Crayton, en lugar de rozar sus labios, apartó el mechón de su cabello que caía sobre su mejilla y lo colocó tras su oreja. Frunció el ceño y gruñó. ¿Qué demonios había ocurrido? Hace un momento miraba su boca y ahora, se apartaba de ella.

—Tiene mala pinta, Maely.

Entonces recordó su cicatriz y lo horrible que debía parecer. Maely intentó apartar su mano cuando él fue a tocar la herida.

—No importa, ya está casi curada.

Casi con anhelo Maely esperó que él se indignara, que se pusiera a gritar para defenderla, que preguntase quién la había agredido, en lugar de eso, la yema de su dedo recorrió los puntos que Margaret había colocado con tanto cuidado. Maely contuvo la respiración, había algo más mágico en aquella forma de tocar su herida que en cualquier beso que él le hubiera dado. Más íntimo que cualquier otro acto que hubiera compartido con cualquier persona.

—Ten más cuidado, Maely. Evita. Los. Problemas.

Maely sintió como él se retiraba hacia atrás, atrapaba la empuñadura de su espada y se iba sin más. ¿Evita los problemas? Desde luego, Crayton no era un caballero andante. Por un momento, Maely había esperado que él gritase, buscase al culpable… Y, sin embargo, se había ido con la advertencia de que no se metiera en problemas.

—¿No me vas a preguntar nada más, Campbell?

Maely, al instante de decirlo, se arrepintió, ella tampoco quería ser una muchacha desvalida, pero quizá había esperado un poco de simpatía de parte de él.

—Me parece que sabes defenderte muy bien, Douglas. Si no está muerto por tu mano, ya sé quién ha sido.

Maely abrió la boca a punto de responder, el nombre de Douglas hizo que mantuviera silencio. Hacía años que nadie la llamaba por su verdadero apellido. ¿Tendría corazón el Campbell? No. Maely se compadecía de Ailsa. Menudo idiota engreído. Y quizá ella debería de dejar de espiarlo en cuanto se quitaba la camisa.

En el patio resonó la voz del otro Campbell mientras Crayton volvía a entrenar.
—¿Ves, Crayton? Lobos en lugar de cervatillos.

Capítulo X

—Ya os conocíais. ¿Era Crayton Campbell el hombre que encontraste en el bosque?

Maely chascó la lengua entre sus dientes, Rhona y Margaret se habían aliado contra ella, estaba segura. Ailsa, en un rincón de la pequeña cabaña de Margaret, la miraba de una forma extraña, se había sentado en su sitio preferido junto al fuego del hogar.

—Sí, pero ¿qué importancia tiene?

Rhona suspiró hondo, Maely aún no entendía qué quería decir su amiga. Ailsa y ella habían acudido a la cabaña de Margaret después de desayunar. Sus vestidos bordados y el brillante color de las telas destacaban entre los grises y marrones de la cabaña. Maely se miró a sí misma, siempre vestida con pantalones y camisas amplias. Los peinados de ellas formaban un rodete sobre sus cuellos, sin pensar, Maely intentó deshacer los nudos de su pelo suelto.

—Ninguna, solo que me hubiera gustado que me lo dijeras. «Rhona, me he encontrado con el rey y el prometido de tu hermana, no es un ogro ni viejo». «Algo extraño y reservado».

—Rhona, eres insufrible —masculló Maely.

Para ella, era muy difícil permanecer sentada como hacían ambas, sin hacer nada, solo hablar. Margaret pelaba verduras y Maely agarró unas cuantas y empezó a cortarlas en tiras con su daga. La anciana volvía a cogerlas y las cortaba a su gusto. Maely notó qué hacía y sonrió, Margaret era un poco exigente con sus guisos.

—No me gusta.

Incluso Margaret, que solía escuchar en silencio sus conversaciones, levantó la cabeza hacia el rincón en que estaba Ailsa.

—No quiero casarme con él. Es frío y rudo. No parece que tenga corazón.

Ailsa esbozó un puchero, sus ojos brillaban tanto que se distinguían en la semioscuridad del rincón.

—Acabas de conocerlo, dale una oportunidad —animó Rhona—. No es como Gawen al menos, llevo prometida a él toda la vida y aún no me acostumbro a que sea tan idiota.

—Me da igual Rhona, al menos lo conoces y sabrás manejarlo a tu antojo. Además, es idiota. Lo intento, de verdad —se dirigió Alisa a todas—. Me esfuerzo en ver en él algo bueno, pero en cuanto veo entrar a Crayton en una sala, me intimidan sus trajes oscuros, siempre con la daga y la espada en su cinturón. Su cara seria, es horrible intentar hablar con él. Rhona, tú estás con nosotros cuando es casi obligado a soportar mi presencia. Nada de lo que le digo le interesa, está siempre aburrido y distraído.

—Es muy atractivo —susurró Maely.

Ailsa cruzó los brazos.

—No consigo ver más que sus ojos fríos y su carácter distante. No es el hombre que siempre imaginé como mi esposo.

Margaret se rio para sorpresa de las tres muchachas.

—¿Esperabas un bardo en lugar de un guerrero? Ha crecido en la guerra de Bruce para hacerse rey, no hay lugar para componer versos en el campo de batalla.

—Margaret tiene razón, Ailsa. Es un guerrero fuerte que defenderá vuestro hogar y no dejo de ver en sus ojos que, bajo esa rudeza, tiene buen corazón. Incluso a veces está pensativo e intenta

agradarte, estoy segura…, pero hay cierto dolor en su mirada.

Rhona parpadeó rápido y tocó el brazo de Maely.

—¿De verdad ves eso en Crayton Campbell? Maely, ¿es que no te has dado cuenta? Es frío y calculador, su rostro es inescrutable, y cuando te mira con esos ojos de hielo… Ahora que lo pienso, tal vez os parezcáis un poco en la forma de mirar.

—¿Qué?

Ailsa se levantó y se acercó a Maely.

—Rhona tiene razón, no dejo de ver cierta semejanza entre vuestros vivos caracteres. A veces te tornas distante, no sé qué piensas, Maely.

¿De verdad las personas con las que creció pensaban todas esas cosas de ella?

—No nos entiendas mal. Te queremos, Maely —se disculpó Rhona, hasta se había puesto un poco nerviosa, algo raro en ella.

—¡Cielos, estáis locas! —Comenzó a reír Maely. Lo cierto es que tenía un carácter algo difícil a veces.

Adoraba aquellas tardes maravillosas en que podían estar ocultas en la cabaña de Margaret. Sería por poco tiempo, Ailsa se iría con Campbell, Rhona se casaría después con Gawen, cuando eso ocurriera, Maely se había jurado no poner un pie en el castillo.

Llamaron a la puerta y Maely se levantó de un salto, con la daga en la mano y un trozo de berza colgando de la hoja. Abrió con una sonrisa al pensar que sería Drustan en su busca. Rhona y Ailsa se pusieron de pie de inmediato y agacharon la cabeza en señal de respeto. Margaret contuvo un grito antes de postrarse. Maely no sabía qué decir, saludó con torpeza al rey que estaba ante ella.

—Maely, me dijeron que os encontraría aquí.

—Majestad.

—Debo hablar contigo en privado —dio a modo de sutil orden. Funcionó, ya que Rhona y Ailsa lo rodearon y salieron de inmediato de la cabaña—. Perdóneme, Margaret, es su nombre, ¿verdad? No encontré mejor sitio para reunirme con Maely sin que oídos indiscretos nos escucharan.

—Sí, mi señor. Disponer de mi cabaña el tiempo que os sea necesario.

Igual que habían hecho Rhona y Ailsa, Margaret inclinó la cabeza y salió de su cabaña sin acabar de creer que fuera el rey de los escoceses quien entraba en ella con la cabeza agachada debido a su imponente altura. Maely miró al exterior y vio apoyado en el árbol más cercano a Crayton. Él la miró un instante y asintió, como si tratara de decirle que todo estaría bien. El gesto sorprendió a Maely, una chispa de calor reconfortó su interior, Campbell se preocupaba por ella. Cerró la puerta muy a su pesar y el rey se sentó en el banco en el cual Ailsa había estado hacía unos segundos, junto al fuego.

Llevaba una sobreveste de rica tela color burdeos y unos pantalones de igual confección. Era un hombre grande, y más en aquel diminuto espacio que conformaba la cabaña. El reflejo de las llamas en su rostro le confería cierta cercanía. Arrugas de preocupación cubrían su ceño.

—Siéntate conmigo, Maely. —Invitó con un gesto la silla frente a él—. Quería pedirte disculpas, muchacha.

Maely tomó asiento, recogió sus piernas y guardó las manos en su regazo. El rey debía haber visto a muchas damas de la corte, y Maely no era una de ellas. Ni llevaba vestidos ni elegantes peinados, y sus manos estaban llenas de durezas a causa de la empuñadura de las dagas, sus dedos de la mano derecha un tanto deformados a causa del tiro con arco. A pesar de sus múltiples defectos, tenía delante de ella a un rey pidiendo disculpas y no sabía qué decir o cómo

actuar.

—Bueno, yo… acepto sus disculpas, mi rey —respondió desconcertada.

Robert Bruce sonrió, sí, Maely Douglas era sin duda hija de su amigo y leal James. Directa, fuerte y obstinada cuando no comprendía algo. Una Douglas de los pies calzados con aquellas botas de cazador a aquella melena ondulada y suelta. La forma rasgada de sus ojos era Douglas, el color esmeralda era herencia de su madre. El ceño fruncido que desquiciaba a todo superior que se enfrentase a su padre, James. Maely tenía idénticos gestos como si hubiera convivido con su amigo y no con los MacLellan.

—Puedes llamarme a solas Robert o Bruce, como me suele llamar tu padre.

Maely retuvo la respiración, temerosa de que escapase una sola palabra que hiciera que el rey no volviera a pronunciar una palabra más. Necesitaba saber de su padre, de sus hermanos, como respirar.

—Robert —repitió Maely para acordarse, porque su alma había sustituido a su mente, incapaz de razonar. Quería saber de su familia. Preguntar por qué el rey se había negado a hablar con ella —. ¿Dónde está mi padre? ¿Y mis hermanos?

El rey sonrió de forma repentina.

—Están bien por ahora, tu padre está en la frontera. Digamos que no puedo decir dónde, pero pretende asaltar un castillo para los escoceses. Tus hermanos están con él.

Maely suspiró tranquila, enseguida mil preguntas más pasaron por su cabeza.

—¿Por qué nunca…? —La pregunta pareció resistir entre sus labios—. ¿Por qué nunca vinieron a por mí?

No quería parecer una niña asustada a punto de llorar, pero era difícil que aquel sentimiento mezclado con el rencor no saliese en forma de cascada directa desde su corazón. El rey hizo un gesto para que dejara que se explicase.

—Tendrías apenas unos años, tu padre os dejó a salvo en las tierras de tu tío. El rey inglés había arrebatado a los Douglas sus tierras, incluso, prohibió pronunciar vuestro apellido. Nadie podía pronunciar la palabra «Douglas» en tierras escocesas o inglesas. Tu padre nunca ha sido comedido, así que cuando me convertí en traidor y acudí a Scone a coronarme rey, salió a mi encuentro. Juró serme leal, combatir a mi lado y que el nombre «Douglas» volviera a resonar por cada rincón de esta vieja isla. Siempre a mi lado, nunca callado, eso sí, jamás puede callar… El caso es que nos enteramos de un ataque al castillo de tu tío, cuando llegamos, todo indicaba que estabas en aquel sótano, ¿recuerdas lo que ocurrió?

—Ulan, mi hermano pequeño, me empujó a los pasadizos y se quedó con nuestro clan.

—Los mataron a todos, y pensamos que tú estabas con ellos, Maely. Jamás han venido a buscarte porque MacLellan nunca pidió nada por ti, te ha escondido aquí tantos años para que no descubriéramos quién fue el culpable. Lo que de ningún modo entiendo es por qué te dejó viva, oculta entre su propio clan.

—No supo quién era hasta que llegamos aquí y ya fue tarde, sus hijas, Rhona y Ailsa se encariñaron conmigo. Supongo que, al principio, le hizo gracia que una niña intentara matarlo.

—¡Cielo santo! ¿Intentaste matar al *laird* de un clan enemigo?

—Era solo una niña.

Ambos se quedaron en silencio, el rey parecía meditar y Maely pensó en todos esos años en que toda su familia pensaba que estaba muerta.

—¿Por qué no escapaste nunca, Maely?

—John MacLellan me dijo que, si lo intentaba, Rhona y Ailsa lo pagarían caro. Después supongo que fui creciendo, y sentía rencor hacia mi padre, pensé que estaba muerto a veces,

otras, que no quería saber nada de mí porque era la única mujer del clan Douglas y sería un estorbo…

—La guerra ha traído demasiados sacrificios, Maely.

Maely suspiró, el tono indicaba mucho más de lo que el rey quería decir. Sacrificios. Jamás contaría cuántos sacrificios había hecho ella al intentar escapar.

—Y te pediré uno más, Maely. Quizá el más grande de todos —susurró. Ahí estaba, aquello que de verdad había traído al rey a la vieja cabaña de Margaret—. Estamos en paz con los MacLellan, los necesito para mantener la paz cerca de la frontera. No puedo vengar su deleznable acto contra los Douglas, tu tío y tu hermano Ulan. La paz es lo único que mantendrá unida Escocia.

—Y si él se entera, no atenderá a razones. Si mi padre sabe que John MacLellan mató a su hijo y mantuvo a su hija como a una sirvienta en su castillo, los quemará vivos, a todo el clan. No hace falta que me recordéis cómo era mi padre, ni su temperamento ni su ansia de lucha. No lo veía demasiado, pero aún tengo grabados en mi memoria cosas que mi aya me contaba.

Bruce se echó hacia atrás con sorpresa.

—No podría haberme explicado con tanta claridad como tú, Maely. No quiere decir que no te llevaré conmigo cuando abandone estas tierras, te pondré a salvo hasta que puedas reunirte con los Douglas. Si es lo que tú quieres Maely, pero aún he de discernir cómo contener a tu padre y cómo sacarte de aquí sin provocar una guerra.

Maely se levantó sin pedir permiso, azuzó el fuego con un leño de la cesta que siempre dejaba llena a Margaret y se giró para mirar al rey.

—Pensar y hacer lo que queráis, majestad. El día que vuestros hombres partan de este castillo, iré con vos. Y nadie podrá detenerme hasta encontrar a mi familia.

Capítulo XI

Crayton vio como Maely salía de la cabaña, agachó la cabeza al rozar los amuletos de la anciana y golpeó el último con una mano.

—Al parecer, no ha ido bien la conversación.

Maely se detuvo para mirar a Crayton, como si hubiera olvidado que estaba fuera.

—No ha ido nada bien. Puedes entrar, tu rey está solo.

Campbell hizo una señal hacia atrás y dos guerreros de la guardia real fueron hasta la puerta de la cabaña.

—No me sigas —gimió Maely.

—¿Estás bien, Maely?

—No, déjame.

Crayton siguió sus pasos mientras Maely se internaba en el bosquecillo al final de la aldea. La muchacha echó a correr, saltó entre los troncos caídos, rodeó los árboles y se internó entre los arbustos. Crayton pensó en dejar que se fuera sola, tal vez solo necesitaba pensar en todo cuanto el rey le habría contado. Entonces fue cuando vio una sombra avanzar en paralelo a la dirección que había tomado Maely. El brillo de una hoja ante la claridad del día y el sonido de pisadas entre las ramas caídas. Los altos árboles no dejaban ver el suelo, oscurecido por su altura y espesor de sus copas. Crayton miró hacia la aldea donde estaba el rey y la dirección que había tomado Maely. Dudó mucho menos tiempo del que hubiera deseado para seguir a Maely a la carrera, aquella sombra iba tras ella con sigilo.

Recordó los días de caza con sus hermanos, la respiración lenta, el rastro de su presa, los latidos del corazón resonando contra sus oídos. El bosque estaba vivo, pájaros, animales que se arrastraban y el viento agitando las hojas. Siguió la sombra que se movía tras Maely con cautela. Si alguien se atrevía a hacer daño a la muchacha, tendría que vérselas con él. Una furia nueva, nacida de algún lugar de su pecho, se adueñó de Crayton cuando vio otras dos sombras avanzar desde el otro extremo. Apresuró el paso, contuvo el aliento entrecortado y recordó su entrenamiento, intentó templar aquella sensación de furia que crecía en él. Maely lo necesitaba en esos momentos con la mente despejada, no a un guerrero sin control.

—Eres una zorra desagradecida, Maely.

Escuchó las voces en el claro al que entraba. Maely estaba en el centro, rodeada por las tres sombras. Crayton no se sorprendió al ver al heredero de los MacLellan, Gawen. Desde el mismo instante en que fue presentado por el *laird*, había visto su mirada envenenada, sus aires de ofendido ante el rey al hacer su reverencia. Sus hombres eran perezosos en el entrenamiento, y cada vez que se cruzaban con Liam o los otros hombres de la guardia, buscaban problemas. Crayton observó a Maely, estaba tranquila, en mitad de ellos, y se preguntó cuántas veces habría estado en la misma situación con esos idiotas.

—Gawen, vete.

Maely mantenía su daga en alto, con la punta en dirección a Gawen. Los otros dos sonreían y lo cierto es que parecían igual de lelos que de grandes.

—¿Qué le has contado al rey? La pobre huérfana. Si has dicho una sola palabra a Bruce, el *laird* te desollará viva.

Gawen acompañó sus palabras de un movimiento brusco para asustar a Maely, que miró a los tres guerreros con desconfianza. Gawen sacó su espada con un gesto teatral.

—Si ella tuviera el arco aquí, estarías en serios apuros, Gawen.

Los tres se giraron al escuchar sus palabras.

—No es cosa tuya, Campbell, ve a lamer el culo de tu rey.

Crayton negó con la cabeza con una sonrisa. Desenfundó la espada de su vaina y apoyó la punta en la tierra.

Maely elevó los ojos al cielo ante tal muestra de masculinidad por parte de Crayton.

—Puedo defenderme sola, Campbell.

—Lo sé —contestó Crayton—. Contra uno, no contra tres, no deja de parecerme un tanto decepcionante, Gawen. ¿De verdad necesitas tres hombres para qué? ¿Para dar una paliza a una mujer? ¿Aprovecharte de ella?

Maely frunció el ceño, quizá le gustaba que Campbell confiara tanto en su destreza con las armas. Si fuera otro, hubiera corrido a socorrer a la damita o se hubiera dado la vuelta para no enfrentarse al heredero MacLellan.

Sonrió a Crayton, Maely no pudo evitarlo. Campbell respondió a su sonrisa, agachó la cabeza en una reverencia para ella.

Los dos acólitos de Gawen se hicieron una señal para atacar a la vez a Crayton. Maely vio como Campbell blandía su espada en el aire, desarmó al primero de una estocada, clavó la rodilla en la tierra y se giró para sorprender al segundo. Al estar más bajo que su oponente, la hoja de la espada pasó por su vientre sin detenerse, rasgó su camisa que, con rapidez, se tiñó de sangre. El primer oponente gritó furioso al ver a su compañero caer retorcido de dolor y atacó. Campbell se levantó con un ágil movimiento, toda la fuerza de los músculos y de sus brazos impulsaron la espada hasta que se clavó en el brazo de su enemigo, provocando un aullido de dolor que hizo que se retirara. Crayton alejó la espada de los caídos con dos leves toques del pie y estos se ayudaron uno al otro a levantarse. Maely giró la cabeza al ver un movimiento de Gawen, al parecer, el muy cobarde iba al fin a atacar. No lo pensó, Maely cogió la hoja por la punta y lanzó su daga. Certera y precisa, arrancó un aullido de dolor en Gawen, le había clavado la punta en el hombro. Si no lo había matado clavando la daga hasta la empuñadura en su corazón, era porque no había querido.

Gawen se revolvió contra ella, el rostro contraído de ira, con la espada en alto. Maely buscó su otra daga, había olvidado su otra arma sobre la mesa de Margaret, allí estaría entre las verduras cuando el rey entró a buscarla. Intentó evitar la hoja y se deslizó con agilidad a la izquierda, sabía que no era tan rápida, la vuelta del golpe atraparía su costado en un instante y cerró los ojos. Al final, Gawen iba a vencer después de tantos años de amenazas.

Sonó el entrechocar de las armas, tan alto que hasta los pájaros dejaron de cantar en el bosque. Maely levantó la mirada lo justo para ver sobre su cabeza las hojas de las espadas de Gawen y de Campbell. Culeó hacia atrás mientras ambos cargaban de nuevo con furia, arrastraba la hojarasca y las hierbas con su trasero. Crayton volvió a golpear, una y otra vez, Gawen había practicado, pero no lo suficiente contra aquella carga constante de fuerza y tesón, movimientos certeros y eficaces acabaron por desarmar a Gawen de una manera casi vergonzosa. Crayton Campbell apartó la espada de igual forma que la de los secuaces huidos, arrojó la hoja hacia los árboles, fuera del alcance de Gawen y lo cogió de la camisa, hizo que se elevara a la par que él se agachaba sobre él.

—¡Cómo te atreves! No te mataré Gawen, eres un triste hombrecillo que solo aspira a poder tocar los pies de ella. Es una Douglas, Maely Douglas, cuando se nombra ese apellido, el cielo se

oscurece y su nombre se graba a fuego en tu piel. No tienes la menor idea de lo que un Douglas, hombre o mujer, puede llegar a hacerte. No están hechos de piel y huesos, sino de las almas de sus muertos. Corre, pobre idiota, y no vuelvas a tocar a Maely, porque entonces te haré tiras con la hoja de mi espada, seas quien seas. Vete, pedazo de escoria.

Maely vio a Gawen retroceder como una alimaña con el culo en tierra, en cuanto se alejó lo suficiente de Campbell, se levantó a duras penas y echó a correr. Dejó un reguero de sangre en la hierba. Sus seguidores salieron de entre los árboles y corrieron hasta alcanzarlo, se lo llevaron casi a rastras.

—Gracias, Campbell.

No esperaba que Crayton se girara hacia ella con el rostro enrojecido de furia.

—¿Ha pasado más veces? ¿Qué te han hecho hasta ahora?

Maely se quedó muda ante tal demostración de furia contenida, el rostro de Crayton estaba rojo de ira. La cicatriz de su mejilla pulsaba con vida propia.

—¡Nada! Algunos golpes… Nunca habían sido tan osados ni me habían pillado desprevenida en el bosque.

—Y Angus, tu protector. ¿Dónde mierda estaba mientras te trataban así?

Campbell entonces tiró la espada a un lado y se acercó a Maely. En dos pasos, estuvo frente a ella. Agarró su rostro con ambas manos y sus ojos se posaron en sus labios, recorrió con la mirada su rostro. Levantó el pulgar para tocar con delicadeza la cicatriz aún rojiza de su ceja. Maely sintió sus manos calientes sobre las mejillas, quedó atrapada en su respiración, el calor de su pecho contra el suyo. No lo hará, se dijo a sí misma. Y Crayton la besó para demostrar que estaba equivocada. Sus labios firmes se apoderaron de los suyos sin soltar su rostro. Presionó hasta abrir sus labios sin discusión alguna e introdujo su lengua más allá de la barrera de labios y dientes. Profundizó hasta que Maely giró el rostro para dejarse llevar por aquel delicioso sabor. Jugó con ella y apretó su lengua hasta que deslizó la mano por el cuello con la misma poderosa fuerza, solo igualable a la furia de la cual quería deshacerse sobre la piel de Maely. Se dejó llevar por su poderoso empuje, el cuerpo de Maely se apoyó sobre él para rozar sus caderas con las de Crayton y buscar una posición con la cual acoplarse ante aquel enorme cuerpo. Maely dejó de sentir, o empezó a notar cada rincón de su cuerpo tomar vida propia. Se dejó envolver, besar, acariciar, sin poder detener la maravillosa sensación de ser besada por Crayton Campbell. Las manos de él trazaron las curvas de su costado, desde el cuello al pecho, se posaron en sus caderas y atrajeron el cuerpo de Maely contra su poderosa erección. Era la primera vez que besaba a un hombre, que su cuerpo le jugaba una mala pasada, incontrolable era la palabra, sentía arder cada sendero de piel que Crayton marcaba a fuego en su cuello.

Crayton estaba envenenándose con su propio deseo, sus dedos quemaban sobre la piel de Maely, quería abarcar cada rincón de su cuerpo y fundirse con él.

Cuando aquellas manos enormes de guerrero se posaron sobre sus senos, Maely jadeó sin saber qué ocurría. No era ignorante sobre las relaciones que un hombre y una mujer podían llegar a culminar, pero aquello era demasiado, como si el fuego y la necesidad de que Crayton estuviera más pegado a ella fuera demasiado grande.

Con un gemido, Crayton se separó de forma brusca, los labios se alejaron de ella y el lamento de queja que emitió fue lo último de sus pieles y cuerpo que se prendió entre ellos. Crayton jadeaba y Maely sintió el vacío, un enorme frío se apoderó de ella al perder sus manos y su cuerpo, el calor de su torso y sus caderas.

—No podemos —susurró Crayton en su cuello.

—No, no podemos —contestó Maely.

Empujó con sus brazos el enorme torso, con suavidad, como si en realidad, sus manos no quisieran separarse de Crayton. Su mente se aclaró, Maely comprendió la traición que habían cometido. Solo era un beso. No podía haber traicionado de tal forma a Ailsa, pero ella ni siquiera lo apreciaba, ¿no?

—Solo ha sido un beso —afirmó sin dejar de mirar aquellos profundos ojos color cobalto.

—Solo eso, Maely —confirmó Crayton, tan dolido como avergonzada ella—. Ven, salgamos de aquí. Nos estarán buscando en el castillo.

Cuando Crayton se echó hacia atrás y tendió su mano hacia ella, Maely entrelazó sus dedos con los de él. Puede que su cabeza dijera que no una y otra vez, sin embargo, su mano se aferró a la de Campbell mientras volvían a la aldea sin dejar de sentir sus labios marcados a fuego por Crayton Campbell.

Capítulo XII

Maely no sabía si fue ella o Crayton quien se soltó cuando llegaron al camino principal y ante ellos tuvieron la visión del castillo. El cielo estaba gris, nubes densas cubrían cada porción de cielo y gruesas gotas comenzaron a golpear sus rostros. Maely miró al cielo retadora, tal vez aquella lluvia podía limpiar los sentimientos y la lujuria que se había adueñado de ella.

Drustan se acercó a ella en cuanto atravesaron la puerta de la muralla que daba acceso al patio de armas.

—¿Dónde te habías metido, Maely? —Por un instante, miró a Crayton y de nuevo a ella—. Es el *laird*, te está buscando.

—¿Qué ha ocurrido? Os hice caso, me mantuve fuera de las murallas, no he hecho nada que haya podido llamar su atención.

Crayton no dijo nada, pero su cuerpo se deslizó hasta ponerse junto a Maely de forma protectora.

—Ha sido Gawen, ha aparecido hace un rato y ha ido directo a hablar con él.

Maely suspiró, sabía que lo ocurrido en el bosque tendría consecuencias. Crayton y ella habían herido a los hombres de Gawen, y lo más peligroso, su orgullo. Campbell no podía permitirse quebrar la paz que el rey intentaba llevar a la frontera, y aún menos, poner en evidencia al próximo *laird* del clan MacLellan.

—Yo respondo por ti.

Se giró furiosa hacia Crayton. Por un instante, su pelo mojado sobre el rostro, sus músculos marcados por la camisa distrajeron su determinación, pero nadie cargaría con sus culpas ni su apellido Douglas.

—No te necesito, Crayton.

Ella avanzó con Drustan hacia el salón y dejó allí, en mitad del patio, a Crayton. Por todos los cielos y el mismo infierno, que no se arrepentía de haber besado a esa mujer. Nunca Crayton Campbell había perdido la cabeza así por ninguna otra, besándola en un bosque, a punto de desnudar a una virgen en mitad de la hojarasca y hacerle gemir por más. Puede que fuera una locura, pero tomó la determinación de enfrentarse a John MacLellan y a su estúpido heredero, aunque el rey lo hiciera matar por ello.

Entró en el oscuro salón de los MacLellan, por mucho que se esforzaran en poner flores, limpiar, prender velas, aquel lugar era oscuro y frío. La vida de los MacLellan estaba en la aldea, donde el sol entraba en las cabañas y el arroyo saltaba entre los caminos. Ese era el verdadero hogar de Maely, y brillaba porque sus risas se oían por todas partes y no en aquel lóbrego agujero. Le gustaba la determinación de Maely frente a las adversidades, la mirada de seguridad que escapaba de sus ojos verdes.

Allí estaba ese odioso *laird*, subido a su pedestal de madera, sentado en su silla donde impartía ley y orden sobre su clan. Crayton ni ningún Campbell habían utilizado la altura para oprimir a su gente, nunca lo habían necesitado, el respeto se ganaba con tesón y buen juicio. Había notado que las gentes de ese clan tenían más respeto a Maely que a su *laird*, a este último, solo lo temían.

—Gawen me ha avisado que has corrido a contar al rey todo cuanto te he ordenado que no

dijeras en toda tu vida, Maely.

—¿Y os ha contado Gawen que me atacó en el bosque?

Crayton agarró la empuñadura de su espada cuando John MacLellan bajó de su estrado en dirección a Maely. El idiota de Gawen lo siguió con una sonrisa de satisfacción en el rostro magullado. Crayton pensó que debía haberlo matado entre hierbas y barro minutos antes. Iba a crear problemas a Maely.

—Da igual, pequeña piojosa. Gawen cuida del clan. Eres una desagradecida, una furcia que…

—¡Basta!

Crayton vio que la mano del *laird* se elevaba para golpear a Maely. Le dolió el alma al ver como ella preparaba su cuello y giraba el rostro ante el impacto como si fuera una lección duramente aprendida. Maely se giró a mirarlo cuando la mano de John MacLellan se quedó en el aire.

—Te dije que no necesito tu protección.

—Me da igual, Maely, estoy aquí y delante de mí, no volverá a pasar. Nadie volverá a ponerte una mano encima.

Maely suspiró hondo cuando el *laird* apartó su cuerpo furioso para enfrentar con furia a Campbell.

—Campbell, ¿te permites entrar aquí? Decirme a mí cómo he de tratar a mi gente… El rey se enterará de esto.

—Podéis contárselo al rey o a quien queráis, no dejaré que volváis a pegar a Maely. Aún tiene la marca de vuestras injusticias. Es Maely Douglas, ¿por qué teméis tanto ese nombre?

Maely sintió temblar el labio, no deseaba que Campbell la defendiera, un día él se iría y, aunque el rey había prometido que la llevaría en su séquito con él, no creía que John MacLellan se desprendiera de su juguete preferido.

—Ya no es una Douglas, he decidido casar a la chica con uno de los hombres de Gawen.

—¡No podéis hacer eso, *laird*!

Drustan se adelantó con los puños apretados, Campbell no se perdió aquel gesto y por primera vez, pensó si el muchacho de las cocinas no estaría enamorado de Maely. Ella lo detuvo, cogió su brazo de forma protectora, demasiado cerca de él, y Crayton sintió pulsar las venas de su cuello. No quería que nadie tocara a Maely, ni siquiera ese muchacho.

—¿Es una broma? No voy a casarme con ninguno de esos patanes —se burló Maely.

Enseguida supieron quién era el aludido, porque Gawen con una sonrisa, empujó a uno de sus acólitos que habían salido corriendo en el bosque tras él. Con su gloriosa panza, quedó en mitad del salón, junto a Gawen y al *laird*. Maely apartó el rostro cuando él recorrió su cuerpo con la mirada, satisfecho por aquello que pensaba que conseguiría. Al sonreír, se mostraron sus dientes negruzcos. No había un hombre más desagradable en todo el castillo.

John MacLellan sonrió, curvó sus labios en una sonrisa bajo la barba rubia.

—Oh, sí te casarás… Si tu rey quiere la paz, habrás de casarte, soy tu *laird* y te lo ordeno.

—Parece que ambos nos vemos atrapados en un matrimonio que no deseamos —susurró Crayton en tono juguetón.

¿Por qué siempre que Crayton le hablaba parecía que se encontraban en un mundo solo de ellos? No existía nada ni nadie a su alrededor. Ni siquiera el *laird* frente a ellos rojo de rabia ni Gawen y sus seguidores idiotas. Maely se giró y sonrió con ironía a Crayton.

—Yo no, Crayton, lo mataré antes de que me toque. Tú, por el contrario, honrarás a Ailsa y la cuidarás.

—Maely…, deberíamos hablar, ahora.

—Solo te pido una cosa, Campbell, pase lo que pase, cuida de Drustan. Vete, por favor.

Maely creyó escuchar un fuerte ruido fuera. Miró alrededor, ¿dónde estaba Angus cuando más lo necesitaba? Drustan se metería en problemas si no lo sacaba del salón en ese mismo instante y Crayton Campbell seguía obstinado con protegerla y permanecer a su lado.

—No puedes ordenarme nada, Maely Douglas. Solo una cosa, deberás matarlo antes de la boda, entonces, el castigo será menor.

—¿Qué? ¡Ah! No te preocupes, no llegará a la boda.

—No me preocupo en absoluto. Tienes una vena malvada, Maely.

Maely arqueó la ceja, ¿malvada?

—¡Callad, ambos! —gritó el *laird* con tanta fuerza que Maely sintió su pelo moverse—. Poco me importa si el rey te tiene afecto Campbell, voy a matarte, estoy cansado de que te inmiscuyas en los asuntos de mi clan. No eres más que un bastardo que aprovechó la desgracia de sus hermanos, se oyen rumores, Campbell, ¿fuiste tú quien quitó a tus hermanos de la silla del *laird*?

Crayton aferró la empuñadura de su espada. No podía desatar la ira que llenaba su pecho, no con Maely allí y ante ellos los hombres de Gawen. Eran demasiados.

Fuera del salón se escuchó la algarabía de las ruedas de los carros, el relinchar de caballos, como si un ejército entero hubiera penetrado en la fortaleza MacLellan. Angus entró en el gran salón, su expresión mudó al asombro al ver a Maely entre Drustan y Crayton Campbell, frente al *laird*, Gawen y sus hombres, como si se estuviera celebrando un juicio. Angus agitó la cabeza como si todo hubiera sido un malentendido y avanzó hasta el jefe MacLellan.

—*Laird*, están todos aquí. El clan MacDonald, los MacLerie y los MacLean, los clanes de la frontera, amigos y enemigos. —Angus señaló hacia el exterior—. Al parecer, de forma natural se han aliado unos al este del castillo y otros, al oeste.

—Voy enseguida —afirmó MacLellan.

—No hace falta, señor. El rey conduce a sus *laird* hacia aquí. Todos se han acogido a la hospitalidad de nuestro clan.

—Bruce es un entrometido, me corresponde a mí recibir a mis invitados.

Crayton relajó la mano con que sujetaba la empuñadura de su arma.

—Parece MacLellan, que este asunto de matarme tendrá que esperar —dijo Crayton mientras pasaba entre Angus y el *laird*.

Maely inspiró hondo, cogió de la mano a Drustan y tiró de él con fuerza. Si debían elegir bando, Maely tenía claro que solo tendría una oportunidad si seguía a Campbell y al rey.

—¿Me sigues, Maely?

Crayton quiso cerciorarse y vio a Maely y su amigo pelirrojo ir tras él.

—Voy en tu misma dirección, Campbell.

Hubiera sonreído si no estuvieran en una situación tan comprometida, con todos los MacLellan tras ellos. Crayton se detuvo al salir al patio exterior sin prestar atención a quién tenía delante, ni a la exagerada cantidad de caballos que deambulaban por el patio, ni al grupo de hombres con el rey a la cabeza que se acercaban a él.

—Procura desaparecer hasta que hable con el rey acerca de tu feliz compromiso. Y llévate al chico, sino acabará muerto antes de que acabe el día —dijo al señalar con la cabeza a Drustan. A punto de continuar su camino, se giró hacia Maely—. ¿Por qué cada vez que pronuncias mi apellido tengo la sensación de que me insultas?

Maely, por primera vez en mucho tiempo, se quedó callada. No lo sabía. Ni siquiera tenía razones para pasar el rato discutiendo con Crayton. Cuando quiso contestar, Campbell ya se hallaba frente al rey y recibía a la par apretones llenos de respeto de los clanes amigos y miradas

torvas por parte de sus enemigos.

En ese momento, el castillo MacLellan era el centro de la isla, los principales clanes habían acudido a la llamada del rey, ¿para tan solo una boda? Maely empezaba a pensar que el enlace era solo una excusa del rey para asegurarse la alianza de sus clanes e iniciar una nueva guerra contra tierras inglesas. Drustan y ella seguían unidos por el brazo y su amigo tironeó para que ambos desaparecieran de forma discreta de allí.

Maely se alejó de Drustan en cuanto salieron al patio, su amigo iba a recoger sus cosas del castillo y dormir con unos parientes en la aldea. Campbell tenía razón, sería conveniente desaparecer durante las celebraciones de la boda. Primero habría juegos y banquetes, y al tercer día, sería la boda de Ailsa y Campbell.

Capítulo XIII

Maely caminó deprisa en dirección a los establos, tenía que desaparecer, irse, huir de allí. Sintió como sus propias uñas se clavaban por culpa de sus manos cerradas Era como si al llegar al castillo, todos juzgaran que no hubiera intentado escapar, que no se hubiera revelado. Gritó para sí, en su interior. Maely estaba llena de una vergüenza que no podía controlar. ¿Cuántas veces había querido decir a cada uno de esos idiotas lo que se merecía? Necesitaba escapar, coger un caballo y marcharse de allí. No se casaría con ningún hombre de Gawen.

En cuanto Maely giró el murete vio los establos, estaban llenos de guerreros de los diferentes clanes reunidos. Antes de que se percataran de su presencia, se metió en las cocinas. Nadie pareció reparar en ella mientras se internaba de nuevo en el castillo y evitaba el salón donde estaban reunidos los *lairds* con el rey.

—Esto es solo un inconveniente, jamás pensé que tantos *lairds* apoyaran la causa del rey.

Maely contuvo el aliento, era la voz del *laird* MacLellan aquella que venía hacia ella en un susurro apagado.

—Y ahora, por culpa de esa zorra Douglas, tenemos tras nosotros a Crayton Campbell —contestó Gawen.

—Te ordené que mataras a la muchacha. No tendrías este problema si no hubieras fallado.

—Campbell apareció cuando teníamos rodeada a Maely. Lo único que se me ocurrió fue que la casaras con Miles.

—Y así poder hacer uso de ella cuando quieras, ¿verdad, Gawen? He visto cómo miras a la chica.

—No es cierto, *laird*.

—Sea cierto o no, en cuanto logre que todos esos *lairds* y sus guerreros se marchen de aquí pondré rumbo a la frontera y le contaré los planes de guerra del rey Bruce a los ingleses. Que Miles se case con ella si es lo que quieres, pero no mancilles el nombre de mi hija, Rhona no debe enterarse.

—¿No deberíamos aliarnos con el rey? Son muchos…

—No sé cuánto sabe del ataque a los Douglas o cuánto recuerda Maely, pero no me arriesgaré a que el rey me cuelgue por ello.

—Aún puedo matarla.

El *laird* pareció suspirar hondo antes de contestar. Maely incluso escuchó cuándo soltó todo el aire de sus pulmones.

—Ya no Gawen, no con Crayton Campbell y sus hombres detrás de ella. ¿No te has dado cuenta de cómo estaba dispuesto a retarme para defender a esa perra? No quiero enfrentarme al rey de forma abierta, un asesinato podía dejarnos en evidencia.

—Podríamos matar al rey.

Sonó como si el *laird* le hubiera dado un pescozón a Gawen.

—Quieres matar a todo el mundo Gawen, y no has conseguido ni acabar con una muchacha.

Maely se deslizó de nuevo fuera, de puntillas. Hacía unos instantes parecía que el patio estaba lleno de multitud de personas y ahora, ni siquiera le importó a Maely cuando golpeaban su

hombro o arrastraron su cuerpo hacia un lado u otro.

Caminó sin sentido. Si el *laird* quería verla muerta, no saldría jamás de ese castillo, a pesar de las buenas intenciones del rey.

Crayton intentaba templar su furia, las palabras de John MacLellan habían roto algo dentro de él. Intentó centrarse en el reencuentro con sus amigos, los hombres leales a la causa de Bruce. Saludaba a MacDonald cuando vio a Maely deambular entre guerreros y armas. Ni siquiera se disculpó, Donald lo entendería conociendo su carácter.

—Maely, te dije que te alejaras.

Maely se dejó arrastrar a las puertas de la muralla. Crayton solo notó que ella parecía sin fuerzas cuando atravesaron el patio de armas. Algo terrible le ocurría a Maely, toda la vida había abandonado sus ojos, su habitual vitalidad y genio parecían reducidos a la nada más absoluta en su rostro. Arrinconó a Maely contra uno de los pilares del muro e hizo que levantara la mirada hacia sus ojos.

—Crayton, quieren matar al rey —afirmó en voz baja—. He oído al *laird* y a Gawen. Díselo, partir de este castillo maldito.

Crayton pensó que era más que posible que esos dos estuvieran tramando algo, pero en el rostro de Maely había algo más, y aquello que fuera, torturaba a Maely.

—Y a mí…, no quieren que cuente qué ocurrió aquel día. El asedio, el fuego, mi hermano Ulan, hubieran querido que lo olvidase, pero no puedo…

Entonces comprendió, la gente que había criado a Maely solo deseaba que muriese para borrar aquel deleznable acto.

—El rey ya lo sabe Maely, nadie olvidará a Ulan ni su muerte será en vano.

Maely asintió poco convencida, hasta que vio el dolor en los ojos de Crayton, un reflejo del suyo, arraigado y oscuro. Tal vez ambos caminaban ante la fina línea que separaba el dolor de la ira. La luz de la oscuridad más absoluta.

—¿Qué pasó con tus hermanos, Crayton?

Las palabras del *laird* para con Crayton fueron una velada acusación, como si culpara a Campbell de la muerte de ambos. MacLellan había escupido cada sonido a la cara de Campbell.

—Murieron Maely, en batalla, a mi lado. No pude salvarlos. A veces pienso por qué ellos y no yo. Estaban a unos pocos metros, primero fue mi padre, cayó de rodillas ante los ingleses, luego ellos. Tuve que defender mi vida y cuando fui hacia los dos, ya habían muerto. Hay gente que usa ese dolor en mi contra, que me acusaron, y el rey, que estaba en aquel campo de batalla, silenció a todos. Tu padre no fue menos, desafió a cualquiera que osara inculparme.

—¿Y tú, Crayton? No negaste aquellas acusaciones, no las has negado delante de MacLellan.

—Porque me siento culpable. En el momento que vi como los ingleses nos rodeaban, debí situarme junto a ellos. Era demasiado joven y me equivoqué, debí protegerlos.

—No fue culpa tuya, Crayton. Fueron a la guerra por su propia decisión. Creo con todo mi corazón, en ti. Te he visto conducirte siempre con honor y lealtad, tus hombres te respetan y aprecian.

—¿Me crees, Maely, solo con mi palabra?

—Con los ojos cerrados y el corazón en la mano —afirmó con vehemencia—. Yo daría un puñetazo a cada uno de ellos que osaran difamarte con algo tan doloroso.

Crayton sonrió, ese era un juramento de los Douglas. «Con los ojos cerrados y el corazón en la mano». James Douglas, el padre de Maely, lo pronunciaba en las ocasiones más solemnes. Crayton no pudo soportar seguir junto a Maely sin abrazar su cuerpo. Era la mujer más generosa, honorable, y despiadada que nunca había conocido. Y algo dentro de Crayton latía con fuerza

cada vez que estaba con ella.

Maely se dejó abrazar sin más. Sintió la fuerza de los brazos de Crayton y se dejó consolar como si el dolor de uno fuera el del otro.

—Maely, debes irte de aquí —susurró Crayton con pesar—. He de volver con el rey y los otros *lairds*.

—Ten cuidado Campbell, este castillo está maldito, igual que los MacLellan.

—Maely, déjame que hable con el rey, no permitiremos que MacLellan te case con ese hombre.

Crayton asintió y se separó de Maely, a pesar de que lo único que deseaba era besarla hasta que el mundo entero desapareciera para los dos.

Capítulo XIV

Maely se asomó de nuevo a la ventana al oír los gritos de los niños correr hacia el castillo. Todos parecían gozar de los banquetes y las fiestas por el compromiso de Crayton y Ailsa.

Llevaba todo el día anterior encerrada con Margaret, incluso parecía que estuviera vigilante, quizá Angus le había pedido que vigilase a Maely. La posibilidad de huir se desvanecía con los hombres del *laird* vigilantes en las murallas y en la aldea.

—¿Dónde vas, Margaret?

Margaret había mirado alrededor con el ceño fruncido y enseguida Maely comprendió, se habían quedado sin agua.

—Voy al pozo, quédate aquí, chiquilla.

—No permitiré que cargues con los dos cubos, déjame a mí.

Maely tomó los cubos de madera de sus manos y no dejó que pensara lo que pretendía, salir de aquella cabaña antes de que se volviera loca. Tenía que preparar su huida, sería la última vez, tanto si salía bien como si acababa muerta. Nunca había confiado su suerte a nadie, y por mucho que confiara en Crayton, tenía que intentar ser libre. El *laird* no permitiría que se fuera nunca.

Fue hasta el pozo, los guerreros MacLellan no le dirigieron ni una mirada más al ver que llevaba los dos cubos vacíos y ver que se dirigía como los demás aldeanos hacia el pozo. Maely los llenó y echó a andar hacia las afueras de la aldea. No llegó muy lejos al ver que los alrededores estaban también vigilados. Tendría que escapar esa noche, amparada por la oscuridad de una noche sin luna.

Caminaba por la orilla del río, y miró hacia la cabaña de Margaret. Maely no quería hablar con ella, no ahora, su cabeza bullía de ira y odio por MacLellan, y algo más que escarbaba su corazón sin cesar. Desde aquel día en el bosque. Desde que conoció a Campbell. Desde que su mundo se había complicado enormemente y todo el mundo quería verla muerta.

Maely se rozó los labios con los dedos mientras seguía el curso del río. Dejó los cubos en el camino y avanzó hacia el río, demasiado ancho para cruzar a nado. Se sentó entre los serbales de la orilla y estiró sus piernas. Un tacón contra otro se deshizo de las botas y sumergió los pies en la corriente de agua. Tenía que pensar en cómo huir y, sin embargo, se encontró con la imagen de Crayton en su mente.

No había querido besar a Campbell, eso se había repetido durante esos días. Y era mentira. Quería saborear su boca y entrelazar sus dedos en ese cabello siempre desordenado, desde el momento en que lo vio salir del agua en aquel lago. Entonces no sabía quién era y tenía excusa, ahora no. Campbell era el prometido de Ailsa, se casarían en dos días de forma inevitable y aunque el rey había prometido que llevaría a Maely con ellos, no existía la certeza de que cumpliera su promesa si quería mantener la paz con los MacLellan. Si el rey preparaba una guerra, necesitaba a todos los clanes fuertes. Y ella ni era importante ni valiosa, no tenía nada que interesara a ninguno de los dos bandos. Antes había sido una más en la aldea, con habilidades poco comunes y ahora, otra vez en su vida, valía lo mismo que aquellas briznas de hierba, nada. Golpeó el agua con los pies descalzos, se encogió de hombros cuando vio sus pantalones mojados.

«Sí era valiosa para alguien, para ella misma».

Aquella frase hizo que se sintiera mejor. El sendero de la escocesa. Margaret le había enseñado aquellas palabras y el sendero de la vida. Maely se puso la mano en el corazón, latía con fuerza, seguía viva y era dueña de su mente y su cuerpo.

El sol estaba en lo más alto del cielo y Maely se echó hacia atrás, los altos serbales junto al río acogieron su cuerpo al cercar su figura. Era una temeridad, por supuesto, si Gawen y sus amigos estaban en su busca la encontrarían desprotegida, ¿pero cuándo había estado protegida entre los MacLellan? Nunca, esa era la única respuesta. Y huir.

Escuchó pasos y con el rostro encendido a causa del tímido sol, no se giró. Sabía quién era antes de verlo, ese cosquilleo en la nuca, el vello de los brazos bajo su camisa erizado.

Crayton pensó que el cielo debía ser así, muchas veces en batalla, cuando se medía contra un oponente, se había consolado pensando que al morir iría al serbal de la isla de Innis Chonnel, su hogar. Al ver allí a Maely, el corazón se le detuvo un instante, un momento que le pareció eterno, para contemplar a la joven. Maely tenía los pies metidos en el agua, los pantalones remangados, estaba tumbada entre las hierbas con las piernas cruzadas. Su brillante pelo negro esparcido se perdía entre el verde que la rodeaba. Su rostro, las mejillas encendidas y la suave respiración. Un leve parpadeo le dijo a Crayton que ella sabía que estaba observándola.

—Campbell, ¿no deberías estar con tus amigos *highlanders*?

Crayton estuvo tentado de cambiar su voz para quizá asustar a Maely, sin embargo, se sentó a su lado. Colocó su espada a un lado, envainada, y se tumbó relajado. Se sintió en ese cielo que siempre quería anunciar su muerte en combate e intentó relajarse. El olor de Maely, a jabón de flores, embriagó su respiración. Inhaló su olor, el de la hierba que los rodeaba y el aroma de la tierra húmeda. La brisa era fría debido al arroyo.

—El rey no me necesita, he dejado a Liam con él.

Se giró para mirar el rostro de Maely, permanecía con los ojos cerrados.

—¿Confías en ese Liam?

Crayton se quedó sin respiración cuando, tras hacer la pregunta, Maely abrió los ojos, del mismo color de la hierba oscura. Aquella situación era inapropiada en extremo, ninguna dama que conociera estaría tumbada entre las hierbas, su cuerpo en la tierra, pero tampoco ninguna parecería tan joven y hermosa como Maely Douglas.

—Es como un hermano para mí.

—Entonces la respuesta es sí. Te entiendo, no hay nada que no hiciera por Drustan —susurró ella para volver a cerrar los ojos—. Eres complicado Campbell, y que conste que no pronuncio tu apellido con desprecio ni desagrado. Tienes un gran sentido de la lealtad, a pesar de tu expresión siempre seria y sombría.

Crayton sonrió, al hacerlo notó en sus mejillas el roce del sol. Con Maely no se sentía «sombrío».

—¿Qué harás con tu reciente prometido? Ahora que estamos solos, he de decirte que no creo que matarlo sea la mejor opción.

—Papanatas tiene los días contados.

—¿Papanatas? Bonito nombre le has puesto.

Maely volvió a tumbarse junto a él. Una sonrisa se esbozó en el hermoso óvalo que formaba su cara, se quedó de forma inocente muy cerca de su rostro y Crayton pudo ver las pequeñas pecas de sus mejillas, la cicatriz de su ceja seguía hinchada y no pudo resistirse a levantar la mano y acariciar la fina línea que con tanto cariño le habría curado Margaret.

—¿Qué harás tú con tu prometida, Crayton?

El susurro de su nombre en los labios de ella era como el sabor de la victoria tras una batalla.

Crayton no apartó la mano, deslizó el dedo anular por la curva de su mejilla.

—Casarme, supongo. Es mi deber.

Maely se incorporó y rompió la magia de aquel momento. Sus grandes ojos verdes lo miraron con intensidad.

—Dime que no tienes dudas, que harás feliz a Ailsa.

—Casarse no implica felicidad, Maely, ¿o crees que Rhona será feliz con ese idiota de Gawen? —El silencio se hizo entre ambos sin poder apartar la mirada uno del otro—. ¿O tú con papanatas?

—Me preocuparé por ello mañana.

—La llegada de los *lairds* solo distraerá a MacLellan durante unas horas.

Maely resopló con un gesto de duda.

—Debes marcharte cuanto antes, Maely.

—No puedo…

Crayton no apartó su mano del calor de su rostro.

—Nunca te lo has planteado, ¿verdad, Maely? Jamás has pensado en huir, a pesar de los golpes, las injusticias y el trabajo que te obligan a hacer.

Maely sujetó su mano, pero no apartó la caricia de su mejilla.

—No podía, el *laird* castigaría a Rhona y a Ailsa… Angus y Margaret…

Crayton sujetó su hombro cuando Maely intentó incorporarse, se revolvió un instante antes de ver que solo lo conseguiría si utilizaba su daga. Veía en sus ojos que no quería escapar, tampoco enfrentarse a la verdad.

—No es cierto Douglas, no te has ido porque tienes miedo, jamás has intentado escapar porque te han doblegado.

—No es cierto —gimió Maely. Se desprendió de su mano en cuanto se incorporó y eso debía haber sorprendido a la muchacha. Solo había conocido el miedo y los golpes.

—Creías que tu familia no te quería, que te habían abandonado a tu suerte. Jamás has hecho el más mínimo esfuerzo para rebelarte.

—¡Cállate, Campbell! —siseó con tal dolor en los ojos que Crayton hubiera querido consolar a Maely, no debía si quería que ella reaccionara—. Angus es mi familia.

—Ese hombre solo te ha atado con su protección, te ha ahogado con su forma de permitir que te trataran mal, igual que Rhona y Ailsa. Solo ese muchacho que te persigue, Drustan, pierde algo cada vez que te defiende.

Maely inspiró hondo, no era verdad. ¿Por qué Crayton insistía en hacer que sus palabras dolieran tanto? Se tapó el rostro, no quería que él viese su dolor, que entrase en esa parte de su alma que gritaba que Campbell tenía razón. Había vivido durante años con el sentimiento de que su familia había abandonado la idea de acudir en su ayuda. Crayton no sabía de las palizas y los latigazos en su espalda.

Crayton cogió ambas manos y las apartó de su rostro con suavidad. Maely volvió a sentir el calor de sus dedos entre los suyos. Sintió su mirada sobre ella, acarició con sus ojos azules cada recoveco de su rostro y se detuvo en la boca.

No estaba bien. Sin embargo, cuando Crayton acercó los labios a los suyos, lo recibió con la boca entreabierta y la respiración anhelante. Su boca se abrió para él, consciente de que deseaba volver a sentir el palpitar rápido de su corazón, el hormigueo de su cuerpo al sentir la caricia de su lengua y la noción de que todo en ella estaba vivo y latente.

Estaba mal.

Y de nuevo aquel pensamiento aparecía en su mente, turbaba su corazón y hacía que Maely se

sintiera una traidora. Su mente podía centrarse en que a Ailsa, Crayton no le gustaba en absoluto como había expresado de forma abierta ese mismo día, pero iba a ser su esposa, la mujer de Crayton Campbell. Maely sabía que Ailsa podía perdonar, pero y ella misma, ¿se podría perdonar tal traición? Nunca, se conocía demasiado bien. Podía haberse engañado a ella misma mil veces y saber que Crayton tenía razón, jamás había querido marcharse porque pensaba que nadie la apreciaba tras esos muros. Tal vez si hubiera luchado de verdad, sentido que tenía la esperanza de que una familia esperaba por ella…, ni la muerte hubiera retenido a Maely. Intentó apartarse, un leve movimiento que Crayton detuvo con su mano al bajar por la espalda en forma de caricia.

Crayton notó el instante en que Maely se había quebrado bajo sus besos, él no se sentía mucho más honorable que ella, intuía en el intento de apartarse. Era un mal hombre, un hombre horrible, un hombre atrapado por el deseo de permanecer en aquella boca por más tiempo. Deslizó su mano por la espalda tibia de Maely, la apretó contra sí para sentir su cuerpo por completo. Fue el recuerdo del bosque, su cuerpo sobre el de ella, quien se adueñó de su alma y su razón. Se aferró a la cadera de Maely y la inclinó sobre él. Cada curva, cada lugar cóncavo de su piel se pegó a su cuerpo y respiraron al unísono como si se trataran de una sola alma. ¡Cuánto miedo se podía tener al sostener a esa mujer en los brazos! Crayton profundizó su beso, lamió su lengua mientras sus manos se aferraron a aquel trasero marcado por los pantalones. Decir que no se había fijado cuando caminaba delante suyo en las curvas de su cuerpo sería un pecado mayor que el deshonor que cometía con su prometida.

Maely gimió desde lo más hondo de su ser, podía besar y ser besada hasta que se consumieran en el infierno, el calor de la entrepierna de Crayton atravesaba la fina tela que los separaba, ella misma sintió una mezcla de calor húmedo que no tenía que ver con el suelo junto al río.

—¿Campbell?

Demasiado cerca, alguien llamó a Crayton. Maely se apartó usando el inmenso torso de Crayton para apartarse con ambas manos. Salió despedida entre la hierba y se levantó de un salto. Sintió a Crayton junto a ella hacer lo mismo.

—Maldición —gimió Crayton—. No tenía que ser así.

Frente a ellos, cerca del camino, estaba el rey con los brazos en jarras. Su mirada severa hizo temblar a Maely, no obstante, agradeció el instante en que Crayton se posicionó a su lado. No hubiera sido tan terrible si junto al rey no estuviera el *laird* de los MacLellan con una mirada de odio tan profunda que Maely se sintió pequeña. E incluso, aquello no hubiera sido tan horrible y vergonzoso si tras ellos no estuvieran gran parte de los *lairds* de los clanes invitados a la boda de Crayton y entre ellos, Rhona y Ailsa.

Maely miró a ambas, sus amigas, esperó que la disculpa de sus ojos llegara hasta ellas. Rhona la miraba con furia, Ailsa sonrió. Liam, el segundo de Crayton, la imitó. El rey se adelantó a todos y paró la zancada que John MacLellan iba a dar en ese instante.

—¿Cómo has podido comprometer de esta manera a la muchacha, Crayton? Es inadmisible, delante de todos, a la vista de su clan entero.

Maely solo había pensado en Ailsa y el mohín de enfado de Rhona cuando miró con más atención al rey. Algo no estaba como debía…, ¿por qué su voz, su regañina, no se correspondía con la mirada jocosa que les dirigía?

—Te mataré con mis propias manos, Campbell. Y a ti también, furcia.

John MacLellan estaba sobrepasado, nunca había sido cuestionado y ahora una simple muchacha ponía en peligro todos los planes que tenía para su hija, la boda, la vergüenza de saber que todos los *lairds* contemplaban su humillación pública.

—Mi rey —interrumpió Crayton—. Siento haber… Pero no ha…

—¡Cállate, Campbell! Esta misma noche el sacerdote os casará a ambos. Aún no me explico cómo has podido deshonrar a la hija de un amigo, mi más fiel amigo. Maely Douglas, deberás casarte con Crayton Campbell para limpiar tu alma.

Maely entornó los ojos, su mirada se apartó de su *laird* para fijarse en la de Crayton y el rey, y de nuevo a Crayton. Algo no cuadraba, estaba convencida. ¿Qué hacía el rey junto al río con todo su séquito? Había sido Crayton quien la había buscado hasta allí. Maely se cruzó de brazos para increpar a Campbell y al rey si era necesario cuando Ailsa se tiró hacia ella. Abrazó su cuerpo más pequeño que el suyo y en susurros, le dijo al oído:

—Gracias, Maely, sé que lo has hecho por mí.

Maely se quedó blanca, ¡no! Ella no había hecho nada y Rhona parecía que, en lugar de un abrazo, quisiera matar a alguien. ¡No! Jamás se sacrificaría de tal manera, podían encontrar la solución, pero no a costa de un matrimonio.

—Ven Maely, iremos a casa de Margaret, no te preocupes, nosotras nos encargaremos de arreglarte, te prestaré el que iba a ser mi vestido.

—¡No puedo creer que hayas arruinado la boda de mi hermana! —gritó Rhona.

—No he hecho nada, Rhona. Te doy mi palabra.

Rhona, más alta que ella, se inclinó hacia su rostro con el dedo apuntando a su nariz.

—¡No puedo creer entonces que hayas sido tan tonta! ¡Ve con Ailsa! Yo no participaré de esta boda.

Maely no pudo evitar pensar en ese egoísmo del que Crayton le había advertido, de todos aquellos que la rodeaban en el clan. Con cierta decepción vio como Angus le negaba la mirada. ¿Pensarían todos que Maely se había entregado a Campbell para impedir la boda?

Se dejó arrastrar por Ailsa hacia el camino, herida en el alma por las palabras de Rhona y la mirada de repulsa de Angus. En el último instante, antes de tomar la dirección al castillo, Maely se giró y pudo ver como Crayton le hacía una señal a Liam de que fuera con ellas. ¿Para protegerla? Seguro que el *laird* querría que muriese en ese mismo instante. Después la miró a ella. Entonces lo vio. La certeza absoluta de que nada de lo que había ocurrido en el serbal había sido una coincidencia. Maely miró hacia el rey, satisfecho acallaba al resto de los presentes y a las damas. Y Crayton fue tras él.

Robert Bruce había prometido que encontraría la manera de sacar a Maely del clan MacLellan y lo iba a cumplir. Lo único con lo que Maely no había contado es que sería casándose con un Campbell traidor.

Capítulo XV

—Margaret, no voy a casarme con Crayton Campbell. ¿Es que nadie ha pensado que la razón de su boda con Ailsa era la unión de ambos clanes?

—¿No crees que el rey ya tiene suficientes aliados? Pienso que el único que ha mirado por tu bienestar ha sido el rey.

—¿Casándome con Campbell?

—¡Oh, no lloriquees, niña! Ya te gustaba desde el primer día.

—No es cierto.

—Hasta la leche se agriará con tus mentiras, niña. —Margaret puso la misma expresión que cuando golpeaba con la cuchara su mano para que no se comiera el pan caliente.

—Eso es lo que ha hecho ese hombre, mentir, Crayton me ha vendido. Solo sigue las órdenes de su rey. Nos ha condenado a ambos a una boda que ninguno queremos.

—Bueno, habla por ti, a no ser que tengas el don de la videncia. Tal vez Campbell sí quiera casarse contigo.

—Y hacerme un favor, quieres decir. ¿Quién querría cargar conmigo? Soy contestona, cabezota, no soy una dama, mira mis manos encallecidas como las de un arquero. ¡No te rías, Margaret!

—El sendero del amor…

—¡Basta de senderos! Todo tiene un sendero para ti, Margaret.

—Porque la vida está llena de caminos. Desde luego, Ailsa está muy contenta.

—Y Rhona me odia.

—Rhona te perdonará algún día. Y mi hijo Angus también. Mira por ti por una vez, ¿tan mala vida tendrás junto a Campbell?

—No me casaré con él, puedo asegurártelo —prometió Maely—. ¿Sabes lo que insinuó Rhona? Que yo he planeado todo esto para casarme con un Campbell, que no podía ser tan ingenua.

De nuevo, aquella pregunta formulada por Crayton pasó por su cabeza: «¿Por qué no has huido de este clan?». Eso era justo lo que tenía que hacer, huir antes de esa tontería de boda. Fue hasta la puerta de la cabaña decidida y abrió de golpe. Frente a ella, los ojos de Liam bailaron de diversión. Tras él, otros dos hombres Campbell custodiaban su puerta.

Todos mudaron su sonrisa por una expresión de sorpresa, recorrieron su cuerpo de la cabeza a los pies. Entonces recordó que llevaba su vestido de boda, Ailsa, tras ayudarla a vestirse, la había dejado a solas con Margaret, como dictaba la costumbre de que recibiera los consejos de alguien mayor que ellas. Maely intentó aparentar normalidad, pero sus traicioneras manos alisaron la falda del vestido verde. Liam se adelantó y con una reverencia, tendió su mano hacia ella. Una mano que no pensaba coger.

Angus se acercó por el sendero, hacía días que Maely no lo veía sonreír. Ni siquiera miró su rostro cuando ofreció su brazo a Maely. Liam se apartó con dignidad e indicó que podían caminar delante suyo. Los hombres de Crayton se habían tomado muy en serio su protección y los rodearon a una prudencial distancia mientras caminaban rumbo al castillo.

—Angus…

Maely sintió su voz rota, notaba la tensión en el brazo del que había sido como un padre para ella y ahora parecía un ser extraño.

—¿No vas a volver a hablarme, Angus? No es cierto nada de lo que han dicho, no me he deshonrado de ninguna forma.

Entonces Angus se detuvo, inclinó el rostro hacia ella. Maely sabía que estaba a la búsqueda de la verdad en sus ojos.

—Ya no importa, Maely. Mentiste al decir que no habías encontrado a nadie en el bosque. Les dijiste quién eras, al rey y al *laird* de los Campbell. Has traicionado la confianza de este clan y la mía.

—Mentí a mi *laird*, no a ti Angus, si me hubieras preguntado, te hubiera dicho la verdad. ¿Por qué no te alegras por mí como los demás? Nunca quisiste que me fuera de tierras MacLellan, ¿verdad?

Angus volvió a caminar ante la mirada de suspicacia de los Campbell y Maely acompasó su paso al de él.

—Has sido para mí como una hija desde el día en que te traje aquí.

—No es excusa, Angus, deberías haberme hablado de mi familia, brindarme la oportunidad de marcharme.

En ningún momento Angus se giró para mirar a Maely a los ojos.

—Sí, he sido un egoísta, pero te he salvado cuantas veces he podido del *laird*. Deberías casarte con Miles, el amigo de Gawen. Está dispuesto Maely, he hablado con él, solo tienes que negarte a casarte con Crayton y pasará por alto tu indiscreción.

—¡Cielos, Angus! ¿Hablas en serio? ¿Preferirías verme casada con un hombre que no perdió oportunidad de darme una paliza en todos estos años a dejarme ir? ¿Sabes lo que hará conmigo en cuanto sea su esposa? Desde luego haces que vea a Campbell como mi única opción, eso o casarme con un animal, ¿de verdad, Angus?

Maely sintió un dolor profundo desde lo más hondo de su ser. Crayton tenía razón y eso dolía, y mucho. Todos a su alrededor habían sido igual de egoístas que Angus, Rhona, Ailsa…

—Puedo arreglarlo Maely, igual que mil acciones tuyas antes.

—No Angus, quieres arreglarme a mí sin darte cuenta de que siempre he sido la misma niña que recogiste en Threave.

—Eres mi hija adoptiva.

Aquellas palabras marcaron un surco en mitad de su corazón, Maely se sentía desesperada, ¿por qué todo se había estropeado en apenas unos días? No quería perder a Angus.

—Angus. No puedo negarme a casarme con Campbell y puede que tampoco quiera ahora que sé que harías cualquier cosa por mantenerme a tu lado, has sido un egoísta Angus. Crecí creyéndote un padre para mí, que siempre mirarías por mi felicidad, cuando lo único que hacías era sacrificarme para tenerme a tu lado como si fuera un leal can.

Angus se detuvo y Maely entonces sí lo tuvo frente a ella. Nunca había visto en su mirada tanto rencor como en ese momento.

—No presenciaré tu boda, Maely.

—No quiero que estés allí, Angus. Hace tiempo que debí darme cuenta de quién eras realmente. Puede que seas un gran guerrero, pero no eres un buen hombre. Nunca vuelvas a hablar por mí. Y no vuelvas a intentar arreglarme como si fuera algo roto.

Maely se soltó de su brazo con todo el dolor de su corazón. Liam no tardó en acercarse a ella y prestar su ayuda para que Maely se apoyara en él para continuar su camino. Una vez más, tomaba una elección al tomar una mano, solo que esta vez, la alejaría para siempre de Angus.

Vio como el hombre que la había salvado una vez desaparecía hacia la aldea con paso apresurado.

Maely cogió su falda y tiró de ella enfadada, no estaba acostumbrada a aquella falta de movimientos en sus piernas. Liam a su lado, se adaptó a su paso lento.

—¿Os encontráis bien, mi señora?

—No me llames así, Liam.

—No me queda otra opción, vais a casaros con mi *laird*.

No sabía si Liam se estaba mofando de ella o hablaba en serio.

—Por cierto, estáis preciosa, mi señora.

—Si vuelves a llamarme «mi señora», te clavaré la daga que llevo en la bota. Maely, me llamo Maely.

Liam con disimulo, levantó con el pie la falda de Maely y se rio al ver que llevaba unas botas altas de cazador bajo el vestido.

—Maldita sea, Maely Douglas, llevas botas a tu boda. Va a ser muy divertido tenerte en Innis Chonnel.

—¿Innis Chonnel?

—El hogar de los Campbell en Argyll.

Maely sintió que se quedaba sin aire, ¿iba a convertirse en la mujer de Campbell, de verdad? Ni siquiera sabía dónde estaba Argyll. Sintió las costuras del vestido apretadas, el ascenso por el camino no era demasiado empinado y nunca le había costado subir a la carrera, pero en este momento, unas gotas de sudor frío recorrieron su cuello. Le faltaba el resuello, le fallaban las piernas y la vista comenzaba a nublarse a su alrededor. Liam pareció notar su debilidad cuando apretó con más fuerza su brazo al atravesar el patio y penetrar en la pequeña capilla de los MacLellan. Maely miró al techo de vigas de madera y las pinturas que decoraban las paredes. Debía haber entrado con más frecuencia allí y encomendarse a que una fuerza divina interviniera por ella en esos momentos. Liam tiraba de ella hasta que Maely se resistió, la mirada divertida de Liam Campbell no ayudó en absoluto a que aquel sofoco se pasara. Tiró de nuevo de su brazo y Maely se obligó a mirar a los lados, muchos de aquellos entre los que había crecido estaban allí. Y estaban contentos. Un hecho que Maely hiciera que se preguntara si no estaban todos locos.

Entonces los rostros de los *lairds* que habían presenciado su vergüenza en el río asentían serios y Maely prefirió centrarse en el padre Brian. Ahogó un gemido de terror, ante el anciano sacerdote. Allí estaba de pie, con las manos cruzadas en el pecho, Crayton Campbell. Maely tuvo que admitir que su figura varonil absorbía todo el aire de la pequeña capilla. Llevaba su *plaid*, cruzado sobre el pecho, cubriendo su corazón. El broche de los Campbell brillaba desde allí, y, a medida que se aproximaba, vio cambiar la expresión de su rostro a la más absoluta incredulidad. Crayton resopló, y los mechones de pelo húmedo se apartaron de su rostro para mostrar el azul cobalto de sus ojos entornarse de manera poco divina para estar en una iglesia.

Crayton contuvo el aliento. Estaba hablando con el padre Brian y el rey que lo guardaban como si fuera a salir a la carrera de aquella capilla, los murmullos le dijeron que la novia había llegado y entonces levantó la mirada. Maely avanzaba por el pasillo casi a rastras del brazo de Liam y, sin embargo, no podía ser ella. Si Crayton no supiera el fuerte carácter que podía albergar su pequeña figura, comparada con la de él, hubiera creído que era la aparición de un dulce ángel. Entonces se dio cuenta de que, hasta ahora y a pesar de la atracción que sentía por ella, nunca había visto a Maely vestida así. La banda de su vestido se ajustaba a su cintura marcada y marcaba el escote del vestido mostrando más piel de la que Crayton consideraba aceptable. Con la barbilla levantada y sus labios prometedores, parecía una diosa antigua. El pelo

negro y ondulado caía en cascada desde una valiosa diadema que había visto llevar a las hijas de MacLellan. Crayton debería de dejar de mirar a su prometida de esa manera en lugar sagrado. Admiró la tela verde que caía con gracia sobre sus caderas al caminar y sonrió, sus botas de cazar se entreveían al avanzar por el pasillo. No había duda, era Maely. Estaba seguro de que en una de sus botas había una daga.

Observó que a su paso, los hombres devoraban con su mirada a Maely y supo que, si no se celebraba la boda en ese instante, acabaría enemistado con la mitad de los *lairds* presentes por culpa de los ojos verdes de Maely. Una y mil veces se preguntaba cómo aquella joya había permanecido escondida entre los MacLellan y lo más importante, ¿cómo podía ella ser hija de James Douglas?

Quiso adelantarse y proteger a Maely de la mirada de odio del *laird* MacLellan, del enfado de Rhona MacLellan y la ansiosa urgencia de Ailsa porque todo acabara pronto y se supiera libre de casarse con él.

Maely suspiró hondo cuando Liam se colocó a su lado y quedó junto a Crayton. No quería mirar a Campbell, con tan insultante hermoso rostro y porte de guerrero. Miró al suelo y fue un error al ver sus piernas desnudas bajo la tela de su clan.

—Estarás de acuerdo conmigo, Crayton, que has ganado con el cambio.

Crayton supo que el rey había cometido un error cuando el rostro de Maely se giró hacia ellos. El padre Brian había comenzado a hablar y Maely se excusó al detenerlo con un gesto.

—Antes de acceder a esta boda, tengo mis propias exigencias.

El rey abrió los ojos de forma alarmante. Crayton tan solo sonrió. No esperaba menos de Maely. Cogió la mano de Maely, confiaba que, con aquel gesto, ella se tranquilizara. Pareció resultar porque ella inspiró hondo y mantuvo la mirada solo ante él.

—Si puedo, te doy mi palabra de que cumpliré todas mis promesas.

Maely frunció el ceño, ese hombre era tan honorable y sincero en su mirada que no pudo más que suspirar.

—Me llevarás con mi familia antes de ir…

Angustiada, Maely miró a Liam, había olvidado el nombre del hogar de los Campbell.

—Innis Chonnel —murmuró Liam.

—Mi hogar —asintió Crayton.

—Eso es. Innis Chonnel.

—Te llevaré con tu familia, te doy mi palabra.

Maely estaba al borde de caer sin respiración. Se giró para buscar a Margaret que emocionada, se limpiaba las lágrimas, asintió para que tuviera valor. Miró hacia atrás, la gente empezaba a murmurar y el rey se impacientaba. El padre Brian intentaba escuchar de forma descarada.

—Y Drustan vendrá conmigo.

Crayton emitió un gruñido al instante.

—No puede quedarse entre los MacLellan, lo castigarán por haberme defendido, por esta boda… No le permiten aprender con la espada ni el arco a causa de nuestra amistad.

Amistad. Crayton sintió que un pequeño pedazo negro de su corazón se revolvía. Algo le decía que en verdad Maely y Drustan eran amigos, nada más.

—Si él acepta, se convertirá en un Campbell de pleno derecho. Yo mismo lo entrenaré junto a Liam.

Maely podía haber pedido que fuera un buen esposo, después de la forma en que la habían tratado toda su vida, lo más lógico es que desconfiara de él. Había pedido ver a su familia y

salvar a su amigo. Si hubieran estado solos, Crayton hubiera besado su boca hasta saciarse de su sabor, parecía dulce y delicada con aquel vestido, por mucho que en su mirada siguiera siendo fiera.

—¿Podemos entonces empezar? No es que no quisiera escuchar, que por supuesto quería, pero acabemos con esto, Crayton —pidió el rey. Hizo un gesto al sacerdote que comenzó a hablar en latín.

Maely vio una sombra deslizarse a un lado, a pesar de todo Angus estaba allí para ver cómo se casaba. Nunca podría guardarle rencor, pero tampoco perdonar.

Maely no entendía latín, así que intentó mirar la mano de Crayton que en ningún momento se había soltado de la suya. Cuando él tomó su muñeca y entrelazó un paño con los colores de los Campbell, comprendió que todo aquello era real. Había visto demasiadas bodas como para no comprender que dejaba de ser una Douglas para convertirse en la esposa del *laird* Campbell.

Crayton levantó su barbilla para que lo mirase e indicó con un gesto a Maely que debía asentir. Ella parecía perdida, y entonces comprendió por qué Maely se mostraba tan insegura, no había recibido educación, no sabía latín, la lengua de los libros y los sacerdotes. Cuando el sacerdote le indicó que firmara. Crayton se giró para mirar a su rey.

—Mi señor, ¿entregáis vos a la muchacha? —conminó el sacerdote al comprender la situación —. Su padre no está aquí y no hay nadie a quien corresponda…

El sacerdote calló al sentir la mirada de su *laird*, John MacLellan, sobre él.

—Entrego con esta firma a Maely Douglas en nombre de mi gran amigo y leal servidor, James Douglas, al *laird* Campbell.

Maely volvió a ver la gran actuación de su majestad, con aquella declaración, jamás nadie podría poner en duda aquel matrimonio, aunque MacLellan se hubiera negado.

Capítulo XVI

Seguía en trance, tal vez soñaba, porque a su alrededor se oían risas y conversaciones, pero Maely se sentía en una nube turbia, como si estuviera en mitad de la niebla del páramo que la vio crecer. Incluso estaban celebrando su boda en el gran salón, sentada a la mesa con el *laird*, Rhona y Ailsa, su majestad y algunos de los *lairds* más poderosos de las Highlands. Y por supuesto, Crayton, su esposo. La boda se había celebrado, y como si fuera una señal, unos truenos habían sacudido el cielo. Maely estuvo atenta al comportamiento de los otros *lairds* con Crayton, nadie repitió las palabras horribles del *laird* MacLellan acerca de la muerte de sus hermanos. Aquella acusación velada de que Crayton había acabado siendo *laird* a costa de la muerte de ambos. En cambio, una vez más, percibió el respeto de todos hacia Crayton y la sincera alegría que mostraban en su boda. Lo apreciaban de verdad.

Ante Maely pasaron bandejas de comida que en otra ocasión, habría de estar preparando en las cocinas para ayudar a Bessy y Drustan. Sentada en la mesa principal, se sintió observada e incómoda con aquel vestido. Crayton notó como se revolvía en el banco a su lado y apoyó la mano sobre su pierna. No tuvo valor para apartar sus dedos con todo el clan frente a ellos y el rey a su mesa.

—¿Cuándo podremos abandonar esta farsa?

Junto a ella, Crayton ni tan siquiera se giró. Maely observó la vena que surcaba su cuello, entrelazada con una cicatriz antigua, donde su cabello castaño se ensortijaba. Se giró al sentir su escrutinio.

—Me temo que esta farsa, como lo llamas tú, durará bastante.

—No me refiero a este matrimonio, sino al banquete.

Crayton levantó la copa hacia ella con una sonrisa en la boca mientras sus ojos se volvían de un azul oscuro demasiado profundo para ella. Maely era consciente de que hablaba a Crayton de una manera cortante, pero no podía evitar a cada instante sentir rencor por cómo había sido engañada.

—Aún tenemos que bailar, «mi querida esposa».

—Podemos omitir el baile.

—El brindis.

—También eso.

Crayton soltó la copa sobre la mesa y se levantó con un resoplido.

—Si tan impaciente estás porque te lleve a mi cama, de acuerdo, esposa mía.

Lo dijo tan alto que varias cabezas se giraron hacia ellos. Maely sintió el rojo en sus mejillas, azorada. No había querido decir eso y Crayton lo sabía bien. Ni tan siquiera su mente se había formado una idea exacta de qué pasaría tras la boda. Había estado demasiado preocupada con impedir el enlace como para imaginar por un instante que ahora debía… ¿consumar? Maely se aproximó al oído de Crayton, tuvo que ponerse de puntillas y estirar el cuello al máximo, por fortuna, él decidió colaborar y se agachó un tanto.

—Ni por un momento pienses que este matrimonio es real. No vas a tocarme, Campbell.

En lugar de enfadarse como Maely esperaba o ponerse a gritar, Crayton hizo una reverencia ante ella. Sin previo aviso, pasó su mano por la espalda y tras las nalgas para tomar en brazos a

Maely. Asombrada, no supo qué decir. Sus protestas habrían sido apagadas por la cantidad de gritos y obscenidades que dijeron a los novios mientras Crayton sonreía como si en realidad, fuera el hombre más feliz del mundo al llevar a su reciente esposa a su alcoba en la noche de bodas.

Maely, por un momento fugaz, se sintió protegida entre aquellos fuertes brazos que cargaban su peso como si fuera liviana. Un instante de locura se instaló en su mente al pensar qué bonito habría sido que ella hubiera elegido a ese hombre, esa boda y él la sacara del salón tan enamorado como para llevarla en sus brazos. Maely renegó con la cabeza para alejar tan estúpidos pensamientos y, por el contrario, se refugió contra ese pecho que olía a jabón y cuero, olía a Crayton Campbell.

Los sonidos del salón se perdieron en la distancia mientras Crayton subía las escaleras de la torre. Maely no quería hablar, ni tan siquiera mirarlo, prefería quedarse así, acunada entre su musculoso torso y rodeada por sus brazos. Quizá era el lugar más seguro de cuantos había estado en su vida. La patada que Crayton dio contra la puerta al abrir sus aposentos despertó a Maely de sus ensoñaciones. El *laird* le había dado a Crayton su antigua habitación, de paredes frías y espartanas, como si fuera una premonición de que Maely volvería a dormir en el castillo. Apoyadas en las paredes estaban las armas de Crayton, su ropa revuelta sobre el baúl.

Crayton caminó hacia la cama y Maely abrió los ojos aterrorizada al ver la manta con los colores Campbell. ¿Qué iba a hacer Crayton? ¿Iba a obligar a Maely a consumar aquel matrimonio? Maely se revolvió y con suavidad, pero firmeza, Crayton contuvo su pataleo. En cuanto sus rodillas tocaron el borde de la cama, arrojó a Maely entre las mantas y ella se levantó al instante para ir al otro extremo de la estancia.

—Ya está.

—¿Ya está? —repitió Maely desconcertada. Incluso a ella, su tono le sonó decepcionado.

—¿No querías salir del banquete? Esposa.

Era la primera vez que estaban solos desde que habían sido sorprendidos en la orilla del río y Maely tenía mil acusaciones contra él. Lo que no esperaba era que Crayton comenzara a sacar las dagas que escondía en la bota, en el cinturón, entre los pliegues de su *kilt*. Se quitó su *sporran* y el cinturón que portaba su *claymore*. Era hermoso. Magnífico. Cada movimiento de sus brazos exultaba masculinidad. Maely retrocedió, no por miedo a él, sino por sus propios encendidos deseos. Ansiaba tocar su cabello, deslizar las manos por ese torso que aún se hallaba oculto por la camisa.

—¿Está en tus órdenes consumar el matrimonio esta noche?

Más cortante, como el filo de esa espada que Crayton apoyó en la pared junto a la cama. Al moverse, la luz de la luna se prendió en sus cabellos castaños. Cuando miró a Maely, ella esperaba encontrar desafío, nuevas miradas enzarzadas en una discusión, sin embargo, encontró una mirada desolada en él.

—Mis órdenes solo implicaban lograr que te casaras conmigo. Los besos que te di, Maely, no eran exigencia del rey ni de nadie. Si no te engañaras, descubrirías que tampoco nadie te obligó a corresponderlos, a deshacerte entre mis brazos y gemir de pasión.

Maely fue a protestar y calló. No. Nadie más que ella había respondido a cada caricia y cada beso. ¿Por qué, de todos los hombres del mundo, sentía esa unión con Crayton?

Crayton fue hasta el fuego de la chimenea y removió los troncos. La luz de las llamas llenó de luz la habitación. Una a una, apagó las velas que había junto al lecho y se asomó al alto ventanal.

—Maely, tenemos que hacerlo. Consumar el matrimonio.

¿A eso se reducía aquel matrimonio obligado?

—Podemos fingir que…

—Mañana podríamos estar muertos, Maely. No se desafía a un clan entero, se humilla a la hija de un *laird* y, por mucho que entre estos muros esté el rey, nada asegura que no vendrán a matarnos, a los dos.

—Por eso Liam no se ha apartado de mí y ahora está delante de nuestra puerta. No me mires así, he oído pasos fuera una vez que has entrado. —Maely sabía que su voz sonaba asustada—. No puedo, Crayton. Lo tenías todo planeado junto al rey, cuando Bruce se cercioró que los clanes acudían a él, se aseguró su juramento, vuestros planes cambiaron, intercambio de novias y de alianzas. Mi padre, de esta manera, se sentirá en deuda con vosotros por rescatarme y ofrecerme tu protección, Campbell. He sido un juego para ti. Te has atado a mí por lealtad a tu rey y yo he caído en la trampa por unos besos, como una tonta.

—He visto la inquina en los ojos de Gawen, puede que fuera a casarse con Rhona, pero ¿cuántas veces ha intentado hacerte suya? No hace falta que contestes ahora. Incluso tu «prometido» se mostraba hostil, a pesar de que el compromiso ha durado apenas unas horas.

—Dejo huella en los hombres —sonrió Maely. Empezaba a hacerse una idea de la situación que había obligado a Crayton a actuar deprisa, aquella boda podía haber sido con el amiguito de Gawen.

Crayton no tuvo más remedio que sonreír mientras introducía su daga bajo la almohada.

—Tal vez mi negativa a casarme dio lugar a la conversación entre el *laird* y Gawen, aparte de querer que muera de cualquier forma imaginable, planean traicionar al rey. Sin tu protección, quizá ahora estaría muerta.

—Suponía que sería así, los MacLellan han cometido demasiadas atrocidades y quieren borrar todas, tú fuiste testigo de la mayor de todas. —Crayton miró un instante hacia ella dubitativo—. Gracias, Maely, por contarme que querían acabar con la vida del rey, ahora al menos está prevenido.

Maely suspiró, sabía cuánto podía costar a Crayton dar las gracias cuando pareció que vomitaba las palabras. Aquella habitación, sin una conversación entre ellos, se hizo demasiado pequeña.

—¿Podemos hacer como si hubiera pasado? ¿Mentir? —dijo Maely al señalar el lecho.

—Si piden una prueba, y sabes a qué me refiero, Maely, tendremos la seguridad de que es cierto. No se podrá anular. Tendrás la certeza de que, si algo me ocurre, mi familia te protegerá.

—No digas eso, me has engañado y traicionado, pero no deseo tu muerte.

Él cogió otra daga y la colocó entre el colchón y las mantas. Maely lo observaba con atención, Crayton se preparaba para la guerra.

—Después no habrá nada más, no dejaré que me toques jamás —susurró Maely. Al mirar a Crayton a los ojos, él asintió.

—No te obligaré nunca más, Maely. Tendrás que venir a mí por voluntad propia después de esta noche. Nunca rompo una promesa.

Maely se levantó de la cama. Algo en su interior le decía que ni siquiera en este momento Crayton estaba obligándola a nada. Razonaba con ella, y por alguna extraña sensación de su cuerpo, Maely estaba más que dispuesta. Crayton estaba siendo firme y al mismo tiempo, ofreciendo una opción.

Se apartó un poco de él. Se remangó el vestido, sacó la daga de su bota y colocó su arma bajo su lado de la almohada. Sacó la pequeña hoja que llevaba en el cinturón y el pincho de madera afilada que sostenía una parte de su pelo. Las dagas en la cama, el pasador afilado en el mueble junto a la cama.

—Después, Crayton, cuando todo acabe, separaremos nuestros caminos. Habrá alguna forma de anular el matrimonio.

—Una vez que cumpla mi promesa y te reúnas con tu familia, te debo al menos la libertad, si lo deseas entonces, cuando todo acabe, me alejaré sin discusiones.

Se miraron por un instante. Verde y azul, los colores de un día soleado. Ambos sonrieron ante sus semejantes costumbres una vez hubieron acabado de esconder las armas.

Crayton desabrochó el emblema de su clan y recogió con ambas manos el *plaid* con los colores Campbell que había llevado durante la boda. Levantó los brazos y se quitó la camisa, quedó expuesto ante ella como aquel día en el bosque. Parecía una eternidad. Un mundo que había cambiado en días para Maely y ahora, para él. No ocultó su mirada escrutadora, deslizó sus ojos por el firme torso, la cintura marcada y las musculosas piernas. Maely ahogó un gemido al ver su miembro inhiesto y no pudo evitar que el rubor subiera por todo el rostro.

Se sintió acariciado por esos ojos verdes, rasgados y llenos de un brillo seductor. Maely deslizó sus flexibles brazos de arquera y el vestido cayó por los hombros. Soltó el cinturón y la rica tela verde se deslizó por sus piernas hasta las botas. Crayton sonrió, no habían sido imaginaciones suyas, Maely se había casado con sus botas de cazadora, unos simples zapatos no podían esconder sus dagas.

Crayton sabía que era el momento en que debía reaccionar, acercarse a ella y tratar a Maely como lo que era, una doncella inocente. A pesar de su carácter, de su osadía y lengua afilada, ante él solo estaba desnuda, avergonzada y nerviosa. No pudo evitar admirar la cascada de su cabello sobre los pechos, los mechones dejaban entrever sus senos henchidos por la rápida respiración. En el perfecto triángulo de su cuello estaba el colgante de madera con el emblema de los Douglas, nunca había abandonado a su familia, a pesar de que Maely pensaba que ellos a ella sí lo habían hecho. Se deleitó con la curva de sus caderas y los pequeños hoyuelos en que acababa en una sinuosa uve entre sus piernas en tensión. La piel de Maely era inmaculada, con algunas cicatrices en las piernas. Su mirada voló de nuevo a la de ella y Crayton volvió a respirar al ver que Maely no apartaba el rostro.

—Cumplirás todas tus promesas, ¿verdad?

—Todas —respondió Crayton de inmediato. Joder. Si en este momento Maely le hubiera pedido el cielo, se lo hubiera dado en ese instante.

—¿Y después qué será de mí, Crayton? Si tuviéramos que permanecer juntos… si no podemos obtener la anulación.

—Serás la señora de todo mi clan. Serás Maely Campbell, tomes el camino que tomes, mi protección siempre estará contigo donde vayas.

Vio como un traicionero brillo se adueñó de los ojos de Maely, ambos de pie, desnudos uno frente a otro, pendientes de quién daría el primer paso. Entonces Crayton fue consciente de que, aquellas palabras que había pronunciado para que ella estuviera tranquila, eran lo más cierto y sincero que jamás había dicho. Un paso siguió a otro y tomó la cintura de Maely con firmeza mientras la otra mano se iba a su cuello.

Maely sintió la enorme mano de Crayton abarcar su nuca con posesión, su boca se abrió para él con ansiedad. Se aferró a su cuello, entrelazó sus dedos en el cabello de Crayton como había deseado hacer al contemplar su perfil el primer día. Su lengua buscó la suavidad y la fuerza de Crayton, se hundió por completo en su boca y sus cuerpos desnudos se reconocieron. Sintió los botones de su pecho rozar el torso de Crayton y cómo se hinchaban de puro placer. Crayton abandonó la mano de su cintura y tomó su nalga para que ambos cuerpos se fusionaran de arriba abajo, piel con piel.

—Maely…

Maely se deshizo al oír la voz grave de Crayton contra su oído, la lengua lamer su cuello dejando un sendero de calor insoportable. Su tono era desesperado e hizo que Maely se apartara un instante. Crayton sufría, comprendió en su mirada velada que se deshacía en deseo como ella, y aunque no supiera dónde les llevaría todo aquello, deslizó sus manos por el amplio torso, acarició las bandas de su estómago y la marca de sus caderas. Era el cuerpo de un guerrero entrenado, el de un señor de la guerra. Crayton cerraba los ojos torturado, podía verlo en la tensión de su mandíbula y el pulso que su verga mantenía contra su estómago.

—Crayton…

Fue como si una cuerda se hubiera roto en Crayton al escuchar a Maely. Abandonó sus caricias en la espalda y tomó sus pechos, mesó con ambas manos la curva, casi con reverencia, antes de tomar con la boca uno de ellos. Las caricias no cesaron mientras con la lengua tomaba su piel. Maely se aferró a su espalda, sintió la fuerza de sus movimientos y echó la cabeza hacia atrás para mostrarse ante él por completo. Deseaba con todas sus fuerzas que él continuara, que siguiera con su exploración y ataque.

Crayton levantó el rostro para encontrarse la más dulce de las posturas, el cuello de Maely se mostraba ante él expuesto, su pecho abundante, que con aquel vestido había podido atisbar, era perfecto. Cogió en brazos a Maely y ella exhaló un gemido abandonada por el calor de su boca. Se miraron en un momento eterno antes de que Crayton la llevara al lecho. Maely cayó desmadejada sobre las mantas, su cuerpo se hundió entre los colores del clan Campbell sin ocultarse.

—Si no lo deseas, Maely, pararé.

Maely pensó en las mil y una razones que Crayton había enumerado para que estuvieran de verdad casados, tenían que pertenecerse y consumar aquel matrimonio y Maely comprendió que no estaba ante él desnuda por obligación ni deber, ni siquiera para salvar su vida o la de él. Quería a Campbell sobre ella y en ella.

—Deseo hacer esto, Campbell, ven aquí, por favor —dijo Maely mientras tendía los brazos ansiosos por sentir su piel.

La expresión de Crayton cambió a la de un lobo en la madrugada. Se tumbó sobre ella con cuidado, y Maely sintió la fricción de ambos cuerpos desnudos mientras él besaba su boca, sus pezones, su vientre. Maely no podía abarcar el cuerpo de su esposo con las manos, acariciaba sin control mientras él encendía su deseo. Lo apartó de forma breve y Crayton deslizó su mano por la curva de su vientre, hacia la uve de sus piernas. Maely cerró los ojos anticipando el momento en que él llegara al punto en que su cuerpo ardía. Sintió como Crayton deslizaba su mano por la abertura a su sexo y sin delicadeza alguna, penetró con la yema de su dedo el hueco húmedo de su femineidad. Maely contuvo el aliento, se tapó la boca con el dorso de la mano al sentir como Crayton deslizaba su dedo en círculos, rozaba un punto que parecía iba estallar y de nuevo comenzaba. Maely sentía la humedad, cómo se abría para él cuando introdujo otro dedo y pareció que su cuerpo estallaría en mil pedazos.

Crayton apartó la mano de su boca.

—Mírame, *caileagh*, necesito ver tu deseo.

Maely abrió los ojos al tiempo que Crayton llevaba su mano hacia abajo sin dejar de acariciar su interior. De rodillas ante ella, con la mirada nublada, entre sus piernas, Maely lo miró con expectación. Cuando Crayton puso su mano sobre su erección, Maely por instinto, aferró aquella columna dura que a la vez era suave. Sus dedos parecían tan pequeños, su mano no era capaz de abarcar su tamaño. Crayton gimió sin dejar de mirar sus ojos.

—Adoro tu cuerpo, Maely.

Maely estaba demasiado concentrada en lo que acababa de descubrir como para comprender su halago. Crayton no dejaba de provocarle espasmos de placer hasta sentirse frustrada por algo que no llegaba al final, esperaba, pero no sabía por qué, se sentía tan ignorante. Movió su mano, para acariciar a Crayton como él lo hacía con ella y entonces, él perdió el control, apretó la mandíbula y sujetó su mano.

—No puedes, Maely. Hoy no, *mo bhean ghrinn*.

«Mi dulce esposa». Maely se quebró, no por el placer, sino por el latido de su corazón al escuchar aquellas palabras.

—Dime cómo llegar, sé que hay más placer, pero no…

Crayton sonrió tenso y apartó la mano de Maely de su miembro.

—Mi despiadada y curiosa Maely.

Dijo Crayton mientras separaba sus piernas, dejó expuesto su sexo ante él y Maely creyó ver como su cicatriz pulsaba. Se tumbó sobre ella, apoyó los codos y apretó uno de sus pechos como si nunca se saciara de tenerlos entre sus dedos. Entonces Maely sintió su verga dura a la entrada de su cuerpo. Crayton deslizó la mano entre sus cuerpos calientes y la colocó en el punto exacto donde había torturado a Maely con sus caricias.

Embistió en su interior, demasiado despacio para Maely. Sintió como su miembro se deslizaba a través de su canal. Quebró algo dentro de ella y Crayton frunció el ceño preocupado por su dolor.

—No me has hecho daño, Crayton. Me gusta.

—No cierres los ojos Maely, quiero ver tu expresión, la primera de placer. Es mía, esa mirada, para siempre, no me lo niegues.

Maely se retorció bajo él, miraba su boca con la cual había despertado sus pechos. Su cicatriz que temblaba por el esfuerzo de mantenerse en vilo sobre ella. El mechón de pelo rebelde que le caía sobre la mitad del rostro.

Crayton comenzó a moverse sobre ella, al principio despacio hasta que sintió como Maely lo reclamaba en su interior. «Muchacha inconsciente que no dejaba de moverse». Perdió el control, por primera vez en su vida, y se hundió profundo en ella, hasta que su piel chocó con la de ella, sin más espacio ni más aire entre ellos. Maely gimió una y otra vez con cada embestida a la par que Crayton gruñía. No había querido esto para ambos, sino penetrarla despacio y con dedicación. «Por todos los cielos, era virgen y debería haber tratado con más cuidado a Maely».

Y todo se borró cuando sintió la humedad de Maely sobre su miembro. Maely lo inundó todo, la oleada lo pilló desprevenido. Su mirada de sorpresa, de placer, velada y húmeda, lo llevó a la extenuación. Embistió una y otra vez, empapó el interior de Maely y lo colmó, llegó hasta donde su alma se encontró con la de ella. Se vació como hombre, por entero, para Maely.

Maely sintió cada poro de su cuerpo, las punzantes agujas de placer en su sexo, en sus brazos, el agitado latido de su corazón, la locura de su «nada» en la mente. Se elevó sobre sí misma, y se unió con algo más que el cuerpo a Crayton.

Crayton reaccionó a su propio placer y respiró hondo.

—Joder, Maely.

Maely supuso que había sido bueno por la forma en que lo dijo y sonrió como un cachorro perezoso ante el sol.

Crayton se echó a un lado y rozó con el dorso de la mano entre sus pechos hasta llegar al estómago.

—¿Siempre es así, Crayton?

Campbell no pudo evitarlo, sonrió para sus adentros.

—Dijiste que nunca más, Maely. Solo esta vez, por obligación.

Maely lo observó con el ceño fruncido y, con una sonrisa, miró su miembro otra vez inhiesto entre los cuerpos desnudos de los dos.

—Creo, Campbell, que ahora tengo una mirada más amplia de lo que significa la obligación y el deber.

Crayton no pudo evitar sonreír, Maely siempre lo conseguía, incluso cuando tal vez la muerte los esperase tras la puerta. Cayó sobre ella, abrazó su cuerpo entre risas y caricias. No estaba en la naturaleza de Maely ser vengativa, bien sabía el cielo cuánto había tenido que perdonar a aquel clan, lo acarició posesiva con una sonrisa en los labios. Crayton prendió un beso en su pelo, el acto más tierno y cariñoso que Maely había recibido nunca. Entonces la realidad sacudió su pensamiento: «Qué bonito hubiera sido que Crayton se declarara, que me amara, que no hubiera sido una imposición de su rey». Anhelaba más. Quería ser feliz, pero su obstinada naturaleza no dejaba de recordar que Crayton había sido forzado a tomarla como esposa. Maely era consciente de que debía proteger su corazón y jamás enamorarse de él.

A punto de apartar el cuerpo de Crayton, llamaron a la puerta, toques de insistencia y premura los separaron de forma abrupta.

Crayton cogió sus dagas bajo la almohada. Era hora de sacar a Maely del castillo MacLellan.

—Prepárate Maely, es la señal, nos vamos.

—¿Por qué así, como si fuéramos fugitivos?

—No me arriesgaré a que nos tiendan una emboscada durante el camino. Ni a que obliguen al rey a intervenir para salvar nuestra vida. Los tratos que aquí se han forjado son débiles pero necesarios.

—¿Y el rey? ¿No intentarán matarlo?

—Tiene a los MacDonald como testigos, a su guardia personal… MacLellan no se atrevería a tanto. Tiene a su lado más de veinte guerreros. Solo vienen con nosotros los Campbell que lo acompañamos hasta aquí. El rey trazó un plan para no verse involucrado e iniciar una guerra, y yo sabía el riesgo que corría.

—No hay nada que no hicieras por lealtad a tu rey, ¿verdad?

Crayton apretó los dientes y calló. Un día había jurado por su clan, por su rey, por Escocia, sin temor a perder nada en el camino que había elegido. Nunca juró casarse si el rey se lo pedía.

Volvieron a llamar a la puerta y Maely se cubrió con las mantas. Crayton se puso su camisa, y Maely miró el vestido de su boda arrugado en el suelo. Campbell le tiró una bolsa abultada hacia la cama. Maely, con un gesto de extrañeza, abrió las cuerdas. Dentro estaba su camisa y sus pantalones, la capa marrón que solía usar.

Por un instante, quiso darle las gracias a Crayton por pensar en esa nimiedad, en ella, al fin y al cabo, y su comodidad. Un hombre que estaba pendiente de ella de esa forma no podía ser malvado. Peligroso, sí, pero es que Maely no podía dejar de mirar cómo se convertía en el *highlander* temerario y peligroso que era. Cuando se mesó los cabellos para apartar el mechón más rubio de su cabello, Maely se dijo que daría todo en el mundo por besarlo de nuevo.

Se vistió todo lo deprisa que pudo, cargó sus dagas en las botas y el cinto de su pantalón.

—¿Por qué hemos esperado hasta ahora y no nos hemos ido al acabar la boda?

—La señal de Liam significa que todos están borrachos o dormidos. Al amanecer, cuando estén en condiciones de hacer algo contra nosotros, no podrán encontrarnos.

Las dudas asaltaron a Maely, iba a marcharse, iba a encontrarse con su familia al fin. Su padre, sus hermanos la creían muerta, ¿y si no la aceptaban? En un momento de inútil nostalgia

metió en la bolsa su vestido de boda arrugado. Comenzó a temblar cuando Crayton abrió la puerta y se encontraron con Liam. Iba vestido como Crayton, con su *cotum* de cuero, los pantalones negros y sus armas enfundadas alrededor de su cuerpo. Los dos de negro de arriba abajo. Maely había oído hablar de los hombres del rey, que asaltaban castillos, cometían robos a los ingleses en la frontera, debilitaban sus tropas y continuaban la guerra contra el país vecino por su propia libertad. Guerreros que no tenían nombre ni hogar, al parecer, Crayton era uno de ellos.

Se deslizaron por los desiertos corredores, tras las puertas se oían gemidos, donde continuaba la fiesta tras el banquete. El resto del castillo MacLellan estaba en silencio. Llegaron al salón y Crayton cogió su mano, con el dedo índice le indicó a Maely que anduviera en silencio.

Los tres salieron al exterior, bajo la luz de la luna. Maely enseguida miró a las almenas, ni siquiera se veía a los hombres que deberían estar de guardia. Liam vio su gesto y negó con la cabeza, de alguna forma, se habían deshecho de ellos.

—Espera Crayton, no he podido despedirme de Rhona ni de Ailsa, ni siquiera de Margaret.

—Solo pondrías en peligro a las hijas de MacLellan y Margaret es la madre de Angus, si está en la cabaña, te delatará sin dudar.

Otra vez esa punzada de dolor. El corazón de Maely amenazaba con quebrarse en llanto. Margaret lo entendería, lo sabía, tenía esa certeza, pero sus amigas, no. Jamás podría volver a ver a ninguna de las dos.

—No me iré sin Drustan, diste tu palabra.

—¿Crees que es el mejor momento para discutir, Maely?

Resopló enfadado, nunca había tenido que dar tantas explicaciones en su vida como a esa muchacha. Muchacha, no. Su esposa, aunque fuera por poco tiempo.

—Está con los caballos y mis hombres, Maely. Deja de dudar de mí. Nunca rompo mis promesas.

—Vamos, los hombres están ya fuera del establo —susurró Liam.

Maely quiso contestar a Crayton, pero él cogió su mano y tiró de ella. En las mismas puertas del patio, esperaban los Campbell ya montados a caballo. Cuando vio a Drustan sobre una de las monturas, respiró tranquila. Maely se encaminó hacia su caballo para montar con él. Crayton la detuvo y con la mano en su espalda, la condujo junto al enorme corcel con que la había acompañado hacía una semana al castillo. Maely puso los ojos en blanco ante tal muestra de tiranía. Tal vez Crayton pensara que ahora que estaban casados tenía algún control sobre ella. No le había perdonado su mentira y no podía olvidar que se había casado con ella por orden del rey. Una obligación, eso era para Crayton, una maldita orden.

Capítulo XVII

Gawen despertó con la cabeza contra los senos de una mujer, el olor de la piel de otro ser vivo le produjo repulsa. La luz del amanecer golpeó sus ojos al abrirlos. Por fortuna, estaba en sus aposentos y no entre la paja del establo como en alguna ocasión. Miró a la sirvienta con desprecio, no le gustaba que durmieran en sus habitaciones. Golpeó a la muchacha en el muslo con tanta fuerza que ella se despertó con un grito de dolor.

La muchacha salió de la habitación desnuda y asustada, con la ropa entre sus brazos. A la pobre idiota le daban igual sus vicios mientras le diera unas cuantas monedas.

Había dejado la puerta abierta y Gawen se acercó a cerrar cuando John MacLellan abrió la hoja de madera hasta quedar frente a él.

—No hacía falta que me despertaras, tío. Voy a por ellos.

—Tendrás que ir mucho más lejos que al final del corredor. Crayton se ha llevado a Maely y sus hombres, han escapado ante tus narices, idiota.

Gawen se sujetó la cabeza dolorida a causa de la bebida. Ahora entendía como el lugarteniente de Crayton, ese tal Liam, había hecho que bebieran sin parar con sus ridículos juegos.

—¿Y los guardias? No han dado la señal de alarma.

Porque lo habría oído. No estaba tan borracho, ¿verdad?

—Dejaron a todos inconscientes, lo tenían planeado.

—¿Y el rey?

—Está preparado para partir con sus hombres y el resto de *lairds* que se han unido a su causa. No parecía disgustado por la marcha de Campbell. Le permite todo a ese maldito cabrón consentido, como si le debiera algo.

Gawen vio como el rostro de su tío se volvía rojo de ira, nunca le había visto perder la compostura de tal forma. Habían engañado al clan, humillado a su prima Ailsa…

¿Y Maely? Al final se había escapado sin tener su merecido. Un sudor frío en la nuca hizo temblar las manos de Gawen. ¿Y si la zorra le contaba las veces que había intentado poseerla? ¿Y cuántas veces le propinó un golpe o la humilló? Campbell no era el enemigo que quería tener.

—Los alcanzaré y haré pagar a Campbell, recuperaré el honor de los MacLellan.

MacLellan se acercó al rostro de Gawen y lo cogió de la camisa de forma violenta.

—Gawen, llévate a los hombres de confianza, no queremos que nos acusen después de nada. Crayton solo se ha llevado a sus hombres.

Gawen intentó retroceder, su tío lo tenía casi en vilo. Sus ojos estaban inyectados en sangre y la ira escapaba por cada parte de su rostro.

—Que no sepan que ha sido un MacLellan, cubre tus huellas después.

Asintió obediente y se dio la vuelta para vestirte para la guerra. John MacLellan lo retuvo del brazo con una fuerza súbita.

—Mátala, me oyes. Haz que sufra, haz lo que quieras con ella, pero que Maely grite hasta la extenuación.

Gawen lo observó marchar. La furia de su tío por Maely nunca había sido mayor.

Capítulo XVIII

El brezo de los campos, los caminos embarrados, mantos color marrón y colinas salpicadas de cabellos de agua. Nubes grises cargadas de lluvia y cielos inmensos que no tenían fin. Montañas nevadas en su pico que arropaban grandes lagos. Maely nunca había salido de las tierras del clan. Hinchó su pecho del aire frío de la mañana y con el alma, pensó que aquella era su tierra y su libertad para vagar por ella.

Libre, hasta el mismo viento traía la promesa de libertad que se abría ante Maely. Nunca había sentido con tanta intensidad la sensación de opresión que había vivido en tierras MacLellan. A pesar de las circunstancias, sentía el pecho lleno de aire, y una sonrisa se deslizó por la comisura de sus labios, traicionera y sincera. Desde que los primeros rayos de sol habían rasgado el cielo al este, Maely se mantenía erguida en el caballo observando aquella maravilla de la naturaleza. Crayton respetaba su silencio en aquella cabalgada frenética para alejarse de territorio MacLellan. Sentía la fuerza de sus músculos al controlar la montura en sus propios antebrazos. En algunas ocasiones que cruzaron algún terreno pedregoso, Campbell agarró su cintura, la mano abierta sobre su vientre. Cada vez que Maely sentía su tacto, el aliento de su respiración cerca de su cuello, algo se revolvía en su interior. Estaba levemente incómoda tras su «consumación», prefería referirse así a su noche de bodas que, en realidad, había sido unas pocas horas antes de huir de forma apresurada.

Llegaron a lo más alto de una colina. El terreno que quedaba ante sus ojos era más bajo, estaba lleno de cañadas y montañas. En el horizonte, al este, por donde el sol había despuntado, se divisaba la enorme cordillera que servía de frontera natural con Inglaterra. Bosques de afilados pinos que mecían sus copas a la par en un extenso mar verde.

Crayton dio un silbido fuerte que se clavó en sus oídos e hizo que encogiera la cabeza, todos los Campbell se detuvieron a la par tras ellos.

—Tenemos que detenernos un rato, los caballos están cansados.

Maely creyó que Crayton besaría el lóbulo de su oreja al hablar tan cerca. Su voz sonaba un poco cortada debido a la fuerza del galope. Pasó su mano por la quijada del caballo y Maely se sintió aplastada contra su enorme torso.

—¿Estamos lo bastante lejos? ¿Crees que nos perseguirán? No tiene sentido que nos sigan si no es para vengarse.

Crayton se apoyó en el hombro de Maely en un gesto tan íntimo que ella se apartó al instante. Él suspiró hondo e hizo que girase el rostro. Atrapó con el índice su barbilla e hizo que elevara la mirada hacia él. Por alguna razón, sus ojos azules brillaban con determinación. Tenía el pelo revuelto en extremo, demasiado corto para como lo llevaban el resto de los hombres. Maely se preguntó si algún día las cosas entre ellos serían más sencillas o Crayton, después de cumplir su promesa, la abandonaría en su castillo y nunca más lo vería, entregado a sus misiones para el rey. Obligado. Se había casado con ella a causa de una orden, Maely no debía olvidarlo.

—Estoy seguro de que nos seguirán, Maely. De siete Campbell que íbamos en la comitiva del rey, se ha sumado Drustan, seríamos ocho entonces.

Maely contuvo la respiración, se había permitido concentrarse en el torso de Crayton y agotada, había acabado apoyada en sus brazos. Se irguió de inmediato. Intentó recordar. Nueve.

Maely estaba segura de que había visto en el patio del castillo, contando a Crayton, nueve guerreros, con ella diez, y si ahora contaba el grupo, eran once jinetes. No podía ser, ¿o sí? Alguien se había infiltrado entre ellos.

Crayton asintió solo para ella e indicó que guardara silencio.

—¡Descansemos unos instantes! Dejad que los caballos beban del riachuelo y comed algo, no pararemos hasta dentro de varias horas, hay que alejarse cuanto antes de tierras MacLellan.

Con una mirada cómplice sonrió a Maely, por alguna razón, sus hombres lo miraron y asintieron al unísono. Liam le guiñó un ojo a Maely para que fuera cómplice de todos ellos y se llevó a Drustan con él. Aparte de su amigo, jamás se había sentido parte de un grupo tan grande y unido. Maely se tomó muy en serio que la tuvieran en cuenta en sus decisiones y secretos. Crayton descendió primero del caballo y tendió sus manos hacia ella. Maely se dejó caer sobre aquellas manos que recibirían su peso como si fuera liviana. Crayton aferró sus caderas con suavidad hasta que tocó el suelo sin perder la oportunidad de retener su cintura un poco más.

El jinete desconocido no había descendido del caballo, llevaba la capucha echada sobre el rostro, a pesar de los primeros rayos de sol. Entonces Maely comprendió por qué Crayton no temía un traidor ni un espía y por qué el jinete no había bajado del caballo. Ella misma, acostumbrada a cabalgar, apenas podía sostener las piernas después de toda la noche a caballo. Liam apareció desde el riachuelo y se dirigió al misterioso componente de la partida. Tendió sus brazos de semejante manera a la de Crayton al hacer que ella descendiera.

La figura se inclinó hacia Liam sin dudar y dejó caer su peso.

—¡Por todos los cielos, Liam Campbell! ¡Bájame de este caballo de una vez! Por favor.

Maely no podía creerlo cuando la dulce voz se elevó en el silencio.

«Por favor». Solo una persona pediría algo por favor cuando debía tener las piernas y el trasero destrozados.

La capucha cayó cuando Liam atrapó el cuerpo entre sus manos y retuvo su cintura hasta que pudo dejar de oscilar.

—¡Ailsa! —gritó antes de que su amiga mirara con la ceja arqueada a Liam. Parecía bastante dispuesto a no soltar a Ailsa nunca.

Maely tironeó de la mano de su amiga hacia ella hasta que pudieron abrazarse sin tener a Liam en el medio. El rostro de Ailsa estaba pálido y ojeroso, Maely se preguntó cómo demonios había conseguido mantenerse erguida tantas horas en aquel enorme corcel, tal vez había subestimado a su amiga.

—¿Ves por qué estoy seguro de que John MacLellan nos perseguirá allá donde vayamos?

—Es una locura Ailsa, ¿qué has hecho? Te has escapado, no puedo creerlo, ¿por qué?

Ailsa dirigió una leve mirada a Liam, atento a que no se cayera por el temblor de las piernas que aún dominaba su figura erguida.

—¿Cuánto crees que tardaría mi padre en encontrar un nuevo prometido para mí? Durante la cena surgieron varios pretendientes, y puedes creer Maely, que cada uno de ellos era más bárbaro, viejo y horrible que el anterior. Además, ya tenía decidido que iría contigo.

Maely sonrió a su amiga, siempre tenía una ligera tendencia a la exageración.

—¿Cómo supiste que escaparíamos y de qué forma? —preguntó Crayton con los brazos cruzados sobre el pecho.

Ailsa se mordió el labio, como si estuviera tentada de mentir a los Campbell.

—Bueno, estuve observando a Liam. Se hacía el borracho, engañó a Gawen y sus hombres, pero no a mí. Cuando acabó el banquete, lo seguí a los establos y vi como tus hombres se preparaban. Corrí a ponerme una capa y unos pantalones que encontré en las habitaciones de los

guerreros. Mira qué desastre, ¡se me caen todo el rato!

Maely estaba acostumbrada a ver a su amiga con los mejores vestidos y telas, y ahora parecía solo un muchacho desgarbado. Abrazó a Ailsa con fuerza a la par que le subía los pantalones por la cintura.

—Estoy feliz de que estés aquí, pero tienes que volver. Rhona estará muy preocupada.

—No te enfades, le dejé una nota —soltó como si estuviera muy orgullosa de su perfecta huida.

—¿En serio me estuviste siguiendo y no me di cuenta?

Liam frunció el ceño enfadado mientras los demás sonreían. Todos habían vuelto con los caballos y escuchaban atentos.

—Liam, una muchachilla te ha engañado —susurró Gael. Steven se presentó con cortesía ante ellas e hizo una reverencia. Hubo un momento en que Maely se perdió entre tantos nombres y rostros. Uno a uno, todos se reunieron en un círculo alrededor de ellas. A Gael seguro que lo recordaría por su espesa barba pelirroja, el mismo color cobrizo de Drustan, y a Steven por la profunda cicatriz que cruzaba su mejilla. Rob tenía el pelo atado en trenzas como si se tratara de un vikingo. Craig era más joven que el resto y Will se llamaba como su hermano. Era importante saber el nombre de aquellos con los que cabalgaba e iba a confiar su vida y ahora la de Ailsa.

—Es por esa bella cara que luce ante las muchachas, no pueden dejar de observarlo. —Se carcajeó Steven—. En cambio, el don de ver bien no le fue otorgado.

Las bromas continuaron y Maely los observaba atónita. Nunca había visto un grupo de guerreros tan unidos como ellos, parecían… Se asemejaban a… una familia. Buscó la mirada de Ailsa, lo único junto a Drustan, que le quedaba de su anterior vida. Maely elevó los ojos al cielo cuando vio como Ailsa tomaba conciencia por primera vez, de Liam y observaba su hermoso rostro con detalle. Drustan frente a ella, resopló y Maely supo que él también se había dado cuenta del interés de su amiga. Por si acaso, mantendría a Ailsa lejos de Liam mientras durara aquella aventura y pudieran dejar en lugar seguro a Ailsa.

—Tienes que volver, Ailsa.

Drustan tenía razón, Ailsa no era como ellos dos, no sobreviviría ni dos días fuera del castillo.

—No podemos acompañar a la chica de vuelta, ni dividirnos —soltó Steven con su voz profunda, tan ronca como grave.

—Viene con nosotros, por lo menos hasta que podamos dejar a Ailsa en sitio seguro —dejó claro Crayton. Maely y él intercambiaron una mirada.

—¿Tienes familia en algún otro lugar, muchacha?

Liam pronunció aquellas palabras con cierta duda en su voz.

—Supongo que tendrás que cargar conmigo, Liam Campbell —sonrió de forma inocente al tiempo que el guerrero bufaba molesto.

Crayton carraspeó y enseguida todas las voces se acallaron, era evidente que lo respetaban y seguían sus órdenes sin pensar. Maely vio por el rabillo del ojo como Crayton asentía y todos los imitaron. Cogió la mano de Maely y tiró de ella hasta que ocupó el centro del círculo. Crayton se retiró a la posición anterior.

—Deberíamos haber hecho esto anoche, pero es una ceremonia de los Campbell y solo nuestra. —Miró con recelo a Ailsa que enseguida miró a todas partes menos al *laird* Campbell.

Maely se frotó las manos nerviosa entre todos aquellos grandes guerreros. Uno a uno, todos ellos desenvainaron sus espadas ante la mirada de Drustan, Ailsa y Maely. Encerraron en el círculo de sus cuerpos a Maely y clavaron la espada en la tierra junto a ellos. Se convirtieron en una sola voz, con la cabeza gacha en señal de respeto.

—Juro serviros, señora de los Campbell, mientras quede una gota de sangre en mis venas. Hasta el último latido de mi corazón os protegeré. Que mi último aliento sea para serviros. ¡Campbell! *Ne obliviscaris.* «No olvidamos».

Hicieron un juramento, a ella. Maely buscó con la mirada a Crayton, el único de ellos de pie y vio cómo se llevaba la mano al corazón, como si repitiera entre susurros el juramento hecho por sus hombres a Maely.

Un picor inundó los ojos de Maely, no estaba preparada para aquello, toda su vida había sido excluida, apartada, a su alrededor la gente se alejaba de ella ante el jefe MacLellan y ahora…, esos guerreros, Crayton, aceptaban a Maely sin reservas como su señora sin límites ni explicaciones.

Tuvo la certeza de que Crayton no les había contado a sus guerreros que su matrimonio era temporal y que solo duraría unos días más. No tenía que haber aceptado su juramento.

Los Campbell se levantaron como orgullosos guerreros y el círculo se abrió. Gael hizo un gesto con la mano a Drustan y Maely creyó que las lágrimas sí que escaparían de sus ojos al anticipar lo que vendría a continuación. Delante de ella, los Campbell cedieron su apellido a Drustan, que orgulloso lo tomó.

—Mañana mismo empieza tu entrenamiento, muchacho —afirmó Steven con una palmada en el hombro de Drustan que casi lo derriba.

Maely miró a Crayton entre el revuelo de felicitaciones al muchacho. «Gracias», deletreó con sus labios. Por alguna extraña razón, Crayton inclinó la cabeza feliz. Maely podía estar recelosa de sus decisiones, pero al menos podía cumplir todas aquellas promesas que había hecho para que consintiera la boda. Maely deseó abrazarlo, besar los labios de Crayton, era algo más que agradecer que tuviera tal consideración con Drustan. Se estaba enamorando de su esposo.

Capítulo XIX

Descansaron un rato más y partieron enseguida. Pequeñas gotas comenzaron a caer cuando montaron de nuevo y Gael repartió comida entre ellos. Crayton no permitió que Maely montara con Ailsa, mantuvieron el paso mientras Maely dio el primer mordisco a la torta de avena que Rob había puesto en sus manos. Tragó de una vez ante la bola que se formó en su boca.

—¿No podemos ir atrás? Desde aquí no veo a Ailsa.

—Yo nunca voy detrás.

Maely frunció el ceño, miró hacia el mentón obstinado de Crayton, le gustaba la forma de su mandíbula cincelada y su perfil serio. «Nunca voy detrás», nada podía expresar mejor la personalidad de su «esposo».

—¿Nos siguen?

—Esperemos a que anochezca, son tan idiotas que prenderán un fuego.

—Gawen no es estúpido, si enciende ese fuego, es para que sepamos que viene a por nosotros.

—¿Le temes, Maely?

El tono con que hizo la pregunta hizo que Maely se revolviera ante él.

—Si hubieras visto como yo su alma, sabrías que está hecho del dolor de sus víctimas, disfruta al provocar daño.

Crayton decidió no preguntar más, Maely se había erguido en tensión al hablar de Gawen. Se preguntó cuántas veces había torturado ese malnacido a Maely y ella había callado. Imaginó a Maely de niña, cada día en un clan que no era el suyo, sintiendo el odio de los MacLellan. Crayton se dijo que algún día haría pagar a John MacLellan todas las ofensas y golpes a Maely, y a Gawen, tal vez tuviera la oportunidad de matar a ese cabrón antes de lo esperado. No había visto fuegos, pero sabía que Gawen estaba tras ellos como una alimaña.

—Una de las casas del clan Finlay está a unas pocas millas, Crayton.

—Llegaremos esta tarde, me parece bien.

—¿Nos aceptarán sin más? ¿No es arriesgado para ellos darnos asilo cuando los MacLellan están tras nosotros?

Maely se encogió un poco contra el pecho de Crayton, nunca nadie había tenido en cuenta sus opiniones. Debería haber mantenido silencio.

—Son mis primos, además de amigos de tu padre —contestó uno de los guerreros desde atrás.

Maely se giró con curiosidad a mirar a Rob. Todos ellos hablaban de su padre con familiaridad, como si lo conociesen bien.

Con la boda apresurada, la aparición de Ailsa, su afán de alejarse de tierras MacLellan y bueno, todo lo que había sucedido entre Crayton y ella, había dejado a un lado el motivo de aquel viaje por la frontera con Inglaterra. Encontrarse con su padre. Ahora Maely se preguntaba si era la mejor de las ideas con las hostilidades entre escoceses e ingleses, los MacLellan persiguiéndolos y Ailsa con ellos.

Crayton distrajo sus pensamientos al golpear con los talones al caballo y adelantarse a los otros unos cuantos metros.

—¿Qué te ocurre, Maely?

Maely se preguntó cómo podía Crayton saber cuándo un pensamiento oscuro se adueñaba de su alma. Tomó aire, ¿podía confiar sus pensamientos a Crayton? ¿Cuándo podía volver a traicionar su confianza?

—Tal vez debimos ir primero a tierras Campbell, los MacLellan no se atreverían a perseguirnos hasta allí.

—Te hice una promesa, además, ahora sabemos dónde está tu padre. En unos meses, toda esta zona estará cubierta de nieve y quizá no supiéramos cuál es su siguiente destino. James… no es muy predecible.

El nombre de su padre hizo que Maely se encogiera.

—No recuerdo su rostro, Crayton. Intenté hacerlo, guardar en mi memoria las caras de mis hermanos y de él, pero no pude, con el tiempo se ha desdibujado en mi memoria —confesó con la cabeza gacha—. Sí recuerdo cosas tontas como esa risa escandalosa que tenía o a William quejándose por todo, pero sus caras, no, ni su voz. A Grant siempre lo llamaba Archi y se enfadaba conmigo.

—No debes sentirte culpable, Maely. Os separaron sin más.

—En cambio, a Ulan le recuerdo a la perfección. Sus ojos oscuros, su boca con una sonrisa para que me tranquilizara. Cada noche está en mis sueños, en la entrada de aquel pasadizo.

Crayton se quedó callado, ¿cómo podía consolar a Maely? Solo sabía vengar ofensas con una espada o dar una palmada a sus guerreros cuando algo grave sucedía. Llevaba demasiado tiempo en la guerra, al servicio de Bruce, sin más compañía que sus amigos. A veces perdían hasta la noción de que existiera su familia o su hogar, solo el enemigo.

—Lo reconocerás enseguida.

Maely arqueó las cejas, parecía una orden en vez de un breve consuelo. Entonces Crayton acarició con la barbilla su pelo y Maely sintió una tristeza infinita. Ese hombre podía ser arisco, serio, e incluso hosco, tanto que aquellos gestos de cariño eran desconcertantes.

Cabalgaron horas, Ailsa no dejaba de emitir sonidos de queja que sacaban a Liam de quicio. Drustan hablaba sin parar volviendo locos a sus compañeros. Maely se quedó dormida entre los brazos de Crayton sin querer, comenzaba demasiado deprisa a confiar en él y su destreza, adoraba el calor de sus brazos y el olor a cuero de su *cotum*.

Un suave toque en la mejilla despertó a Maely, Crayton acariciaba con el dorso de la mano su rostro. El nombre de Maely sonó entre sus labios y entreabrió sus ojos. Ante ella estaba el rostro de Crayton, su cabello castaño despeinado vertía un mechón sobre sus ojos. El brillo azul bailaba en su mirada. Maely, antes de ser consciente de estar despierta, acarició la línea pronunciada de su mandíbula donde estaba su cicatriz con un suspiro.

—Te despertaría a cada instante si obtengo cada vez una caricia tuya.

Maely parpadeó arrepentida, notaba el rostro encendido. Crayton frunció el ceño cuando siguió la línea de la cicatriz en su frente.

—Estamos en la casa de los Finlay, ordenaré que te curen esa herida de nuevo.

Ordenaré, obligaré, mandaré. Parecían ser las palabras favoritas de Crayton. Maely se incorporó para apartarse de él. ¿Cómo podía ser el hombre al que había confiado sus miedos más profundos? Ella, que nunca mostraba sus emociones ante nadie, parecía que ante Crayton siempre era débil y frágil, que se quebraba como una pluma.

—Está bien, no me duele —contestó con voz más áspera de lo que hubiera deseado.

Crayton elevó los ojos al cielo y dejó que saliera de entre las mantas y el *plaid* con que él mismo había envuelto sus cuerpos.

Maely vio que el resto los esperaba a las puertas de una casa señorial y avergonzada, se

deslizó del caballo sin dar tiempo a Crayton de desmontar antes que ella. Lo cierto es que, acunada por él y las mantas que había colocado para ella, ya no sentía las molestias de montar durante horas.

—Vamos, Maely.

Dio un suave empujoncito a Maely en la espalda y guio sus pasos frente al matrimonio Finlay. La mujer tenía el pelo cobrizo y sus curiosos ojos castaños recorrieron a Maely de arriba abajo.

—Soy Crayton Campbell, esta es mi esposa, Maely.

El matrimonio hizo una señal de respeto y entonces la mujer sonrió con mayor agrado. Ailsa, Crayton y ella pasaron dentro de la casa con los Finlay, el resto se dirigieron a los establos, la casa parecía ser muy pequeña para todos ellos, y los Campbell preferían dormir junto a las monturas y hacer guardia.

Maely observó la casa, no era tan grande como un castillo, tenía dos plantas y parecía no tener ninguna muralla exterior. A su alrededor había un huerto y varios establos de animales. Hecha de piedra, parecía un lugar seguro y cálido, con un tejado de pizarra y amplias ventanas, a Maely le gustó enseguida aquel lugar. Los Finlay no parecían gente dada a guardar protocolos y en cuanto los invitaron a pasar, Maely se encontró en un pequeño recibidor decorado con madera, en realidad, todo el interior era de madera, vigas en el techo, paredes forradas de paneles, igual que el comedor al que les hicieron pasar. Retratos de los Finlay adornaban las paredes, y al final del salón, sobre la chimenea, un muchacho quitaba una bandera inglesa ajada. Maely abrió los ojos casi tanto como el resto.

—Perdonar, pero la única manera de sobrevivir junto a la frontera es hacer creer a los ingleses que estamos de su lado. En cuanto vemos visitas, se coloca en su sitio.

Maely esbozó una sonrisa fingida cuando el muchacho, que debía de ser hijo de los Finlay, encogió los hombros a modo de disculpa.

—No os preocupéis, lo entendemos —afirmó Crayton.

Maely arqueó la ceja, vaya con el inflexible y leal guerrero de Bruce, al parecer, permitía licencias en la guerra.

—¿Sois hermanas? —preguntó la mujer.

—Sí —contestó Ailsa sin dudar, por un momento, esbozó una sonrisa y miró a Maely—. De diferente padre.

Maely sonrió, Ailsa no sabía mentir y vio como Crayton se llevaba la mano a la frente, empezaba a pensar que Ailsa le daba un dolor de cabeza insoportable.

—Soy Ada, mi marido es Stew Finlay. Si me seguís, puedo ofreceros un baño caliente. Os enseñaré dónde dormiréis.

—Sería maravilloso, Ada —pensó Maely. Un baño caliente al fin. Aun así, antes de seguir a la mujer, echó un vistazo a Crayton. Cuando él asintió, siguieron a Ada escaleras arriba. Maely no necesitaba su permiso, pero él conocía a aquella gente y sabía si podían fiarse de ellos.

Mientras Maely subía las escaleras, se sintió de una forma extraña, era la primera vez en dos días que se separaba de Crayton, desde que el sacerdote había unido sus vidas. ¿Sería así siempre, como si perdiera un poco de calor? Subieron las estrechas escaleras para llegar a la planta de arriba, había pocas puertas y Ada abrió una de ellas.

—Esta será tu habitación, ¿Ailsa? Te mandaré en pocos minutos a una joven para que te ayude con el vestido.

Ailsa asintió cuando una chiquilla apareció por el pasillo y la siguió dentro. Maely siguió a Ada hasta que se detuvo dos puertas más adelante, el lugar donde debía estar la habitación de los señores de la casa.

Ada abrió y en efecto, Maely supo que aquella pareja les brindaba a Crayton y a ella su propia habitación. Maely arqueó la ceja, no pensaba privar a la pareja de su propia cama.

—No voy a quitaros vuestra cama, Ada. Os lo agradezco a tu marido y a ti, pero Crayton y yo dormiremos en los establos.

Ada cogió su brazo al instante.

—Sería horrible si alguien se enterara de que no he brindado al *laird* Campbell y su esposa un lugar digno. No podéis rechazar estos aposentos, no puedo enviar a la esposa de un *laird* a dormir con los caballos.

¡Si Ada supiera los lugares en que Maely se había escondido para dormir con el fin de evitar a Gawen y el *laird* MacLellan!

—Está bien, lo entiendo, Ada, ¿tienes otra habitación? Porque no creo que durmiera sabiendo que yo apoyo la cabeza en tu colchón y tú, cerca del trasero de un caballo.

Ada miró a Maely con los ojos abiertos y una pequeña carcajada se escapó de sus labios.

—Tengo otra habitación, pero es pequeña. Era la de mi hija antes de casarse, no sé si el *laird* Campbell…

—Ada, el *laird* Campbell lleva dos noches encima del caballo. No le importará en absoluto.

Ada condujo a Maely hasta el otro extremo del corredor y abrió la puerta. En verdad era mucho más pequeña, un estrecho jergón ocupaba casi todo el espacio de la derecha. La ventana estaba cerrada y la chimenea apagada.

—Al *laird* le gustará, ¿y tienes para mí un pequeño espacio? No…

La cara de Ada se volvió como la grana y Maely entendió. Su esposo Crayton y ella debían dormir juntos. No había más habitaciones, a no ser que durmiera con Ailsa a escondidas del resto.

—Haré que suban la bañera, señora.

«Señora». «Esposa». Eran palabras que habían entrado en su vida como una tormenta de verano, sin esperar a que se acostumbrara o tuviera la oportunidad de protegerse de ellas. Estaba decidido, antes de que Crayton se acostara, se iría a dormir con Ailsa.

El muchacho que estaba abajo apareció con la joven que se había quedado con Ailsa. Llevaron entre los dos una pequeña bañera a sus aposentos y con un esfuerzo considerable, empezaron a subir cubos. La mirada de ambos cuando Maely intentó ayudar a los dos le dijo que no debía hacerlo. Estuvo observando su ir y venir de pie, no estaba acostumbrada a estar sin hacer nada, así que la miraban con cierto reproche cuando se iban y al volver, los cubos estaban vertidos en la cuba de madera. Una vez que Maely vio que podía lavarse con aquel agua, los despidió a ambos. Cerró la puerta con un suspiro. Ella hasta hace nada, era la que subía los cubos a los aposentos. Recordó como Gawen esperaba desnudo a que hiciera tal tarea con otras jóvenes. Cómo su mirada seguía a Maely y sus labios se humedecían con crueldad. Maely odiaba esos momentos en que se sentía desvalida, jamás se separaba del resto, pero en una de aquellas ocasiones, había atrapado su cintura y había manoseado su cuerpo antes de que las otras muchachas se dieran cuenta de su ausencia y fueron a avisar a Rhona.

Maely intentó desprenderse de la sensación de asco que le producían aquellos recuerdos y del castigo que MacLellan le propinó con la vara cuando Gawen se quejó de que había intentado seducirlo. Sacó las dagas de sus botas y las colocó cerca de la cuba, se desnudó y cuando entró en contacto con el agua caliente, su cuerpo se quejó entero. La piel notó el contraste de temperatura y las fuerzas parecieron abandonar su cuerpo. Habían dejado para ella un trozo de jabón y unos paños en el borde. Se colocó en el estrecho espacio y metió la cabeza en el agua sin darse cuenta de su herida en la frente. El calor a su alrededor pronto envolvió su cuerpo y su

mente e hizo que cerrara sus ojos.

Sintió una caricia seca en el brazo, que subía desde el hombro hasta el cuello y abrió los ojos de golpe para encontrarse frente a ella el rostro de su esposo. Crayton sonrió tanto que sus ojos se entornaron y unos hermosos hoyuelos se dibujaron en su sonrisa, era la primera vez que Maely los veía, tal vez porque Crayton casi nunca sonreía o lo hacía de lado, como si no se permitiera ser feliz.

—¿Qué haces aquí, Campbell? Deberías haber llamado.

No paró la caricia, sino que se volvió más audaz y trazó una línea desde la clavícula hasta rozar la parte superior de su seno.

—Y lo hice, pero no me escuchaste. Ada ya me ha contado que tenías problemas para elegir habitación. Sus sirvientes también se han quejado de que no les dejabas llenar la bañera.

Maely suspiró fastidiada.

—No quise quitarles su cama, me parecía injusto.

Crayton debía haber visto el resto de la habitación, la pequeña cama. Incluso desde allí parecía demasiado grande para el espacio diminuto de la sala.

—No me importa el tamaño de la habitación, Maely. Has sido muy considerada con ellos, pero no lo entienden. Ahora eres mi esposa, al menos para todos los demás, tú y yo sabemos la verdad, ¿no?

—Eso no cambia quién soy. Y, sí, el matrimonio es temporal.

Crayton volvió a sonreír, estaba tan cerca de su rostro que debía estar de rodillas junto a ella. Su mano no paraba de dibujar senderos sobre la piel de su cuello, cada vez bajaba más de forma atrevida en dirección a su pecho.

—Tienes el rostro manchado, *caileagh.*

Con delicadeza, pasó su pulgar mojado por la mejilla de Maely.

—Siempre tengo el rostro manchado, Campbell. Debiste casarte con una dama como Ailsa.

—¿Y arriesgarme a que Ailsa no tuviera siempre una contestación tan aguda y descarada como las tuyas?

—A veces pienso que te gusta que sea tan impertinente.

Crayton sonrió, como si aceptara que Maely nunca se dejara amilanar. No se había percatado de que todavía llevaba sus armas con él. Maely miró alrededor suyo, buscó con la mirada las posibles salidas e intentó escuchar los sonidos alrededor de los dos.

—¿Estamos aquí seguros? —preguntó Maely preocupada.

—Llevamos más de un día de ventaja a Gawen, sus caballos y sus hombres están peor entrenados que nosotros. Necesito que descanses, nos esperan todavía muchas millas por delante. No nos buscarán aquí, estamos demasiado cerca de la frontera.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —susurró Maely al sentir otro círculo dibujado en su piel.

—Realmente, no.

Maely abrió los ojos de forma desmesurada cuando Crayton hundió la mano, que con tanta suavidad había limpiado su rostro, en el agua. Pasó el pulgar por su pecho y este reaccionó tenso, erguido al instante por su contacto.

—Voy a dormir con Ailsa, no entramos en esa cama, eres demasiado grande.

Crayton miró hacia atrás con picardía y luego a ella de nuevo.

—Creí que por eso habías elegido dónde dormir, en ese jergón no habrá forma de que escapes.

Maely iba a contestar cuando Crayton reanudó su caricia, esta vez, rodeó su seno y se demoró en la punta erguida. Presionó hasta que Maely no pudo aguantar la tensión. Intentó apartar su

mano por la muñeca y Crayton apretó su pecho. Un gemido de placer se escapó de los labios de Maely.

—Y yo creí que dijiste que no volverías a obligarme.

—No voy a obligarte Maely, vendrás a mí.

Maely soltó su brazo, segura de que no seguiría con sus prohibidas caricias, debió ver en aquella media sonrisa que Crayton no cedería tan fácil. Crayton tenía un sinfín de gestos que empezaba a conocer, la sonrisa decidida, la irónica, la desafiante, y de todas ellas, la que Maely prefería sin duda era la que esbozaba en ese momento, parecía más joven cuando se disponía a llevarle la contraria. El brazo de Crayton se hundió hasta el antebrazo en el agua y sus dedos descendieron por el vientre de Maely. ¡Cielos! Como una tonta dejó de respirar para encoger el estómago y dejar acceso a Crayton. Él había descubierto el sendero que conducía a la uve entre sus piernas entre el agua jabonosa.

Maely se sintió avergonzada, tanto que apartó el rostro cuando Crayton trepó por su muslo con lentitud, entretenido en su avance con los dedos. Sus bocas apenas separadas, rozándose con la respiración y la humedad de sus labios. Crayton deslizó la mano entre sus piernas y buscó su femenina hendidura. Estaba tan insoportablemente dentro que un gemido se escapó de la boca de Maely.

—Mírame, Maely, eres la mujer más hermosa que he visto nunca. Quiero beber del placer en tus ojos.

Eso había sido precioso. Maely no podía creer lo que hizo su cuerpo por ella cuando sus piernas se abrieron hasta los límites de la estrecha bañera. Sintió el filo con sus astillas y no importó que se clavaran en sus rodillas que sobresalían del agua. Crayton empapó su camisa al entrar y salir su brazo en el agua, lento, muy lento. Debajo, sus dedos se volvieron ávidos al notar a Maely abierta por completo a él.

—Es una verdadera pena que tampoco entremos los dos en esta bañera.

Maely suspiró, al sentir las caricias de sus dedos en el interior. La última noche estaba demasiado nerviosa, las dudas penetraban su alma, pero ahora sentía de forma plena el placer que Crayton podía otorgar a su cuerpo.

—Crayton, dijiste…

—Sé lo que dije, sigo sin obligarte a nada que no quieras hacer, Maely. Tus ojos no mienten y yo no puedo resistirme a tocarte.

Crayton abandonó su caricia, pasó sus manos por el agua que ya empezaba a estar fría. Levantó a Maely en brazos y el agua cayó alrededor de ellos, en la tina y por todo el suelo. Con suavidad, puso de pie a Maely y la envolvió en uno de los paños. Abrazó su cuerpo mientras lo secaba con ansiedad. Maely apenas podía respirar, estaba tan excitada como sonrojada cuando Crayton le arrancó la tela de encima y la dejó expuesta ante él. Tiró de ella hasta que rozaron la pequeña cama e hizo que cayera sobre su rudo cuerpo.

Maely intentó recordar cuándo alguien había cuidado así de ella. Margaret había atendido sus necesidades físicas, tenido un abrazo siempre que lo necesitó, pero nadie había cuidado de ella como Crayton. Un cariño diferente, el de un hombre que no había conocido antes. Se sentía diferente a su lado, como si toda aquella forma de vida que había llevado hasta ahora dependía de cómo la veían los demás y no cómo realmente era. Siempre tenía que ser fuerte frente a Drustan y Angus, con una sonrisa siempre dispuesta para Rhona y Ailsa. Indiferente con los maltratos del *laird* y Gawen. Nunca había sido ella misma, y hasta ahora, no se había permitido ser tan vulnerable y estar tan expuesta ante alguien. Crayton parecía saber sus pensamientos, su verdadera alma se revelaba frente a él y lo más extraordinario es que Crayton aceptaba cómo era.

Crayton entrecerró los ojos bajo la mirada de Maely, sabía cuándo ella pensaba en algo. Sin querer se mordía el labio. Pensó en la ventaja que suponía y si Maely se daría cuenta de aquel gesto. Con el índice, pasó el dedo sobre sus labios mullidos para que olvidara sus pensamientos y siguió la línea hasta la comisura que marcaba su sonrisa. Capturó su boca, con la sed que alguien se sabía sediento del brillo de sus ojos y la parte de Maely que vivía sin límites ni restricciones. Maely había pedido que no tuvieran intimidad y, sin embargo, ahora no desaprovechó el momento para entregarse a ese beso. Crayton no se engañaba, conocía los pensamientos de Maely, no confiaba en él ni en ese matrimonio, no debería rendirse a ella de esa forma tan absoluta. Crayton olvidó al instante cualquier objeción cuando las manos de Maely recorrieron su torso y se aferró a sus hombros. Crayton estaba haciendo trampas, lo sabía, Maely apenas había descubierto lo que significaba el placer y él sabía quizá demasiado, pero si tal vez existiera un poco de esperanza para ellos…

Crayton deslizó sus manos por la espalda de Maely, acarició su piel suave hasta que algo lo detuvo. Algo horrible sucedía en su espalda y antes no se había dado cuenta, intentó recordar la noche de su boda, en ese momento, Maely estaba tumbada en la cama bajo él y no pudo ver su piel. Crayton con un movimiento brusco, se apartó de la boca de Maely e hizo que se echara a un lado.

La expresión de Maely cambió por completo cuando con suavidad, giró su cuerpo. Sabía que había notado en su espalda, las marcas. Maely intentó volverse para que él no las viera. Crayton fue firme al impedir que se alejara. Recorrió desde el cuello hasta las nalgas con lentitud. No eran muchas, pero había varios senderos de piel cicatrizada.

—Sé que deben ser horribles, pero no duelen. Ni siquiera lo recordé cuando has empezado a tocarme, no tenía sentido avergonzarme cuando nadie podía ver las marcas.

Hizo ademán de apartarse y Crayton la mantuvo erguida. No dejaba de acariciar aquellas cicatrices abultadas. Maely solo quería esconderse avergonzada. Debió contárselo, que estaba marcada, tal vez ahora se diera cuenta de que no era la mujer apropiada para él. Maely temió la misma reacción que tuvo Crayton al ver la herida de su ceja.

—¿Qué pasó, Maely?

El susurro de Crayton alarmó a Maely mucho más que si empezara a gritar.

—Fue un castigo, intenté escapar. Las cicatrices son de la última vez.

—¿Cuántos años tenías?

—Doce años, no era la primera vez, lo intenté al menos media docena de veces.

—Hasta que el *laird* te infligió este castigo.

Maely suspiró, deseaba ver el rostro de Crayton y al mismo tiempo, borrar la expresión de compasión que seguro tenía Campbell. Intentó girarse y él se lo permitió. Sus miradas quedaron enlazadas y Maely se sorprendió. No había compasión en sus ojos, ni siquiera tristeza, tan solo una rabia contenida en su mirada dura, la mandíbula tensa, la cicatriz de su mejilla pulsaba.

—¿Consentirás ahora que anulemos la boda? Nadie, excepto nosotros, sabe hasta dónde hemos llegado. He visto como tus hombres te siguen, mentirán por ti… No soy apropiada para ser tu esposa, una mujer marcada a cicatrices, que utiliza el arco y el cuchillo, que no sabe ser una dama.

Crayton escuchó sin decir una sola palabra, la furia de sus ojos no se diluía en el azul de su iris. Hizo que Maely se pusiera de rodillas sobre la cama y ambos quedaron frente a frente. Crayton se quitó la camisa de un movimiento sobre la cabeza. Sentía tanto haber juzgado a Maely, había pensado que ella, dolida con su familia, nunca había intentado escapar. En realidad, le hicieron aquellas heridas tan horribles.

Maely jamás se acostumbraría a su hermoso cuerpo y a la reacción que provocaba en ella.

—Esta me la hizo un inglés, estuvo a punto de segarme el estómago.

Se señaló una profunda cicatriz de piel más clara a lo largo de su vientre. Maely ya conocía esa marca de la primera noche.

—Esto fue una daga, en Stirling, me clavaron la punta entre las costillas.

Maely se vio obligada por la mano de Crayton a seguir la irregular forma de aquella marca en el hombro.

—Una ballesta, la flecha se clavó en el muslo.

Repitió el mismo proceso que con las anteriores, una tras otra, más pequeñas y otras más grandes e impresionantes.

—¿Son horribles, Maely? —preguntó con sinceridad al mantener su mano entre las suyas.

—Creo que son hermosas, hablan de ti, Crayton. Cuentan las batallas que ganaste y que perdiste, luchaste por una causa y sigues vivo. He visto cómo te miran los otros *lairds*, tus hombres, te has ganado su respeto.

—Tus cicatrices, Maely, tampoco son horribles. Si crees que es porque no son parte de una batalla, te equivocas, forman parte de tu lucha por sobrevivir.

Maely lo observó perpleja, no había conocido a nadie como Crayton. Sus manos trazaron un sendero hasta la cicatriz visible de la mejilla de Crayton y besó la marca.

—Le mataré por esto, Maely, con mis propias manos.

Crayton tras aquella declaración, juntó su frente con la de Maely. No era una amenaza, sino una promesa hecha con los pedazos rotos de los dos.

Capítulo XX

Abrazados, ninguno de los dos fue capaz de decir nada, demasiado unidos en ese momento.

Un grito se oyó en el exterior, había sido un alarido de batalla. Crayton se levantó de la cama con rapidez. Maely lo siguió y se vistió igual de deprisa.

—¿Cómo demonios nos han encontrado aquí?

Maely recogió sus dagas y se calzó las botas deprisa, Crayton ya estaba junto a la puerta a medio vestir, se giró con el ceño fruncido.

—No me digas que me quede aquí, Campbell.

—Ve a por Ailsa y protegeos, esposa. Prométeme que no permitirás que te hagan más daño.

No la retenía ni le decía a Maely que se quedara escondida, ni siquiera que huyera de la lucha. Solo que viviera.

Maely asintió, se ciñó el cinturón con fuerza. Una sonrisa asomó en sus labios.

—Ten cuidado, Campbell.

Corrió al instante hacia Crayton y prendió un beso rápido en los labios de él. Por un instante, Crayton se quedó desconcertado. Mil cosas pasaron por los ojos de Crayton, dulzura, fidelidad, furia y algo más que quebró el corazón de Maely. La indudable certeza de que Crayton sentía algo por ella, más allá del deber y las órdenes del rey.

Salió de los aposentos tras él en silencio, y Maely se dirigió a la puerta de Ailsa. En ese instante, su amiga abría con los ojos desorbitados, había oído como todos el cruce de espadas en el exterior y los gritos de advertencia de los Campbell.

—Vamos Ailsa, tenemos que salir de aquí.

Ailsa asintió y se cogió a su mano como si fuera una niña. Ambas siguieron en la oscuridad del corredor los pasos de Crayton. Bajaron a la planta de abajo, los Finlay estaban rezagados en la entrada. Crayton les hizo una señal y se unieron a ellos hacia la parte de atrás de la casa.

—¿Quiénes nos atacan? —susurró Ailsa.

Crayton les pidió silencio. Se deslizaron hasta la puerta de las cocinas. Mientras Crayton abría la puerta y observaba en la oscuridad, señaló los bosques y los Finlay y sus criados salieron a la carrera para buscar el refugio de los árboles. Maely esperó su señal para salir de la protección de la casa. Ailsa sostenía su mano, sentía sus temblores. Maely se situó junto a Crayton. Entonces él, un instante antes de dejar que partiera, reprimió una sonrisa. Ni siquiera hizo falta que hablaran, Maely comprendió que repetía en su mente las mismas palabras que había escuchado de sus labios en la habitación. Asintió para que supiera que se cuidaría.

—Es de Steven, es un regalo. —Crayton tendió un arco y una aljaba con flechas hacia ella—. No dudes Maely, dispara tus flechas y luego pregunta.

Crayton nunca había hecho algo tan difícil como dejar partir hacia el bosque a Maely. Hubiera deseado desentenderse de la lucha y proteger a esa muchacha obstinada, pero no podría perdonarse dejar allí a sus hombres. Con un suspiro de alivio, vio como Maely llegaba al bosque, a la protección de los árboles con Ailsa tras ella. Los ruidos de las espadas llamaron su atención, se acercaban y no podía perder tiempo. Crayton echó a correr en dirección a la parte delantera de la casa, en la carrera sacó su espada y rogó para que no fueran los MacLellan quienes los atacaban con todo su ejército.

Maely vio como Crayton desaparecía hacia el otro extremo de la casa, reticente, apartó a Ailsa de la linde del bosque. Vio como los Finlay corrían para alejarse de la lucha y ella se aferró a aquel arco. No podía dejar solos a los Campbell.

—Ailsa, ve con los Finlay.

—¿Y tú, Maely? —Con horror, cogió de nuevo su mano—. ¿No pensarás quedarte aquí?

—No puedo… irme.

Ailsa se soltó de un gesto brusco de su mano.

—¡Cielos, qué cabezota eres! ¡Tienes la culpa de todo esto! ¿Por qué no te entregas? Desobedeciste a padre, no le quedó más remedio que castigarte. Siempre has dado problemas, no obedeces Maely. Vuelve de una vez y acepta a tu *laird*.

Maely entrecerró los ojos ante la explosión de genio de Ailsa. Una duda se instaló en su mente, difícil de negar. ¿Cómo pudieron habernos encontrado? El recuerdo de las palabras de Crayton vino a ella. Maely pensó en el pantalón de Ailsa, destrozado en los bajos, había pensado que era por el roce con el caballo y el suelo farragoso, ¿y si hubiera estado dejando pistas a los MacLellan? Un sendero de trozos de pantalón que podía conducir al *laird* tras ellos. ¿Era capaz John MacLellan de enviar a su propia hija como espía?

—Ailsa, vete ahora —ordenó Maely enfadada. Si Ailsa se quedaba un instante más a su lado, no sabía de qué era capaz. No tenía la certeza de que fuera una traidora, ni siquiera podía imaginar tanta inquina por parte de ella ni del *laird*. La furia, el pozo negro que a veces asolaba su mente y que siempre trataba de mitigar, acudía a ella de nuevo. Unos querían ver a Maely muerta, la gente que amaba traicionaba su confianza una y otra vez.

Ailsa pareció sopesar si marcharse, Maely incluso llegó a pensar que gritaría para delatar su presencia allí. En ese instante, muy cerca de ellas, un hombre a caballo fue derribado y Ailsa, con expresión aterrorizada, se separó de Maely sin mirar atrás para correr en la misma dirección que los Finlay. Maely casi estaba convencida de que Ailsa había estado a punto de gritar para atraer a los soldados hacia ella.

Maely respiró hondo, no era momento de preocuparse por sus teorías o traiciones. La lucha se trasladó muy cerca de ella, los Campbell estaban casi rodeados por hombres a caballo con quienes blandían sus espadas en clara desventaja al ir a pie. Vio el color de sus *plaid*, blanco y azul, en las ropas de los atacantes. MacLellan.

En el centro, con sus hombres, estaba Crayton. Buscó con la mirada a Drustan, estaba justo a su derecha, protegido por su brazo, aunque empuñara su propia espada. No tendría oportunidad alguna sin estar adiestrado. Drustan era casi tan obstinado como ella, lucharía hasta caer. Crayton estaba en serias dificultades, no solo tenía que protegerse de dos atacantes, sino que estaba ocupado al cubrir a su amigo.

Maely estaba harta de quedarse al margen y de esconderse. Su rodilla derecha cayó al suelo sin apenas pensar en las consecuencias. Con un movimiento sobre la cabeza, deslizó su arco por el hombro y asió la fuerte madera. Tenía en la aljaba apenas unas flechas, tendría que ser certera con los tiros. Una vez que tensó la cuerda con la flecha nada más importó, dejó de escuchar el sonido de la lucha y las espadas chocar. Entrecerró su ojo izquierdo y apuntó. Crayton estaba rodeado. Disparó con la mira puesta en el hombro de uno de sus atacantes y desestimó la idea, estaba en una lucha real, Crayton y Drustan estaban en peligro. Era hora de acertar en el blanco y no de tirar a sacos de harina. Centró su visión y la flecha silbó en el aire antes de perderse bajo la luz de la luna. Apartó la mirada en el último instante y cuando volvió a incorporarse, Crayton miraba hacia la oscuridad del bosque. Uno de sus oponentes estaba en el suelo, la flecha clavada en su ojo. Maely se negó a pensar en que había matado a alguien. Volvió a cargar otra flecha y

un atacante que luchaba con Liam cayó del caballo, la flecha sesgó su cuello. Cargó de nuevo, Maely empezó a ver que los hombres a caballo se giraban hacia ella, habían descubierto su posición, aún tendría tiempo de tirar dos veces más antes de que fueran a por ella. Otro tiro, otro más. El brazo de Maely se quejó, la tensión del hombro y sus músculos empezaron a doler de verdad por el esfuerzo que hacía. Una flecha más, un blanco acertado. Esta vez no apartó la mirada, y cuando vio la punta de la flecha que había disparado clavada en el cuello, tuvo que girarse. Vomitó la cena sobre la hojarasca del suelo con movimientos bruscos, su cuerpo no respondía.

—*Gráanda*.

Maely estaba arrodillada en el suelo, con la cabeza entre los brazos. Levantó poco a poco la mirada. Gawen. Solo él la llamaba así. El regusto amargo de todo aquello que había expulsado ni siquiera le provocaba tal asco como aquel rostro con una sonrisa perversa. Estaba demasiado cerca, apenas unos metros los separaban.

—No me llames así, Gawen.

Siempre había esperado sus ataques, pero esta vez no lo haría. Maely sacó de sus botas las dagas y se levantó para defenderse primero. Consiguió lo que quería, Gawen retrocedió de un salto, sin dejar de sonreír. Maely sintió la mirada de Crayton desde la distancia, dos guerreros MacLellan lo acosaban con sus espadas, pero no dejaba de mirar en su dirección. Observó a Maely cuando su espada casi arrancó el cuello de uno de los guerreros MacLellan, clavó su espada en el corazón del otro y arrastró la hoja por sus entrañas hasta asegurarse de que moría. Había algo cruel y despiadado en Crayton, en su forma de defenderse a él y a sus hombres que Maely no podía dejar de admirar.

—El *laird* quiere que vuelvas, Maely. Ha dicho que te perdonará cuando te cases con Miles.

Maely devolvió su atención a su propio peligro. Gawen. Estuvo a punto de reírse a carcajadas, estaba tan asustada y nerviosa que tuvo que aferrar con más fuerza sus dagas. Las hojas brillaban a la luz de la luna.

—No volveré nunca a tierras de los MacLellan, prefiero morir aquí Gawen.

Gawen frunció el ceño, no era lo que esperaba oír, de eso estaba segura Maely. Avanzó hacia él hasta que sintió a alguien a su lado. No hacía falta que Maely se girara para saber que era Crayton quien estaba junto a ella, el olor a madera y cuero, su respiración serena. Nadie podía estar tan tranquilo en mitad de una lucha. Gawen se rio en su cara, sacó de una manera vergonzosa la lengua a Maely en un gesto obsceno.

—Ven Campbell, ven a por mí. Joder, después de dejar viuda a Maely, me tiraré a esta Douglas *gráanda* como siempre he querido.

—Cállate —ordenó Crayton, con la serenidad de un hombre que sabía el destino de su oponente.

Maely supo que el pozo negro que albergó su furia desde hacía tiempo se abría sin mesura. Estaba cansada de aguantar a aquella mierda de caballo de Gawen. Apartó a Crayton con el brazo. Por fortuna, dos MacLellan acudieron al rescate de Gawen y Crayton los frenó.

Gawen se rio al ver cómo iba a por él sola.

Maely estaba harta.

Siempre subestimándola.

Siempre intentando asustarla.

Siempre tras ella con sus manos pegajosas de sudor.

Gráanda.

Maely respiró hondo, tomó fuerza con su pierna y con un movimiento ágil, barrió las piernas

de Gawen con las suyas. Gawen gimió por la sorpresa del golpe. Se incorporó al instante con una mirada letal. Antes de que pudiera lanzarse a por ella, Maely recordó todas y cada una de las lecciones de Angus sobre cómo aprovechar su pequeña estatura, su agilidad. Maely entrenó duro y Angus le había exigido hasta el último aliento por si alguna vez se veía en una situación similar. Angus. Cuánto podían doler las traiciones, Maely no lo sabía, tal vez cuando todo acabara, quizá podría reconciliarse con Angus.

Maely esquivó a Gawen y el filo de su espada. Recordó la última vez en el bosque que él había hecho un movimiento semejante, esta vez no resultaría igual. Maely se impulsó en el instante que la espada volvía a por ella y clavó su daga en el brazo de Gawen. Él lanzó un alarido angustioso, de ira mezclada con dolor. Se sujetó el brazo y Maely siguió una y otra vez, asestó certeros golpes con sus dagas, sin ver qué hacía, sin sentir nada excepto la furia, la vergüenza a la cual le había sometido Gawen todos esos años, sus insultos, sus persecuciones. Él la había convertido en un ser minúsculo y asustado y nunca quería volver a sentirse igual.

—Para, Maely. Está muerto.

Era la voz de Crayton, detuvo su brazo en el aire con fuerza. Entonces Maely miró a Gawen, de rodillas ante ella, sus ojos expresaban la sorpresa y el vacío de la muerte. En cuanto Maely dejó de asestar puñaladas, cayó de lado contra el suelo.

—Maely, suelta las dagas, *mo ghraidh.*

«Mi amor». Maely se giró para mirar a Crayton, tal vez hubiera imaginado sus palabras. El rostro preocupado de Crayton le dijo que no, que él realmente había dicho aquello. Su esposo apartó el cabello de su rostro, lo colocó tras sus orejas mientras sostenía sus mejillas con el calor de sus manos.

—Ya está Maely, lo has matado. No te perseguirá más.

Entonces Maely quiso volver a ver el rostro de Gawen, como si necesitara asegurarse de que estaba muerto. Crayton se lo impidió, sostuvo su rostro con firmeza. Maely sintió que sus manos se relajaban, las dagas caían de su puño y en ese instante, Crayton abrazó su cuerpo, lo cubrió por entero.

Maely se refugió en su torso, no quería llorar por alguien que no lo merecía. Las lágrimas estaban destinadas a alguien que se perdía y por el cual un corazón quedaba roto. No sabía cuánto tiempo pasó entre los brazos de Crayton, pero cuando dejó que Maely saliera de la prisión de su cuerpo, alguien había retirado a Gawen de su vista y los Campbell observaban desde la distancia. A Maely no le pasó inadvertido las diferentes expresiones de sus rostros, desde la incredulidad a la más absoluta seriedad. Entonces se dio cuenta.

—¿Drustan? ¿Y Drustan?

Crayton apretó su mano.

—Está bien, Maely, Gael está curando una herida leve, pero está bien. ¿Puedes levantarte?

Maely asintió, al apoyarse en Crayton vio la sangre que corría por sus brazos. La camisa de Campbell no estaba mucho mejor, rota en algunas partes, casi toda roja parduzca a causa de la sangre de otros. Recorrió su cuerpo aliviada al ver que ni siquiera estaba herido.

—Eres una guerrera Douglas, no creo que me necesitaras ni por un instante —afirmó Crayton con una mirada sincera. Sus ojos azules brillaban bajo la luz de la luna.

—He intentado decírtelo muchas veces, pero tú insistías en protegerme a cada instante. No querías escucharme, pero tampoco me subestimabas, Crayton. Todo aquello que me hicieron, lo aguanté sin protestar, por las personas que quería, Drustan y Rhona, Angus y Margaret, y por… Ailsa.

—¿Dónde está la muchacha? —preguntó Liam.

—Se marchó con los Finlay, huyeron al interior del bosque.

Crayton fue el único que pareció detectar el tono agrio de su voz. Quizá más tarde Maely le confiara lo que había ocurrido entre ellas.

—Muchacha, tu padre estaría orgulloso de ti.

Maely sonrió a Steven, apoyado sobre la empuñadura de su espada miraba hacia ella con una expresión de admiración que hizo que Maely se encogiera. Los otros asintieron, algunos más heridos que otros. Tras ellos estaban los cuerpos de los MacLellan que habían atacado, en el suelo. Gawen no se había llevado un ejército con él, solo unos veinte hombres, quizá una vez más para encubrir que habían atacado a los Campbell y roto la paz del rey.

Crayton no estaba dispuesto a dejar que Maely se marchara, giró su cuerpo e hizo una señal a sus hombres para que se alejaran de ellos.

—Siempre estás metida en problemas, Douglas.

Maely suspiró, Crayton sostuvo su cintura con esas manos enormes, llenas de heridas y cortes.

—Los problemas me persiguen, deberías pensarte bien lo del matrimonio.

Crayton elevó los ojos al cielo como si todo el mundo le resultara demasiado aburrido y en concreto, esa conversación.

—Gracias por intentar protegerme, Crayton.

—No te protejo, Maely. Solo ten presente que, si te caes, estaré siempre a tu lado para ayudar a que te levantes.

—Y yo al tuyo, Campbell. Sea lo que sea que nos depare este matrimonio y el camino que elijamos al final. Ahora me doy cuenta de que cada una de las decisiones que tomé me llevaron a este momento, no me arrepiento de haber matado a Gawen. Y me siento como un monstruo por ello.

—Joder, Maely. Iba a matarte. Angus te enseñó bien.

—Le prometí que nunca lo usaría contra un MacLellan. He roto mi promesa.

—Solo piensa en cuántas veces te mintió, Maely. Te retuvo con mentiras durante años.

Maely sintió de nuevo que sus ojos se anegaban en lágrimas, las piernas apenas sostenían su cuerpo. Crayton se acercó a ella. Maely había cerrado los ojos y sintió los labios de él contra los suyos. Fue un beso diferente a todos los que Crayton le había dado a Maely hasta entonces. El sabor salado de sus lágrimas se mezcló con el sabor de Crayton y el suyo propio. Maely supo en ese instante que, pasara lo que pasara en el futuro, se estaba enamorando de Crayton Campbell.

Capítulo XXI

Rob y Steven trajeron ante ellos al único MacLellan vivo, Maely lo reconoció al instante, no había hablado con él más que en alguna ocasión. Era uno de los seguidores de Gawen, pero, al fin y al cabo, quién no sería partidario del que iba a ser el próximo *laird* de los MacLellan. Tenía una herida en el brazo y otra en el costado y cuando Crayton lo montó en un caballo, supo que lo enviaría de vuelta con el *laird*. Con un mensaje claro. Gawen había muerto y habían fracasado. La guerra entre Campbell y MacLellan ya era una realidad y ni el rey podría parar el enfrentamiento. Estaban a dos días de tierras del antiguo clan de Maely. Dos días o más para que John MacLellan reuniera a sus hombres y fuera tras ellos, y Maely aún debía encontrar a su padre y sus hermanos.

Gael y Liam trajeron a los Finlay con ellos de vuelta a la explanada frente a la casa. Ailsa caminaba entre ellos, con el pelo alborotado y la cara sucia. Maely se negó a mirar a la que había sido su amiga desde niñas, ¿acaso ella misma no había guardado fidelidad a los Douglas a pesar de pensar que no habían ido en su busca? Comprendía las razones de Ailsa hasta cierto punto, uno en el cual pudo haberse negado a ser quien condujera a Gawen hasta ella.

Maely estaba entre Drustan y Crayton cuando Ailsa se detuvo frente a ella, evitaba su mirada.

—¿Estás bien, Ailsa? —preguntó Drustan preocupado.

Se acercó a ella y cogió su brazo con aprecio. Ailsa se desembarazó de su gesto de cariño con un ademán desagradable.

—¿Qué será de mí ahora? ¿Vas a matarme también, Maely?

Maely retrocedió ante el odio que los ojos de Ailsa dirigían hacia ella. Crayton apartó a Maely un instante, en dirección contraria a donde esperaba el soldado MacLellan a caballo, sujeto por Rob.

—No sé qué ha pasado entre Ailsa y tú, pero se hará lo que tú decidas, Maely.

Lo miró con sorpresa, Crayton no pedía una sola explicación acerca de lo sucedido. Los rostros serios de los Campbell, tanto como el de Crayton, significaban que la sospecha también había llegado a sus conciencias.

—Necesito hablar con Drustan un momento. No para debatir nada con él, tengo que contarle la verdad.

Crayton frunció el ceño, seguía sin gustarle el cariño que mostraba por su amigo, aunque lo toleraba. Maely se llevó a un lado a Drustan.

—¿Qué ocurre, Maely?

—Ailsa nos ha traicionado, creo que ha estado dejando marcas por todo el camino para que Gawen nos encontrase. Fue demasiado fácil salir del castillo, creo que el *laird* lo tenía preparado por si escapábamos. Nadie sospecharía de Ailsa.

Drustan frunció el ceño. Sopló un mechón cobrizo de su frente y miró a Ailsa sin disimulo.

—Si no fueras tú quien me lo cuenta, no lo creería. Puede ser cierto, siempre rezagada y a un lado. Ailsa, que siempre quiere ser el centro de todo. Escucha Maely, confío en ti, lo que decidas, estaré de acuerdo. —Drustan hizo el mismo gesto que Crayton, se apoyó en la empuñadura de su espada, como si ya fuera un verdadero guerrero.

Maely no quiso pensar demasiado en lo pronto que los Campbell habían logrado la lealtad de

Drustan y la suya.

—No eres nadie para decidir sobre mí, Maely —acusó Ailsa con rabia.

—No, lo cierto es que tú sola elegiste el bando en el que querías estar —respondió Maely.

Maely sabía que había cierta decepción en la mirada de Liam a Ailsa. Sabía que su amiga lo había deslumbrado con su apariencia y su soltura graciosa al hablar. Quizá era mejor que esto hubiera sucedido antes de que Liam se encariñara con ella.

Crayton esperaba su decisión, si no lo empezara a conocer bien, Maely pensaría que estaba disfrutando con la situación. Su boca se curvaba hacia arriba, Maely podía verlo, aunque su rostro, igual que el de todos, estuviera aún manchado de sangre y barro.

—Que vuelva con el soldado, no la quiero aquí.

Maely escuchó a Ailsa, vio su vergüenza cuando la que hasta ahora era su criada ordenó que la devolvieran con los MacLellan. Todos sabían que era una traidora o, tal vez no, era como si lo que Maely ordenara estuvieran dispuestos a cumplirlo, era en sí desconcertante. Y ella. ¿Cuánto más se podía haber equivocado con sus amigos en el clan? ¿Qué ocurriría cuando Rhona supiera que había matado a su prometido con sus propias manos? Maely suspiró, Rhona siempre fue sincera con ella, le gustase o no, y una de los pocos que siempre daba la cara por ella ante Gawen y el *laird*, pero también podía ser mentira, igual que todo lo demás.

Fue Liam el que preparó un caballo de los Finlay y subió de manera brusca a Ailsa sobre él. Los insultos de Ailsa no cesaron, pero cuando Crayton golpeó la grupa del caballo del guerrero MacLellan, ella lo siguió.

—Sé que ninguno de vosotros me pedirá una explicación. Nos traicionó. Yo confiaba en ella y nos engañó a todos —Maely necesitaba explicárselo a todos, pero sobre todo ver la reacción de Liam.

—Lo sospeché en cuanto le negaste la mirada —soltó Liam con su voz áspera.

Crayton se acercó a Maely y tendió sus manos hacia ella. Maely sonrió agradecida cuando vio que Crayton había recuperado sus dagas.

—Comamos, limpiémonos y sigamos. Esta noche no tendremos más sorpresas y mañana tenemos que alejarnos todo lo que podamos. Quiero alcanzar nuestro destino en dos días, si los MacLellan vienen tras nosotros, no quiero que nos encuentren con los Douglas.

Maely lo entendió, su padre y sus hermanos debían de estar en alguna misión del rey y Crayton no quería desvelar su ubicación ni que los MacLellan les siguieran el rastro.

—¿Dos días? Nadie puede recorrer esa distancia en dos días sin matar a los caballos por agotamiento —objetó Liam.

—Nunca cruzarían la frontera para perseguirnos.

—Porque es una locura, Crayton —susurró Liam.

—Tal vez, pero no puedo desvelar dónde están los Douglas. Will, Craig, partid a Innis Chonnel y avisad a nuestro clan que deben estar listos para la guerra. No descarto que John MacLellan intente atacar el castillo Campbell en lugar de perseguirnos.

Maely calló mientras Crayton organizaba a sus hombres. Permitió a los Finlay volver a su casa, apenas había sufrido daños, un pequeño incendio en el establo que se había sofocado a los pocos minutos. Observó a Crayton, su perfil serio, la mandíbula con una forma perfecta. Él estaba haciendo todo esto por ella, por la promesa que le había hecho antes de la boda. Lo lógico, pensó Maely, era que volvieran con su clan, Maely había provocado una guerra al matar a Gawen. Los Campbell no solo se enfrentaban al ejército del *laird*, sino a la ira del rey cuando se enterara. Maely era consciente de que había puesto en peligro a un clan entero. ¿Se arrepentiría Crayton de haber seguido las órdenes del rey y tener que cargar con ella?

Crayton frunció el ceño cuando su atención se volvió de nuevo hacia ella. Maely desvió la mirada desconcertada, a veces Crayton parecía meterse en su cabeza y saber lo que pensaba a cada instante. Volvieron a casa de los Finlay y se limpiaron, comieron algo en las cocinas de la familia. Maely se dio cuenta de cómo había cambiado la actitud de los Finlay con ella, era como si temieran que estuviera bajo su mismo techo. Miradas de soslayo caían sobre su rostro, una vez más atraía el desagrado de la gente. Tal vez habían sido testigos de cómo había matado a Gawen.

—Dormiremos al raso —ordenó Crayton una vez terminada la improvisada cena.

Maely se dio cuenta de que Crayton también había percibido las caras de desagrado y miedo de los Finlay. Los Campbell que quedaban asintieron y Liam se levantó de forma abrupta de la mesa igual que los otros. Ya no eran bien recibidos en aquellas tierras. Al pasar junto a la puerta de entrada, Steven vio la bandera que los Finlay habían descolgado a su llegada, la bandera inglesa que los protegía en caso de aparecer los ingleses. La cogió y, sin mediar palabra, la echó al fuego de la chimenea.

—O sois de Bruce o sois enemigos, Finlay. Nadie puede estar en tierras escocesas si no elige bando. —Steven observó cómo se quemaba poco a poco la tela entre las llamas.

Maely observó los rostros del matrimonio y sus hijos. Los sirvientes desaparecieron enseguida. No podía estar más de acuerdo con los Campbell. O eras de los suyos, a pesar de las consecuencias, o eras un enemigo, no había término medio en una guerra. ¿Cuántas familias perdieron a alguien en esta contienda? Sus tierras y legado, como su propia familia Douglas. No era justo que muchos de ellos se acogieran como los MacLellan a un doble rasero de lealtades.

—Nunca me gustaron los Finlay —susurró Rob mientras salían en dirección a los establos.

Maely ayudó a los Campbell a preparar un campamento al raso, lo suficientemente lejos de la casa y cerca del bosque. Se sorprendió al ver como los pocos Campbell que quedaban sonreían entre ellos y hablaban con Crayton como si unas horas antes no hubiera habido allí una lucha a muerte. Solo quedaban siete, contándose a sí misma y a Drustan. Crayton había dicho que atravesarían la frontera y Liam que era una locura.

—¿Tenemos que atravesar la frontera? —preguntó a Crayton—. ¿Es necesario?

Él estaba ocupado echando todas las mantas que llevaba su caballo sobre el suelo, en un momento, preparó una cama en el suelo con los colores Campbell.

—Maely, para no querer ser su señora, te preocupas demasiado por nuestros hombres —respondió sin dirigir su mirada a ella—. No queda más remedio si queremos llegar vivos.

—Es Roxburgh, ¿verdad? Mi padre está allí con mis hermanos.

Crayton entonces sí se levantó y se acercó a ella.

—Y para no haber salido nunca de tierras MacLellan, tienes un amplio conocimiento de Escocia. —Crayton estaba siendo irónico de nuevo.

—Te lo dije, intenté escapar varias veces. Solía mirar los mapas, me preguntaba dónde estaría mi padre en esos momentos.

Él parpadeó confuso, Maely empezaba a comprender que Crayton era un guerrero consumado, cruel y bárbaro en la lucha, pero ante sentimientos, distaba mucho de saber lidiar con ellos. Se quitó la espada, aunque las dagas seguían en sus botas.

—Muchacha lista —susurró.

Maely vio que la herida de Crayton en la mejilla volvía a sangrar un poco y se puso frente a él. Con su pulgar, quitó la poca sangre que quedaba y la limpió en su capa corta. Crayton parpadeó lento, esa sonrisa que tanto añoraba Maely llegó de una forma inesperada e iluminó el rostro de Campbell. Algo más se prendió en el brillo de sus ojos y Maely suspiró como una tonta. Así al menos se sentía cuando no podía evitar tocar su cuerpo, su rostro, apartar el pelo de sus

ojos. El cuello de Crayton era para ella un misterio, ¿por qué a cada instante sentía ganas de tocar el nacimiento de su pelo y la piel suave de esa zona?

Las manos de Crayton se posaron en su cintura y la aproximó a él. Maely se vio de nuevo encerrada entre sus brazos y al calor de su pecho. Crayton la besó, un beso firme y posesivo antes de inclinar su cuerpo, con la cintura rodeada por sus poderosos brazos. Maely cayó en un instante con suavidad, sobre el lecho de *plaid* y mantas. Con diligencia, Crayton remetió las mantas por el lado y se tumbó a su lado.

Maely abrió los ojos confundida e intentó incorporarse. El peso de la mano de Crayton detuvo su movimiento. Fastidiada, se volvió a tumbar. Miró a su alrededor, los Campbell ya estaban en sus propias mantas, todos alrededor del fuego, ya no tenía sentido ocultarse más, el guerrero MacLellan y Ailsa tardarían al menos dos días en advertir a su gente. Maely buscó con la mirada a Drustan, se había tumbado frente a ellos. Era increíble cómo su amigo se había adaptado a los Campbell.

Volvió a apoyar la cabeza. No podía sino advertir lo diligente que había sido Crayton con su tarea. Maely estaba casi inmovilizada entre su cuerpo y el peso de las mantas. El calor del fuego calentaba su rostro, a la altura de su cabeza, Crayton había enrollado un tartán que servía de almohada. Ni siquiera había dicho buenas noches, antes de girarse

—Crayton. ¿Duermes?

—Ya no.

Maely sonrió en la semioscuridad. Crayton era un gruñón.

—¿Qué pasará si no encontramos a mi padre? ¿Y si ya no está allí?

Hubo un silencio al otro lado. Maely hubiera deseado ver el rostro de Crayton en ese momento. Entonces se giró hacia ella.

—Lo encontraré para ti, Maely.

Maely se mordió el labio, con los ojos azules de Crayton frente a ella, se arrepintió de mostrar sus miedos. Crayton levantó la mano y acarició su cara, Maely sintió el tacto áspero de su mano recorrer su mejilla. Se detuvo en la cicatriz de su ceja y sonrió. Bajo la luz de la luna, al resplandor de las llamas, se detuvo a pensar en sus palabras. ¿Cómo podía ser tan rudo y al momento, soltar esa frase? Maely sentía su corazón palpitar contra las costillas por él.

—¿Tenemos que contarle que he matado a Gawen?

Crayton levantó la otra mano y la posó en su cuello.

—No creo que le importe a Douglas después de cómo te había tratado ese cobarde durante años. ¿Te arrepientes de haberlo hecho?

Maely miró en su interior, en busca de arrepentimiento o vergüenza por haber sesgado vidas aquella noche.

—¿Siento algo parecido a malestar por esos hombres que acerté con el arco? Sí, lo cierto es que sí. Respecto a Gawen, creo que no.

Crayton asintió para confirmar que entendía sus sentimientos. No dejaba de acariciar su mejilla y Maely empezaba a sentir como su cuerpo respondía a aquel inocente contacto entre ellos. Levantó sus manos e imitó a Crayton. Acarició el rostro de su esposo. La barba que ya asomaba en la hermosa forma de su mandíbula. Maely lo sintió, cómo sus respiraciones cambiaban y se volvían espesas como una niebla. Crayton se acomodó para acoger a Maely en su cuerpo, casi encima de él. Maely no se resistió, era confortable sentir todo su cuerpo bajo ella, el calor que emanaba de su abrazo. Oía su corazón retumbar contra su oído, cada vez más deprisa.

—No te arrepientas, nunca, de nada. Eres hermosa, valiente y fuerte. Tu padre estará orgulloso de en quién te has convertido.

Maely no pudo contestar, Crayton había descubierto lo asustada que estaba ante la reacción que tendría su padre al verla. En ese momento, Maely necesitaba las caricias de Crayton, sentirse cobijada y alejada del mundo. Se sintió atrevida cuando deslizó la mano por el cuello de Crayton y este gimió bajito, contra su oído.

Crayton creía que iba a volverse loco, sentía el veneno del deseo recorrer su cuerpo, cómo aceleraba su corazón y dejaba de pensar. Estuvo tentado de llevarse a Maely tras los arbustos y apoyar su cuerpo contra un árbol, no lo descartaba en el futuro, pero ahora, aunque lejos, estaban con los demás. Si se levantase, con toda seguridad, despertaría al resto.

Sintió como Maely deslizaba la mano por debajo de su camisa y tocaba de forma inocente su estómago. Miró a su pequeña esposa, tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Tomó entre sus dientes su labio inferior y ella lo recibió, apretó su cuello, colmó su piel de caricias y entregó su boca a él.

Crayton supo que no dormiría esa noche, no con ella tan cerca y vulnerable. Apartó sus manos del rostro de Maely y ella abrió los ojos desconcertada. Eran dos preciosas gemas verdes a la luz de la luna, dignas de una princesa. Deslizó su mano, como había hecho ella, hacia el comienzo del pantalón. Maely se quedó rígida en un instante, notó como ella intentaba sacar sus manos de entre los pliegues de su camisa y se lo impidió con una sonrisa susurrada contra sus labios.

—Tú has empezado esto, esposa.

«Esposa», aquella palabra resonó con la fuerza del deseo en sus oídos. Maely se relajó, aunque la mano de Crayton encontró el camino entre la tela y su piel. Contuvo el aliento mientras las caricias de Crayton se detenían en su pecho, con el pulgar presionó el botón rígido hasta que lo hizo endurecerse. Maely se retorció de forma involuntaria contra aquella presión palpitante. Él abandonó su caricia y deslizó sus dedos en un sendero que recorrió su vientre hasta llegar de nuevo a la cintura de su pantalón. No tuvo dificultad en llevar sus dedos más allá de la tela. Volvió a besar sus labios, lamer su interior con tenacidad, mientras alcanzaba la abertura a su sexo. Maely dio un respingo, ¡qué pretendía!, ¡estaban tan cerca de los otros!

No pareció ser un problema para Crayton, que silenciaba sus labios con el beso. Maely sintió sus dedos dentro de su cuerpo, rozando los pliegues húmedos de su interior. Rodeó su hueco, jugó con sus caricias allí dentro. Maely olvidó dónde estaban y acercó su cuerpo, se apoyó sobre su mano como si no hubiera más que el tacto contra aquellos dedos para sujetar su peso.

—Dame todo de ti, Maely.

La voz de Crayton encendió sus sentidos, se meció contra aquella presión dulce y devoradora hasta que el placer se deshizo en miles de finas de hebras que tocaron cada poro de su cuerpo. Un arroyo de dulce palpitar recorrió sus nervios hasta que Maely no pensó en nada, su mente se vació para dejar pasar un hilo brillante de satisfacción, placer e intensidad como no había sentido antes. Crayton hacía que descendiera y se elevara hasta el lugar donde el cielo y la tierra se tocaban.

Crayton apartó su mano, con sus dedos recorrió el sendero de vuelta hasta posarse en su espalda y acariciar su columna arriba y abajo. Maely abrió los ojos y encontró la mirada de él posada en su rostro. Era inevitable sentir la dura columna más abajo de su pelvis rozarse con su vientre.

—Crayton, quiero hacer por ti…

Maely no sabía siquiera cómo expresar su necesidad de que él también disfrutara, quería hacerlo, darle el mismo placer que ella había recibido. Su mano descendió al pantalón de Crayton y presionó su columna de acero. De los labios de él escapó un gemido contra sus labios. El calor que desprendía aquella zona de su cuerpo era insoportable. Maely no dejaba de evocar su imagen

desnudo, las fibras de su vientre, su perfecto cuerpo lleno de cicatrices que lo hacían aún más hermoso. Crayton cogió su mano, apartó los labios de ella con un pequeño mordisco en su labio inferior.

—Maely, es mejor que duermas. Tendremos tiempo, te lo prometo, todo el tiempo del mundo.

Y él nunca rompía sus promesas. ¿Cómo era capaz Crayton de sumir su corazón en un desesperado trote de ilusiones? Todo el tiempo del mundo mientras declaraban la guerra a todos. Maely acarició su rostro, vio como Crayton cerraba los ojos, apretaba su abrazo sobre ella y, con lentitud, seguía con sus caricias en la espalda. Maely se sujetó a sus músculos, a la altura del hombro, y se sumió en un letargo agradable. Ni siquiera el frío o el sonido de los animales del bosque fueron capaces de despertarlos aquella noche.

Capítulo XXII

Los sonidos de los Campbell despertaron a Maely, abrió los ojos sumida en un frío helador que indicaba que Crayton ya no estaba a su lado. Apartó las mantas que estaban de forma cuidadosa colocadas sobre ella. Buscó a Crayton entre todos, apagaba el fuego con fuertes pisadas de sus botas, a su lado Liam colocaba las riendas de su caballo. Liam le dijo algo y él sonrió con la cabeza gacha.

—¿Qué miras, Maely?

Drustan estaba junto a ella, le dio un golpecito con el hombro y sonrió. Estuvo a punto de hacer que cayera al coger sus botas junto a su improvisada cama.

—Nada, pensé que había perdido mis botas. Creo que tengo una piedra en una de ellas —disimuló Maely al dar la vuelta a una de ellas.

Su amigo se rio de forma descarada, sus ojos azules brillaban con picardía.

—Desde luego, en los ojos no tienes nada. Lo miras como si fuera el desayuno.

Maely se puso roja, sintió las mejillas y las orejas arder. ¿Sospecharían los demás, Drustan, lo que había sucedido anoche entre las mantas?

—Drustan, de verdad que eres idiota. No lo miro así.

—Es un buen hombre, Maely. Me alegro mucho por vosotros, por la boda.

Cayó en la cuenta de que en ningún momento había hablado con Drustan de su boda, ni antes ni después. Todo había sucedido tan rápido que ni siquiera ella podía asimilar todo. Se había casado con Crayton, los habían perseguido, Ailsa había traicionado no solo a ella, sino también a Drustan.

—Se casó conmigo por obligación, no es como si me hubiera elegido. Solo siguió las órdenes de su rey.

Drustan hizo que se girara para mirarlo, Maely últimamente conversaba más con el suelo que con la gente.

—No puedo creer que seas tan lista para unas cosas y tan tontina con otras. Desde que salimos de tierras MacLellan, te ha estado cortejando, Maely. —Drustan se irguió un poco ante ella y carraspeó incómodo—. Y no tiene ni idea de cómo hacerlo bien. Los Campbell son violentos y rudos. No sé el tiempo que hace que no están en su hogar, Rob y Gael hablan de ello a veces, de la vida errante que llevan.

—Creí que habías dicho que te caía bien, que era buen hombre.

—Y lo es, Maely. Junto a ti, incluso parece feliz.

—No imagines cosas, esto no es un matrimonio de verdad.

—¡Cielos, eres tan cabezota! No quiero jamás volver a hablar contigo de estas cosas, en serio.

Maely sonrió, ese sí era Drustan y no el que daba consejos sabios y responsables. Le dio un manotazo en el hombro y él se carcajeó. El sonido de sus risas pareció llamar la atención de Crayton. Se acercó a ellos y, para sorpresa de Maely, esbozó una amplia sonrisa. Su rostro cambió. Si era guapo a rabiar cuando estaba serio, en su sonrisa habitaba todo el encanto del mundo. Maely intentó no poner la misma cara con que la había pillado Drustan. Inevitable. Con toda seguridad, tenía la boca abierta y los ojos salidos de sus cuencas ante aquel hombre. Hombre, no. Su esposo.

—¿Maely? —Crayton tendió las manos a su alrededor y le quitó la última manta que llevaba echada sobre los hombros con un movimiento. Sin querer, con las botas aún en las manos, Maely trastabilló y Crayton cogió su cintura para evitar que cayera.

Su carcajada juguetona hizo que el corazón de Maely parase. Sus ojos de color cobalto rivalizaban con el color de los lagos escoceses. Crayton miró sus labios, detuvo su respiración un instante hasta fruncir el ceño. A su alrededor había un extraño silencio. Rob, Steven, Gael y Liam los miraban asombrados. Maely quería esconderse bajo una piedra y no levantar nunca más la cabeza, no estaba acostumbrada a ser el centro de atención.

—Dije que no volvería a hablar de estas cosas como si fuera una gallina clueca —sentenció Drustan—. Vuestras risas suenan como si fuerais incluso felices.

Se alejó de ellos, Maely creyó escuchar la palabra «idiotas» de labios de Drustan, pero no estaba muy segura.

—¿A la frontera? —gritó Liam desde el otro lado del campamento.

Crayton por alguna razón, se había quedado pensativo, su rostro volvió a tornarse indescifrable.

—¿Estás lista, *caileagh*?

—En cuanto me ponga las botas.

De un movimiento, cogió a Maely por la cintura y la sentó en su caballo. Maely con una sonrisa, se puso las botas ya subida sobre la montura de Crayton.

—Dejad esos caballos para los Finlay —ordenó a sus hombres.

—Eso es generoso.

—Por las molestias —susurró con una sonrisa pícara—. El baño fue… gratificante.

Maely volvió a sonrojarse de arriba abajo. Tal vez era verdad lo que Drustan le había dicho o solo era su mente calenturienta.

Crayton se subió al caballo y de nuevo fue consciente de su cuerpo a su espalda. No podría mirarlo más a los ojos después de lo que había pasado anoche. Y no solo eso, miró hacia atrás, unos montículos al borde del bosque indicaban que alguien había enterrado los cuerpos de los MacLellan. De Gawen.

—Lo siento, Liam —salió de sus labios en voz alta cuando se montó en su caballo junto a ellos.

Liam arqueó la ceja con curiosidad.

—Sé que Ailsa te gustaba.

—Eres como esa piedra solo que en mi bota.

Notó como a su espalda Crayton sonreía. ¿Es que todo cuanto decía lo oían todos? En cuanto iniciaron la marcha, Maely se dio cuenta de lo hermosa que era aquella parte del sur de Escocia. Campos morados de la flor del brezo, el dorado de las hojas en los árboles, profundos bosques donde el sol no llegaba al suelo. Serbales infinitos en la distancia. A medida que se alejaban de los valles y de las colinas, el suelo se volvió más agreste y pedregoso, ascendían por las montañas de la frontera y todos permanecían en silencio.

Crayton aferró con una mano su cintura cuando ya no pudieron cabalgar y el paso de los caballos se aflojó. Maely se irguió para buscar distancia con Crayton.

—¿Aún me odias? —susurró en su oído.

Maely se sobresaltó al escuchar su voz tan cerca.

—No te odio, odio la forma en que todo ocurrió. Odio que te casaras conmigo por orden de alguien.

—Ese alguien es nuestro rey.

Maely suspiró hondo, ¿estaba de verdad preparada para abrir su corazón a Crayton?

—Solo quiero algo verdadero, me han mentido, traicionado, culpado, me han negado la voluntad de decidir. Hasta me quitaron mi nombre y mi familia. ¿No crees que puedo estar enfadada?

Crayton se inclinó sobre ella, acercó su cuerpo a la espalda de Maely.

—Creo que es aceptable. Después de anoche, no creo que quieras anular esta boda. Dijiste que no volviera a tocarte, al parecer, eso ha cambiado.

Maely refunfuñó, sabía que no era propio de una dama, pero lo cierto es que no le importaba en absoluto.

—A veces, Crayton, me dan ganas de pegarte un puñetazo.

Entonces él se echó a reír. Y otra vez todos los miraron con sorpresa.

—Puedes hacerlo, me gusta tu carácter combativo.

—No te pegaré —susurró consciente de que todos estaban pendientes de ellos—. Creí que te gustaba ir el primero.

—Contigo en mi caballo, en este terreno, es mejor que no.

—¿Corremos peligro?

—No creo que nadie nos persiga por esta ruta, y queda descartado que haya una damita dando pistas de donde estamos.

—Lo dije de verdad, era mi amiga, pero nos traicionó. Si no nos hubieran encontrado esos hombres, ahora estarían vivos.

—Y Gawen.

—Te lo dije, no me arrepiento.

Hubo un momento de silencio entre ambos mientras ascendían a caballo una rampa de arena entre las rocas.

—¿Cuánto queda para que lleguemos?

—Uno o dos días. Todo depende de esa tormenta que se aproxima.

Maely guiñó los ojos hacia el cielo que ahora estaba azul. Algunas nubes blancas rompían el añil.

—¿Cómo sabes que se acerca una tormenta?

—No tengo ni idea, simplemente lo sé.

—¿Puedo preguntarte otra cosa? En realidad, tengo muchas preguntas.

Varias sonrisas surgieron de entre los Campbell que iban delante suyo.

—No nos pilla a ninguno por sorpresa —se carcajeó Liam—. ¿Siempre ha sido así, Drustan?

—No tiene confianza aún, en cuanto pasen unas horas, ya veréis.

Maely se irguió en la silla, hasta Crayton se reía sin parar.

—Ahora ya no tengo ganas de pegar una patada a Crayton, sino a algunos de vosotros —se quejó—. A todos, en realidad.

Las risas tardaron un rato en apagarse. Estaban a mitad de la subida y la marcha fue aún más lenta mientras los árboles se comían el camino que seguían.

—¿Y no podemos solo rodear las montañas?

Había que decir que lo intentaron con fuerza, reprimir una carcajada, pero una vez que Liam estalló, el resto lo siguió.

—No se lo tomes en cuenta, Maely. Empiezan a considerarte parte de su gente.

Se dio la vuelta para mirar a Crayton, ¿sería cierto? Saber que los hombres de más confianza de Crayton sentían como si ella fuera uno de los suyos hinchó su pecho al tomar aire. Maely sintió un pequeño calor emanar de su corazón. Nunca supo con tanta certeza lo horrible que

habían sido todos estos años al sentir que estaba excluida del clan, no había sido consciente de esa necesidad por pertenecer a algo, a un grupo, por ganarse el afecto de los demás. Se mordió el labio preocupada. Nada de su vida antes fue demasiado real, siempre aparentaba seguridad, no necesitaba a nadie… y en realidad solo estaba todo el día, asustada y sola.

—¿Tenemos que subir hasta ahí arriba?

Fue la última pregunta que hizo, Maely se hundió entre los brazos de Crayton y él besó su cabeza con ternura. En realidad, Maely sonrió, los Campbell no sabían que en su interior bailaba un duende que no pararía de incordiarlos.

Para Maely, nunca había sido tan duro montar a caballo. No llegaron a la cumbre, rodearon por una vereda que cruzaba las montañas como si se tratara de un paso. Comieron sobre los caballos. No había espacio para más en aquel sendero, ni siquiera para que descendieran de la montura. Una caída hacia abajo suponía la muerte, Maely intentaba mirar hacia el otro lado, pero no reconfortaba en absoluto observar todo el rato una pared de roca fría. Crayton apretaba su cintura contra él, atento al terreno y a las piedras del camino, cargaba el peso de Maely hacia la izquierda sobre su hombro para ver mejor. Maely veía su perfil serio, la cicatriz de su mejilla. Tocó la suya, que hacía tiempo había desistido de que no quedara marca. ¿Qué pensaría su gente de una señora con la cara marcada? Con habilidades de tiro y que usaba su daga. ¿Tendría hermanas Crayton, una madre que tomara las decisiones en su hogar? Recordó las risas de sus compañeros de viaje, sí, en realidad, tenía mil preguntas y, con cada una de ellas, solo demostraría cuánto miedo habitaba en ella. Era curioso, no tenía miedo a la lucha, y, sin embargo, sí a cosas tan absurdas. Se dio cuenta de que pensaba más allá del encuentro con su familia, en su vida con Crayton. Hacía unos días solo existía su encuentro con su padre y el temor a que él no la encontrase digna de los Douglas. ¿Pero y si ellos no eran dignos de ella? Ese pensamiento revelador se coló en su mente. Desde luego, los MacLellan no habían sido en absoluto dignos, ni siquiera un poco. Echaba de menos algunas cosas, la casita de Margaret, allí fue feliz a veces. A Ailsa no quería recordarla y Rhona…, al fin y al cabo, ella siempre fue sincera para bien o para mal. Y Angus, lo borró al momento de sus recuerdos.

—Lo peor ha pasado, esposa.

Dio un brinco en el caballo y esperó que aquello no hubiera desestabilizado a Crayton. Supo que no cuando él besó su pelo, una costumbre que no desagradaba en absoluto a Maely.

—Me da miedo preguntar —susurró—. Liam podría oírme.

—Cariño, nadie podría hacerte callar, no lo permitiría nunca. Bromea contigo, deberías estar feliz.

—Por meterse conmigo todo el rato.

—Le caes bien, confía en ti, por eso lo hace. Si no te apreciara, ni siquiera te dirigiría la mirada.

—Los Campbell solo veis el blanco o el negro.

—Puede ser, pero si consigues capturar el corazón de un Campbell, será para siempre, luchará a tu lado y morirá por ti.

Maely suspiró, deseó por un instante que fuera así.

En la lejanía, se veían las copas de los árboles, a cientos, miles de abetos y pinos en una extensión sin fin. Al cabo de unas horas, descendieron las montañas, se encontraban rodeados de los altos montículos, manchados de verde y piedra. Se prepararon para atravesar el valle sin dejar de mirar atrás. En grupos de dos monturas avanzaron hasta que el cielo grisáceo hizo que anocheciera demasiado pronto. Crayton ordenó que acamparan cerca de un río que se perdía serpenteante hacia la cima de una de esas montañas.

Maely ayudó a descargar las mantas mientras Rob y Steven preparaban el fuego, y Drustan, Crayton y Liam salían de caza. Los miró marchar sin darse cuenta de que sonreía, le gustaba ver como Drustan caminaba entre los dos. Su amigo había cambiado, se mostraba más seguro y parlanchín, confiado diría, tal vez ella misma también. Los Campbell, aunque un poco toscos, eran adorables y leales.

La noche cayó con un manto helado, como si siguieran en los caminos de los altos picos y en el cielo lleno de nubes dejó de verse la cúpula estrellada. Los Campbell parecían más inquietos que las noches anteriores, no en vano, caminaban por el filo de la frontera, entre Inglaterra y Escocia. En cualquier momento, podían encontrar una guarnición inglesa o un clan de la frontera hostil.

Cenaron en silencio. Crayton preparó como la noche anterior la improvisada cama de los dos y esta vez Maely se durmió al instante por mucho que el duro suelo se clavara en todo su cuerpo. Se despertó varias veces arropada por los brazos de Crayton y el calor de su cuerpo.

Solo despertó del todo cuando una mano tapó su boca al quitar el aire de su aliento. Maely abrió los ojos aterrorizada. Echó la mano hacia atrás y cogió su daga que descansaba al lado de la cabeza.

—Soy yo, Maely. No grites.

Crayton seguía con la mano sobre su boca y sonrió al ver la daga tan cerca de su cuello.

—Tienes la horrible costumbre de querer siempre matarme.

Maely frunció el ceño con una expresión interrogante en los ojos. Crayton retiró despacio su cuerpo y la mano.

—¿Qué haces? —preguntaba cuando Maely tuvo que parpadear varias veces.

Una densa niebla los rodeaba, no se veía a los otros que se suponía estaban a unos pocos metros de ellos. Maely miró hacia arriba, ni siquiera la claridad de la luna se atrevía a penetrar aquella cortina espesa ante ellos.

—He oído sus caballos, están a nuestra derecha, parecen muchos.

Un golpe en el hombro de Maely hizo que se pusiera de rodillas con la daga al frente. El rostro de Liam apareció ante ellos con una sonrisa en el rostro, había venido a gatas por el suelo. Maely estaba segura de que lo había hecho a propósito, le encantó darle un susto de muerte.

—¿Lo has oído, Cray?

¿Cray? Era la primera vez que oía llamar así a Crayton, ¿le llamaría su familia así? No conocía en absoluto a su esposo.

—Sí, Cray, ¿lo has oído?

Liam consiguió lo que quería, que Crayton le diera un puñetazo en el hombro. Maely a veces se preguntaba cómo podían ser tan brutos entre ellos. Liam volvió la cabeza como si nada.

—Ve a avisar a los otros, tenemos que movernos. Recoger lo que podáis.

Liam asintió y, sin dudar, se fue como había venido, a gatas. Maely lo siguió con la mirada y en unos metros dejó de verlo, perdido en la niebla. No sabía cómo podían escuchar nada, un viento sobre sus cabezas aullaba, cortado a veces, otras quieto, como un ruido sibilante.

—Estás temblando, Maely —susurró Crayton. En un instante, encontró sus hombros envueltos en una manta.

—¿Cómo nos reuniremos con los otros? No se ve nada.

Crayton se detuvo y susurró en su oído:

—Escucha. —Cogió su mano con fuerza y guio la daga hacia su bota con una risa suave—. Es mejor que ahora esté guardada, por si acaso.

El sonido de un pájaro se escuchó en el silencio, Crayton se movió en su dirección. Al parecer

él veía algo, puesto que llegaron junto a los caballos. Drustan se puso a su lado, salido de la nada en aquel valle. Montaron y Maely vio difuminadas las formas de los otros. Seguía sin saber cómo podían orientarse. Sintió las manos de Crayton en las caderas, elevó su cuerpo para que montara y a continuación, lo hizo él.

—Hemos estado en esta situación otras veces, ni respires, *mo rúnag.*

«Cariño». Maely notó los talones de Crayton golpear con suavidad el flanco del animal y empezó a trotar en medio de aquel vacío. La desazón que sentía Maely se hizo casi irrespirable, aquella maldita niebla no dejaba de recordarle a la noche en que los MacLellan llegaron a su hogar a través del páramo. Como si sintiera la oscuridad de sus pensamientos, Crayton hizo que se recostara contra su torso, apoyó la barbilla contra su hombro en un gesto cariñoso. Fue entonces cuando ella misma los escuchó, el ruido de caballos y carros, las conversaciones altas, parecían muchos soldados ingleses. Estaban tan cerca que, si hubiera estirado un brazo, creía que podría tocarlos. El miedo se tornó en una espiral en su estómago e hizo caso a Crayton, dejó de respirar.

—Estamos en el medio, entre ellos.

Maely se encogió de miedo, a pesar de que no veía nada, se agachó y cogió de su bota la daga.

—Eres la persona más valiente que he conocido en mi vida —dijo en voz tan baja Crayton que creyó haberlo imaginado—. Si nos atrapan, azuza el caballo. Fionn te conducirá bien. Sigue a los hombres de tu clan.

Maely se quedó con una queja entre los labios, esta no era la mejor ocasión para decirle a Crayton que no sabía que su caballo tenía un nombre. ¿Qué acababa de decir?

Una sombra, el perfil grisáceo de un caballo se acercó. Con alivio, vio que era Liam, cogió del brazo a Crayton y a sus espaldas, pareció que se dijeran algo, a pesar de que ella no había oído nada. Una risotada sonó a unos pocos pasos de ellos junto al murmullo de una conversación de acento inglés. Maely se encogió, tan cerca de su padre y ahora iban a ser capturados.

Liam entonces tocó su mano y Maely se inclinó a un lado. Él cogió su cintura y la trasladó a su caballo sin mediar palabra.

—Encuentra a tu padre, Maely. Liam y los otros te conducirán hasta él.

Maely abrió los ojos con sorpresa y se giró para pedir explicaciones a Liam cuando oyó la voz de Crayton alta y clara mientras se alejaba a gritos de ellos. Pronto las conversaciones que habían oído, caballos a la carrera, el sonido del acero al desenvainar espadas. Todo se alejó de ellos, Maely lo sintió, cómo desaparecía la tensión. Liam gritó la orden, simuló el sonido del pájaro y escuchó como les seguían los Campbell.

—¿Por qué ha hecho eso? ¡Lo cogerán!

—No lo harán, Crayton tiene más posibilidades solo que todos en grupo. Distrae a los ingleses mientras huimos.

—¿Lo ha hecho por mí?

—¿Te extraña? Eres su esposa, te juró lealtad en vuestra boda. Crayton ha tomado una decisión, se ha sacrificado por todos. Por ti, por sus hombres… Estamos a menos de dos días de tu padre, Crayton es un buen hombre. Si los ingleses hubieran sospechado que estábamos ahí, nos hubieran seguido, nunca podríamos ni acercarnos a Douglas sin descubrir su presencia. Nunca hubieras llegado hasta tu familia.

Maely sintió como una lágrima se deslizaba por su mejilla. Nadie. Nunca. Había hecho nada parecido por ella. Lo cierto era que esa acción no se correspondía con alguien a quien hubieran obligado a casarse, a obedecer una orden, a atarse a una desconocida. ¿Y si Drustan tenía razón sobre Crayton y ella no había sabido ver que solo trataba de acercarse? Liam azuzó su caballo

con violencia en la oscuridad, hasta que una fina lluvia comenzó a caer sobre sus rostros. Poco a poco, la niebla fue cediendo y Maely descubrió que estaban entre dos montañas, muy lejos ya del campamento. Pensó en qué se convertiría si iba en busca de su padre mientras Crayton moría. Al mirar hacia atrás, vio que la densa capa gris no se había deshecho, sino que ellos se habían alejado de las zonas más bajas. Buscó con la mirada algún movimiento, alguna señal de Crayton.

Capítulo XXIII

Maely inspiró hondo, deseaba ver a su familia con toda su alma, había sido su sueño buscado. Desde niña, anhelaba el reencuentro con su padre. Ahora que sabía la verdad que en algún lugar recóndito estaba su familia, necesitaba hacerles saber que estaba viva y los habían separado de manera tan injusta. Maely deseaba abrazar a William y a Grant, al menos calmaría ese dolor que llevaba dentro por el sacrificio de su hermano menor, Ulan. Maely pensó que era cierto que sentía pavor ante la reacción de su familia, si sería aceptada o apartada por ellos como hacía el resto del mundo. Deseaba verlos más que nada, pero nunca a costa de Crayton y su vida.

Un haz de recuerdos, desde que lo conocía, pasó fugaz por sus ojos cerrados. El día que lo encontró en el bosque, cómo sus conversaciones siempre acababan en discusiones. La boda. Esa noche en sus brazos. La forma en que le decía que era un poco violenta. Sus besos. La forma en que acarició sus mejillas hacía tan solo horas, tras la batalla. Su confianza en ella cuando todos pensaban que era nada y su manera de enfadarse por las injusticias que sufrió a manos de los MacLellan.

—Tenemos que volver, Liam. No podemos dejar solo a Crayton.

Liam detuvo el caballo y tras ellos, Steven casi se da de bruces con su montura.

—Ni hablar, me mataría después.

—Si intentas detenerme, me tiraré del caballo, nada me impedirá volver a por él.

Liam agarró las riendas y se volvió hacia ella, quizá sopesaba si Maely fuera capaz de semejante locura. La seria mirada de Maely, como lo haría un buen Douglas, lo convenció.

Steven sonrió al mover la cabeza.

—Creí que nadie diría nada. Muchacha, tienes valor. Estoy dispuesto a enfrentarme a la ira de Cray.

—Crayton se habrá ocultado, eran demasiados como para hacer frente a todo el destacamento inglés.

—¡Vamos, Liam! Podemos encontrar a Crayton, solo son un puñado de ingleses idiotas —animó Gael.

—Drustan… —comenzó a decir Maely.

—Ni una palabra, yo voy con vosotros —sentenció Drustan con firmeza.

Maely miró a Rob, siempre tan callado, y él también asintió con un movimiento que sacudió las trenzas con las cuales sujetaba su largo pelo negro.

—No nos matarán los ingleses, pero Crayton sí cuando sepa que hemos desobedecido sus órdenes —negó Liam con la cabeza.

—Nos arriesgaremos —contestó Maely con una sonrisa.

Maely comprobó que su seguridad se apagaba mientras volvían a descender hacia las entrañas de la niebla. Así había comenzado el día del asedio a su hogar. La niebla podía esconder peligros y un ejército entero de ingleses, pero Crayton estaba ahí. Fuera como fuera, al obedecer las órdenes del rey, Maely había sido liberada de los MacLellan y poseía cierta libertad. Una vez que encontrara a su familia, Crayton y ella tendrían que hablar. Tenía que liberar a Crayton de aquel matrimonio confabulado por el rey.

Dejaron los caballos que podían delatar su presencia, guiados por Liam. Tan cerca del

comienzo de la niebla como pudieron, se separaron en grupos. Maely sonrió cuando Liam hizo que fuera con él, acompañados por Drustan. Maely se sentía mejor si tenía a su amigo cerca, estaba aterrada al ver como sus formas se difuminaban y apenas veía la sombra vestida de negro de Liam.

No tardaron en escuchar sonidos procedentes del denso interior de aquella espesa niebla, apenas se veían los troncos de los árboles y el sonido de sus botas al pisar parecía retumbar en sus oídos, como si estuvieran en una cámara vacía con ecos resonando a su alrededor. Maely sacó una de sus dagas, al menos si algo aparecía a través de la niebla para atacar, tendría con qué defenderse. Al levantar la mirada, giró sobre sí misma. Liam le había advertido que no se distrajese, Maely pensó que no había sido ni un segundo, pero Drustan y Liam no estaban allí. Escuchaba pisadas aquí y allá, a veces cerca y después lejos. Recordaba cuando era pequeña y su aya le advertía que no se moviera del sitio en el cual estaba si se perdía. Maely ya no era una niña ni estaba indefensa. Fue a dar un paso cuando sintió un leve roce en la mejilla. Si volviera a tener cinco años, habría gritado hasta que media Inglaterra estuviera a su lado, la culpa era de esos cuentos horripilantes que le contaba su aya de niña.

—Mi desobediente esposa, ¿dónde crees que vas?

Maely sintió sus mejillas hincharse ante la sonrisa que despertó aquella voz en medio de la nada. Adoraba su voz grave, el deje de seriedad que tenía con ella se había deshecho con el pasar de los días y ahora incluso notaba su tono divertido. Sentía a Crayton, a su alrededor, como si estuviera deseoso de jugar con ella. Maely flexionó su pierna y guardó la daga. Si Crayton estaba siendo tan audaz, no podía haber peligro. Era curioso cómo al saber que él estaba a su lado no sentía miedo por la niebla que los rodeaba. Una caricia en su pelo, breve y suave, podía incluso haber besado el pelo de Maely y ella ni se había dado cuenta que estaba tan cerca.

—En auxilio de un Campbell que busca problemas con los ingleses —susurró Maely en tono de broma.

—No es posible que eso haya sido una sonrisa, debes ser otra muchacha, las risas de mi esposa son raras y preciadas, tanto que, cuando ríe, el sol se asoma entre las nubes.

Maely podía haberse desmayado en ese instante, ¿cómo alguien tan serio como Crayton y parco en palabras podía decir cosas tan hermosas?

—¿Estamos seguros, Crayton?

—¿Estabas preocupada por mí, Maely?

Quiso negarlo, Maely sentía una barrera que le impedía mostrar lo que su corazón le decía. ¿Podía confiar en Crayton? ¿Sería tan amable con ella si no se hubieran visto avocados a estar casados?

—Todos estábamos preocupados por ti. Los demás están en algún sitio entre esta maldita niebla.

Una risa muy bajita, junto a su oído, hizo que Maely sintiera un cosquilleo en el cuello. De repente, Crayton cogió su cintura y su rostro apareció ante ella. Tenía unos rasguños en la mejilla, justo debajo de la cicatriz de su rostro. Ya no sonreía. Crayton bajó el rostro hasta Maely y rozó con su nariz su frente. Descendió con lentitud hasta que sus labios se encontraron. Maely se aferró a su cuerpo, cogió sus hombros hasta cruzar sus brazos en la zona del cuello de Crayton. Suspiró contra aquel beso mientras sentía como él elevaba su cuerpo contra el suyo. En la lejanía, oyeron una maldición, la voz de Liam tal vez, al darse cuenta de que había perdido a Maely. El beso se convirtió en una sonrisa de labios apretados y dientes chocar hasta que Crayton la soltó. Tomó la mano de Maely con fuerza. «No estoy aquí para protegerte, sino para darte la mano cuando caigas y ayudarte a levantarte». Maely recordó aquellas palabras de

Crayton, que nunca habían tenido tanto significado como ahora.

—Están todos a salvo en la linde del bosque. Liam tuvo que confesar que te había perdido entre la niebla —admitió Crayton—. Vayamos antes de que los ingleses los encuentren a ellos.

Maely sintió el tirón de su mano, siguió esa espalda de cuero negro, el pelo alborotado, las largas zancadas del guerrero que era su esposo. Nunca había imaginado que tendría semejante hombre a su lado, un *highlander* rudo, amable y leal, serio y, a la vez, pícaro. Nada de lo que Crayton tenía dentro de su alma podía mostrarse al verlo por primera vez, ni en una segunda, quizá solo era así con su gente y su clan. Quizá la muerte de sus hermanos y los malvados rumores lo habían cambiado para siempre. Maely se encogió ante el tesoro que suponía si Crayton, Cray, se mostraba así con ella, porque el cielo era testigo de que Maely jamás había sido tan real como desde el momento en que él entró en su vida. Crayton se detuvo y señaló a Maely algo frente a sus ojos. Contuvo el aliento, el sol salía entre las nubes y perfectos haces de luz atravesaban la niebla, disipaban su espesor y jugaban con las sombras por todas partes a su alrededor. Nunca había imaginado que la niebla pudiera ser tan hermosa como ver amanecer sobre el suelo y disipar lo oscuro y peligroso. Crayton abrazó su cuerpo desde atrás, Maely estuvo a punto de reclinarse en su torso. Iba a doler. Y mucho. Si Maely se enamoraba de Cray. Solo era para él una orden del rey.

—¿Los has despistado, a los ingleses?

Crayton se quedó solo cuando Maely avanzó unos pasos, con toda la intención de alejarse de él.

—Me siguieron un rato y se cansaron, les di esquinazo en el bosque. Estabas preocupada por mí, tal vez me hayas perdonado. Maely, has antepuesto la seguridad de encontrar a tu familia por salvarme.

¿Perdonar? ¿Que ambos habían sido víctimas de un plan del rey? No, Crayton no tenía la culpa, Maely era consciente. Solo obedeció órdenes. Y eso era lo que a Maely le quemaba en el corazón, si Crayton hubiera tenido oportunidad, jamás hubiera elegido a una mujer como ella como esposa.

—Ya. En realidad, no había de qué salvarte, así que pongámonos en marcha, por favor.

Crayton dejó que Maely se acercara a los otros y frunció el ceño. No conseguía llegar al interior de Maely y no tenía ni idea de cómo conseguirlo. Tal vez si le dijera la verdad… No era el momento, solo cuando Maely al fin se reuniera con su familia.

Capítulo XXIV

En la lejanía, se distinguían las torres del castillo de Roxburgh, ante ellos una extensión de bosques separados por un ancho camino central atravesaba las copas de los árboles.

Maely suspiró hondo, según Crayton, allí ocultos en aquellos bosques estaban su padre y sus hermanos junto a una pequeña guarnición de hombres. Maely había luchado tanto, durante tantos años, que ahora, tan cerca del final, un estremecimiento recorrió su cuerpo. Crayton sujetó su cintura con fuerza, como si presintiese sus pensamientos.

—Nadie te culpará de la muerte de Ulan, créeme, eras tan solo una niña. Recuerda, Maely, que me convenciste de que ni siquiera yo, que luchaba junto a mi padre y mis hermanos, era culpable de su muerte en batalla.

—No lo he olvidado —afirmó Maely. Sobre el caballo, se giró para mirar aquellos ojos azules que, al hablar de su familia, se nublaban—. Lo sabemos tú y yo, ¿pensarán igual mi padre y mis hermanos?

Cray, porque la mente de Maely ya no aceptaba en secreto otro nombre para él, acarició su mejilla con el dorso de la mano. Maely empezaba a comprender que lo hacía de esa forma porque no quería arañar la fina piel de su rostro con las rugosas manos de guerrero. Maely levantó sus manos y atrapó su rostro. Una vez, él le había dicho que los dos tenían cicatrices, y las de ambos mostraban una vida de supervivencia. Sintió las rugosidades de la palma a causa del arco contra la piel de Cray y él abrió los ojos al comprender. Maely sintió que no necesitaba más palabras, solo una mirada para entender a su esposo. ¿Cómo habían llegado hasta ese punto? ¿Podría olvidar la traición del rey y de Cray?

—Eres la mujer más valiente que conozco, Maely. Ve y enfréntate a lo que suceda, ¿crees que tu padre no pedirá explicaciones de por qué estamos casados? Mi cuello, conociendo a James, pende de un hilo —sonrió entre las manos cálidas de Maely—. Los Douglas parecéis tener cierta atracción por querer degollarme, ahora que lo pienso.

Maely sonrió al recordar su primer encuentro en el bosque, cuando se defendió de Cray con su daga.

—Dime que todo irá bien, Campbell.

Crayton se agachó y besó su frente, no era lo que Maely quería, sino un beso profundo, con los labios anhelantes y un gemido en sus gargantas. Defraudada, esbozó un puchero que provocó una mueca divertida en Crayton.

—Nos están observando, Maely. Creo que tu padre nos ha encontrado antes que nosotros a él.

Maely dio un salto hacia atrás, puso en peligro la estabilidad de Crayton y del caballo, que, asustado, levantó las patas delanteras.

—No me has dado tiempo a decirte que te estuvieras quieta —farfulló Crayton.

Liam, Gael, Steven, Drustan y Rob los rodearon con las espadas en alto. Ellos también habían oído a los hombres que los cercaban entre las sombras del bosque.

Despacio, entre la tenue luz del atardecer, los hombres que acechaban a los Campbell salieron de su escondite.

—¿Y si no lo reconozco?

—Te dije, en cuanto lo veas sabrás quién es. James es…, bueno, como tú, solo que más feo y

viejo, y un hombre claro. —Crayton no sabía cómo explicarlo, pero estaba seguro de que Maely recordaría a su padre, aunque su mente hubiera estado negando imágenes de su rostro todos estos años.

—Maely, no te pongas a hacer preguntas y deja que hablen —susurró Liam.

Maely inspiró el aire que pudo, a veces quería haber degollado a Liam, en más ocasiones de las que podía reconocer. Él la miró, alzó las cejas a modo de disculpa y Maely negó con la cabeza. Apreciaba muchísimo a ese tonto *highlander*.

—Y por favor, no te pongas violenta —susurró Drustan.

—¡Cielos! ¿Tenéis algún consejo más para ponerme más nerviosa?

A su alrededor, escuchó sus risas casi inaudibles mientras ella temblaba como una hoja al viento. Miró en torno al claro, a los hombres que habían aparecido alrededor suyo. Desde luego, sabía por qué los Campbell no habían desenvainado, que no eran ingleses estaba claro, vestían de negro al igual que ellos. Portaban sus *claymore* a un lado de la cintura, caían sobre el costado de los caballos. A su espalda, a ambos lados del cuello, sobresalían la empuñadura de dos espadas más cortas que portaban. Los arcos descansaban sobre sus regazos, dispuestos a cargar con una flecha sostenida en la cuerda. La luz del día iba a apagarse en cualquier momento en la espesura del bosque y Maely buscó entre todos los rostros, espesas barbas, pelos desordenados y rostros sucios. ¿Cuánto llevaban en aquel bosque? Desesperada, miró a Crayton en busca de alguna señal, pero él estaba demasiado concentrado en mirar hacia delante, a uno de los hombres que estaba frente a ellos. Maely siguió la dirección de aquellos ojos cobalto y se encontró con otros negros, como un pozo de turba. Pelo negro que caía sobre los hombros, desgreñado quizá con un cuchillo. Entonces sintió la misma sensación que cuando era niña y su padre la levantaba con sus brazos, la arrojaba hacia arriba sin ninguna consideración y hacía que riera sin parar. Frente a ella, con arrugas alrededor de los ojos, la figura algo menos erguida de lo que ella recordaba, estaba James Douglas. Su padre.

Maely no se dio cuenta de que apenas respiraba, quizá era un sueño y volvía a estar en el abrevadero de los MacLellan con Gawen a su espalda, hundiendo su cabeza en el agua. Gawen estaba muerto. Aquello no era un sueño. Y su padre no reconocía en ella a su hija. Miraba a los Campbell desconcertado hasta que se acercó con su caballo a paso lento.

—¡Demonios! ¿Tengo frente a mí al cachorro Campbell?

Crayton chascó la lengua contra el paladar como buen escocés.

—¿Eres Douglas o una aparición de un *brownie* llena de heces de ratón? —contestó Crayton.

Maely no podía apartar la mirada de su padre, lo recordaba. Aquellas manos que sujetaban las riendas habían acariciado su rostro al marcharse, su barba había pinchado su rostro de niña al abrazarse a él. ¡Lo había echado tanto de menos! Y ahora no sabía qué decir, por una vez, se había quedado muda. Incluso sentía sus manos aferradas a la crin del caballo como si fueran al galope.

Crayton movió sus piernas y el caballo obedeció, se dirigió hacia Douglas. Maely deseó clavar los talones, tomar las riendas y darse la vuelta. ¿Y si su padre no perdonaba que Ulan muriera por su causa? ¿Y si ya, simplemente, no la quería? Maely se sintió como una niña y no la mujer que Crayton decía que era valiente.

Los caballos quedaron a la par mientras los hombres de su padre y los Campbell se saludaban, parecían amigos e intercambiaron semejantes pullas a las de ellos dos.

—¿Quién eres? —susurró su padre una vez que cruzó su antebrazo con Crayton.

—James… —intentó explicar Crayton.

Maely sentía las lágrimas contenidas en los ojos, el labio superior temblar, no quería llorar.

No podía tirarse del caballo sin romperse la crisma, ¿verdad? Su padre no sabía quién era, no reconocía en ella a su hija. James Douglas levantó la mano, detuvo las explicaciones de Crayton.

—Tus ojos, muchacha…, mi hija tenía el mismo color… y tu pelo.

Crayton suspiró hondo, si por un momento Douglas rompía el corazón de Maely, poco importaba que fueran amigos desde hacía años, que en más de una ocasión se hubieran salvado la vida, todo le daba igual, mataría a quien volviera hacer daño de cualquier forma a su esposa.

Maely contenía el aliento, para ella era importante que su padre reconociera su rostro, significaba que no había olvidado a su hija pequeña, aunque pensara que estaba muerta. Solo se sigue con vida mientras nos recuerdan, pensó Maely.

—Debe ser obra del mismo demonio o de un golpe que me ha dejado tonto, porque eres igual a mi hija, a tu madre, a aquella que fue mi última mujer.

Nada en el mundo, ni siquiera que estuvieran al borde de un precipicio, hubiera podido evitar que Maely se arrojara a los brazos de su padre. No importaba que pasara de un caballo a otro ni la caída. Se lanzó hacia unos brazos que se abrieron para ella, y en ese momento, Maely estalló en lágrimas vergonzosas para cualquier Douglas. Cayeron sin medida, en sus mejillas, entre sus labios, tan grandes como sentidas, hasta perderse en el *cotum* que llevaba su padre puesto. Olía a cuero, a tierra, su cuerpo estaba caliente porque él, tras un momento de duda, al fin la acogió contra él, o no le quedó más remedio. A Maely le dio igual, era su padre, durante toda su vida lo había buscado, les habían alejado, parecía siempre inalcanzable. Y ahora estaba junto a él, oía su corazón y la respiración agitada.

—Maely, ¿eres tú? ¿Mi hija?

—Es ella, James, es una larga historia, no murió en Threave como os hicieron pensar a Bruce y al resto del mundo, incluido tú.

Maely notó estremecer el enorme cuerpo de su padre, tenso, apretó su cuerpo.

—Déjame mirarte, Maely, ¡cielos, tendrías unos tres años!

—Cinco, padre.

Enseguida se dio cuenta de su error, «padre» se había escapado de sus labios porque lo había deseado con tanta fuerza que ahora no podía controlarse. Era Maely la niña que fue, deslenguada, traviesa, inquieta, un remolino que su padre no podía controlar. Douglas abrió los ojos con sorpresa al escuchar aquella palabra, para después esbozar una carcajada estrepitosa. Maely recordaba esa risa de niña, esa carcajada que retumbaba en el patio de su hogar. Su padre ayudó a que bajara del caballo y ambos siguieron unidos por los antebrazos, como si no quisiesen separarse.

—Hija, ¿dónde has estado? No entiendo que no me hayas buscado, no tuve nunca noticias tuyas, te doy mi palabra de *highlander* que te creí muerta después del incendio.

Maely vio como su padre miraba desconcertado a Crayton.

—Es una historia larga y confusa, James —intentó explicar Campbell.

—No lo es, ¿dónde ha estado mi hija y quién la tenía? —Volvió a mirar a Maely como si pudiera desaparecer de nuevo—. Aquel sótano ardió con mujeres y niños Douglas, alguien te llevó. ¿Y Ulan? ¿Y mi hijo pequeño? ¿Dónde está?

La voz de su padre retumbó en el bosque con la fiereza de un animal herido. Maely recordó a su aya, cuando decía que, si un Douglas se enfadaba, hasta en el infierno huían despavoridos.

—Ulan murió, padre —susurró Maely.

Era el momento de enfrentarse al miedo, a la culpa, a todo cuanto había atormentado a Maely.

—Me empujó a los pasadizos y murió defendiendo a nuestra gente. Fue culpa mía, él nunca habría tenido que bajar a los sótanos si no fuera por mí. Tío Errol le dijo que tenía que

protegerme y Ulan obedeció.

Maely sintió como Crayton se colocaba a su espalda, sus manos en los hombros para proteger más su corazón que su cuerpo.

—No, Maely, no. Ulan te salvó y murió por su familia, no hay mayor honra que morir por amor, mi preciosa niña. Se fue como un guerrero.

Lo abrazó, salió de la protección que le ofrecía Crayton y su padre aceptó su gesto con euforia. Sintió sus manos de guerrero enormes sobre su espalda y su cabeza.

—Ahora dime, Crayton Campbell, ¿qué haces tú con mi hija y dónde la encontraste?

—Es complicado, James.

—No jodas, Campbell. He visto cómo la has tocado, como si fuera tuya. Dime que has cambiado, tu fama te persigue. Dime que no has convertido a mi hija en tu amante.

Maely, sin pensar, puso la mano en el pecho de su padre para detenerlo antes de que arremetiera como un toro contra su esposo.

—Se han casado, Douglas.

Liam no podía callar.

—Fuimos a la boda, señor. Yo he cuidado de ella estos años.

Intervino Drustan.

—Pero la chica pregunta todo el rato, es un agobio.

Tuvo que añadir Steven.

—A mí me cae bien, no me importa que pregunte. Lo de la daga, cuando juega con ella en el aire, eso sí me molesta —agregó Gael.

—Lo de comerse todo el queso. Eso también es irritante —añadió Rob.

Maely puso los ojos en blanco ante la sonrisa de los hombres de su padre, hasta Crayton esbozó una leve mueca.

—Pero la queremos —terminó por decir Drustan con tono jocoso.

—Es nuestra señora, daríamos la vida por ella, y si los Douglas no la queréis, no nos importa, ahora es nuestra. Es una Campbell —aseveró Liam.

—Sí, es nuestra —confirmó Gael. Y uno tras otro mostraron su apoyo a Maely.

Crayton se hinchó, como lo haría el macho de una manada, con orgullo, asintió con convicción ante las palabras de sus hombres. Maely se sintió sobrepasada por todas aquellas muestras de cariño y lealtad. Algo debió hacer en otra vida que fue lo bastante bueno como para que unos rudos hombres de las Highlands la apreciasen de tal manera. Ella también daría su vida por cada uno de ellos sin reservas.

—¡Hija! ¿Es cierto tal locura? ¡Crayton, te has casado con mi hija!

—Con la bendición del rey.

Crayton creyó que tal vez aquello acortara las explicaciones, no deseaba tener aquella conversación con los hombres de Douglas y los suyos propios atentos a cada palabra ni aunque estuvieran tan dispuestos a intervenir en favor de Maely. Su esposa parecía un torrente de sensaciones, tan pronto parecía comenzar a llorar como fruncía el ceño, tenía que sacar a Maely de allí, al menos darle un momento de privacidad con su padre.

—No me gusta nada el cariz que ha tomado esta conversación. Venid conmigo —ordenó James Douglas.

Todos los guerreros, Douglas y Campbell, siguieron las monturas de James y Crayton. Llevaban los caballos de las riendas, así que Maely supuso que estarían muy cerca del campamento de su padre, una inmensa luna llena iluminaba sus pasos. No estaba equivocada, apenas una milla entre senderos de bosque, hojarasca traicionera y el sonido de animales

nocturnos llegaron a un campamento dispuesto en mitad del bosque, camuflado por los enormes troncos de los árboles y los altos arbustos. Cerca se oían riachuelos que descendían de las colinas arboladas. Maely levantó la mirada, desde allí, las torres de Roxburgh no podrían verse ni aunque fuera de día.

Ni siquiera existía un campamento, apenas unos tartanes montados sobre una rama para protegerse de las inclemencias y varios restos de hogueras. Como si estuvieran acostumbrados a acampar juntos, su padre se sentó sobre un tronco e hizo una señal a Maely para que se sentara frente a él. Crayton apiló la leña sobre los restos de la anterior fogata.

—¿Es seguro encender fuego?

—Sí. Luego te contaré. En el castillo saben que llevamos aquí semanas. Por si te lo preguntas, Campbell, he mandado al resto de los hombres a sus casas.

Crayton frunció el ceño, encendió con manos habilidosas el fuego y se sentó junto a Maely. Los hombres se hallaban alrededor de otras hogueras que fueron encendidas entre bromas y camaradería.

—¿Te han obligado a casarte, Maely? No me importa lo que hayas hecho antes o qué tuviste que hacer para sobrevivir sin tu familia, soy tu padre. Ahora, dime solo si tengo que matar a Crayton por poner sus deshonrosas manos sobre ti.

Maely alzó una ceja, no solo no esperaba que su padre fuera tan directo, sino tampoco tan protector. Si no fuera porque veía el rostro de Crayton tenso, se hubiera reído de aquella situación. Campbell parecía un muchacho que sufría la regañina de su propio padre, y sin embargo, sabía la importancia de esa conversación.

—Habla, Maely, hija. ¿Te uniste a él por decisión propia? Tú calla, Crayton, si no quieres que te eche de aquí —dijo James antes de que su esposo interviniera.

Maely contuvo el aliento, sabía que, llegado el momento, tendría que decidir su destino. Por primera vez, podía elegir, permanecer junto a Crayton o deshacer aquella boda impuesta.

—No fue elección propia. Fui engañada, traicionada y obligada.

Maely pronunció aquellas palabras con voz firme y sin duda, tal y como lo sentía en su corazón. Alguien que conociera a Douglas sabía qué significaba ese leve temblor de su ceja, que comenzó a pulsar con fuerza. Crayton se preparó, no estaba dispuesto a renunciar a Maely, ni ahora ni nunca, no lo había estado en tierras MacLellan y no lo haría en el último rincón de Escocia. En el salón de aquel castillo MacLellan había tomado una decisión y aunque Maely aún no lo supiera, no cambiaría de idea. Dentro de su corazón de guerrero, Maely había llenado un gran hueco que siempre anidó en su alma. Aunque ella dudara de sus razones, se mostrara reacia a aquel matrimonio y evitara entregar su amor a él, Crayton no pensaba rendirse. Maely era perfecta para él y para su clan, y más allá de ello, admiraba a esa mujer plagada de cicatrices que parecía entenderlo con solo una mirada. Su sonrisa era un don precioso cuando veía la lealtad de los Campbell y aunque se sonrojase cuando él se lo decía, Maely era simple y llanamente perfecta, no mentía cuando le repetía que era preciosa, valiente y albergaba valores tan inmensos como la lealtad y la sinceridad.

—Sin embargo, padre, no encontraría sobre la faz de esta tierra hombre más leal, justo y valiente. —Maely se giró para mirar a Cray con una sonrisa en los labios llena de ternura escondida. No creía que pudiera alejar de sí la desconfianza y la traición, pero todo cuanto ese hombre había ofrecido era cariño y ternura dentro de su presencia en apariencia ruda—. Crayton Campbell siempre me tenderá su mano cuando caiga y me ayudará a levantarme sin dudar.

—No tardarías dos minutos en ser viuda si de alguna manera te ha hecho mentirme.

—Padre, eso podría haberlo hecho yo.

James Douglas elevó una carcajada entre el silencio que se apoderaba del campamento al llegar la noche.

—Tienes la dureza y el coraje de los Douglas, hija mía.

Douglas miró a su hija y a su amigo con una sonrisa, como si una vez solucionado, se alegrara de verdad de que ambos hubieran unido sus destinos. Maely hizo una señal a Crayton, no era el momento de contar a James que desharían su boda en poco tiempo.

—Padre, ¿y mis hermanos? Pensábamos que estaban contigo, el rey nos dijo que así era.

La sonrisa se borró del rostro de James Douglas al instante, con el pie acercó un trozo de leña seca a la hoguera.

—Tus hermanos son idiotas, llevamos en este bosque semanas, no hay manera de entrar en el castillo de Roxburgh. Los dos se arriesgaron a entrar solos y una patrulla inglesa los descubrió en el muro sur. William y Grant están prisioneros.

Crayton temía que algo así pasara, no había rastro de los hermanos de Maely y aquel intento de tomar el castillo era ya demasiado largo. El rey incluso estaba preocupado y él llevaba las órdenes de abandonar la misión para James Douglas. Ahora entendía por qué James no se había movido de los alrededores, sus dos hijos prisioneros de los ingleses.

Maely, a su lado, preguntó cómo había ocurrido a su padre. Crayton observó su semblante preocupado, se mordía el labio nerviosa. Habían atravesado media Escocia de oeste a este, Maely había tenido la esperanza de reunirse con su familia. Crayton no se engañaba, James Douglas no le daría un hogar a Maely, era un guerrero y ni siquiera sabía si él estuvo en algún momento en sus nuevas tierras que Bruce le otorgó durante esos años de guerras a cambio de su fidelidad. Sin embargo, sabía que para ella era importante reunirse también con sus hermanos.

—No te preocupes, padre, los sacaremos de Roxburgh.

Crayton sonrió al escuchar a su esposa. Tenía la sospecha de que nada convencería a Maely de lo contrario, y menos él.

Capítulo XXV

James Douglas los dejó solos frente al fuego y se fue a dormir entre sus hombres. Durante un largo rato, había tratado de disuadir a Maely de quedarse en las cercanías del castillo. Pidió a Crayton que se llevase de allí a su hija y la cabezota de Maely se negó en todas y cada una de las ocasiones.

Ahora, solos, sentados en aquel tronco frente a la hoguera, Maely se negaba a mirarlo a los ojos. Crayton se levantó y cogió el montón de mantas que Liam les había dejado. Echó todas sobre el suelo, cerca del fuego, de forma que el tronco protegiera la espalda de uno de ellos. Maely ni siquiera se había movido, solo estaba sentada frente al fuego, miraba las llamas en apariencia tranquila. Crayton sonrió, Maely nunca estaba quieta más de dos segundos.

—Maely —dijo al tender su mano hacia ella.

Maely miró su mano y luego a él. Sonrió al ver el pelo despeinado de Crayton, ensortijado en todas direcciones, la luz de la hoguera bailaba sobre sus rasgos, su nariz recta, los pómulos marcados, el sendero de la cicatriz sobre su mejilla, y todo ello en imperfecta armonía. Tiró de su muñeca y levantó a Maely. Se pegó a él con la fuerza del impulso de tal forma que sintió el calor que desprendía Cray.

—Crayton, debo quedarme aquí —susurró Maely a la camisa de Crayton, en ese punto en que se abría y dejaba ver su piel bronce a causa del sol.

—Lo sé, Maely. Rescataremos a tus hermanos.

Maely levantó la mirada hacia los ojos azules de Crayton, el brillo de las llamas ardía reflejado en ellos.

—Porque me lo prometiste. Diste tu palabra. Todo para ti es deber, obligación, órdenes. Ayudarás a mi padre a rescatar a mis hermanos porque me diste tu palabra. Me mantienes a tu lado porque así debe ser, porque eso quería el rey. Vuelve a tus tierras, Campbell, no quiero seguir mendigando de ti algo que no tendré.

Crayton frunció el ceño, no le gustaba la mirada de Maely. Habían pasado demasiadas cosas en las últimas horas y sentía una tensa soga entre ambos.

—No todo es una obligación para mí, soy dueño de mi destino y de mis decisiones. ¿Crees que el rey quería que me enfrentase en aquel salón a todos los MacLellan por ti, Maely? ¿Que estuviera a punto de desenvainar mi espada contra el *laird* de otro clan? Deja de dar por sentado que todos te traicionamos cuando solo fueron unos pocos los que te engañaron durante años. Me quedo aquí, ayudaré a liberar a tus hermanos y no solo por ti, sino porque también son amigos míos. Ahora duerme, donde quieras, por cierto.

Maely vio como Crayton cogía parte de las mantas que se hallaban frente al fuego y se iba al otro lado, lo suficientemente cerca de ella, pero no con ella.

Ni siquiera tuvo tiempo de meditar en su momento por qué Crayton se enfrentó al *laird* al instante, por ella y solo por ella, a pesar de que en aquel salón no tenían amigos. Lo que más le extrañó a Maely fue que cuando los encontraron juntos a la orilla del río, Crayton dijo que no era así como debía suceder, no en aquel momento. Maely era consciente de que la ira que anidaba en su cabeza tras aquella discusión no dejaba que pensase con claridad. Era muy adulto, irse a otro lugar para dormir en vez de quedarse allí a su lado.

Con su enfado, sin contar con el calor de Crayton a su lado y la horrible duda de que tal vez, y solo tal vez, estaba equivocada respecto a su esposo, Maely no durmió en toda la noche. Antes de que todos despertaran, su padre se acercó a ella.

—¿Tan pronto dormís separados? Tu madre no me dejó salir de la habitación en semanas.

—No quiero saber eso.

Maely se tapó los oídos con las manos con cara horrorizada, ya no recordaba que su padre no tenía vergüenza alguna en compartir con sus hijos cosas que solo oídos preparados podían escuchar.

James Douglas sonrió al elevar los ojos al cielo. Se sentó junto a ella en las mantas de los Campbell.

—Somos cabezotas los Douglas. Nacemos con ello y morimos con ello. Campbell es un buen hombre, podía haberte llevado a sus tierras, te permite llevar un arco y dagas. Te ha traído conmigo.

—¿No vas a preguntarme qué nos separa?

Su padre se rio con fuerza, algún hombre se quejó al otro lado del campamento. Con toda seguridad, aquella risa escandalosa había despertado hasta a los ingleses del castillo.

—Hablé anoche con él, después de que lo mandaras fuera de tu cama.

—Se fue él.

—¡Oh, bueno! Hay muchas formas de echar a alguien de tu lado.

—¿Qué te contó? —Maely temerosa, miró los ojos oscuros de su padre. No podía saber cómo MacLellan había castigado sus huidas, ni por qué su hija tenía marcas de latigazos en la espalda o se entrenó con la desesperación de conseguir sentirse libre.

—Bruce es mi rey, y muy arrogante. Campbell no quiso contarme nada, dijo que era cosa tuya decidir lo que debía y no debía saber. Lo respeto por ello, Maely. —Calló un instante para luego levantar el rostro a los primeros rayos de sol que se filtraban a través de las copas de los árboles —. Yo solo he pensado, bueno, y también os escuché anoche, y até cabos con lo que dijiste al encontraros. Bruce no os dejó otra opción que casaros, supongo que vio que Crayton y tú os llevaríais bien, y de paso, aplacaría mi furia.

—¿Sabes qué clan…?

—Oh, no. No sé quién te retenía, en qué momento se creyeron con derecho a matar a tu hermano y a tu tío. A separarme de mi única hija. Da igual, lo descubriré, y luego los mataré a todos, diga lo que diga mi rey.

—Ya he matado a uno de ellos con mi cuchillo.

—Eso sí lo sabía, el chico pelirrojo, Drustan, se lo contó orgulloso a mis hombres. Y por si te lo preguntas, hija, me hinché como un padre tremendamente orgulloso. La muerte no es solución, matar es algo horrible que se queda grabado sea quien sea tu enemigo, lo sé porque he vivido casi veinte años en guerra.

Maely suspiró hondo, su padre no tardaría mucho en descubrir a los MacLellan. Frunció el ceño ante sus palabras.

—¿Crees que no debí matar a ese hombre?

—Veo en tus ojos que quizá tardaste demasiado en acabar con él.

Se miraron un instante que a Maely le pareció una eternidad, su padre era capaz de entrar en su alma y llevarse de un plumazo toda aquella fachada de seguridad y fuerza que tanto le había costado a Maely levantar, como un muro invisible, desde niña. Todo lo que le llevó años a Maely forjar, su carácter distante, como si nada le afectase…, su padre lo había comprendido en unas pocas horas.

James Douglas acabó por apartar la mirada, demasiado dolor e incontables años perdidos.

—Será mejor que me ayudes a trazar un plan para recuperar a tus hermanos, William se va a mear en los pantalones cuando te vea. ¿Sabes que te tenía pavor cuando eras niña? Todos en el castillo, en realidad.

—¿Qué dices, padre?

—Estabas siempre con Anna, tu aya, hablabas de *kelpies, brownies,* brujas, enanos de los bosques, y los asustabas a todos.

—¡No puedo creerlo! Ellos jamás me lo dijeron.

El recuerdo fugaz de los pasillos de su hogar, las risas, los escondites, las travesuras y sus hermanos, sus tres hermanos juntos. El dolor de la separación que parecía no irse nunca embargó a Maely.

—El castillo es inexpugnable.

Crayton se acercó a ellos con aquella sentencia entre sus labios, el rostro serio y pensativo. Se sentó junto a Maely y su padre. Liam apareció al momento junto a Drustan. A Maely no le pasó inadvertido que Crayton ni siquiera había buscado su mirada. Con una daga, dibujó en el suelo las cuatro torres del castillo y el perímetro de la muralla.

El padre de Maely señaló una de las torres.

—Los tendrán aquí, son unos calabozos subterráneos bajo la torre este, justo frente a la entrada están los barracones de los soldados ingleses, anexados al muro.

—A primera hora nos hemos acercado hasta la zona boscosa al otro lado del río, donde no pudieran vernos. —Crayton, pensativo, paseó la daga por el contorno de la fortaleza dibujada—. El castillo está muy vigilado, están reparando una de las torres de la muralla, hemos visto travesaños de madera sobre la almena y vigas, la parte superior de la torre que da a los pastos se ha derrumbado en parte.

Crayton dibujó el río y la zona de pastos a la que se refería. Maely sonrió cuando Liam, con la punta de su daga, se puso a dibujar en la tierra del suelo los árboles. Crayton elevó los ojos al cielo, ella sabía muy bien lo imposible que podían ser sus compañeros de viaje.

—La muralla, ¿sigue intacta? Debieron ser las lluvias de los últimos días las que derribaron parte de la torre —confirmó James Douglas.

Drustan dibujaba con el dedo un grupo de círculos en lo que se suponía eran las reses.

—¿Qué es eso? —preguntó Maely a su amigo.

Drustan se puso colorado, las mejillas igualaban el color de su pelo.

—Nada, nada, solo dibujaba. Son las vacas. Vimos un montón de vacas sueltas en el terreno trasero, fuera de la muralla. La gente de la aldea debe de dejarlas libres por la noche en ese redil.

Su amigo borró avergonzado aquellos puntos de la tierra.

Maely levantó la mirada hacia Crayton, él ya sonreía. Maely se mordió el labio, no le gustaba aquella distancia que se había instalado entre ambos, sin miradas cómplices ni gestos que el resto no podía comprender.

—¿Tienes cuerdas, James?

—¿Pretendes escalar el muro? Antes de que lleguemos a la muralla, los guardias nos habrán ensartado cientos de flechas —contestó el padre de Maely a Crayton.

—Nunca dispararán a sus propias reses —sonrió Maely—. En dos días, es la fiesta de la Cuaresma, habrá celebraciones y banquetes antes de empezar con la liturgia religiosa. Estarán distraídos.

—No tanto como para ver que se acercan asaltantes a la muralla —refunfuñó James.

Crayton soltó la daga y clavó la punta en el suelo, levantó su mirada hacia ella con una

sonrisa.

—Claro que, si vestimos de negro, en noche sin luna y los guardias están distraídos con las fiestas, puede que funcione si nos creen sus propias reses.

—Tendrás que reconocer, Douglas, que tu hija es lista.

Maely agradeció las palabras de Crayton, a pesar de que estaban enfadados, correspondió a su gesto, su padre estalló en carcajadas, ruidosas y cálidas.

—Todos vestiremos de negro. Wyatt sabe de reses, era granjero. No solo les haremos pensar que somos reses, sino que las llevaremos con nosotros. La mayoría de la guarnición partirá con las señoras del castillo hacia el monasterio el día anterior para las celebraciones religiosas de la Cuaresma.

Maely inspiró hondo, ya quedaba menos para que sus hermanos fueran liberados. Sonrió al pensar que, por fin, después de tanto tiempo, los Douglas volverían a estar juntos. En algún lugar del cielo, Ulan estaría contento.

—Tenéis que dejarnos a Maely y a mí ropas negras como las vuestras.

Todos los presentes miraron a Drustan con desconcierto.

—Mi hija no va.

—Tú no vienes, Drustan —interrumpió Maely.

—Claro que voy, una vez que estemos en las almenas, la mejor forma de deslizarse por el castillo serán las vigas de la torre y las estructuras de madera que utilizan para reparar y subir las piedras. Soy hábil trepando.

—Drustan viene —ordenó Crayton—. Mientras tus soldados, James, luchan abajo, él y yo iremos por arriba, por los entramados de madera y luego por las almenas, alcanzaremos la torre donde están William y Grant y bajaremos a por ellos. Si todo sale bien, cuando salgamos con ellos, habrás derrotado con nuestros hombres a los soldados ingleses. Vamos a tomar de una vez por todas Roxburgh, y no será con un gran ejército.

Maely frunció el ceño, era un plan arriesgado y desesperado. No quería que Drustan se arriesgase de tal forma.

—Maely, no puedes limitar a Drustan, es lo mismo que hizo Angus contigo durante años.

Maely miró a Crayton y asintió. Tal vez nadie comprendió aquellas palabras de Crayton, pero Maely, sí.

—Yo voy con vosotros.

—Ni hablar, hija.

—Vendrá con nosotros —aseguró Crayton.

Como si esa hubiera sido su última palabra, Crayton se levantó y se alejó de ellos. Liam lo siguió al igual que Drustan.

Capítulo XXVI

Tal vez les quedaban horas para morir. Y Crayton huía de Maely. No habían dormido juntos, no hablaba con ella. Solo le había entregado unos pantalones negros y un *cotum* negro como el suyo para después volver a alejarse.

—Innis Chonnel te gustará, Maely.

Su padre le arrojó una manzana que Liam cogió en el aire. Maely lo miró furiosa cuando Liam dio el primer mordisco. James le tiró otra que cogió Gael. Al final Maely suspiró hondo y fue ella misma a por una de las manzanas que estaban en un cesto junto a su padre.

—Quiero quedarme con vosotros una vez que liberemos a William y Grant, estaremos al fin todos juntos.

—No creo que a Crayton le guste la idea de que te quedes con tu familia, Maely —negó Liam con la boca llena—. Tiene planeado, una vez que liberemos a los chicos, volver a galope a tierras Campbell. MacLellan no olvidará que has matado a su sucesor y humillado a su hija, al clan entero, en realidad.

Maely contuvo el aliento al mirar a su padre, pero él ya sabía el nombre del *laird* que había matado a su hermano y a su hijo. Tal vez Crayton se lo había dicho.

—Mis hombres y yo os acompañaremos a tierras Campbell, para asegurarnos que MacLellan no hace ninguna tontería —afirmó su padre—. ¿Y dónde está Campbell?

Como si lo hubiera invocado, Crayton apareció en el claro, emergió de entre los árboles. La cara tiznada, las ropas manchadas de tierra y turba.

—Reconocía los alrededores del castillo. Tenías razón, James, más de la mitad de la guarnición ha salido en dirección al monasterio por la Cuaresma. Protegían a dos mujeres.

Maely lo vio acercarse al cesto y coger una de las manzanas, enseguida se dio la vuelta. Crayton volvería a desaparecer. Y les quedaba poco tiempo. Tal vez en dos días estarían muertos, ella o él. O quizá todos. Pensó en las palabras de su padre, cabezotas, eso eran los Douglas, unos cabezotas incorregibles. Maely fue tras él.

Siguió a Crayton entre los anchos troncos de los árboles, a pocos metros de él.

Crayton sabía que iba detrás, apenas se giró un instante para continuar su camino. Maely no se desanimó y continuó a sus espaldas. Caminaron un rato, en silencio, como si Crayton no se percatase de su presencia. Maely sonrió al ver la pequeña laguna que había formado el río, el mismo que bañaba una de las murallas de Roxburgh.

Su esposo se quitó el *cotum* de cuero, después la camisa. En el instante en que comenzaba a quitarse los pantalones, Maely se acercó a él. Crayton miró a Maely, sus brazos en jarras a la espera de que ella hablase. Maely no era de grandes discursos. Aferró la cintura de los pantalones de Crayton y perdió su mirada en el abdomen de su esposo. Sus dedos se toparon con las bandas de músculos. Maely tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos.

—Puede que muramos en ese castillo.

—Puede ser. Si fuera por mí, te quedarías en el campamento, es arriesgado. Tú decides, Maely, no te obligaré a quedarte atrás.

Maely agradeció que fuera sincero.

—Gracias, Cray.

Puede que él no hubiera notado todavía que lo llamaba con el apelativo por el cual se dirigía Liam a él, su mejor amigo.

—Me gusta oírlo en tus labios, Maely. Cray. Así me llamaban mis hermanos.

Maely contuvo el aliento, sus hermanos que ya no estaban. Tal vez por eso solo Liam conocía aquel diminutivo, creció con ellos, en ese castillo, en Innis Chonnel.

—Y cuando todo acabe, cuando te reúnas con toda tu familia, cuando mañana amanezca…

—Cuando hayas cumplido todas tus promesas…

—Te dejaré marchar, Maely. No te retendré como todos hasta ahora han intentado. Serás libre para permanecer junto a tu familia o lo que desees.

Maely sintió como el corazón se encogía, presa de unos latidos lentos que comprimían su pecho. No se separó, no soltó las manos de la cintura de Cray. Se acercó a él, pegó su cuerpo al de su esposo y apoyó la mejilla contra su pecho. Crayton no se lo negó, besó su cabeza mientras sus brazos la rodeaban por completo.

—Vengo a ti, Cray, como dijiste.

—Para irte después.

—Solo una noche, sin promesas, obligaciones, ni matrimonio, como si nos hubiéramos encontrado de nuevo en el bosque y cada uno de nosotros eligiera pasar los últimos momentos antes de una batalla juntos.

Crayton sonrió, sentía la fuerza con que Maely lo agarraba, como si de un momento a otro pudiera escapar. Ella tenía que estar escuchando su corazón galopar a toda prisa. No iba a desperdiciar un momento de vida cuando en unas horas, la muerte viniera a buscarlo. El serbal de su hogar, aspiró el olor del cabello de Maely, se encogió porque olía a eso, a hierba y tierra húmeda. El lugar al que le hubiera gustado llevar a Maely.

Maely levantó sus brazos, tomó su cuello con ambas manos. Sabía que su cicatriz fascinaba a su atrevida esposa, hizo que bajara la cabeza hasta alcanzar su rostro. Besó su cuello, pequeños aleteos en su piel. Continuó por la mejilla, con una sonrisa prendida en su cara, sabía que comenzaba a tener barba y pinchaba su delicada piel. Alcanzó sus labios, el dulce toque fue sustituido por su lengua, sus dientes, la misma ansia que lo dominaba a él. Crayton agarró su trasero, meció a Maely contra él hasta escuchar un tosco gemido fuera de control. Sus cuerpos se prendían como el fuego de una hoguera.

Crayton deslizó la mano derecha, tomó su calor sobre los pantalones, apoyó su mano ahí abajo y se frotó contra ella como un animal en celo. En eso le convertía Maely, en solo un hombre, ni Campbell, ni el fiel servidor del rey, ni el amigo, nada, excepto ella y él al unirse. Maely empezó a moverse contra él, las ropas empezaron a pesar, el calor al que sucumbían, a pesar del vaho que salía de bocas… Y Crayton, como ella había hecho antes, cogió la cintura de su pantalón, desabrochó los botones con torpeza ante la premura que invadía a los dos. ¡Cuántas veces lo había deseado así! Caminó hacia delante, llevándose consigo a Maely, hasta que ella apoyó la espalda contra un tronco. Un gemido de lujuria salió de la inocente boca de su esposa. Tapó su gemido con los labios, abrió su capa, buscó su seno y lo cubrió con la mano.

Maely acariciaba su rostro, su cuello, el nacimiento de su pelo. Metió las manos entre los pliegues de la camisa, deprisa, abarcaba cada minúsculo pedazo de su piel hasta que ella también comenzó a desabrochar su pantalón. Sonrieron ante la torpeza de ambos y con un gruñido, pasaron cada uno a bajarse sus propios pantalones. Crayton posó las manos en sus nalgas desnudas, ahora, un cuerpo contra otro protegió su espalda del tronco. Maely cogió su dureza, la condujo hasta su interior y Crayton penetró su cuerpo. Sintió como Maely lo envolvía. No había frío que consumiera aquel fuego entre los dos ni mundo que pudiera cobijar aquella unión entre

dos almas.

Maely gimió contra su cuello y Crayton perdió la última fibra de control a la que se aferraba, una y otra vez se meció contra ella. Maely se adaptó a su cuerpo y gritó junto a su oído al alcanzar el placer. Crayton se deshizo contra ella, en su interior, intentó alcanzar su alma y su corazón al pensar que, en unas horas, ella se iría lejos de él.

Capítulo XXVII

La noche llegó, por fortuna, el cielo nublado, la luna menguada iluminaba sus pasos cuando el viento se llevaba una nube. Los Campbell al completo los acompañaban mientras se arrastraban entre las reses de aquellas tierras.

Maely gateaba entre ellos, bultos negros entre el ganado que, al llegar al muro, se pegaron a la piedra. Tocó sus dagas para asegurarse de que llevaba ambas en las botas. Steven lanzó la escala y todos mantuvieron silencio. Se oyó cómo el gancho de hierro se aferraba a las almenas. Se oían voces, de los guardias, tal vez más pendientes de lo que pasaba dentro del castillo que del exterior. Se alejaron y Maely miró a Crayton, suspiró como ella.

Crayton fue el primero en tomar la cuerda, comprobar si sostendría su peso. «Siempre voy el primero». Maely se había reído cuando él lo dijo en el camino a Roxburgh, no sabía que implicaba también enfrentarse el primero ante el peligro. Subió Rob y Gael, y llegó el turno de Maely. Nunca había escalado de esa forma y dudó un instante, había observado cómo todos ascendían, no podía ser tan difícil. Drustan le dio un empujoncito en la espalda y molesta, lo miró. El muy tonto sonrió.

Maely apoyó primero un pie, sus brazos obedecieron. El temor por caer hizo que fuera muy deprisa, escaló muro arriba con los brazos fuertes por el uso del arco. A unos metros de la almena, Crayton se inclinó de forma peligrosa y tomó sus brazos antes de llegar a la almena, la impulsó hacia arriba con un solo movimiento.

—Creí que no llegarías jamás —farfulló en voz baja.

—Para no haberlo hecho nunca…

—¿Qué?

Crayton negó con la cabeza y Maely se dio cuenta de que quizá él pensaba que había escalado cientos de muros. Elevó la mirada al cielo. Al girarse y ver la altura a la que estaban, sintió el mareo habitual en la boca del estómago, le sucedía cuando estaba a gran distancia del suelo. Tal vez no era buena idea aquel plan. Ahora entendía por qué eran pocos y Cray no había dejado que su padre y sus hombres fueran con ellos. La guardia oscura de Bruce intentaría aquella noche tomar Roxburgh, y Maely estaba con ellos.

En ese momento, Rob se hizo cargo de uno de los guardias y Steven del otro. Asintieron ante Crayton, era el momento de separarse. Crayton, Drustan y ella se dirigieron a la torre más cercana mientras los otros bajaban por el otro lado para crear una distracción. El plan era sencillo, distraer a los soldados que quedaran en el castillo, ellos cruzarían por las alturas, por encima del patio de armas, usando las vigas de madera con que apuntalaban la construcción de la torre. Maely contuvo el aliento al ver la altura a la cual estaban los soportes de madera. Parecían vigas muy estrechas, apenas entraba un pie.

Crayton puso un pie sobre la viga de madera y Maely creyó escuchar un crujido. Se quedó parada al comienzo, aquello no estaba anclado como debía, estaba segura. Crayton caminó unos pasos y se giró. Abajo, unos cuantos habitantes del castillo se movían hacia sus casas, una antorcha se vislumbró bajo sus pies.

—Vamos, Maely —siseó Crayton.

Maely se giró para mirar a Drustan cuando su amigo, con una sonrisa en los labios, tocó su

espalda.

—Si me empujas, te clavo mi daga —farfulló Maely.

Drustan sonrió y señaló la pasarela que formaba la viga. Empezaba a impacientarse. Crayton también, trastabilló un instante antes de volver sobre sus pasos para hablar con Maely.

—¿Qué ocurre, Maely?

—No voy a pasar.

—¿Cómo que no vas a pasar?

—Fíjate bien, Cray, mira la altura a la que estamos.

Crayton frunció el ceño, y entonces entendió.

—¿Tienes miedo a las alturas, Maely? ¿Y cómo pensabas que íbamos a llegar al otro extremo con ese fantástico plan que tenías?

—Eres imposible, Crayton.

Él tendió la mano hacia ella. Maely creyó ver una sonrisa. Alargó la mano sin mover un solo pie, lo que hizo que Crayton se estirara de forma ridícula.

Crayton miró a Drustan, ¿él no sabía que Maely tenía miedo a las alturas? No podían volver atrás, en unos minutos, Liam y los otros atacarían desde el lugar opuesto a donde retenían a los hermanos de Maely para distraer a los guardias. Crayton dio un paso hacia Maely y ella tendió la mano, se aferró a ella con una fuerza tremenda para ser tan pequeña. No podía tirar de ella, Maely tenía que caminar por esa viga si querían salir vivos de la fortaleza.

—Nadie me ordenó que me casara contigo.

Maely levantó la mirada hacia él.

—Crayton, no hace falta que …

—Fui yo quien acudí al rey, le pedí permiso para casarme contigo. Supongo que él ya lo sabía y me dio su bendición. Nadie me obligó, Maely, ni por asomo.

Maely abrió los ojos desconcertada, su mano aflojó la presión sobre la de Crayton.

—¿Por qué no discutimos esto cuando estemos sobre el suelo? —gimió Drustan.

—¿Por qué, Crayton?

—¿Bromeas? Porque eras la mujer más impresionante con la cual me había cruzado, eres fuerte, inteligente y hermosa, y esa manera de mover tu cuerpo cuando disparas el arco es…

—De verdad que no quiero oír esta conversación ahora mismo —susurró Drustan—. Esta viga va a ceder con los tres encima.

—Drustan, cállate —dijeron a la vez Maely y Crayton.

Fue entonces cuando Maely miró hacia abajo, habían cruzado tres cuartas partes de aquella viga. Jadeó impresionada por la altura. Crayton tiró de su mano.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Estabas tan convencida de que nadie podía apreciar en ti lo hermosa y valiente que eras que no hubiera importado contarte la verdad. No la verías, aunque la tuvieras delante, Maely.

Maely se obligó a caminar, en realidad, daba un paso tras otro hacia Crayton. El rey no le ordenó que se casara con ella. Rechazó a Ailsa por ella. Puso en peligro al rey y a él mismo para sacar a Maely de tierras MacLellan. No hubo órdenes ni obligación, solo promesas que Crayton estaba cumpliendo.

—Maely, te amo. Creo que lo hice desde el momento que pusiste tu daga en mi cuello.

Maely dejó de respirar, había atravesado la viga. Crayton no esperó respuesta, saltó hacia el tejado de una casa y se deslizó hasta el suelo. Miró hacia arriba, tendió sus brazos a Maely y ella no dudó. Fue tras él y suspiró cuando sus pies tocaron suelo firme.

—Crayton.

Los Campbell cumplieron su cometido, se oyeron gritos, carreras, las puertas del salón se abrieron, al igual que el lugar donde dormían los ingleses. La distracción había comenzado y los ingleses corrieron a defender la fortaleza.

—No es el momento, Maely. No quería decírtelo antes, no quiero obligarte a que te quedes conmigo. Salvemos a tus hermanos y salgamos de aquí.

Drustan saltó junto a ella.

—Te lo dije, Maely. Eres tan cabezota.

Maely no tuvo tiempo de contestar. Drustan y ella apoyaron sus rodillas derechas contra el suelo. Aquel era su cometido, proteger a Crayton mientras avanzaba los últimos metros hasta la torre de los calabozos. Maely intentó domar su arco, no pensar cuando acertaba en uno de aquellos soldados y este caía al suelo muerto. Miró al otro extremo, Crayton acababa de entrar por la abertura oscura que llevaba a los calabozos. Drustan y ella lo siguieron con la mirada mientras se adentraba en aquel agujero negro. Maely se encontraría con sus hermanos. Echó la vista atrás, Liam y los otros combatían con fiereza, uno a uno, derrotaban a su alrededor a cuanto inglés se acercaba a ellos. Entonces vio la señal que Steven debía hacer, con una antorcha iluminó a su alrededor la almena. Los Douglas que esperaban fuera junto a su padre iban a entrar en el castillo. Rob abrió las puertas de madera para ellos. Tenía que salir bien. Drustan protegía la entrada a los calabozos, nadie se acercaba a Maely y a él, ambos formaban una barrera indestructible con sus flechas.

Maely sintió el dolor, como el picotazo de una abeja en su espalda. Se giró con el arco preparado, sobre las almenas, por encima de ellos, dos arqueros disparaban sus flechas contra ella y Drustan. Su amigo dio al primero, cargó otra flecha y Maely disparó su arco contra el otro. Enseguida un dolor se extendió por su costado, no el mismo que cuando disparaba con fuerza, sino más fuerte y debilitador.

Miró a Drustan que corría hacia ella. Maely escuchó su nombre y se giró para ver a sus dos hermanos, caminaban despacio, pero una sonrisa afloraba en los rostros de ambos. La recordaban, y Maely a ellos. William abrió los brazos a la carrera hacia donde estaba ella y Maely quería correr hacia ellos. Drustan cogió su cintura en el momento en que sus piernas dejaron de sostener a Maely y se miró la clavícula, una punta de flecha sobresalía de su cuerpo.

Maely cayó entre los brazos cálidos de Crayton, o al menos pensó que serían los suyos porque él había elegido casarse con ella y solo con ella. Cayó en la oscuridad que quería llevársela con el pensamiento de que al menos alguien la había amado de verdad.

Capítulo XXVIII

Maely despertó cuando Crayton elevó su cuerpo sobre la montura, cada movimiento del caballo provocaba un dolor agudo en su hombro. Su mano se aferró al *cotum* de cuero de Cray con fuerza, un gesto que ayudaba a mitigar su dolor. Crayton pareció darse cuenta de que recobró el sentido y tiró de las riendas para bajar el galope de Fionn.

—Dime que estás bien, *mo ghardh*.

Maely sonrió, a pesar de que sentía que su brazo colgaba de manera dolorosa.

—No estoy bien, Cray —farfulló Maely. Provocó en él una sonrisa, acarició su cabello con ternura—. ¿Dónde vamos?

—A casa de los Finlay, la mujer sabe curar heridas. He sacado la flecha, pero la herida no deja de sangrar.

—¿La has sacado tú? —preguntó asombrada, no creía que ella hubiera sido capaz de soportar lo mismo que él había hecho por ella.

Entonces Maely pareció entender que se dirigían a casa de los Finlay, no le gustaba esa familia, no estaba bien. No mantenían sus lealtades.

Maely miró alrededor, su padre cabalgaba junto a ellos, Liam y el resto de los Campbell. Esbozó una sonrisa cuando reconoció a sus hermanos entre los jinetes a su alrededor, como si toda aquella formación tuviera un único cometido, proteger a Crayton y a ella. Maely deseaba hablar con sus hermanos, abrazarse a ellos, ¡tenían que contarse tantas cosas!

—¿Qué habéis hecho con el castillo, Crayton? ¿Lo hemos tomado? ¿Ya es una fortaleza escocesa?

Crayton asintió, su mirada al frente para conducir al caballo era severa.

—Es escocés, y lo hemos quemado de arriba abajo, Maely. Es lo que hacemos para que no vuelvan los ingleses.

—¿Los aldeanos…?

—Irán hacia el oeste, otros se quedarán, es su elección. No matamos a gente inocente, solo hacemos pedazos las fortalezas, si no mañana, los ingleses volverán.

—Los liberas —susurró Maely.

Algo iba mal en ella, Maely sentía menos dolor. Un suave velo oscuro comenzaba a cubrir sus ojos, se resistió con fuerza, pero tenía tanta sed que no podía casi hablar.

El grupo se detuvo de forma abrupta y Maely, sentada en el regazo de Crayton, se sujetó el brazo cuando el dolor estalló en miles de fragmentos. Crayton cobijó su rostro contra su torso para que no se volviera, pero se resistió con fuerza. Maely quería saber qué pasaba para detenerse de esa forma.

Frente a ellos estaba el motivo de que se hubieran detenido. Los MacLellan.

—Dame a la chica, Campbell.

—¿Estás loco, MacLellan? Ahora es mi esposa, el mismo rey dio su bendición —contestó Crayton. Maely notó su pecho vibrar de furia—. No tengo tiempo para tus tonterías.

—Maldito perro, sucio MacLellan, si mi hija no estuviera herida, te mataría aquí mismo. ¡Hazte a un lado!

Maely contuvo el aliento al oír la voz de su padre.

—No sé qué te han contado, Douglas, pero he criado a tu hija en mi castillo. Ha tenido todo cuanto pudiera desear. Salvé a tu hija de un asedio a un castillo de vuestro clan.

Maely quería protestar, la mano de Crayton se cerró en torno a su mano.

—Solo te llevarás a Maely luchando, MacLellan. Cuando yo esté muerto.

Crayton lo dijo con voz firme, todos en aquel claro lo escucharon. Maely se preguntó si Crayton había contado los soldados que llevaba el *laird* MacLellan con él. Eran muchos más que ellos.

—Douglas, pregunta a tu hija —vociferó en respuesta John MacLellan—. Diles, Maely, quién está a mi lado, tu padre adoptivo, Angus. Rhona está muy preocupada por ti y Ailsa… confesó que los Campbell te engañaban. Maely, ¿qué crees que pasará cuando llegues a tierras Campbell? ¿Aceptarán como nosotros a una muchacha que usa la daga y el arco? ¿Serás su dama con las manos encallecidas por las armas? Te han envenenado la mente, muchacha, volverás a ser una extranjera. No importa lo que pasó con Gawen, no te castigaré. Margaret dice que, si vuelves con los MacLellan, ella te enseñará a ser curandera. Maely, vuelve a tu hogar, a tu casa.

Maely contuvo el aliento, se sentía mareada y, sin embargo, era consciente de la sarta de estupideces que John MacLellan estaba diciendo a gritos. En cuanto estuviera en sus manos, el *laird* no tardaría en matarla.

—Maely, mi amor. ¿Quieres volver con él?

Miró a Cray como si flotara en una nube, su cuerpo parecía liviano y su mente fuera de él.

—Cray, no me abandones ahora.

Crayton asintió, y Maely no supo si había entendido sus palabras, ardía en fiebre. Ni siquiera era consciente ya de que los MacLellan estaban ahí delante. Solo quería decirle a Crayton que, una vez reunida su familia, no quería alejarse de él, ya no. Crayton había elegido casarse con ella, y Maely lo amaba, con todo su corazón.

—Lo mataré por todo lo que te ha hecho, Maely. Te doy mi promesa.

—No más promesas, Cray. No me abandones.

Maely repitió una y otra vez a su esposo que no la abandonase. Había cambiado de parecer, no quería separarse de él. Entonces Crayton besó sus labios y el mundo se volvió oscuro y frío.

Capítulo XXIX

Maely tenía mucha sed. Se despertó con los ojos cerrados. Recordó las palabras de Crayton, iban a la casa de los Finlay. Los párpados le pesaban, apenas podía mover los ojos y su cuerpo, Maely sentía dolor no solo en el brazo, sino en todas partes, como si llevara inmóvil demasiado tiempo. Se forzó a abrir los ojos, se encontró con vigas de madera en el techo sobre donde estaba tumbada. El lecho estaba junto a una chimenea, el fuego apagado, sentía frío, ¿por qué nadie había encendido el hogar?

Maely miró a ambos lados, estaba en una cama enorme, en unos aposentos grandes y confortables. Entonces recordó algo, Crayton hablaba con… el *laird* MacLellan. Los había encontrado después de la batalla en Roxburgh. Tras quemar el castillo, estaba herida y montaba con Crayton… Todo parecía lejano y confuso, como la conversación con MacLellan y Crayton. Maely estaba convencida de que le había pedido que no se fuera, que quería quedarse con él.

La ventana estaba cerrada, el sol atravesaba con sus implacables rayos el interior de los aposentos en los que estaba. Sobre un arcón cercano estaban un cuenco con agua y gasas, una silla y en ella, el tartán de los Campbell abandonado, como si alguien hubiera pasado largas horas sentado ahí.

Maely había convivido con Margaret muchos años como para no saber qué le ocurría a su cuerpo y qué significaban los paños húmedos a su lado. Fiebre. La herida. Recordaba el dolor, su brazo de disparar el arco, herido, tal vez dañado para siempre. Consciente por primera vez de que quizá llevaba muchos días con fiebre, se movió por la cama, reptó hasta el borde y poco a poco, bajó las piernas de la cama. Maely comprendió que, de alguna manera, habían estado alimentando su cuerpo, lo cual requería una extrema paciencia. Entonces vio a Crayton, desmadejado sobre el suelo, con la espalda apoyada en el muro. Dormía con la cabeza apoyada contra la fría piedra. Maely sonrió, a pesar de la herida, el dolor y el cansancio. Estaba horrible, el pelo desordenado como si hubiera entrado en batalla, profundos surcos negros bajo sus ojos cerrados. La barba había crecido en aquel rostro cincelado, del mismo color que su cabello, castaño claro. Maely quiso acercarse, hundir los dedos en su pelo y colocarlo hacia un lado. No lo hizo, había cierta paz en cómo dormía, su pecho acompasado, estaba quizá más agotado que ella.

Maely se preguntó dónde estaban ambos fuera de aquella habitación de una fortaleza. Necesitaba llegar hasta la ventana, porque aquellos muebles, las paredes de piedra, el complicado entramado de vigas que conformaba el techo no era el de la casa Finlay. Todo era demasiado caro y lujoso, incluso las sábanas bordadas con esmero. Sentada, Maely tocó el fino tejido, entonces vio el emblema Campbell. Estaba en alguna propiedad de los Campbell sin dudar.

Se levantó de forma penosa, agarrada en cada esquina, muro y objeto que pudiera ayudar a que llegara a la ventana. Lo hizo de puntillas, temió despertar a Crayton que parecía necesitar descanso de manera urgente. Crayton. Si ella se lo hubiera pedido, habría cumplido sus deseos y habría abandonado a Maely como ambos se prometieron antes de Roxburgh, cuando se forjó aquel matrimonio que ella creía concertado por el rey. «Nadie me obligó, yo lo elegí». Aquellas palabras de Crayton se grabaron entre el dolor y la batalla en la mente de Maely. Había elegido casarse con ella.

Llegó al otro extremo de los aposentos. Una bandeja con comida olvidada allí, más mantas. Crayton había cuidado de ella.

No estaba en casa de los Finlay ni en la fortaleza MacLellan. ¿Cómo había dicho Liam que se llamaba el castillo Campbell? Innis Chonnel. ¿Sería posible que Crayton hubiera vencido a los MacLellan y ahora estuvieran en el hogar de él?

¿Por qué había traído a Maely a su casa? ¿De verdad él entendió sus palabras antes de caer inconsciente?

Sobre un arcón, sus dagas estaban alineadas, las dos. Su arco, el que Steven le había dado, apoyado en la pared. Maely sonrió y con cariño, agarró la empuñadura de uno de sus cuchillos. No veía por ningún sitio sus botas, se encogió de hombros y siguió descalza, puso una de sus dagas en la cintura.

Maely se apoyó en el antepecho de la ventana y se puso de puntillas. Cualquier movimiento le costaba un mundo de dolor y cansancio. Movió el brazo, adelante y atrás, podía hacerlo, aunque sintiera dolor, quizá aún pudiera disparar el arco cuando se curase. Se sintió tentada de quitarse la camisa blanca y enorme que llevaba a modo de camisón, pero solo pensar en subir la tela sobre los hombros se antojó insufrible para su herida. Maely miró hacia el exterior. Una isla, estaba en una isla en mitad de un lago, la vista desde aquella ventana era la de una torre. ¿Cómo no se había dado cuenta de la curvatura de las paredes? Veía un amplio ángulo de aquel paisaje tras las murallas y cuando dirigió su vista abajo, pudo ver el patio. Estaba lleno de gente, en una dirección o en otra, en un extremo, los guerreros con los colores Campbell entrenaban. Se oían los golpes de una fragua. Se olía la comida que en algún lugar asaban. Los estandartes con los colores de los Campbell colgaban de las almenas. Era un lugar hermoso y vibrante, lleno de vida y armonía.

Se fijó en las figuras de los guerreros y una sonrisa afloró en su rostro, vio a su padre y junto a él, a William y Grant. Estaban allí reunidos, los tres, su mundo, su familia, al fin junto a ella. Maely deseó paladear cada segundo de esa imagen, William era apuesto, con la constitución de un guerrero, como siempre prometió su apostura y valentía. Grant era un poco más bajo, su pelo oscuro se había aclarado un poco y su sonrisa era amplia y bonita. Su familia era hermosa. Pensó en Ulan y con tristeza, una lágrima afloró de sus ojos. Sonrió al recordar a los tres juntos, de niños. Maely suspiró hondo, no podría perdonarse nunca por su muerte, pero ya era un avance que pudiera sonreír al recordar su rostro. A ellos se acercaron Drustan y Liam. Crayton, a pesar de todo, había llevado a Maely con él a su hogar.

Maely observó a las gentes de Innis Chonnel, ¿les agradaría ella, Crayton les impondría que le sonrieran, podría vivir allí con ellos? El miedo inundó su corazón. Necesitaba pensar, tiempo, hacerse a la idea de quedarse allí o no. ¿Y qué había pasado con los MacLellan, con Angus? ¿Crayton los habría matado a todos?

Maely se apartó de la ventana, estaba débil, pero necesitaba salir de aquella habitación que asfixiaba su respiración y su alma. Quizá llevaba allí dos o tres días. Necesitaba comer. Vio sus pantalones y su camisa, negros, aquellos que los Campbell le prestaron para el asalto a Roxburgh. No dudó, cogió los pantalones y con mucha dificultad, consiguió ponérselos, se puso su capa raída sobre los hombros con un gesto de dolor.

Se asomó a la puerta, estaba abierta. No había nadie en los corredores, el sonido del castillo habitado llegaba a ella desde todas direcciones. Maely miró hacia atrás, dejaría que Crayton durmiera un poco más. Intentó convencerse de que no escapaba de él, sino que solo necesitaba ver a su familia y pensar en ellos. Maely se aventuró por el corredor iluminado por la luz del sol a través de pequeñas saeteras, cientos, en realidad.

Una mujer salió de una habitación cargada con gasas y un cuenco en el que osciló el agua. Maely miró sorprendida a la mujer cuando esta emitió un jadeo y se alejó a la carrera hacia el otro extremo del corredor. En su carrera, derramó todo el agua por el suelo.

Maely continuó su camino, bajó las escaleras de un extremo del corredor, guiada por el olor de las cocinas. No se cruzó con nadie mientras descendía por aquellas escaleras estrechas de piedra, con los filos desgastados.

Se deslizó por un arco y atravesó una puerta abierta de madera. Eran las cocinas, muy parecidas a las de los MacLellan. Sartenes y ollas de cobre colgadas y en los fuegos. Salazones por las paredes, los hornos encendidos proporcionaban calor en la estancia.

La mujer del corredor apareció en la cocina tras ella a la carrera y entonces todos los que estaban dedicados a sus tareas se giraron hacia ella.

—Muchacha, estás tan flaca que una corriente de aire podría llevarte.

Maely miró a la mujer que dirigía las cocinas, la recién llegada y ella cuchichearon y la cocinera sonrió.

—Así que sois la mujer que trajo Crayton herida.

Maely estuvo a punto de darse la vuelta desconcertada, así que Crayton no había dicho a nadie que era su esposa. Se preguntó si eso era señal de que esperaba que ambos anularan su matrimonio. No revelaría el secreto de Cray.

—Soy yo —dijo Maely. Encogió los hombros.

Avergonzada, escuchó sus propias tripas rugir al oler la deliciosa comida y se cogió el estómago para que dejara de avergonzarla.

—Soy Maely.

—Agnes. Siéntate antes de que te desmayes, vamos a darte de comer en condiciones, llegaste muy malherida. Fiona nos lo contó. —Señaló a la mujer del corredor—. Es la curandera de los Campbell.

Maely hizo un saludo con la cabeza desde su asiento en una gran mesa rodeada de bancos. A su derecha, una niña amasaba un pan con energía. Sonrió cuando sus miradas se encontraron. Maely dibujó en la harina un «hola» y la niña sonrió.

Cuando Maely levantó la vista, las dos mujeres sonreían, el resto de los hombres y mujeres de la cocina los ignoraban. La curandera se sentó frente a ella mientras Agnes ponía cuencos de caldo ante ellas.

—Tienes que recuperarte, muchacha.

—Solo caldo, Agnes —aconsejó la curandera.

Maely apreció el cuidado de las dos, se preguntó si Fiona habría contado que el *laird* había pasado los días al cuidado de ella en la habitación.

—Creo que puedo comer pan —afirmó Maely con súplica en sus ojos. Las dos mujeres sonrieron.

—Está bien —confirmó Fiona.

Comió sin medida, hasta que ambas le advirtieron que vomitaría y Maely miró con pena las fuentes de carne que preparaban al otro extremo de la cocina.

Se despidieron de ella con más sonrisas y palabras de ánimo. El sol deslumbró sus ojos un instante. Maely contuvo el aliento cuando salió al patio del castillo, buscó con la mirada a su padre y sus hermanos, donde habían estado hacía un rato. Ahora sentía algo de fuerza en sus piernas tras la comida en las cocinas. Ellos ya no estaban ahí.

Pasó junto a la forja, el herrero saludó con un asentimiento de cabeza. Un grupo de niños curiosos saltó alrededor suyo y a Maely se le escapó una sonrisa cuando se fueron todos

corriendo al ver a Fiona junto a ella.

—No deberías caminar mucho —aconsejó a su lado.

Era más mayor que ella, apenas unos años. Tenía un rostro armonioso, el pelo castaño y una bondad en los ojos que encogió el interior de Maely.

—Solo un breve paseo, siento que mi cuerpo ha estado demasiado tiempo quieto. Buscaba a mi familia, hace un rato estaban en el patio del castillo.

Ella asintió.

—¿Esos hombres Douglas? Te acompañaré hasta el lago, allí puedes descansar en la orilla sin que nadie te moleste. Iré en su busca, no te alejes, aquí estás segura entre mi clan.

—Gracias —musitó Maely al ver como se alejaba de nuevo hacia el castillo.

—Muchacha, toma, no puedes ir descalza. Mi hija te ha visto sin zapatos, me ha pedido que te los ofrezca.

Un hombre se acercó a ella con el rostro serio, como si quisiera regañar a Maely por tal disparate. En sus manos llevaba dos zapatos planos. Maely, confusa, miró a la niña que sonreía y ella asintió para que los cogiera.

—¿Por qué ha hecho eso? —susurró Maely después de agradecer al hombre su gesto.

—Porque te ha visto descalza.

Maely estaba desconcertada, había vivido demasiados años entre personas hostiles, no eran malos, la mayoría estaban aterrorizados ante el *laird* MacLellan, tanto como para no hablar siquiera con ella. Nunca hubieran tenido ese gesto afectuoso con ella.

Salieron de las murallas, Maely se preguntó si tenía aún fiebre cuando vio la pequeña extensión de tierra hasta llegar a la orilla del lago. A la derecha, un puente de piedra comunicaba Innis Chonnel con tierra firme. El lago era azul, cerca de ella, a unos pocos metros, se oscurecía por la turba del fondo. Más allá de la extensión de agua, un claro de hierba y un bosque. Al fondo, unas montañas verdes rodeaban el lago hasta donde se perdía la vista. Fiona le señaló el puente de piedra, en ese momento, carretas y gente lo atravesaban. Maely vio desaparecer a Fiona y caminó por la orilla. No pensaba quedarse donde todos empezarían a preguntar quién era.

Crayton despertó al sentir sus piernas dormidas. Después de horas en aquellas malditas sillas, había acabado en el suelo, cubierto de mantas. Intentó acostarse junto a Maely, pero sus pesadillas en mitad de la fiebre le hicieron temer que él sin querer rozara su brazo herido o aplastara su cuerpo. Su traicionero sueño hacía que siempre quedara junto a Maely para abrazar su figura dormida.

Abrió los ojos. Maely. ¿Cuánto habría dormido? Llevaban allí encerrados casi cuatro días de lucha contra aquella fiebre. Después de que hirieran a Maely, tuvo que dejar que sus hermanos se la llevaran a casa de los Finlay. Allí le quitaron la flecha, pero camino de tierras Campbell había comenzado la fiebre. Si no hubiera tenido que luchar contra los MacLellan, perder un tiempo precioso en llegar a su hogar, Maely estaría ya curada. Fiona se hubiera ocupado antes de cerrar la herida. Crayton negó con la cabeza, no sabía cómo reaccionaría Maely cuando le dijera que los había matado él mismo, al *laird* MacLellan y a muchos hombres del clan. No había disfrutado al ganar en combate a MacLellan, pero el cielo sabía que se había manchado las manos de odio y venganza.

Se levantó para acudir junto a Maely, con la esperanza de que la fiebre hubiera remitido al fin. Crayton no podía creerlo. El lecho estaba vacío. Maely había desaparecido. El grito enfurecido de Crayton resonó en cada corredor y estancia del castillo Campbell. ¿Dónde estaba Maely?

Maely caminó por los serbales cerca del agua. Las altas hierbas le llegaban a las rodillas y una

sonrisa afloró en sus labios. Aquel rincón ¡se parecía tanto al serbal donde se había besado con Crayton! Se tumbó agotada sobre la tierra y las hierbas. El olor a madera del bosque cercano, el sonido del agua tan cerca. Cerró los ojos.

Sintió el sol sobre su rostro clavar con más severidad sus rayos sobre su piel. Maely sonrió y abrió los ojos al cielo azul. Unas nubes blancas se habían detenido sobre ella.

—Maely.

Fue un susurro lleno de asombro, como si Crayton hubiera estado buscando a Maely horas y ahora no pudiera creer que la hubiera encontrado.

Crayton se quedó quieto, observó como ella se sentaba y giraba su cuerpo hacia él. Lo miró temerosa, había miedo en sus ojos, sus labios temblaron un poco. Entonces tendió la mano a su esposa para ayudar a que se levantara y ella negó con la cabeza.

La herida, no podía levantarse sola. Crayton, en dos pasos, estuvo a su lado y se sentó sobre la hierba.

—Me he vuelto loco buscándote, Maely.

—Lo siento, Cray. Necesitaba ver a mi padre y a mis hermanos.

Ambos miraban al frente con interés en algo que, en realidad, no veían.

—Están todos como locos, has desaparecido y he alertado a mis hombres de aquí al otro lado de la isla.

Maely sonrió y se llevó la mano a la boca para ocultar su carcajada. Es la típica travesura que podía haber ideado cuando era niña en su hogar Douglas.

Crayton puso la mano en su mejilla para que se girara hacia él.

—Déjame ver tu sonrisa, Maely. Pensé que… No quiero pensar en eso.

Maely sintió sus manos sobre la piel, duras y llenas de cicatrices. Levantó su propia mano y la puso en la mejilla, sobre la barba que ocultaba su hermoso rostro.

—Entonces no pienses, Cray. Estoy viva, con toda probabilidad me has salvado de nuevo la vida.

Cray entonces se puso serio, su media sonrisa desapareció, dejó paso al hombre serio que ella conoció antes de ver en su interior.

—Lo he matado, Maely, al *laird* MacLellan —soltó de golpe—. No podía permitir que te llevaran con ellos. Quiero que sepas que Angus nos ayudó, cuando te vio herida, tomó partido por nuestra causa. Quizá durante todos estos años te retuviera, pero al final pensó en ti. Peleó a nuestro lado. Y murió por ello.

—¿Murió sin sufrimiento?

—En la lucha, como lo que siempre fue, un *highlander*. Antes de morir confesó el crimen que había cometido su *laird* y su clan contra los Douglas. Maely… —Tomó aliento antes de continuar—: Te salvó aquel día en las ruinas de vuestro hogar porque fue él quien dio la orden, el incendió el sótano donde estabas con Ulan. Se sintió culpable y después quiso darte una oportunidad.

Maely contuvo el aliento. Angus había muerto. Vio como Crayton se miraba las manos, como si aún pudiera ver su sangre en ellas.

—Crayton, escucha. Lo entiendo. Duele, pero lo comprendo. Eran ellos o nosotros.

—¿Nosotros, Maely?

Maely, sentada allí en la hierba con Crayton, se acercó a él. Sus movimientos eran torpes. Enseguida Cray entendió y cogió su cintura, acercó a Maely contra él. En lugar de cobijarse en su pecho, ella lo miró.

—Cray, eres feroz en la lucha, leal y valiente. Eres generoso, un buen líder y un amante

extraordinario.

Crayton rio con fuerza por primera vez desde hacía días.

—Gracias, esposa.

—¿Qué pasará ahora, Cray? Has desobedecido las órdenes del rey, has acabado con el *laird* MacLellan, amenazado la paz en sus fronteras.

Crayton se encogió de hombros, parecía tan joven con el pelo revuelto por el viento.

—En el momento que entré en aquel salón e impedí que te castigara, supe que iniciaría una guerra. Esperaremos las consecuencias, sean cuales sean. No dudé un instante, te elegí a ti, Maely, y no mi deber con el rey.

Maely sintió como su corazón latía sin control. Crayton no era el hombre que siempre pensó, atado por el deber a su rey. Había luchado por ella mucho antes de que supiera cuánto podía llegar a amar a ese Campbell testarudo y leal.

—Te amo, Crayton. No por esas promesas que me hiciste ni por que nos viéramos empujados a un matrimonio. Te amo porque eres tú, eres mi hogar, mi esperanza, mi futuro, mi vida, Crayton.

Maely sintió algo estremecerse en el interior de su esposo, como si algo se hubiera roto en su interior. Algo húmedo rozó sus ojos azules.

—Cuando vi que no estabas en mis aposentos, me volví loco, grité y estuve a punto de romper todo lo que encontraba en mi camino. Pensé que te habías ido, me había aferrado a esas palabras tuyas antes de caer inconsciente: «No me abandones», dijiste. Una y mil veces las repetí en mi cabeza. ¿Estarías tan enamorada como yo de ti? ¿Significaba que te quedarías a mi lado? No me importó. Estabas inconsciente, Maely, y aunque luego me abandonaras, anulásemos el matrimonio, en ese momento, me necesitabas. Te dije que siempre sería la mano que estaría ahí para sujetarte.

Maely intentó besarlo, pero Crayton cogió su rostro con ambas manos.

—Te amo, Maely. Lo sé desde aquel día en el bosque, con tu daga sobre mi cuello. Sé mi señora. La señora de los Campbell. Mi esposa y mi familia.

Entonces sí besó a Maely, con dulzura y cuidado. Como si el tiempo no hubiera pasado y el día no se hubiera nublado hasta dejar caer las gotas de lluvia sobre su rostro. Crayton sintió que todo su mundo estaba en ese serbal que, desde niño, fue el único lugar donde se permitía llorar a sus muertos y ser él mismo antes que *laird* de los Campbell, y Maely, sin saberlo, había acabado allí. En el lugar de los sueños de Crayton. Ella era su otra mitad.

Capítulo XXX

Crayton besó sus labios con delicadeza. Las heridas de Maely seguían cicatrizando, las de dentro y las de fuera. Esas dos Maely que convivían en ella, fuerte para los demás y asustada en su interior.

—Tenemos que volver al castillo, Maely. Me temo que he puesto en alerta a todos y están buscándote por cada rincón.

Maely sonrió. Estaba aterrada por su encuentro con los Campbell, no podría soportar volver a ser una extraña, mirada con desprecio. Miró sus manos llenas de durezas y sus ropas, y Crayton pareció comprender. Cogió su mano, rozó con el pulgar el dorso y caminaron hacia el interior de la pequeña isla.

—¿Crees que tu clan me aceptará? Ahora ni siquiera sé si podré volver a disparar con el arco y…

—Maely, si no te aman como mereces, nos iremos. Te doy mi palabra, esposa. Los conozco, te adorarán desde el primer día.

Maely contuvo el aliento, era una promesa demasiado enorme. Crayton era capaz de dejar su clan por ella, Maely se preguntó en qué momento el cielo le otorgó un amor así, a ella.

Recordó a la gente de las cocinas, al herrero y su hija, a Fiona, y el mismo aire que respiraba en Innis, no le sería difícil vivir entre ellos, eran buenas gentes. Enseguida llegaron al puente de piedra, los hombres de Crayton sobre las almenas avisaron al resto y su vuelta corrió con diferentes gritos por la muralla. Crayton apretó con fuerza su mano y caminaron bajo el arco de entrada de Innis Chonnel. Una Douglas y un Campbell unidos por los dedos entrelazados.

Maely se detuvo, al igual que Crayton.

Crayton aflojó un tanto los dedos entre los suyos. Parecía que todos los habitantes de Innis Chonnel estaban en aquel patio, incluso los de la aldea que tenían que cruzar el puente. Crayton respiró hondo. Liam estaba al frente de todos ellos, tras él, Steven, Rob, Gael, Will, Craig, sus amigos más cercanos. Junto a ellos, Drustan y la familia de Maely, su padre y sus hermanos. Los guerreros Campbell caminaron hacia ellos.

Maely no entendía qué era lo que estaba sucediendo en el patio de armas del castillo. Miró a Crayton, primero perplejo, después al resto. De hecho, su esposo, soltó su mano y le dio un pequeño empujón en la espalda. Maely se preguntó por qué quería dejarla sola ante todos esos rostros desconocidos. Y entonces los Campbell que habían estado con ella en aquel viaje se arrodillaron ante ella, las cabezas gachas, la mano sobre el corazón. Aquellos enormes *highlanders* postrados ante ella. Tras ellos, su padre y sus hermanos, con una sonrisa en la boca, unos ojos cargados de algo que Maely desconocía, se arrodillaron también. Entonces, como un único ser, un solo clan, el patio entero lleno de los Campbell se arrodilló ante ella.

—Maely Campbell es vuestra señora ahora. Ella cuidará de vosotros y los Campbell de ella. *Ne Obliviscaris*. «No olvidamos» —pronunció Crayton en voz alta—. Nunca olvidarán que eres su señora, ante el rey, ante el cielo y ante tus enemigos. Ahora eres la señora de los Campbell, de todos ellos.

Puede que no fuera lo adecuado, ni quizá lo que todos esperaban, pero Maely se giró y abrazó a su esposo. Crayton le había dado un hogar, una familia, había recuperado a la suya propia. Y lo

amaba con todo su corazón. Lo besó con fuerza al son de cada latido de su corazón. Crayton sostuvo su cuerpo, aun cuando los gritos de su clan les hicieron reír. Maely, a duras penas, se separó de él y al fin, después de tantos años, se sumergió en los brazos de sus hermanos y su padre. El sol caía sobre las Highlands mientras una alianza poderosa se había forjado en una pequeña isla en un lago escocés. Douglas y Campbell.

Epílogo

Maely frunció el ceño, miró a las nubes que poblaban el cielo sobre el horizonte. Ahora entendía por qué Cray siempre sabía cuándo llovería. Desde que había recibido aquella herida en el hombro en el ataque a Roxburgh, su brazo parecía avisarle de aquellas cosas.

Crayton había desaparecido muy temprano, en el momento que Liam lo había avisado de que un enorme ejército se dirigía a territorio Campbell. En ese instante, fueron avistados por los vigías junto a la torre.

—Echaos la manta, señora. No deberíais estar bajo la lluvia.

Fiona era su mayor apoyo e incondicional amiga en el castillo. Todo aquello que Maely había temido se había deshecho gracias a los habitantes del castillo. Los Campbell eran hoscos, serios y poco habladores, pero mostraban tal cariño a Maely que, en poco tiempo, el cariño fue creciendo entre ellos.

Maely miró al cielo, ni siquiera se había dado cuenta de que había comenzado a llover con fuerza. En el patio desierto, una única figura se situó en el mismo centro. A una señal suya, las puertas del castillo se abrieron. Maely, a pesar de las advertencias de Fiona, bajó de la torre, Cray no se enfrentaría solo a quien perturbaba la paz de los Campbell.

Cuando Maely llegó abajo, Liam y la guardia personal de Crayton estaba a su lado. Maely fue junto a él y agarró su mano libre, con la otra, Crayton asía la empuñadura de su espada.

Los estandartes del rey precedieron su entrada en el castillo, con dos hombres al frente. Maely se encontró, como hacía un año, ante el rey Bruce.

Crayton permanecía en silencio y Maely no lo distrajo, ahora su esposo era el *laird* de los Campbell, el hombre que había desafiado al rey por ella. Solo ella pudo ver como, por un instante, Crayton, preocupado, bajaba la mirada a su cuerpo. Empezaba a notarse su embarazo, sin duda el rey, tan perspicaz, también lo notaría.

—Majestad.

Crayton y el resto hicieron una reverencia, Maely apenas inclinó la cabeza, por lo cual el rey miró su rostro sin esconderse.

—Crayton, supongo que sabes que vengo del sur. La frontera gracias a tus actos está comprometida. Los ingleses han recuperado territorios.

—También perdido otros como Roxburgh.

Crayton había sonado decidido y quien lo conocía hubiera dicho que incluso desafiante.

El rey descendió del caballo, vestía de negro, sin su armadura, como lo hacían Crayton y sus hombres. Maely esperó a que se acercara a ellos.

—Campbell, cuando estuve de acuerdo en vuestro matrimonio, no pensé que derrotarías a los MacLellan por completo.

Maely suspiró, el tono del rey era severo, pero sus ojos seguían manteniendo esa chispa de cariño hacia Crayton que siempre había visto en ellos.

—¿Cómo están, majestad? ¿Rhona MacLellan?

—Es muy compasivo por tu parte, Maely, preocuparte por ella. Supongo que seguirá mis órdenes y buscará un esposo que le ayude a conservar sus tierras.

Maely contuvo el aliento. Sin Gawen, los ancianos no permitirían que Rhona gobernase el

clan sola. Convencería a Crayton de que quizá Rhona necesitara su ayuda.

—Según veo, habéis estado sumamente ocupados —refunfuñó el rey al ver como el vestido de Maely se abultaba ya un poco bajo la cintura—. Al parecer, no hay riesgo de anulación de vuestro matrimonio, tampoco puedo castigarte, Crayton, por el desaguisado que has creado en mi reino, James Douglas vino a verme y juró sobre su espada que, si alguien osaba tocar a su hijita pequeña, él mismo tomaría mi castillo en Edimburgo para dárselo a los ingleses. Después de Roxburgh, me inclino a creerlo. Cuentan que un grupo de seis hombres, vestidos de negro, entraron por la noche en el castillo y tomaron la fortaleza más inexpugnable de la frontera. Debían ser diablos, dicen los ingleses, porque arrasaron después todo el castillo bajo las llamas.

Una risa le dijo a Maely que Drustan estaba en algún lugar, orgulloso de su participación en aquel plan.

—Entonces, mi rey. ¿Por qué no os quedáis unos días para la celebración?

Maely frunció el ceño al escuchar a Crayton, ¿qué celebración?

—¿Celebración, Crayton?

—Voy a casarme otra vez con Maely ante mi clan, como bien sabéis, no tuvo una boda muy esplendorosa. En unas horas, estará aquí su familia Douglas y espero vuestra bendición.

El rey sonrió a la par que negaba con la cabeza, como si fuera en ese instante consciente de que acababa de unir a dos de los clanes más poderosos de las Highlands.

Maely se giró hacia su esposo, los ojos anegados en lágrimas, de un tiempo a esta parte, estaba muy sensible. No le importó que vieran sus lágrimas, ahora Maely no tenía que esconder sus sentimientos ante nadie. El rey carraspeó para interrumpir su alegría, ambos lo ignoraron por completo.

—Te amo, Campbell, y siempre que caigas…

—… te ayudaré a levantarte —continuó él—. Te amo, Douglas —susurró Crayton a su vez. La más hermosa promesa que jamás podrían hacerse.

F I N

Nota de la autora

La historia de Escocia nunca fue muy benevolente con el clan Douglas. Es cierto que, gracias a James Douglas, uno de los grandes guerreros del rey Robert Bruce, se ganaron su fama de pendencieros y cabezotas.

James Douglas luchó por su patria, para que Escocia ganara su independencia de Inglaterra con verdadero coraje. Cuando lo consiguió, las tierras que el rey Bruce le donó conformaban extensos territorios y propiedades. Durante siglos, los Douglas estuvieron junto a la Corona y fueron parte activa de la política e historia del país.

Me he permitido licencias históricas, no olvidéis que es un libro de ficción y no de historia. El ataque a Roxburgh que aparece en la novela, en efecto, se realizó en Cuaresma, unos pocos hombres vestidos de negro (lo que ellos llamaban la «Guardia de Bruce»), tomaron el castillo más importante de la frontera tras siglos de pertenecer a los ingleses. En mi historia, Maely los acompaña gracias a sus habilidades.

Se cita al contar la historia «La despensa de Douglas», otro momento histórico por el cual los ingleses temblaban al oír el apellido Douglas y que os cuento en la novela. El clan Douglas sufrió a manos del rey de Inglaterra el mayor agravio que se contemplaba en aquella época de honor y tradición, hizo desaparecer de las heráldicas y prohibió pronunciar su nombre. Por todo esto, Douglas se unió a Robert Bruce y en cada batalla, gritaba el nombre de su clan para que los ingleses supieran que él estaba en el campo de batalla.

El clan Campbell, durante esta época, comenzó a acumular el poder que más tarde los convertiría en la familia más poderosa de las Highlands, pero esa es otra historia que os contaré en otro momento. Las ruinas de Innis Chonnel, en una isla sobre el lago Loch Awe, aún siguen en pie, como una de las primeras fortalezas Campbell.

Espero haber llevado a vuestros corazones un poquito de amor por esta nación y sus héroes. Nos vemos en el próximo libro.

Otras obras de la autora

Primer libro *Guardianas de Escocia.* **«Un clan en mi corazón»**.
Segundo libro *Guardianas de Escocia.* **«Te diré mi nombre»**.
Tercer libro *Guardianas de Escocia.* **«Prisionero de tu voz».**
Cuarto libro *Guardianas de Escocia.* **«La llave de Escocia».**

Títulos bajo el sello HQÑ - Romántica escocesa
Corazón escocés

Trilogía escocesa HQÑ. Tierras Altas.
Vientos de Escocia
La irlandesa
El caballero escocés

Actual escocesa independiente
La flor del sol
El anillo del escocés
Un baile de otoño HQÑ

Histórica
Mi inocente duquesa
Un beso bajo el sauce HQÑ
Camelias para una dama HQÑ
En algún lugar cerca de mi corazón HQÑ

Bilogía Contemporánea HQÑ
El amor no se puede pintar
El arte del amor

Bilogía Viajes en el Tiempo
El tiempo del escocés
El tiempo de la escocesa